

DIRECTOR FUNDADOR
Jean Meyer

DIRECTOR
Luis Barrón

JEFE DE REDACCIÓN
David Miklos

CONSEJO EDITORIAL
Adolfo Castañón
Antonio Saborit
Clara García Aylluardo
Luis Medina
Rafael Rojas
Mauricio Tenorio

DISEÑO Y FORMACIÓN
Natalia Rojas Nieto

CORRECCIÓN
Pilar Tapia

CONSEJO HONORARIO
Yuri Afanasiev
*Universidad de Humanidades,
Moscú*

Carlos Altamirano
*Editor de la revista Prisma
(Argentina)*

Pierre Chaunu †
Institut de France

Jorge Domínguez
Universidad de Harvard

Enrique Florescano
Conaculta

Josep Fontana
Universidad de Barcelona

Manuel Moreno
Fraginals †
Universidad de La Habana

Luis González †
El Colegio de Michoacán

Charles Hale †
Universidad de Iowa
Matsuo Kazuyuki
Universidad de Sofía, Tokio

Alan Knight
Universidad de Oxford

Seymour Lipset †
Universidad George Mason

Olivier Mongin
Editor de Esprit, París

Daniel Roche
Collège de France

Stuart Schwartz
Universidad de Yale

Rafael Segovia
El Colegio de México

David Thelen
Universidad de Indiana

John Womack Jr.
Universidad de Harvard

-
- ISTAR es una publicación trimestral de la División de Historia del Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
 - El objetivo de ISTAR es ofrecer un acercamiento original a los acontecimientos y a los grandes debates de la historia y la actualidad internacional.
 - Las opiniones expresadas en esta revista son responsabilidad de sus autores. La reproducción de los trabajos necesita previa autorización.
 - Los manuscritos deben enviarse a la División de Historia del CIDE. Su presentación debe seguir los atributos que pueden observarse en este número.
 - Todos los artículos son dictaminados.
 - Dirija su correspondencia electrónica a: david.miklos@cide.edu
 - Puede consultar ISTAR en internet: www.istor.cide.edu
 - Editor responsable: Jean Meyer.

- Centro de Investigación y Docencia Económicas, A.C., Carretera México-Toluca 3655 (km 16.5), Lomas de Santa Fe, 01210, México, D.F.
- Certificado de licitud de título: 11541 y contenido: 8104.
- Reserva del título otorgada por el Indautor: 04-2000-071211550100-102

- ISSN: 1665-1715
- Impresión: IMDI Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F.
- Suscripciones: Tel.: 57 27 98 00 ext. 6091 e-mail suscripciones: publicaciones@cide.edu e-mail redacción: david.miklos@cide.edu



Folleto de los VII Juegos Panamericanos celebrados en México y que tuvieron sede en la Ciudad Universitaria del 5 al 20 de marzo de 1954. [AGN, Fondo Carlos Lazo, Sección Segunda, Serie Libros y folletos, Caja 1, exp. 20-4]

ISTOR, palabra del griego antiguo y más exactamente del jónico. Nombre de agente, *istor*, "el que sabe", el experto, el testigo, de donde proviene el verbo *istoreo*, "tratar de saber, informarse", y la palabra *istoria*, búsqueda, averiguación, "historia". Así, nos colocamos bajo la invocación del primer *istor*: Heródoto de Halicarnaso.

- 3 **Valeria Sánchez Michel.** Presentación: Para entablar un diálogo entre ciudades universitarias
- DOSSIER
- 7 **Pilar Chías Navarro.** La Ciudad Universitaria de Madrid, entre la tradición y la modernidad
- 23 **Fernando Viviescas Monsalve.** La fundación de la Ciudad Universitaria en Bogotá: Un referente de modernidad y democracia
- 41 **Mónica Silva.** Historia e historiografía de la Ciudad Universitaria de Caracas, 1944-2004
- 57 **Mauricio Tenorio Trillo.** O Campus! My Campus!
- 75 **Valeria Sánchez Michel.** Ciudad Universitaria: vicisitudes de un ideal
- NOTAS Y DIÁLOGOS
- 97 **Valeria Sánchez Michel.** Un breve diálogo con Marco Palacios, rector de la Universidad Nacional de Colombia
- TEXTOS RECOBRADOS
- 101 **Informe sobre la Ciudad Universitaria de Bogotá** presentado por el Ing. Guillermo Herrera Umérez (enviado de Caracas)
- 109 **Marcel Bataillon.** Un hispanista descubre el Nuevo Mundo: Marcel Bataillon en 1948
- VENTANA AL MUNDO
- 147 **Cynthia Rimsky.** La historia y la intemperie
- 157 **Tessy Schlosser Presburger.** Mi abuelo
- COINCIDENCIAS Y DIVERGENCIAS
- 163 **Luis Antonio Hernández Dauajare.** El Trafalgar de Asia ¿Qué causó el desastre naval de Tsushima durante la guerra ruso-japonesa?
- USOS Y ABUSOS DE LA HISTORIA
- 183 **Jean Meyer.** Al filo de la muerte
- RESEÑAS
- 191 **Rafael Rojas.** Caminos de la historia crítica
- HISTORIA Y LITERATURA
- 197 **Vicente Luis Mora.** La construcción del realismo fuerte en algunos libros de narrativa hispánica actual
- 223 CAJÓN DE SASTRE

Para entablar un diálogo entre ciudades universitarias

Valeria Sánchez Michel

Cuando los historiadores seleccionamos un tema sabemos que será una relación de largo aliento. Las investigaciones toman tiempo: visitas a los archivos, lecturas, vueltas al archivo con más preguntas, excursiones por varias bibliotecas, ratos de escritura y momentos de reflexión. No hay un orden en las actividades antes descritas; más bien se van compaginando interminablemente hasta que uno decide poner punto final. Durante la investigación, poco a poco el tema va formando parte de nosotros, llega el momento en que uno se descubre pensando en él casi sin descanso e incluso llega a invadir el sueño.

Desde hace siete años el tema que me acompaña es la historia de la Ciudad Universitaria de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Un lugar que habité primero sólo los fines de semana, en que paseaba o andaba en patines cuando niña y después como estudiante de la Facultad de Filosofía y Letras. Este sitio nunca ha dejado de sorprenderme, pues siendo exclusivo de la Universidad se convierte por momentos en un espacio público: pienso no sólo en el Estadio Olímpico sino también en quienes asisten a conciertos, a las bibliotecas o simplemente a pasar el fin de semana en sus áreas verdes. Además, es un emplazamiento cuya fisonomía le da carácter al sur de la Ciudad de México.

La Ciudad Universitaria ha merecido exposiciones, libros conmemorativos y análisis arquitectónicos.¹ Es un espacio que en 2014 cumple

¹ Como ejemplos de exposiciones podemos mencionar “La roca volcánica dialogando con el concreto” de 1994, realizada en la Biblioteca Nacional, o “60 años de vida académica en la Ciudad Universitaria, 1954-2014” que este año se exhibió en el Museo Universitario de Ciencias y Artes. Entre los últimos libros que se han publicado sobre Ciudad Universitaria se encuentran: Roger

sesenta años de dar cobijo a la vida universitaria y no podía dejar pasar la fecha sin contribuir de alguna forma a su conmemoración. Por esta razón propuse el dossier que el lector tiene en sus manos.

Ahora bien, el tema siempre se ha visto como un caso particular de México, epítome del proceso de modernización de nuestro país. Sin embargo, considero que es necesario ampliar la mira y comprender la construcción de Ciudad Universitaria en un contexto internacional en el que otros proyectos similares ya se habían realizado (como la Ciudad Universitaria de Madrid propuesta en 1927 o la Ciudad Universitaria de Bogotá de 1936) o se estaban realizando al mismo tiempo (como la Ciudad Universitaria de Caracas).

Un indicio. En el diccionario de la Real Academia de la Lengua de 1956 por primera vez se incluye en el vocablo *ciudad* la acepción *ciudad universitaria*, la cual se define como un “conjunto de edificios situados en terreno acotado al efecto, destinados a la enseñanza superior y más especialmente la que es propia de las universidades”.² Los diccionarios fijan una acepción después de un tiempo de uso y este caso no es la excepción. No es casual que el diccionario lo consigne en ese año, después de dos Congresos Panamericanos de Arquitectos en las principales ciudades universitarias de América Latina, en 1952 en México y en 1955 en Caracas. Máxime cuando, durante los años cincuenta, en los Congresos Panamericanos de Arquitectura los proyectos de ciudades universitarias fueron promovidos como una aportación latinoamericana a la arquitectura moderna.

Para este dossier invité a especialistas en aquellas ciudades universitarias que pueden ayudarnos a entender los distintos contextos en que

Díaz de Cossío, *Ciudad Universitaria. Crisol del México Moderno*, México, Banco de México/Fundación ICA/Fundación Miguel Alemán/Fundación UNAM, 2009, y Enrique X. de Anda, *Hazaña y memoria de la Ciudad Universitaria del Pedregal*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2002, 2ª ed. aumentada, 2013. En cuanto a la importancia arquitectónica del conjunto universitario se pueden consultar Valerie Fraser, “The Ciudad Universitaria”, en *Building the New World. Studies in the Modern Architecture of Latin America 1930-1960*, Londres, Verso, 2000, pp. 62-84, y Keith L. Eggener, “Settings for History and Oblivion in Modern Mexico, 1942-1958”, en Jean François Lejeune (ed.), *Cruelty & Utopia. Cities and Landscapes of Latin America*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 2003, este último artículo se publicó en español en el número 27 de *Bitácora*, revista de la Facultad de Arquitectura de la UNAM.

² Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1956.

se propuso (1928) y se construyó (1947-1958) la de México. El único estudio comparativo que existe entre distintas ciudades universitarias es *Historia de un itinerario*, de Silvia Arango, en el que analiza la relación entre la política y la arquitectura en los proyectos de Bogotá, Caracas y La Habana.³ Lo que Arango expone no es ajeno a la experiencia mexicana, por eso es necesario empezar a entablar un diálogo con las otras experiencias, con las otras historias —y así comenzar, en palabras de Mauricio Tenorio— a “desmexicanizar” el caso de la Ciudad Universitaria de la UNAM y complejizar su estudio. Más aún cuando, como lo muestra el informe sobre la Ciudad Universitaria de Bogotá que recuperamos como fuente, hubo interés por quienes estuvieron al frente de los proyectos por conocer cómo se habían realizado las ciudades universitarias en otras latitudes.⁴

La propuesta de diálogo es con la Ciudad Universitaria de Madrid que se propuso en 1927 y que buscó ser un proyecto que estuviera a la cabeza de la cultura iberoamericana, de hecho se buscó el apoyo económico en varios países de América, incluido México. También con la Ciudad Universitaria de Bogotá, que fue la primera que se construyó en América, y con la de Caracas, cuyo proyecto se desarrolló en forma paralela al de México. Los casos americanos fueron proyectos que destacan como “ejemplos de modernización” en términos arquitectónicos, pero también urbanistas.

La experiencia anglosajona es sin duda el paradigma al momento de estudiar la vida universitaria. Los *college town* (como Cambridge u Oxford) y los *campus* (como Berkeley o Harvard) tienen dinámicas y tradiciones que marcan la vida de sus estudiantes. Por tal razón no podía faltar un artículo en el dossier como el de “O Campus! My Campus!”

³ Silvia Arango, *Historia de un itinerario*, Bogotá, Unibiblos, Universidad Nacional de Colombia, 2002.

⁴ En este sentido y como ejemplo, es preciso señalar cómo Silvia Arango, al estudiar el caso de la Ciudad Universitaria de Caracas, explica que “el conocimiento directo de la Ciudad Universitaria de México debió producir una fuerte impresión en Villanueva [arquitecto encargado de la Ciudad Universitaria de Caracas]; pero, como en el caso de la Ciudad Universitaria de Bogotá, supo captar ciertos aspectos fundamentales, para luego reelaborarlos y transformarlos con juicio crítico”. S. Arango, *op. cit.*, p. 70.

La portada de este número de *Istor* es un logo de Ciudad Universitaria que se realizó en 1954, cuando fue sede de los VII Juegos Panamericanos que se celebraron en México. Las siglas fácilmente las reconocemos, no así el formato. Quienes diseñaron el logo buscaron integrar en él colores de banderas de los países que participaban (entre ellos Colombia y Venezuela). De la misma manera, en este dossier se busca integrar en la historia de la Ciudad Universitaria las historias de otras ciudades universitarias latinoamericanas.

A los pocos días de clausurados los juegos, fueron los universitarios quienes comenzaron a apropiarse de la nueva casa de la Universidad Nacional. Que el logo de hace sesenta años sirva para conmemorar también los sesenta años de vida universitaria. 

La Ciudad Universitaria de Madrid, entre la tradición y la modernidad

Pilar Chías Navarro

La Ciudad Universitaria de Madrid, fundada en 1927, ocupa por méritos propios un importante capítulo en la historia de la arquitectura y el urbanismo español contemporáneos.

Sus planteamientos originales, su evolución —que incluye el periodo de la Guerra Civil durante el cual se convirtió en primera línea del frente— y sus diseñadores —entre los que se encuentran algunos de los arquitectos más prestigiosos del momento—, constituyen un singular ejemplo del buen hacer y la innovación en una época convulsa de la reciente historia de España. Pero no resulta menos interesante su evolución hasta nuestros días, cuando el conjunto ha cumplido ya 85 años de andadura.

Durante décadas el recinto universitario ha suscitado un escaso interés por parte de los agentes involucrados e incluso de los investigadores, considerado esencialmente desde su aspecto más funcional y abandonando otros valores que, por fortuna, han podido en gran medida preservarse. Apenas hace una década que esta consideración tan polarizada empezó a cambiar, cuando otras cualidades de la Ciudad Universitaria —como sus valores estéticos y sus innovaciones constructivas o de diseño urbano— empezaron a ser objeto de interés y dieron lugar a iniciativas como su recuperación sobre la base de la revisión del planeamiento vigente.

Sin eludir los problemas de conservación de los edificios y de los espacios exteriores, se redactó un plan especial a la vez que se lograba la declaración del recinto como Conjunto de Interés Cultural.

A pesar de las mejoras introducidas a raíz de esta nueva toma de conciencia de los valores que contiene la Ciudad Universitaria, las sucesivas soluciones adoptadas han eludido los problemas estructurales de base para

constituirse en medidas aisladas en ausencia de un plan estratégico global. De estos problemas, de las soluciones adoptadas y de la necesidad de un planteamiento integral que considere su inserción en el área metropolitana madrileña, tratan las siguientes líneas.

EL PROYECTO INICIAL DEL CONJUNTO UNIVERSITARIO EN 1928

La fundación de la Universidad en 1927 por el rey Alfonso XIII quiso contrarrestar las deficiencias materiales que entonces tenía la Universidad española con la puesta en marcha de un ambicioso proyecto que perseguía constituirse en la síntesis de lo mejor de los centros más prestigiosos del momento.

En consecuencia, los modelos universitarios alemán, británico y estadounidense se convirtieron en el foco de interés prioritario y fueron objeto de viajes de estudio y visitas. Las universidades de Estados Unidos revistieron especial interés, en parte debido a que se contaba con el apoyo de la Fundación Rockefeller.

Otra de las ideas con las que nació la Ciudad Universitaria fue la del ideal panhispánico, que en los años finales de la monarquía de Alfonso XIII también inspiraba las Exposiciones Iberoamericanas. El nuevo campus debía ser un crisol cultural de todo el ámbito hispanohablante, y como tal se siguió considerando tras la contienda civil.

La materialización de tales ideas se confió a una Junta de Obras creada al efecto, que disfrutó de autonomía en sus gestiones y actuaciones, y estaba dotada de competencias sobre la planificación y la construcción del conjunto, pero también sobre su gestión, mantenimiento y ordenación de la vida universitaria. Esta última función fue posteriormente absorbida en 1952 por una Junta de Gobierno, mientras la primitiva se mantuvo activa hasta el año 1969, fecha en la que fue disuelta.

La dirección de la Junta de Obras se confió al arquitecto Modesto López Otero¹ quien, a pesar de su formación ecléctica y conservadora, eligió y supo aprovechar lo mejor de un equipo de técnicos pioneros en

¹ P. Chías, "Modesto López Otero: las imágenes de la Ciudad Universitaria de Madrid", *Revista Urbanismo*, núm. 20, 1993, pp. 116-121.

su momento en los ámbitos de la arquitectura y la ingeniería civil que después se conocerían como la “generación del 25”.²

El potencial del grupo se caracterizó por su afán de incorporación al movimiento moderno que se implantaba en Europa, para trascender las corrientes historicistas, “castizas” o “secesionistas”, más del gusto de la sociedad. Habitados a trabajar en equipo, aportaron los conceptos de la *Neue Sachlichkeit* o “nueva objetividad”, así como soluciones constructivas experimentales y pioneras. Sin embargo, una parte de estas iniciativas se vio lastrada por posturas más conservadoras, y reducida en consecuencia a un funcionalismo superficial o a un higienismo sólo parcialmente entendido, y a una zonificación muy alejada de las conclusiones de los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM).

Entre el grupo de los arquitectos, Luis Lacasa y Manuel Sánchez Arcas fueron reclutados por su conocimiento de la escena europea y su exitosa participación en concursos con proyectos para hospitales y laboratorios, así como de urbanización. Miguel de los Santos había estudiado en Europa los métodos didácticos y las instalaciones de la Bauhaus y había colaborado con miembros del futuro Grupo de Artistas y Técnicos Españoles para la Arquitectura Contemporánea (GATEPAC). Por su parte, Agustín Aguirre y Pascual Bravo eran los arquitectos más próximos a la generación de 1910, de la que López Otero era un importante exponente, pero demostraron un gran esfuerzo e interés por sumarse a las corrientes racionalistas.³

Entre el grupo de los ingenieros destacaron dos auténticas eminencias: Eduardo Torroja Miret⁴ y Carlos Fernández Casado.⁵ El trabajo en equipo con los arquitectos fue excepcionalmente fructífero dentro y fuera del recinto universitario, ya que aportaron soluciones pioneras en

² O. Bohigas, *Arquitectura española de la Segunda República*, Barcelona, Tusquets, 1973.

³ A. Campo Baeza, “La arquitectura racionalista en Madrid”, tesis doctoral, Escuela Técnica Superior de Arquitectura, Madrid, 1982.

⁴ P. Chías y T. Abad, “Eduardo Torroja en la Ciudad Universitaria de Madrid”, *Revista Carreteras*, núm. 110, octubre de 2000, pp. 131-133; de los mismos autores, *Eduardo Torroja. Obras y proyectos*, Madrid, CSIC, 2005.

⁵ T. Abad, “Catálogo de la obra de Carlos Fernández Casado”, en VV. AA., *Carlos Fernández Casado, ingeniero*, Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU), Ministerio de Fomento, Madrid, 2007.

Figura 1. Las condiciones existentes en la finca de La Moncloa antes del comienzo de las obras del campus universitario



Fuente: Elaboración propia.

el panorama constructivo y estructural mundial en su momento, pero también excepcionalmente ingeniosas en tiempos de carestía.

Una vez elegido el emplazamiento del futuro campus universitario en unos terrenos que comprendían la finca de La Moncloa y otras parcelas colindantes situadas al noroeste de Madrid, este interesante grupo de técnicos fue el responsable de la redacción del plan inicial de conjun-

Figura 2. Perspectiva del primer plan de conjunto, diciembre de 1928



to, basado en el modelo de campus estadounidense y sobre la base de mantener una importante autonomía y aislamiento de la metrópoli.

El primer plan de conjunto denotaba una clara intención de distanciamiento de la ciudad y de su realidad social, y suponía un marcado carácter elitista que conllevaba la limitación en el uso de sus instalaciones y espacios externos a la comunidad universitaria.

Este error de concepto se vio además reforzado al confiar la base del diseño a dos elementos esenciales: el trazado viario y la zonificación. De este modo, las vialidades se convirtieron en el elemento estructurador del conjunto, a la vez que separaban los ámbitos funcionales. Pero a ello hay que añadir que no se tuvieron en cuenta las importantes repercusiones que habrían de tener los recorridos de unas distancias tan importantes, puesto que el gran eje que hoy constituye la Avenida Complutense tenía una longitud de más de tres kilómetros entre el límite urbano de

entonces y el paraninfo, ni el hecho de que los diferentes usos universitarios se extendieran a lo largo y ancho de casi 360 hectáreas. Tampoco se tuvieron en cuenta las consecuencias que habría de tener la ausencia total de actividad comercial y la falta de equipamientos de apoyo, reducidos a un pequeño, selecto y escaso núcleo de residencias para estudiantes y un área de instalaciones deportivas. Lo que se pensó como una “micro-ciudad” autosuficiente y aislada, nació sin la imprescindible variedad en los usos ni en el tejido social, y sin la fundamental conexión con el ámbito empresarial. De este modo, una docencia de corte academicista encontró su reflejo en una composición de tradición *beaux arts*.⁶

Es paradójico que un exceso tal en las dimensiones del conjunto alejó el proyecto de la experiencia de los campus estadounidenses para acercarlo a los grandes desarrollos lineales de las ciudades administrativas de principios del siglo XX, que reflejaban un similar énfasis en la monumentalidad y que subordinaban los diseños de los edificios a unas escenografías clásicas y jerarquizadas de acuerdo con la proximidad al foco central —en este caso el paraninfo—, muchas veces proyectado pero nunca construido.⁷

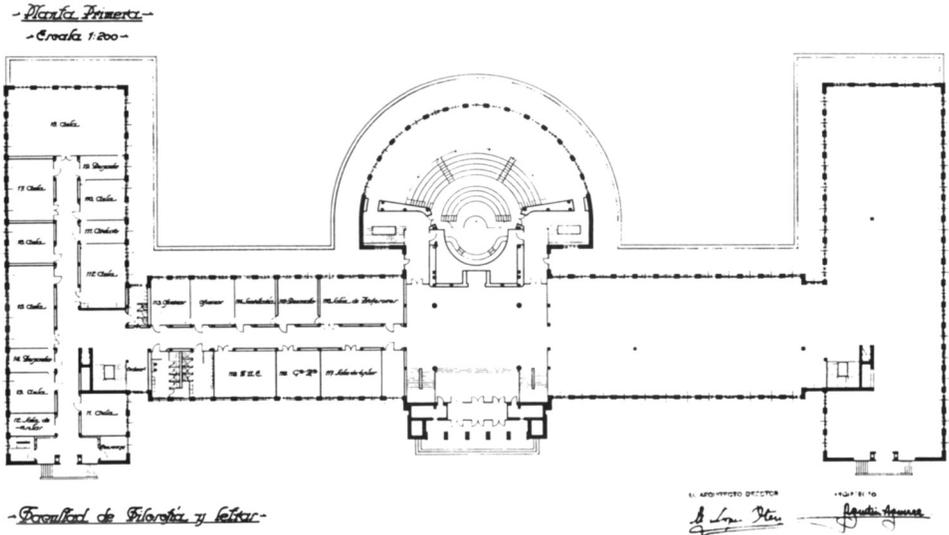
Por otra parte, esta idea no podía tener en cuenta las singularidades que aportaban tanto la topografía como los diferentes paisajes originales de las fincas sobre las que había de situarse el campus, sino que obligaba a la construcción de plataformas horizontales para los edificios y los espacios exteriores, y a viales rectilíneos que evitaban las pendientes. Estos criterios exigieron la realización de un movimiento de tierras muy importante, a la vez que demandaba la construcción de un conjunto de infraestructuras, como muros de contención, cimentaciones e incluso estaciones de tranvía y galerías de servicio que hoy permanecen enterradas y desconocidas bajo gruesas capas de relleno de tierras.

De este modo, lo que hubiera sido un ámbito unitario y coherente se transformó en una “espina de núcleos”, en palabras del propio López

⁶ P. Chías, “Universidad y ciudad”, en *Urbanismo e historia urbana en el mundo hispano*, t. II, Madrid, Universidad Complutense, 1982, pp. 1386-1390.

⁷ P. Chías, “Campus de Agramante”, *Revista CAU*, núm. 64, 1981, pp. 42-47; P. Chías, *La Ciudad Universitaria de Madrid. Génesis y realización*, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1986.

Figura 3 La Facultad de Filosofía y Letras es un claro ejemplo de los criterios de diseño de los edificios destinados a la docencia universitaria, y de la aplicación del criterio modular (*Unit System*)



Otero: una alternancia de conjuntos arquitectónicos independientes y de espacios paisajísticos sin identidad particular, dispuestos a lo largo de un eje principal y de otros de carácter secundario.

Las fachadas eclécticas de los edificios destinados a la docencia se convirtieron en auténticos telones de fondo de las plazas. Pero además se adoptó una tipología híbrida en el diseño de aquellos, pues aunque se optó por la construcción de pabellones más o menos independientes, se dotaron en ocasiones de una altura y una superficie considerables, como ejemplifica la Facultad de Medicina, con seis plantas sobre rasante, ocho alas dispuestas simétricamente a ambos lados de un gran cuerpo central, y un total de 60 500 m² útiles. Sin embargo, la racionalidad del diseño estructural con el que se proyectaron estos edificios, la calidad y generosidad en el dimensionamiento de sus espacios, huecos y elementos de acceso y comunicación y, en definitiva, por la calidad del

equipo de técnicos que intervinieron, ha permitido que estos edificios hayan servido a la docencia y la investigación en circunstancias políticas y coyunturas muy distintas, y que incluso hayan soportado redistribuciones interiores con un gasto mínimo y una repercusión muy reducida en su morfología original.⁸

Además, una de las iniciativas más valiosas que aportó el modelo estadounidense fue la centralización de las instalaciones de servicio, como la producción del agua caliente y la calefacción de todos los edificios. A imitación de la Universidad de Berkeley, en California, una central térmica abastecía a toda la universidad a través de un complejo entramado de galerías visitables, que aún subsisten en su mayoría aunque ya fuera de servicio.

LOS AÑOS DE LA SEGUNDA REPÚBLICA Y DE LA GUERRA CIVIL (1931-1939)

Con escasas adaptaciones del plan original dieron comienzo las obras a un ritmo muy intenso, de modo que con el advenimiento de la República los trabajos de construcción de la infraestructura estaban muy avanzados, varios de los proyectos de los edificios ya aprobados y levantándose, e incluso alguno se había concluido como la Fundación del Amo.

El nuevo régimen político dio por buenos tanto al equipo redactor como los planteamientos urbanísticos elaborados durante la etapa precedente, y sin revisión ni cuestionamiento profundo los hizo suyos, de modo que las obras continuaron a buen ritmo. Apenas se hizo un esfuerzo por acortar los plazos y se estableció un plan de fases más ajustado a la situación del país y a la financiación disponible.

En esencia, la Junta Republicana, una vez separados de ella los anteriores cargos políticos, procuró acabar con la situación de aislamiento del proyecto universitario, dando entrada a iniciativas exteriores como, por ejemplo, la cesión de terrenos al Ayuntamiento de la capital para la construcción de un estadio municipal. Con análogos objetivos se convocaron

⁸ P. Chías, “La génesis urbanística de la Ciudad Universitaria” y “Bibliografía”, en *La Ciudad Universitaria*, t. I, Madrid, Universidad Complutense/Colegio Oficial de Arquitectos, pp. 163-207 y 251-259.

en los años 1934 y 1935 dos concursos de proyectos para construir respectivamente el Colegio de Huérfanos de Correos y la Escuela de Ingenieros de Montes, que hubieran permitido que las nuevas arquitecturas racionalistas entraran en el recinto sin dudosas limitaciones de orden estético. Sin embargo, los proyectos presentados por arquitectos tan interesantes como Moya, Aizpúrua o Aguinaga nunca llegaron a materializarse, pues la Guerra Civil acabó truncando las posibilidades de haber establecido contactos con el GATEPAC.

Sin embargo, la incorporación a la Junta del doctor Negrín en calidad de secretario permitió que durante los cinco años previos a la guerra se agregaran valiosas iniciativas, como la habilitación e inauguración de los vastos edificios por secciones, o los ensayos de socialización de la vivienda.

Para el mes de octubre de 1936 se había previsto la inauguración de una serie de edificios —Filosofía y Letras completo, Arquitectura, Farmacia, parte de la zona deportiva y algunas residencias— con motivo de la conmemoración del centenario del traslado de la Universidad de Alcalá —ya que la fundación del cardenal Cisneros era el origen de la Universidad Complutense— a Madrid.⁹ La puesta en marcha del resto de los edificios acometidos en esta primera fase debía haber ocurrido en 1939, pero el estallido de la guerra en julio alteró radicalmente las previsiones al convertir la Ciudad Universitaria en un frente de guerra que se mantuvo a lo largo de tres años, desde noviembre de 1936 hasta el final de la contienda.

El balance de tres años de bombardeos, minas y saqueos fue desastroso para la Ciudad Universitaria, y llegó a valorarse en 40 por ciento de lo que existía en el recinto en la preguerra.¹⁰ Desaparecieron completamente los edificios que ocupaban la primera línea de fuego que no contaban con una estructura de hormigón armado, lo que dejó enormes vacíos llenos de ruinas dentro de la finca. Las modernas estructuras más sólidas, como las del Hospital Clínico, sufrieron daños importantes, pero sólo la

⁹ P. Chías, “La ciudad y la Universidad desde la Declaración de la UNESCO”, en vv.aa., *Declaración de Alcalá sobre la Protección, Conservación y Difusión del Patrimonio Universitario*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, 2013.

¹⁰ F. Calvo González-Regueral, *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria*, Madrid, Ediciones La Librería, 2012.

Figura 4. Las huellas de la Guerra Civil aún son visibles en numerosas fachadas de los edificios universitarios, que en su origen se proyectaron con el uso de una elegante solución que utilizaba ladrillo apantillado, que permitía eliminar las llagas y minimizar la percepción de las juntas. Sin embargo, la desaparición de la fábrica de Andújar durante la guerra supuso el uso de ladrillos convencionales con una llaga visible, lo que aún produce una sensación de desorden y provisionalidad



acción localizada de las minas llegó a causar derrumbamientos puntuales; por lo tanto, pudieron ser reconstruidas y reutilizadas en su mayoría.

El resto de los edificios sufrió daños de diversa consideración, especialmente relevantes en las instalaciones y los acabados. Las verdaderas pérdidas irreparables fueron las de los fondos de las bibliotecas de Filosofía y de Arquitectura, que habían sido trasladados antes del verano de 1936 a sus emplazamientos en La Moncloa.

DE LA POSGUERRA AL SIGLO XXI

Finalizada la contienda en abril de 1939, se dudaba de la suerte que iba a correr el recinto universitario. La tentación de mantener su lamentable estado como amenaza y recuerdo permanente fue tan fuerte como fugaz. Sin embargo, los miembros de la nuevamente reorganizada Junta de Obras exhibieron un conjunto de radicales puntos de vista, como el de Arrese, quien abogaba por aumentar el alejamiento de la capital de lo que consideraba la conflictiva y subversiva población estudiantil; también se pensó en conver-

tir la Ciudad Universitaria en un recinto administrativo, lo que se veía favorecido por su morfología urbana, su tipología edilicia y su ubicación periférica. Al fin se optó por la reconstrucción para su uso primitivo, y para ello se optimizaron los planes y proyectos de los periodos de preguerra, manteniendo cierta fidelidad a los criterios estéticos, pero con un claro objetivo propagandístico al servicio del nuevo régimen dictatorial.

En consecuencia, se habilitaron con cierta rapidez una parte de los edificios aun a costa de posponer —en algunos aspectos indefinidamente— la resolución de otros importantes problemas de origen o surgidos a raíz de las destrucciones bélicas. Por ejemplo, la Segunda Guerra Mundial frustró la importación de numerosos materiales de construcción, lo que llevó a optar por soluciones provisionales que aún persisten, o a dejar al descubierto las cicatrices de la guerra en las fábricas, todavía visibles.

Las consecuencias de la guerra no sólo fueron dramáticas en los edificios, sino que alteró visiblemente el solar universitario. Los nuevos espacios vacíos de uso y contenido esperaban nuevo destino, y las montañas de escombros habían alterado profundamente la topografía original del solar.

La nueva ideología del régimen impuesta por el dictador y la imagen de la “capital imperial” que pretendía transmitir llevaron a la nueva Junta a redactar, en 1943, un plan de conjunto adaptado para la Ciudad Universitaria, coherente con los “principios” de la recientemente promulgada Ley Universitaria. Podría afirmarse que en ningún otro momento de la historia de la Ciudad Universitaria su planificación se vio tan ligada a la política en general, y a la política educativa en particular.

En primer lugar, se impuso la presencia del nacional-catolicismo en el recinto, lo que supuso la reaparición del abandonado proyecto del Templo Universitario de Santo Tomás de Aquino en un lugar destacado —en la actual Glorieta del cardenal Cisneros— y la habilitación de locales para el culto católico en todos los edificios. El nacional-sindicalismo y sus símbolos también aparecieron en el campus, proyectándose la Casa del Sindicato Español Universitario (SEU) sobre el solar del que antaño fuera el Instituto de Higiene. Además, se obligó a la sindicalización del alumnado.

La práctica de los deportes tenía un lugar destacado en la nueva legislación y por eso se reconstruyeron rápidamente las instalaciones de-

portivas de la preguerra —aunque con medios reducidísimos y con una estética “castiza” que aún sorprende— y se llegaron a incluir gimnasios en varios edificios.

Las antiguas residencias universitarias se convirtieron en colegios mayores, concepto tradicional basado en el estricto control y vigilancia de la vida del universitario, tanto a nivel físico como espiritual. En teoría se obligaba al estudiante a residir o estar adscrito a uno de estos colegios, que eran regentados por religiosos, por el SEU o por la Sección Femenina de Falange, de modo que nadie pudiera escapar a la educación en el nuevo ideario político. Aunque esta decisión fomentó la aparición de otros colegios fuera del recinto, también sentó las bases de la densificación de las zonas destinadas a residencia en su interior, lo que inició un proceso irreversible que alcanzó su máximo de ocupación de suelo con tal fin en la década de 1960.¹¹

Si a todo esto se añade el férreo control que se ejerció sobre los docentes —además de las depuraciones que se sucedieron— y la colocación en los órganos de dirección y gestión de la Universidad de cargos políticos o de personas ideológicamente afines, se completará la imagen de la Universidad española en los años que siguieron a la Guerra Civil. Una época en la que, cerradas las fronteras a las corrientes innovadoras del extranjero, el régimen elaboró una imagen imperialista en un país sin imperio convertido una vez más en la “reserva espiritual de Occidente”. En definitiva, este nuevo plan elaborado durante el periodo autárquico y desarrollado en gran parte en los años cincuenta y sesenta, resultó una hábil combinación de las decisiones planificadoras del periodo anterior a la guerra, de los nuevos condicionantes físicos aparecidos en el solar universitario tras la contienda y de la nueva ideología franquista.

El resultado fue la ordenación del conjunto según un itinerario didáctico que comenzaba en el borde urbano con el Ministerio del Aire —debido al arquitecto Luis Gutiérrez Soto y con claras aspiraciones escorialenses—, el Monumento a los Mártires de Madrid y el Arco de

¹¹ P. Chías, “La historia interminable: la Ciudad Universitaria de Madrid cumple 60 años”, *Revista del MOPU*, núm. 355, junio de 1988, pp. 48-53.

Triunfo, que materializaban los nuevos vínculos entre el Ejército y la Universidad. Seguían el Palacio de la Hispanidad y el Museo de América, como una manifestación de los vínculos con Hispanoamérica. Después, se hacía patente la presencia política en la casa del SEU, y la del catolicismo en el Templo Universitario. La Fuente Monumental a las Artes Españolas estaba destinada a resaltar la importante herencia cultural del país y los valores de la “raza” y, al fondo, presidiendo el conjunto, la jerarquía universitaria aparecía en su imponente sede del Paraninfo.

Casi simultáneamente se empezó a considerar que los grandes espacios vacíos de la Ciudad Universitaria resultaban idóneos para ubicar cualquier organismo o institución que requiriese de suelo para construir. De este modo, el campus se convirtió en un lugar en el que casi todo tenía cabida; a la Escuela de Ingenieros Navales siguieron otros muchos edificios promovidos y gestionados por entidades tan dispares como la Diputación Provincial —con el edificio de Cirugía Infantil— o la Dirección General de Regiones Devastadas —que levantó el Instituto Rubio—, que iniciaron una lluvia de iniciativas dispersas, distribuidas aleatoriamente por el campus y sin un criterio de ordenación coherente.

Ante un futuro tan desalentador, López Otero —que había sido repuesto en su antiguo cargo tras la guerra, aunque no lo fueron la mayoría de sus colaboradores, generalmente exiliados o depurados— propuso una última iniciativa de planificación del conjunto en 1948.

El resultado no podía ser más que una modificación del proyecto de itinerario del año 1943, pero en esta iniciativa se intentaba reordenar los usos mediante la aplicación de los socorridos criterios de zonificación que ya se habían mostrado ineficaces en los planes anteriores. Este último plan, nacido de una Oficina Técnica considerablemente menguada en su composición y atribuciones, no tenía muchas posibilidades de ser llevado a la práctica; sin embargo, sentó las bases para una posterior agrupación de los nuevos usos y, en particular, definió las nuevas zonas destinadas a la construcción de colegios mayores en el nordeste de la finca.

Precisamente en esta última tentativa de planeamiento anterior a la implantación de la democracia en España en 1975, se apoyó la evolución de la Ciudad Universitaria hasta el año 2000; en unos años en los que no

Figura 5. Plano esquemático del campus en 1975



CIUDAD
UNIVERSITARIA
DE MADRID

ESCALA 1/10.000

PLANO ESQUEMÁTICO
1975

- | | | |
|--|---|---|
| 93 COL. MAYOR AHUJA ANDREA | 104 CENTRO EXPERIMENTAL DEL FRÍO | 118 COMEDORES DEL SEU |
| 94 COL. MAYOR STA. MÓNICA | 105 INSTITUTO SOCIAL LEÓN XIII | 119 F. CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN |
| 95 COL. MAYOR MENDEL PADRES | 106 BIBLIOTECA C.I.C. | 120 VIVERO |
| 96 COL. MAYOR LOYOLA | 107 COL. MAYOR DE COLOMBIA | 121 E.T.S. ING. CAMINOS CANALES Y PUERTOS |
| 97 COL. MAYOR STA. MARÍA DE LOS APOSTOLES | 108 COL. MAYOR CISNEROS | 122 F. FILOSOFÍA Y LETRAS (B) |
| 98 COL. MAYOR JUAN XXIII | 109 COL. MAYOR NEBRUJA | 123 INCLE |
| 99 COL. MAYOR R.R. M.M. ESCLAVAS DEL SDO. CORAZÓN CORPUS CHRISTI | 110 COL. MAYOR COVARRUBIAS | 124 ICEUM |
| 100 COL. MAYOR SANTA MARÍA PP. MARIANISTAS | 111 COL. MAYOR MENÉNDEZ PELAYO | 125 E. OFICIAL CINEMATOGRAFÍA |
| 101 COL. MAYOR ALFONSO EL SABIO | 112 COL. MAYOR NTRA. SRA. DE LUJÁN | 126 POLIDEPORTIVO |
| 102 COL. MAYOR ISABEL DE ESPAÑA | 113 COMITE OLÍMPICO | 127 F. CIENCIAS POLÍTICAS |
| 103 CENRO NACIONAL DE INVESTIGACIONES METALÚRGICAS | 114 PABELLON DEPORTES Y PISCINA | |
| | 115 E. EDUCACION FÍSICA Y DEPORTES | |
| | 116 RESIDENCIAS | |
| | 117 I. NACIONAL RESTAURACIONES ARTÍSTICAS | |

Fuente: Elaboración propia.

se planteaba ninguna coordinación a otros niveles, y cuando los responsables políticos ignoraban deliberadamente las necesidades del recinto universitario al permitir una densificación desordenada de los edificios y cuando se llegó a una importante masificación en las aulas.

La aparición de conflictos de límites, el uso intensivo e inadecuado de las vías —en algunos casos convertidas en meras travesías rápidas que han llegado a ser auténticas fronteras urbanas— y el desorden general al que se llegó en el interior del campus fueron la consecuencia directa de su marginación y segregación respecto al planeamiento urbano de Madrid.

La Ciudad Universitaria llegó al siglo XXI como un islote urbano, un “campus de Agramante”¹² a la espera de la redacción de un plan especial que establezca nuevas bases y criterios para la gestión del recinto, tanto en lo referente al mantenimiento de tan singular y valioso patrimonio arquitectónico y urbano, como a las previsiones de crecimiento.¹³

Para ello se creó el Consorcio Urbanístico de la Ciudad Universitaria, en el que estaban representados los principales agentes implicados en el recinto, entre ellos, las tres universidades que en él se han ubicado —además de la Complutense, la Politécnica y la Universidad Nacional de Educación a Distancia—, el Ayuntamiento de Madrid, la Dirección General de Transportes de la Comunidad de Madrid y la Jefatura Provincial de Carreteras. Pero también era necesario considerar los intereses de otros ocupantes como el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, la Junta de Energía Nuclear, las instituciones hospitalarias, etcétera.

Finalmente, en el seno del Consorcio se elaboró y presentó un Plan Especial de Reforma Interior —a cargo del prestigioso equipo de arquitectos Carlos Rubio Carvajal y Enrique Álvarez Sala— que intentó conciliar intereses y poner orden en el recinto, en un momento en el que no se atisbaba la crisis económica que estaba por llegar. Su proyecto no sólo replanteó y mejoró las relaciones con el área metropolitana, sino que ordenó los espacios libres y el uso de vialidades en el interior del recinto.

¹² P. Chías, “El proceso de planificación urbanística de la Ciudad Universitaria de Madrid”, *Ciudad y Territorio*, núm. 56, 1983, pp. 73-92.

¹³ P. Chías, “Un ejemplo de amnesia histórica”, *Revista Alfoz*, núm. 86 monográfico Ciudad Universitaria de Madrid, 1992, pp. 90-92.

CONCLUSIONES

Se puede afirmar que una circunstancia se ha repetido en todos los intentos de planificación de la Ciudad Universitaria desde su creación: la ausencia de un modelo estratégico de universidad que a la vez sea consciente de la herencia —en este caso construida— pero en el que ésta no suponga un lastre sino una oportunidad de futuro.

La calidad de la docencia y la investigación españolas son sobresalientes y su presencia en el mundo ha aumentado hasta situarse en cotas equiparables a los países punteros desde que se apostara en el año 2000 por invertir en ellas y apoyar su internacionalización. Considerando que el material humano es excelente y que su prestigio está reconocido, no se puede entender ninguna iniciativa urbanística que esté desvinculada del imprescindible plan estratégico de política científica y de universidades, planteado a largo plazo y desvinculado de intereses políticos.

Si en un momento se apostó acertadamente por que todo el que lo deseara y cumpliera unos requisitos razonables pudiera acceder a los estudios superiores, el mundo actual demanda, junto a los criterios de excelencia, otras opciones formativas que entonces se desatendieron, como por ejemplo la formación profesional.

La vinculación con la empresa y la transferencia del conocimiento a la sociedad deben ser exigencias prioritarias, y cualquier modelo que se plantee ha de considerarlas como tal y poner los medios para su cumplimiento, por ejemplo elaborando una Ley de Mecenazgo que facilite la incorporación de los intereses de las empresas a la Universidad y la financiación de sus aspectos más competitivos.

En conclusión, la realidad social ha de estar presente en el modelo de universidad para el futuro, y en consecuencia éste se debe plantear estrechamente vinculado a la transferencia tecnológica y del conocimiento, a la innovación y al funcionamiento de las redes científicas apoyadas en el pleno uso de las tecnologías de la información, así como a la conciencia de la eficiencia energética y la movilidad sostenible. Todos estos elementos tendrán que estar presentes en cualquier proyecto futuro de planificación urbanística. ❧

La fundación de la Ciudad Universitaria en Bogotá

Un referente de modernidad y democracia

Fernando Viviescas Monsalve

En un acto sui géneris en la historia de la Universidad Nacional de Colombia, el 20 de diciembre de 2013, en su Aula Magna, el Auditorio León de Greiff, el presidente de la República sancionó la Ley Estampilla pro UN y demás Universidades Estatales de Colombia —que había sido aprobada por unanimidad en la Comisión Tercera del Senado de la República el 3 de noviembre, y en la Plenaria, el 27— la cual permite que el Alma Máter adquiera los recursos económicos para emprender la reconstrucción y actualización de buena parte de su infraestructura física que ahora, en algunos casos, presenta una situación lamentable.¹

Desde la perspectiva histórica, la sanción legislativa crea la oportunidad, por demás significativa, de conmemorar los ochenta años de la instauración de la gran reforma universitaria que llevó, en 1936,² a la creación y localización de la Ciudad Universitaria en el lugar que, años más tarde, el desarrollo urbano de Bogotá iba a configurar como el cruce de la Carrera 30 con la Avenida El Dorado: uno de los sitios más significativos de su pretendida modernidad y de lo que la urbe capitalina va a tener como soporte estructural hacia el siglo XXI.

¹ Bogotá D.C., 20 de diciembre de 2013, Agencia de Noticias UN, “En un acto histórico en la Universidad Nacional de Colombia, el presidente de la República, Juan Manuel Santos, sancionó la Ley Estampilla Pro UN y demás Universidades Estatales de Colombia desde el emblemático auditorio León de Greiff, disponible en: <http://www.agenciadenoticias.unal.edu.co/ndetalle/article/en-el-leon-de-greiff-presidente-santos-sanciona-ley-estampilla-pro-un.html> [consultado: 7 de febrero de 2014].

² Aunque la Ley Orgánica de la Universidad era la núm. 68 de 1935, apenas entró en vigencia el 10 de abril de 1936. Ciro Quiroz, *La Universidad Nacional de Colombia en sus pasillos*, Bogotá, Unibiblios, 2002 y 2003, p. 119.

Y dada la coyuntura política y cultural actual, esa celebración debería convertirse en el restablecimiento crítico contemporáneo del proyecto de modernización más importante que se ha propuesto el país —que fue trunco por la reacción feroz de los sectores más retardatarios de la dirigencia colombiana, que dio al traste con la “revolución en marcha” de Alfonso López Pumarejo—³ y que tuvo en la dotación universitaria no sólo a uno de sus protagonistas más significativos sino, junto con su unificación institucional, tal vez lo más tangible que construyó y extendió su vigencia hasta ahora.

López reorganizó la Universidad Nacional, le concedió autonomía académica y la dotó de un campus espléndido [...]. Las reorientaciones pedagógicas adoptadas por muchos planteles públicos y privados quedaron inmersas en un contexto de polarización doctrinaria. Se fortalecieron las corrientes anticlericales en el liberalismo y se reavivó la intemperancia eclesiástica [...]. El reclutamiento y formación de dirigentes redobló su importancia y en ese ambiente fueron resocializados los políticos profesionales que llegarían al poder en las décadas posteriores.⁴

Por lo demás, aquella resistencia inició el hundimiento de nuestra sociedad en el vórtice de violencia⁵ que, en gran medida y con las distintas variantes que ha venido tomando sin parar nunca, es el que pretendemos superar ahora, en una de sus múltiples complejidades, con el proceso de Conversaciones de Paz que el gobierno ha iniciado y sostenido con las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en La Habana desde el año pasado.

³ El marco programático en el cual estaba inmersa (en gran medida sustentándola intelectual y políticamente) la reforma de la educación superior que unificó a la Universidad e inauguró el campus. Esto ocurrió en el primero de los dos gobiernos de López (1934-1938). El segundo, iniciado en 1942, fue interrumpido por la renuncia que presentó el mismo presidente en 1945, después de haber sufrido un golpe de Estado en 1944. “El golpe de Pasto, aunque fallido, mostraba hasta dónde habían penetrado los motivos de la oposición [...]. El país vivía una época conspirativa, que el mismo López Pumarejo admite [...]. Las esperanzas de redención de la pobreza creadas por el mismo animador de la ‘revolución en marcha’ se volvían contra él. Se sucedía un fenómeno de desencanto popular.” Alberto Vásquez Carrizosa, *Historia Crítica del Frente Nacional*, Bogotá, Ediciones Foro Nacional por Colombia, 1992, p. 59.

⁴ Marco Palacios, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia 1875-1994*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1995, p. 155.

⁵ “Simultáneamente, la derecha conservadora renunció en varias ocasiones a participar en las elecciones y a hacer oposición en los cuerpos legislativos, dejando abiertas las puertas de la acción directa. Así se despejó el camino a la *violencia*.” M. Palacios, *op. cit.*, p. 131.

EL CAMPUS DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL EN BOGOTÁ
Y LA CONDENSACIÓN DE UN PROYECTO DE SOCIEDAD:
COLOMBIA EN LOS AÑOS TREINTA DEL SIGLO XX

En este contexto adquiere una enorme pertinencia filosófica y política el retorno crítico al sentido político y cultural y al valor urbanístico y arquitectónico que tuvo el proceso de la concepción, diseño y construcción del campus de la Universidad Nacional en la mitad de la década de los años treinta del siglo pasado.

En lo fundamental, porque el surgimiento del campus como idea no fue el resultado de un simple ejercicio de inteligencia individual de algún funcionario en el desarrollo de sus tareas burocráticas, sino la consecuencia material más tangible e inmediata del proceso de reforma más profunda, integral y significativa que ha tenido la educación en la historia moderna del país, la cual estaba en el centro de la estrategia de gobierno que pretendía imponer el Partido Liberal al volver al poder después de cuarenta y cinco años de hegemonía conservadora.

una estrategia reformista [...] que privilegió el campo de la educación y, por lo tanto, el asunto de las relaciones entre el Estado y la Iglesia. Para la consecución de su fines de democratización y modernización de la sociedad colombiana, el gobierno buscó una mayor centralización del aparato educativo [...]. Pero las reformas educativa no fueron sólo en relación con el poder sino también en el orden del saber [...] se apropiaron y pusieron en juego un conjunto de enunciados relativamente novedosos en el país: el nacionalismo, la democratización de las relaciones sociales y la cultura popular.⁶

En este marco, en relación con la educación superior, se llevó a cabo la unificación institucional de la Universidad Nacional para atender los nuevos requerimientos del país, tal como lo argumentaba el ministro (encargado) de Educación ante el Senado en 1937:

Necesitamos una Universidad que nos dé profesionales adecuados a las necesidades del país, aptos para su gobierno. Mas para lograr esa clase profesional,

⁶ Javier Sáenz Obregón, "Fritz Karsen y la Universidad Nacional de Colombia", Bogotá, manuscrito, 2006, pp. 1-2.

de cultura universal, nos encontramos con el primer obstáculo en esta Universidad fragmentada que vive dentro de la agresiva insularidad de las facultades.⁷

Como consecuencia, en el mismo procedimiento se aprobó la creación de lo que se denominó la Ciudad Universitaria con lo cual, en el orden urbano, se hizo consciencia, desde el principio, del nuevo tipo de relaciones que se tenían que establecer entre la urbe y la nueva estructura educativa, no sólo por la concentración académica en un solo sitio del territorio citadino sino por las determinaciones estructurales que ya se planteaban para lo que sería, en las décadas ulteriores, la metrópoli que hoy nos alberga: “La Universidad sería entonces la autoridad científica de la ciudad, la inspiraría, la ilustraría, le aconsejaría mejoras culturales y sociales [...] extendiendo a la colectividad entera, en la medida de lo posible, el fruto de las tareas universitarias”.⁸

Es en este orden de ideas en el que se pueden señalar, más allá de las evidencias materiales que instalan la concepción y la construcción del campus, las proyecciones significativas, trascendentales, que convierten ese complejo y riquísimo proceso en un potente referente, pertinente para la formulación contemporánea de proyectos de sociedad y de ciudad que requerimos en este momento coyuntural de nuestra definición programática, no sólo referido a la búsqueda de la paz sino, proyectualmente, en la perspectiva de ubicarnos de manera solvente en el concierto de las naciones del siglo XXI.

Aunque, como ya señalamos, todo este episodio creativo y sus componentes quedaron truncos por la acción y el poder de los sectores más reaccionarios de las élites colombianas —que llevaron su oposición al cambio hasta el punto de hacer saltar el país hacia el vacío de la violencia que duró hasta los años cincuenta— este escrito busca resaltar, de entre todos ellos, cuatro proyecciones significativas que estaban en la base de esta propuesta moderna: de democracia, de racionalidad, de creatividad y de calidad de vida; de concepción, diseño y construcción del campus de la Universidad Nacional en Bogotá.

⁷ Jorge Zalamea, “El gobierno y la nueva Universidad”, *Revista de las Indias*, vol. 1, núm. 6, julio de 1937, p. 22.

⁸ Luis de Zulueta, “La Universidad en el siglo XX”, *Revista de las Indias*, vol. 1, núm. 6, julio de 1937, p. 28.

Más allá de la vigencia que sustenta la investigación especializada contemporánea, es necesario poner de relieve tanto la calidad visionaria de quienes las expusieron y tramitaron como, especialmente, el valor condensador de la arquitectura y el urbanismo como disciplinas en los procesos políticos y materiales de conformación de formas de existencia que permitan unas relaciones inteligentes y responsables entre los hombres y mujeres y entre ellos y la naturaleza y los ámbitos imaginativos y tangibles de las culturas.

En primer lugar, el proceso que llevó al inicio de la construcción de la Ciudad Universitaria, en Bogotá, fue la primera formalización integral, en el siglo XX, del intento de formular conscientemente un proyecto de sociedad en Colombia. En segundo término, su emplazamiento físico y la dimensión de la función educativa que manejó le indicaron a la ciudadanía de la época la escala que empezaba a tener la existencia individual y colectiva al adentrarse en la era urbana. Un tercer aspecto es que el despliegue de diseño, arquitectura y urbanismo que hubo que hacer para la edificación del campus emplazó la estética moderna en la cotidianeidad ciudadana. Finalmente, quizá lo más potente en el proceso de creación de proyectos de sociedad en clave colectiva, el campus se convirtió en el pionero cultural y político de la fundación del espacio público como el ámbito de identidad de las nuevas ciudadanías.

UN CAMPUS PARA LLENAR EL VACÍO PROYECTUAL

En realidad, el presidente López Pumarejo no buscaba solamente perturbar las relaciones de poder de los sectores conservadores. Como cabeza del Partido Liberal, tenía la perspectiva estratégica de darle viabilidad al país en la órbita del desarrollo capitalista y para ello tenía que revolucionar las estructuras que lo mantenían atado al siglo XIX.

En más de un sentido, lo que el gobierno buscaba era darle un propósito consciente a la sociedad, señalarle un norte que no tenía; llenar lo que un teórico del diseño llamó, muchos años después, el “vacío proyectual”,⁹ en

⁹ Gui Bonsiepe, *El diseño de la periferia. Debates y experiencias*, México, Editorial Gustavo Gili, 1985, pp. 22-24.

el cual viven sociedades como la colombiana, “cuyo desarrollo y funcionamiento no generarían ni potenciarían las aptitudes y las actitudes para formular proyectos colectivos; sociedades que se habrían instalado en la pre-modernidad y desde allí se resisten a asumir las realidades contemporáneas”.¹⁰ En esa perspectiva racional de largo plazo la educación tenía que reestructurarse para modernizar el aparato y el entorno productivo.

Como consecuencia, se sometió el campo educativo a un examen riguroso y en ese marco se llamó a un experto alemán, el profesor Fritz Karsen,¹¹ quien después de un estudio muy serio propuso, entre otras medidas, la reforma total y la unificación institucional y espacial de la Universidad Nacional que hasta ese momento había funcionado desperdigada en distintas escuelas en el territorio de la ciudad de Bogotá.

En un ejercicio, para Colombia, de extraña coherencia moderna, se tomó la determinación de asumir integralmente las recomendaciones de los expertos y se conformó un equipo con el arquitecto Leopoldo Rother, también alemán, para materializar no sólo la unificación institucional del centro docente sino su ubicación funcional en el territorio de la capital.

Allí se experimentó y se concretó un gran trabajo crítico que dio como resultado no sólo la revolución de la educación superior: la modernización del concepto de Universidad, sino, como consecuencia de la adopción del concepto de campus —que provenía de la experiencia estadounidense y no europea— para su edificación, la construcción de una de las más grandes obras arquitectónicas de Colombia y, probablemente, la primera muestra de urbanismo moderno que había configurado el país en sus pequeñas ciudades, no sólo por su dimensión sino por su trascendencia significativa.

La obra no surgió simplemente para ocupar el territorio para la especulación inmobiliaria o mercantil sino para albergar una actividad, como la educación, comprometida con la construcción de todo un modelo de sociedad: ese fue el tamaño de su significado.

¹⁰ Siguiendo una reflexión de la teoría del diseño, en especial de Gui Bonsiepe y Tomás Maldonado, he desarrollado, para la Universidad Central de Bogotá, una visión del concepto en un escrito anterior, del cual he tomado estas líneas. F. Viviescas Monsalve, “El diseño de la ciudad: Imaginación proyectual para Colombia”, *Cuadernos de Utopía*, núm. 2, abril de 2012, p. 20.

¹¹ J. Sáenz Obregón, *op. cit.*

Los trabajos de planeación académica fueron muy extensos. No se quería trasladar a la nueva ciudad un conjunto de escuelas tradicionales, sin haber revisado a fondo su orientación y sus programas [...]. La amplia tarea comprendió hacer el inventario de las materias de todos los pensum [*sic*] y elucidar sus modificaciones en el futuro. Se clasificaron las materias según campos científicos y se ensayó a establecer cuáles se enseñarían en varias carreras. Karsen las hizo representar mediante círculos y haces de líneas, que indicaban las relaciones entre los campos científicos y las enseñanzas de las profesiones [...] finalmente, los planeadores, primordialmente por iniciativa de Fritz Karsen, recomendaron formar trece o catorce departamentos semiautónomos, que deberían tener un considerable desarrollo científico y académico, tan importante como el de las escuelas profesionales en el pasado.¹²

La adquisición del campus, la consiguiente agrupación de todas las facultades que hasta ese momento habían poblado el centro de la pequeña ciudad que era Bogotá y la reforma académica que surgió de su reestructuración, ligaron la Universidad a la formulación del proyecto de sociedad que buscaba López.

La sola ubicación del campus, el proceso de trazado urbanístico, de diseño arquitectónico y de construcción edilicia que se inició inmediatamente con el ímpetu de un programa nacional y bajo la dirección de Leopoldo Rother, convirtieron a la Universidad —paralelamente a ser un centro intelectual fundamental de análisis y de discusión académica, siguiendo los derroteros trazados por Fritz Karsen— en un polo fortísimo de atracción urbanística hacia la Sabana y, con ello, contribuyó de manera decisiva a profundizar y direccionar el cambio de derrotero que, desde los años veinte, se había iniciado en Bogotá.

Es decir, frente a un problema concreto como era modernizar la educación, el proceso fue haciendo evidente y fue asumiendo como problema la necesidad de la invención de nuevas formas de articulación de visiones y perspectivas que no sólo pretendían resolver las limitaciones y falencias del pasado en el sector educativo sino que apuntaban a extender y a cualificar, de manera creativa y consciente, la posibilidad de la existencia individual y colectiva. Esto es, se comprometieron a llenar el vacío de proyectos de socie-

¹² Hans Rother, *Arquitecto Leopoldo Rother. Vida y obra*, Bogotá, Escala Fondo Editorial, 1984, pp. 40-42.

dad que había caracterizado a Colombia hasta ese momento y que muy posiblemente siguió arrastrando como un lastre, por lo menos hasta la redacción de la Carta Constitucional de 1991.

LA ERA URBANA Y EL CAMBIO DE ESCALA DE LA VIVENCIA COLECTIVA

Así aparece el segundo ámbito de trascendencia que tuvo la aparición del campus de la Universidad Nacional y el proceso racional y analítico de su formulación: la indicación de lo que significaba para la gran aldea que era Bogotá, y para el país, la entrada en la era urbana, anticipándose y señalando el camino hacia donde irremisiblemente iba a trasegar la ciudad y el conjunto social en las décadas por venir.

El acceso de los jóvenes a la Universidad implica para ellos la asunción de cambios radicales tanto en el orden social como en el individual, tanto en sus comportamientos como en sus formas de pensar y de sentir, tanto en el ámbito psicológico como en la configuración de su contextura y apariencia física. Esta experiencia está signada indiscutiblemente, y de manera necesaria, con el desarraigo.

La enorme cantidad y diversidad de calidad de la información que se genera; las velocidades cambiantes a las que se mueven los intercambios para los cuales se produce el conocimiento; la dinámica que imponen las competencias resultantes de un contexto que se basa en la búsqueda de la excelencia y el rigor; la presión material y psicológica a la que someten a los individuos el debate y el intercambio permanente de las ideas; la exigencia de la atención constante a que obliga la investigación; el requerimiento de la dedicación al estudio que exigen el análisis y la crítica de lo que se produce; todos ellos actuando combinadamente con las emociones producidas por el diario devenir de la existencia hacen de la universidad un ámbito esencialmente dedicado a producir un “acrecentamiento de la vida nerviosa” en los términos en que lo definió Simmel para la gran ciudad.¹³

¹³ “El fundamento psicológico sobre el que se alza el tipo de individualidades urbanitas es el ‘acrecentamiento de la vida nerviosa’, que tiene origen en el rápido e ininterrumpido intercambio de impresiones internas y externas [...]. En tanto que la gran urbe crea precisamente estas condiciones psicológicas (a cada paso por la calle, con el *tempo* y las multiplicidades de la vida económica, profesional, social), produce ya en los fundamentos sensoriales de la vida anímica, en

De ese contexto proviene la gran complejidad del espacio universitario: su carácter eminentemente urbano y su afinidad con la cultura de la ciudad.

De ahí que a las aulas y laboratorios donde se desarrolla mayormente la misión funcional primaria de estos centros educativos tienen que rodearlos unos espacios donde pueda transcurrir cotidianamente y en la extensión histórica —de manera cualificada y dignificante— la abigarrada dinámica y multiplicidad de experiencias sociales, psicológicas, culturales y políticas que sustentan el devenir de los hombres y mujeres que constituyen la Universidad: se requieren la arquitectura y el urbanismo, tal como lo exige en el mundo contemporáneo la ciudad, esto es, la forma de existencia que la humanidad ha venido conformando como su hábitat.¹⁴

Las dimensiones y los trazados urbanísticos que empezó a mostrar el rico proceso de diseño y construcción del campus, así como las nuevas vertientes del pensamiento y la imaginación que comenzaban a ser consideradas, les descubrieron a los asombrados capitalinos el tamaño y la trascendencia de la llegada a la vida urbana¹⁵ y con ello y por ello se produjo un violento rompimiento en el orden espacial.

Bogotá, que todavía en esos momentos se mantenía colgada de los cerros tutelares y pegada a la antigua Calle Mayor (El Camino Real, La Salida a Tunja, La Séptima) y se resistía a ocupar la extensión de la Sabana, impedida por la localización del campus indicando el occidente, empezó el crecimiento edificatorio definitivo hacia el Río Bogotá que la iba a convertir, definitivamente, en la metrópoli que es hoy: una de las más grandes de América Latina.

el *quantum* de la consciencia que ésta nos exige a causa de nuestra organización como seres de la diferencia, una profunda oposición frente a la pequeña ciudad y la vida del campo, con el ritmo de su imagen senso-espiritual de la vida que fluye más lenta, más habitual y más regular.” George Simmel, “Las grandes urbes y la vida del espíritu”, en *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*, Barcelona, Ediciones Península, 1998, pp. 247-248.

¹⁴ La humanidad en multitud, como lo propone el filósofo italiano Guiseppe Zarone, *Metafísica de la ciudad. Encanto utópico y desencanto metropolitano*, Valencia, Pretextos/Universidad de Murcia, 1993.

¹⁵ Decía el ministro: “Para comprobar la ignorancia en que vivimos con respecto a nuestra ciudad, bastará recordar que hoy no sabemos cuántos habitantes tiene ella. El saber la población actual de Bogotá ha llegado a ser una especie de deporte a que con gusto se han entregado sus habitantes. Pero lo mismo puede ser de doscientos cincuenta mil que de cuatrocientos mil, sin que sepamos cuál de esos extremos está más cerca de la realidad”, J. Zalamea, *op. cit.*, p. 25.

Con la dimensión de gran ciudad —que empezaba a vislumbrarse en el territorio por la ampliación de la mirada y la percepción que imponía ya la consideración del nuevo terreno de la Universidad, que ampliaba los mapas y los planos de representación de la urbe en ciernes— aparece también la escala urbana que irían a ilustrar, en el entramado espacial, las distintas edificaciones y las innovadoras estructuras arquitectónicas que emergían para albergar las nuevas funciones, a medida que la urbe tomaba cuerpo y dejaba atrás su pasado aldeano y pueblerino.

La destinación de 121 hectáreas (que en el inicio fueron 140) exclusivamente a los estudiantes tenía que parecer excesivo¹⁶ en aquella aldea que apenas sobrepasaba Teusaquillo y en un país en el cual la educación era apenas para los pocos privilegiados.

Un informe oficial puntualizó en 1936 que 90 por ciento de las diez mil escuelas oficiales incumplían los requisitos mínimos de higiene; dos de cada tres [niños] en edad escolar no recibían instrucción por carencia de aulas y maestros; cerca de la mitad de los diez mil maestros eran incompetentes [...]. Se esperaba que [el estudiante promedio] aprendiera a leer y a escribir, las cuatro operaciones aritméticas, el catecismo del padre Astete y rudimentos de historia, geografía y civismo.¹⁷

No se tenía consciencia de que la ciudad introducía otra forma de mirar, percibir y resolver los problemas. La ciudad producía su revolución cultural sin que la dirigencia se percatara del extraordinario cambio que se estaba operando en su entorno vivencial.

Se quejaba el ministro ante los honorables senadores porque: “Se esgrime contra la Ciudad Universitaria el argumento de que es inverosímil que un país como el nuestro, atrasado, con una cultura que no alcanza mayores

¹⁶ “Algunos datos permiten pensar que, para la época, la ciudad habría podido alcanzar entre 1500 y 2000 hectáreas de área construida, por lo cual el solo campus (con sus más de 120 ha) podía representar entre 6 y 8 por ciento de todo lo edificado en la ciudad. El censo nacional de 1938 calculaba la población bogotana en 330 312 habitantes, esto es, había más que triplicado los que tenía al inicio del siglo (unos 100 000) cuando se extendía unas 570 ha [nota 21]. Por otro lado, en 1944 el área construida era de 2 480 ha, la urbanizable de 3 976 y había 648 ha en áreas verdes, frente a las cuales, la Universidad representaría casi 20 por ciento”, Marcela Cuéllar Sánchez y Germán Mejía Pavony, *Atlas histórico de Bogotá. Cartografía 1791-2007*, Bogotá, Alcaldía Mayor de Bogotá D.C./Planeta, 2007, p. 100.

¹⁷ M. Palacios, *op. cit.*, p. 154.

proporciones, trate de construir una Ciudad Universitaria que no ha estado en la mente de ninguno de los grandes reformadores de Europa”.¹⁸

Pero era obvio que la “enorme” extensión del campus, la escala de referencia que introdujo de manera abrupta y la amplitud de las perspectivas que abrió la opción de diseño que los maestros alemanes lograron darle, tenían que parecer particularmente subversivos teniendo en cuenta que irrumpían en un marco dirigente, como el colombiano, caracterizado por ser reacio a considerar la responsabilidad de los grandes retos: tan incapaz de grandeza y tan proclive a lo simple, a lo inmediato, en última instancia, a la violencia. Una dirigencia que al decir de una de sus mentes más brillantes:

Pensábamos que en materia de gastos públicos sólo se justificaban por el aspecto cultural aquellos que implica la instrucción primaria, por ser la que en alguna medida se vincula al pueblo. Para los altos estudios reclamábamos una especie de boicot por el Estado, ya que de ellos sólo se benefician en la organización que tenemos las clases bendecidas por el privilegio.¹⁹

Y el campus los puso abruptamente de cara a su propio destino: la aldeana dirigencia colombiana no entendía todavía que su ciudad capital era una metrópoli en ciernes.

DEL DAMERO A LA ABSTRACCIÓN DE LA ESTÉTICA

Entonces aparece una nueva estética y este es el tercer aspecto trascendental de la aparición del campus: el urbanismo moderno que plasmó Rother,²⁰ se alejó del damero como forma de ordenar el territorio y, al darle una unidad formal y funcional al territorio universitario que se asomaba a la sociedad colombiana —con una perspectiva de conocimiento y cultura absolutamente nueva—, de un lado lo articuló, recomponiéndolo, al paisa-

¹⁸ J. Zalamea, *op. cit.*, p. 22.

¹⁹ Gerardo Molina, “La Nueva Universidad”, *Revista de Las Indias*, vol. 1, núm. 6, julio de 1937, p. 50.

²⁰ Interpretando el concepto de las relaciones que, según la concepción de Karsen, los saberes establecen en el espacio cuando pretenden actuar buscando la producción de nuevas situaciones de pensamiento y de imaginación.

je urbano inmediato de los Cerros Orientales, que se convirtieron mediante la contemplación en parte constitutiva de la cotidianidad universitaria y, del otro, hacia el occidente, le abrió una enorme ventana hacia la “cosmogonía colombiana”, al hacer cómplices de la vida diaria de la ciudadanía académica, desde la lejanía, a los atardeceres sabaneros sobre el Río Magdalena.

Con ese gesto se dejaban establecidas la evidencia y la necesidad de la consideración de la responsabilidad ambiental que luego facilitó que el campus, naturalmente, formase parte de la Estructura Ecológica Principal que, muchas décadas después, adoptó la ciudad.

Rother fue, sobre todo, lúcido al conectar el campus, a ras de piso, directamente a Bogotá. De un lado, a la ciudad que existía desde tiempos inmemoriales, diseñando un trazado que —permitía (e invitaba a) la entrada al campus tanto de la Calle 45, esto es desde Teusaquillo, como de la Calle 26— junta ambas avenidas en un punto central del trazado universitario. Conformó así un sitio que al inicio fue simbólicamente ceremonial y luego, en los años sesenta y setenta, cuando la Universidad con empréstitos internacionales realizó su segunda gran intervención urbanística y arquitectónica, sirvió de localización a la Plaza Santander (más conocida como Plaza Che), alrededor de la cual se ubican la Biblioteca Central, la Torre de Rectoría (hoy destinada a la Facultad de Enfermería) y el ya mencionado Auditorio León de Greiff.

Del otro costado, el occidental, se abrió a la urbanización que bajo su propio influjo iba a surgir imparable, y a extenderse hasta el Río Bogotá, construyendo las vías que, al conectarse con la Calle 53 y con la Carrera 45, hoy permiten la articulación del campus con los desarrollos que vendrán en el siglo que está comenzando.

Así, aunque el trazado del campus está dominado por dos elipsis concéntricas que ordenaron la distribución de los distintos edificios que acogen los diversos departamento y facultades, el sistema circulatorio se articulaba sin ningún trauma con la viabilidad citadina y permitió, incluso, que el sistema de transporte público transitara de manera natural por la vialidad del trazado académico y la Universidad funcionó en armonía con la urbe hasta cuando, por diversas circunstancias, hacia el inicio de la década de los setenta, se impidió la circulación de los automotores colectivos.

En medio de las explanadas verdes y los bosques que se dejaron enmarcados por el sistema vial, la Universidad, asesorada y guiada por Rother, empezó a desplegar, en un alarde inmenso de la conciencia de su papel de pionero de la modernidad, una exposición permanente de verdaderos portentos arquitecturales —el edificio de la Imprenta, hoy Museo de Arquitectura; el de la Facultad de Ingeniería, los de las residencias estudiantiles, enmarcando el acceso de La 26— los cuales, formal y funcionalmente ilustraban al cuerpo académico y a la ciudadanía en general sobre los planteamientos de las vanguardia expresivas mundiales.

Las formas geométricas, los cubos, los grandes volúmenes que aparecían aquí y allá en el campus, que con el despliegue de los inmensos muros blancos permitían, al decir de Le Corbusier, y repetían permanentemente el libre juego de las luces y las sobras sobre el plano, empezaron a hacer las delicias de la gente común: de los niños y de las mujeres y de los hombres que empezaron a visitarlo, cada vez más asiduamente, los fines de semana.

Aquellos despliegues formales abstractos empezaron a reemplazar en la imaginación colectiva la perspectiva callejera caracterizada por los andenes y los aleros que de mil maneras y desde la Colonia se venían repitiendo en la cotidianeidad bogotana.

LA FORMALIZACIÓN DEL ESPACIO PÚBLICO

La enorme apertura mental que significó la revolución educativa que sostenía todo el proceso político-cultural que implicaba la llamada “revolución en marcha” encontró una correspondencia material vivificante en el despliegue formal: arquitectónico y urbanístico, que acompañó la construcción que paulatinamente se iba metiendo en el campus, pero también en la cabeza y en el alma de una población que se iba alejando de los fantasmas oscurantistas que desde la tradición los habían acompañado y determinado.

La apertura al conocimiento —implícita en la revolución educativa— se correspondió con una eclosión formal tangible que afectó inmediatamente las condiciones materiales de existencia del conjunto de la población: el campus.

Dado que su formalización siempre avanzó en medio de las dinámicas creativas abiertas por la sociedad —desde las consideraciones políticas para

su exposición como soportes de proyectos de sociedad hasta su materialización tangible—, apelando a los procedimientos y metodologías que la creatividad humana había avanzado y consolidado hasta ese momento en el diseño, la arquitectura, el urbanismo, la ingeniería y las técnicas constructivas, en el conjunto se produjo una revolución cultural que introdujo una nueva dimensión de la vida social: el espacio público como forma colectiva de expresión y de exposición de los elementos y procesos que nos atañen a todos porque determinan la vida colectiva.

A la dinámica que se pretendía activar con el funcionamiento de una ciudadela universitaria que contenía “todas” las formas del conocimiento formal conviviendo cotidianamente, en cuyos jardines el tiempo libre encontraba el más amplio y más bello espacio para la interlocución y la contemplación, se integró poco a poco el conjunto de la ciudadanía que encontraba allí una innovadora forma de relacionarse entre la gente y con la naturaleza y con la imaginación.

Todo dispuesto en formas arquitecturales y urbanísticas absolutamente contemporáneas que se diferenciaban conscientemente de todo lo que la tradición persistía en repetir en el centro de la ciudad y en los pequeños parques que todavía se construían, en la repetición interminable de barrios que la especulación inmobiliaria constreñía cada vez más.

Así, el campus de la Nacional se lo apropió la gente como el mayor parque de la ciudad y el único verdaderamente moderno. El Parque Nacional, a pesar de que al parecer obtuvo su espacio al mismo tiempo que el del terreno de la Universidad, sufrió un tratamiento completamente formal, es decir, reprodujo los del siglo XIX, sin agregar nada a la vida ciudadana que se consolidaba para entrar en los años cincuenta y sesenta. El flamante Parque Simón Bolívar, a pesar de su cercanía espacial y su afinidad genealógica, todavía tendría que esperar casi cuarenta años y dos visitas papales para completar, con el Parque de la Universidad, el centro recreacional que hoy, en el siglo XXI, caracteriza a Bogotá.

Entretanto, el campus siempre figuró como el arquetipo de la espacialidad moderna que podía ilustrar la eventual discusión teórica, académica y profesional sobre el espacio público aunque, realmente, la misma sólo aparecería tardíamente hacia los años ochenta, mucho después de la vigencia de la “ciudad del Estado de sitio” que impuso el Frente Nacional, esto es,

el régimen que acordaron los sectores dominantes en 1958, luego de que terminara el baño de sangre que le costó al país la derrota de los planteamientos de la “revolución en marcha”, incluidos, claro, los que sostenían las ilusiones que se han expuesto hasta este punto en estas páginas.

LA INCUBACIÓN SILENCIOSA DE LA RESISTENCIA A LA MODERNIDAD

Pero no fue solamente por esta renuencia del statu quo de la sociedad colombiana a abandonar el siglo XIX, a entrar en la modernidad, de forma civilizada: de la mano de un proyecto que se fue configurando en un plano demasiado perfecto desde el punto vista de la teoría política y cultural de la Ilustración; que la Universidad no pudo materializar en la práctica ese liderazgo conceptual y metodológico podría sospecharse por el sesgo de la exposición que se ha hecho hasta aquí.

El fracaso de la propuesta universitaria había empezado, y se había desarrollado también, en el interior mismo de ese campus que hemos reseñado en sus perspectivas positivas. Por extrañas circunstancias —que la investigación histórica está en mora de desentrañar— la cotidianeidad de la, desde sus inicios, llamada Ciudad Blanca fue enconchándose cultural e intelectualmente de tal forma que terminó por aislarse del extraordinario proceso social, urbanístico y político que iniciado contemporáneamente con el diseño del campus, llevó a la capital —en menos de sesenta años— de su entramado aldeano a ser una de las más importantes metrópolis del Tercer Mundo.²¹ Los estamentos universitarios permanecieron sordos a ese fragor e, incluso, en sus manifestaciones artísticas y políticas permanecieron aferrados a prácticas más o menos provincianas que no hicieron más que prolongar, en el tiempo, tradiciones seculares²².

²¹ “A comienzos del siglo XX, Bogotá tenía cerca de cien mil habitantes y ocupaba algo menos de 2 por ciento del área actual de la ciudad” (unas 570 hectáreas), pero para 1998 el territorio ocupado por los núcleos urbanos de la capital medía 39 mil ha y la población registrada era de 6 164 494; véase, Alcaldía Mayor de Bogotá, *Plan de Ordenamiento Territorial (POT)*, Bogotá, Departamento Administrativo de Planeación Distrital, 2000, pp. 85, 57 y 30. Ahora bien, según los datos censales, el área metropolitana de Bogotá registró 676 099 habitantes en 1951, 1 702 378 en 1964, 2 926 966 en 1973 y 4 447 601 en 1985; véase, Ministerio de Desarrollo Económico, *Desarrollo Urbano en Cifras*, núm. 1, octubre de 1996, p. 14.

²² “La historia de las fiestas colectivas de estudiantes se remonta a los años treinta, cuando Bogotá parecía adormecida y sus gentes estaban más habituadas a los oficios religiosos y al diario tor-

A pesar de los extraordinarios avances que indicaron tanto Fritz Karsen como Leopoldo Rother en los años treinta y cuarenta del siglo pasado —inspirados en el primero por lo más adelantado de la discusión moderna sobre educación y cultura y, en el segundo, por lo más granado del movimiento moderno— por lo menos hasta 1954, cuando la brutalidad de la dictadura de Rojas Pinilla segó la vida de más de una decena de sus alumnos en el campus y en las calles del centro bogotano, los estudiantes apenas salían a la ciudad en los desfiles de sus reinados y festivales, de igual manera que lo han hecho todos los pueblos colombianos desde tiempos inmemoriales.

Es posible que el soporte cultural de la población universitaria, especialmente de la estudiantil, compuesta fundamentalmente por provincianos venidos de todas las regiones de Colombia, esto es, de municipios cuyos referentes culturales permanecían, más aún que Bogotá, aferrados a los ancestros aldeanos de un país que se resistía a adentrarse en la modernidad, haya influido determinantemente en la enajenación que se hizo del extraordinario proceso material, político y cultural que hacía Bogotá por configurarse a sí misma como un centro urbano conectado con el mundo.

LA HABANA, LA EDUCACIÓN... Y VUELTA EMPEZAR

En el marco de estos antecedentes y abocada a la inversión de los recursos que le propicia la Ley Estampilla, el proceso de autocrítica, planeación, reflexión, racionalización, diseño y construcción que tiene que profundizar la dirección de la Universidad seguramente va a ser muy riguroso tanto técnica como académicamente, para enfrentar con solvencia y eficiencia los programas de reparación, reconstrucción, restauración y actualización del campus de Bogotá²³ y los de las demás sedes.

mento de ganar el cielo, manoseando cuentas de camándula, que a las cosas de este mundo [...]. Serían los estudiantes los que cambiarían todo. Copiaron paso a paso las costumbres festivas de la Costa Atlántica y de las tierras cálidas, conocidas por ellos en sus viajes al mar o a las orillas del río Magdalena [...]. Carrozas, pólvora, y bandas formaron carnaval en el año treinta y cinco. Las reinas estudiantiles, como hadas madrinas, repartieron en las calles claveles y sonrisas [...]. Después hubo un largo receso, y al reiniciarse las fiestas en 1962, ya no se llamó carnaval, sino Semana Universitaria con carácter predominantemente cultural. No obstante, la cumbiamba, la maizena, las reinas, las carrozas y el licor regresaron, y lo de cultural no pasó de ser un pretexto”; C. Quiroz, *op. cit.*, pp. 142-146.

²³ Que, sistemáticamente, han tenido que aplazarse durante décadas por la inexistencia física (y conceptual) del soporte económico para la dimensión del mantenimiento de sus instalaciones,

Para aprovechar, además, esta extraña muestra de sensatez de la dirigencia política colombiana y emprender una acción planificadora y constructiva de alcance estratégico, que dote al país con un referente claro de lo que la calidad arquitectónica y urbanística de la espacialidad en la cual se imparte su modelo educativo juega en la consolidación y perfeccionamiento de sus arquetipos investigativos y académicos. Finalmente, pero no menos importante, configurar una salida inteligente que permita articular las estrategias anteriores a la reconstitución de nuestro proyecto de nación en el complejo marco del posconflicto.

De igual manera, establecer relaciones potentes con los procesos y políticas urbanas y regionales —en general, dada la ubicación de sus distintas sedes en diferentes centros urbanos del país y en particular en Bogotá, donde se localiza la Ciudad Blanca— para jugar un papel político-cultural determinante en la construcción de las nuevas ciudadanías, que se harán necesarias y posibles en el largo, incierto y complejo proceso de la instauración y consolidación de la sociedad en condiciones de paz y de generación y profundización del conocimiento crítico.

Ya no sólo por la producción de profesionales y ciudadanos contemporáneos sino por hacer explícita, dinámica y eficiente la articulación de la ciencia, la tecnología, el arte, el diseño y la innovación, a la producción y construcción de la versión colombiana contemporánea: mayoritariamente urbana, conscientemente democrática, ambientalmente sostenible, económicamente competitiva y socialmente equitativa. 

en el campus más grande de la educación superior en el país y uno de los más bellos de América Latina, con una extensión de 121 ha y alrededor de 400 mil metros cuadrados de construcción.

Historia e historiografía de la Ciudad Universitaria de Caracas, 1944-2004

Mónica Silva

La Plaza Cubierta es imposible de olvidar [...] Cada edificio de la Universidad se enlista en la causa de “hacer visible lo invisible” mediante una acción recíproca entre estructura, espacio y arte.¹

De modo sorprendentemente contemporáneo, a comienzos de la década de 1940, tanto en Caracas como en México se iniciarían los proyectos para la construcción de dos ciudades para la vida académica de ambas capitales, acordes con los ideales expuestos en los Congresos Internacionales de Arquitectura Moderna (CIAM).² Carlos Raúl Villanueva en Caracas encabezaría a un notable equipo de profesionales de la construcción y sería el curador de una fabulosa colección de obras de arte que se integrarían a su arquitectura, mientras en la Ciudad de México diversos equipos de arquitectos, ingenieros y artistas mexicanos serían coordinados por Carlos Lazo según la propuesta urbanística de Mario Pani y Enrique del Moral.

Como metáforas de la eterna juventud se nos aparece hoy la esencia que guió la concepción de esas ciudades universitarias, cuyos realizadores buscaron la materialización de una utopía moderna: ciudadelas donde jóvenes estudiantes guiados por sus maestros fueran los protagonistas de un nuevo estado de la cultura nacional. Durante la primera parte del siglo XX,

¹ Sybil Moholy-Nagy, *Carlos Raúl Villanueva y la arquitectura de Venezuela*, Bel Air, Praeger, 1964, p. 108.

² “Experiencias realizadas en el campo de la experimentación de lo moderno, donde todo el universo visual era moderno y todo lo representado era una simulación que actuaba por oposición a la ciudad no-moderna, con sus conflictos y diversidades caóticas”, Alberto Sato, “Simulacros urbanos en América Latina: las ciudades de los CIAM”, *Astrágalos*, 1, junio de 1994, pp. LV-LXVII.

la vida universitaria se había escenificado en el centro de las dos capitales donde, como procesos de crecimiento orgánico, se habían establecido facultades y bibliotecas, pincelando el panorama urbano con alumnos, profesores, libros e ideas revolucionarias.

El progreso social logrado en la década 1950, tanto en México como en Venezuela, incluyó el proyecto y construcción de nuevas trazas urbanas al borde de las ciudades tradicionales, tanto para la vida académica como para la vivienda multifamiliar. En ese sentido, este ensayo busca presentar el papel que la Ciudad Universitaria de Caracas tuvo desde los tiempos en que desde la bibliografía promocional se la insertara entre el repertorio de los logros gubernamentales hasta su predominio como imagen de la arquitectura moderna venezolana en la historiografía nacional e internacional. Se trata de un ejercicio crítico con ejemplos representativos de diversos tiempos, desde los libros de promoción de la modernidad del país y su capital, contemporáneos a su construcción, que no tuvieron pretensión de discurso histórico, hasta los primeros autores que tempranamente la catapultaron como ejemplo máximo de la arquitectura venezolana en lo que podría hoy ser visto como la edad dorada de la arquitectura en América Latina.

EL ESPLENDOR DE LA ARQUITECTURA MODERNA EN LAS CIUDADES PARA UNIVERSITARIOS

En América Latina, se plantearon muy pronto ideas para ciudades universitarias que, en la mayoría de los casos, tardaron en hacerse realidad. Así, a partir de 1921, a cargo de Karl Brunner, se redacta un Plan Regulador para la Universidad de Concepción en Chile, terminado en 1931.³ Mientras, en 1929, se concretaba la idea para una ciudad universitaria en La Habana, como parte del plan de 1925 del paisajista Jean-Claude Nicolas Forestier para embellecimiento de la ciudad. Junto a Raúl Otero y César Guerra, haría realidad la célebre escalera que, en una suerte de

³ Los edificios se insertarían lentamente en ese plan, hasta que fuera sustituido por otro, a cargo de Emilio Duhart en 1958. Fue un complejo proceso de proyectos e incluso la decisión en medio del proceso de darle el nombre de Ciudad Universitaria (que luego se abandonaría) a la propuesta que poco a poco se construyó; cf. Jaime García Molina, *El campus de la Universidad de Concepción: su desarrollo urbanístico y arquitectónico*, Biobío, Universidad de Concepción, 1994.

metáfora, da acceso a la acrópolis del saber.⁴ El encuentro entre la tradición academicista y las novedades de los años veinte tendría trazas de contraposición ideológica en Río de Janeiro a partir del proyecto de Marcello Piacentini, acorde con las previsiones del Plan de Agache de 1930.⁵ El proyecto no se realizó, pero el rechazo hacia el mismo dio origen a los bocetos de Le Corbusier para una Ciudad Universitaria en Río de Janeiro, publicados en *Oeuvre Complète 1934-1938*. Los dibujos dejan ver un planeamiento urbano asimétrico con grandes espacios libres, con clara separación entre la circulación peatonal y vehicular, con pasos cubiertos entre los edificios de cuatro grupos de facultades como describe el texto que acompaña los bocetos (medicina, derecho, letras-filosofía y ciencias, artes-arquitectura e ingeniería).

Al mismo tiempo, Leopoldo Rother y Erich Lange, con la colaboración del pedagogo Fritz Karsen, preparaban los planos para la Ciudad Universitaria de Bogotá. El proyecto de 1936 se adscribía a la axialidad académica, pero con la arquitectura del blanco funcionalismo europeo de los años veinte, que la convirtió en vanguardia continental. Las paredes, columnas y ventanales de esa “ciudad blanca” fue en poco tiempo modelo para el equipo que en 1942 se conformara en Venezuela para la realización de una Ciudad Universitaria en Caracas.⁶ Dicho equipo visitó Bogotá en 1944, con su primer proyecto en las manos, a partir de lo cual hubo ajustes importantes a la visión programática de los edificios y, lo más importante: la resolución de que un solo arquitecto tuviera a su cargo la planeación y vigilancia de los mismos.⁷ Villanueva coordinaría, entonces, el trabajo de un fabuloso equipo de profesionales y artistas plásticos que lo convirtieron en el jefe de investigación de un gran la-

⁴ Jean-François Lejeune, *Cruelty and Utopia: Cities and Landscapes of Latin America*, Nueva York, Princeton Architectural Press, 2005, pp. 138 y 140.

⁵ Elizabeth Davies Harris, *Le Corbusier: Riscos brasileiros*, São Paulo, Nobel, 1987, pp. 99-104.

⁶ El equipo quedó conformado por Armando Vegas, Carlos Raúl Villanueva y Guillermo Herrera Umérez, y el emplazamiento del proyecto contempló varias opciones de haciendas y terrenos en el perímetro de la capital. En octubre de 1943 se decretó la creación del Instituto de la Ciudad Universitaria, adscrito al Ministerio de Obras Públicas, con la exclusiva función de hacer realidad este proyecto; Silvia Hernández de Lasala, *En busca de lo sublime: Villanueva y la Ciudad Universitaria de Caracas*, Caracas, Consejo de Preservación y Desarrollo/Universidad Central de Venezuela, 2006, pp. 55-58.

⁷ S. Hernández de Lasala, *op. cit.*, pp. 61-62.

boratorio de arquitectura. Sin embargo, durante esos primeros años, Villanueva tuvo un rol secundario en el diseño de los edificios y se concentraba en el plan urbano del nuevo campus para la Universidad Central de Venezuela.

Del mismo modo que el de Bogotá, el proyecto para la Ciudad Universitaria de Caracas en 1944 era una composición simétrica que acusaba la formación académica parisina de su arquitecto, del mismo modo que la reurbanización de El Silencio.⁸ El Hospital Clínico Universitario, con capacidad para 1200 camas, y el resto de los edificios para las áreas médicas, fue el detonante de un plan urbano sobre un área de 164 hectáreas. Éste se organizaba de acuerdo con un eje que terminaba en los estadios olímpico y de béisbol.

En 1948, cuando se proyectaron los edificios de la Facultad de Ingeniería, se observó un cambio importante en el plan urbano y en la arquitectura de la Ciudad Universitaria. El concreto armado a la vista se haría protagonista en quiebrasoles, marquesinas y en la estructura que da forma y carácter a la biblioteca. Los cambios no dejarían de ocurrir y las grandiosas cubiertas de concreto sobre las tribunas de los estadios, con capacidad para 30 mil espectadores cada uno, de 1950 y 1951, corresponden a una nueva monumentalidad dada no sólo por las dimensiones sino también por las atrevidas formas estructurales. Consecuente con esas posibilidades, acordes con el desarrollo de la industria de la construcción en el país y las tendencias internacionales, un momento de ruptura radical en el proyecto urbano ocurriría entre 1952 y 1953, con la construcción de los pasillos cu-

⁸ Una experiencia trascendental para Caracas y para la producción de vivienda obrera en Venezuela fue la reurbanización de El Silencio en 1942, con edificios de cuatro, seis y siete niveles; Ricardo de Sola, *La reurbanización de El Silencio: Crónica 1942-1945*, Caracas, Armitano, 1988. El inicio de los programas de política de viviendas populares del continente tenía, entonces, un reconocido origen venezolano: “Fue iniciado el movimiento en Caracas, Venezuela, en donde con impulso formidable al derruir, en el centro de la ciudad, una zona de tugurios y lenocinios, semejante a nuestra extensa zona urbana de Guerrero, siendo rápidamente reconstruida con grupos de departamentos para la clase media alquilables a rentas moderadas. Este conjunto de Caracas, conocido como el barrio de El Silencio, demostró cuánto puede hacerse y qué beneficio social, (humano y económico) resulta de esta política de viviendas populares. En México, este agudo problema, que arroja datos tan espectaculares como el de que nuestro promedio de vida sea de 33 años y que la población económicamente activa sea 30 por ciento del total (siendo en otros países hasta 50 por ciento) está empezando a atacarse de frente”; “La Unidad Esperanza”, *Arquitectura y lo demás*, núm. 12, 1948.

biertos que fueron ejecutados por la firma Precomprimido C.A., de los ingenieros Juan Francisco Otaola y Óscar Benedetti; parecidos a los que había incluido Le Corbusier en los bocetos para Río de Janeiro. Las formas escultóricas en concreto armado son parte de la identidad fundamental de la Ciudad Universitaria de Caracas.

El Aula Magna fue inaugurada en 1954 con motivo de la X Conferencia Iberoamericana. Con capacidad para tres mil personas, es —sin duda alguna— la pieza maestra de la integración de las artes, con las “nubes” de Alexander Calder que cumplen funciones técnicas y de carácter para este espacio arquitectónico. La propuesta de integración de las artes, en la que Villanueva coordinó el trabajo de 24 artistas nacionales e internacionales en la realización de 107 piezas, tiene otro de sus logros en la unión con la luz y el clima de Caracas en la Plaza Cubierta.⁹ Murales y esculturas en todos los edificios de la Ciudad Universitaria constituyen un patrimonio notable y son parte esencial de la personalidad de cada espacio.

Poco después de que se iniciaran los proyectos para la universidad de Caracas, comenzó la propuesta para la Universidad de Panamá; sin embargo, el plan maestro realizado por Ricardo J. Bermúdez, Octavio Méndez Guardia y Guillermo de Roux, entre 1946 y 1947, resulta mucho más pequeño que las propuestas venezolana y mexicana. Tampoco se llevarían a término los edificios tan rápidamente como para ver “aparecer” una ciudad universitaria como ocurrió en las capitales de Venezuela y México.¹⁰

De ahí que sólo esas dos trazas urbanas y su decidida realización puedan ser comparables. En México, de acuerdo con la propuesta inicial de Teodoro González de León, Armando Franco y Enrique Molinar, con el

⁹ Participarían desde Francia Jean Arp, Sophie Taeuber-Arp, de origen suizo, André Bloc, Henri Laurens y Fernand Léger; Alexander Calder de Estados Unidos, Wifredo Lam de Cuba, Baltasar Lobo de España, el ruso Antoine Pevsner y Víctor Vasarely de Hungría. A ellos se sumaron los venezolanos Miguel Arroyo, Armando Barrios, Omar Carreño, Carlos González Bogen, Mateo Manaure, Francisco Narváez, Pascual Navarro, Alirio Oramas, Alejandro Otero, Héctor Poleo, Braulio Salazar, Jesús Soto, Víctor Valera y Oswaldo Vigas.

¹⁰ Las obras de los primeros edificios en Panamá se realizaron en 1948-1950; la inauguración de la Ciudad Universitaria fue en 1953, luego de lo cual continuarían los trabajos: 11 edificios en 1960; 17 edificios en 1970-1980.

decidido apoyo de José Villagrán García, se avanzó el anteproyecto de Mario Pani y Enrique del Moral a partir de 1946.¹¹ El plan de la Ciudad Universitaria para la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fue seleccionado mediante un concurso en el que participaron, fundamentalmente, los profesores de su escuela de arquitectura.¹² Mientras en Caracas Villanueva coordinaba los proyectos de todos los edificios, los de México fueron el resultado del trabajo de diversos equipos profesionales vinculados a la universidad, sobre un área de 176.5 ha, poco más que las 164.208 ha de Caracas, para una ciudad con tres millones de habitantes, el doble de quienes vivían en la capital venezolana.

LA PROMOCIÓN DE CARACAS MODERNA COMO TAREA GUBERNAMENTAL

La *Memoria y cuenta* que anualmente rendía al Congreso Nacional el Ministerio de Obras Públicas (MOP) desde su creación en 1874 hasta su disolución, poco más de cien años después, constituyeron el principal registro de los trabajos de infraestructura urbana y territorial, así como de arquitectura, a partir de la primera modernización de Venezuela y en especial de Caracas, que materializaría Antonio Guzmán Blanco.¹³

Ya a mediados del siglo XX, y consecuente con las publicaciones del MOP, vale citar como ejemplo el volumen de *Gráficas de la Memoria y cuenta del MOP* correspondiente a 1955, con imágenes de los recién reali-

¹¹ El proceso de selección lo describe Teodoro González de León: “Se decidió que se haría un concurso nacional del Plano de Conjunto y el rector de la Universidad invitó a la Escuela de Arquitectura para que participara en el concurso. Los seis maestros de composición se pusieron de acuerdo para hacer entre ellos un precurso de ideas y elegir la que sería desarrollada con el apoyo de todas las escuelas. Se dieron un mes de plazo [...]. Personalmente dibujé, con mi amigo y condiscípulo Armando Franco, el plano que presentó Pani. Era una típica solución académica a la manera del siglo XIX [...]. Curiosamente, la idea de Del Moral era idéntica: la avenida diagonal, las glorieta, etcétera. Ganaron el precurso y habilitaron un taller de las escuelas en el que empezó a desarrollarse la propuesta para el concurso nacional”, Teodoro González de León, *Retrato de arquitecto con ciudad*, México, Artes de México, 1996, pp. 36-38.

¹² Los editores de la revista *Arquitectura y lo demás* denunciaron que hubo ventaja para los profesores de la escuela ante los arquitectos de la Sociedad Mexicana de Arquitectos, debida —entre otras cosas— a la preferencia que dio Enrique del Moral, director de la Escuela de Arquitectura, al proporcionar los datos necesarios para las propuestas que debían ir a concurso: “La Ciudad Universitaria, simulación de un concurso”, *Arquitectura y lo demás*, núm. 11, mayo 1947-marzo 1948, pp. 32-36.

¹³ Presidente de Venezuela en tres ocasiones: 1870-1877, 1879-1884 y 1886-1887.

zados trabajos de infraestructura territorial y urbana por el gobierno al mando de quien ese año ascendía a general de división: Marcos Pérez Jiménez.¹⁴ Las obras urbanas emblemáticas para ese momento incluían, entre otras, las hasta ahora ejecutadas en la Ciudad Universitaria de Caracas, en cuya Aula Magna se acababa de celebrar el IX Congreso Panamericano de Arquitectos.

La delegación de Venezuela había presentado la obra realizada en el Banco Obrero,¹⁵ de modo que la imagen de los profesionales que trabajaban en la construcción pública, más allá de la Ciudad Universitaria, coincidía con otro de los frentes fundamentales de la política de obras públicas de esos años: la planificación de la vivienda obrera a gran escala.¹⁶ La posibilidad de haber reducido al mínimo el número de viviendas improvisadas, carentes de infraestructura sanitaria y servicios sociales, era una de las banderas esgrimidas por el gobierno perezjimenista. En términos conceptuales, se reducía la brecha hacia las utopías de la ciudad moderna de los CIAM durante los mismos años en que se ponían en funcionamiento las ciudades universitarias en Caracas y México.

Tres libros contemporáneos a esas publicaciones oficiales promovieron la imagen del país de negocios moderno que contrastaba con el rústico país petrolero. Lo realizado por Pérez Jiménez bajo las premisas de “el nuevo ideal nacional” se diferenciaba de las pintorescas imágenes que desde el siglo XIX se publicaban del país y que aún sobrevivían en

¹⁴ Dictador de Venezuela entre 1952 y 1958.

¹⁵ Institución dedicada inicialmente al financiamiento de vivienda obrera, fundado en 1928, luego ocupado también de sus proyectos y a partir de 1949 adscrito al Ministerio de Obras Públicas.

¹⁶ De ahí la naturaleza, a la vez técnica y política, que se daría a la Exposición del Plan Nacional de Vivienda en 1951, que en términos arquitectónicos implicó la aceptación del modelo de vivienda corbusiano, con la Unidad de Habitación de Marsella aún en construcción, 1947-1952. A partir de entonces se desarrollaron novedosas propuestas, como la Unidad de Habitación Cerro Grande, en El Valle, Caracas, proyecto a cargo de Guido Bermúdez, joven arquitecto asesorado por Carlos Raúl Villanueva, entre 1951 y 1954; así como la Unidad Habitacional El Paraíso, en Caracas, a cargo del propio Villanueva, en 1952 y 1954. No obstante, la mayor experiencia, por sus enormes dimensiones y alcances, pero además porque significó la oportunidad de construcción de edificios para varias funciones y no sólo unidades de vivienda, fue la Urbanización 2 de Diciembre —hoy 23 de Enero— en Caracas, a cargo de Carlos Raúl Villanueva, realizada entre 1955 y 1957, con la colaboración de José Manuel Mijares, Carlos Brando y José Hoffman.

The National Geographic Magazine en enero de 1939.¹⁷ La publicación de imágenes que describieran una Caracas cosmopolita formaba parte de esa promoción.¹⁸

El primero de esos trabajos es *Así es Caracas* (1951) encargado por la Junta de Gobierno y sus 30 meses de eficacia administrativa,¹⁹ estuvo a cargo de Alejandro Vallejo y el equipo de redacción de *El Mes Financiero y Económico de Venezuela*. Era este un periódico fundado en Colombia en 1936 por el editor Plinio Mendoza Neira, quien vivía en Caracas a raíz de los sucesos ocurridos tras el asesinato del colombiano Eliezer Gaitán en 1948. Con páginas dedicadas a los pocos monumentos tradicionales de la ciudad, la mayor parte de la publicación se dedicó a la ciudad moderna, en correspondencia con su propia definición: se trata de un “libro consagrado a recoger la imagen de una nueva Caracas”. Protagonizan sus páginas numerosas fotos de las nuevas urbanizaciones y avenidas, así como de los edificios construidos más recientemente, entre ellos hospitales públicos y clínicas privadas, que mostraban así un país pleno en asistencia social. Se indicaba claramente, en el capítulo dedicado a la vivienda obrera: “En materia de vivienda para las clases media y obrera Venezuela ocupa quizá el primer puesto entre las naciones latinoamericanas. Grandes urbanizaciones que son legítimo orgullo del pueblo y el gobierno venezolanos alojan hoy a millares de gentes en todo el país”.

Capítulo aparte merecía para los editores el tema de “la cultura”, con la Universidad Central de Venezuela como protagonista y la recién iniciada construcción de la Ciudad Universitaria como su más grande materialización, acompañada de otras sedes educativas construidas a partir

¹⁷ Enunciada desde 1949 y presentada en 1953, la doctrina del “ideal nacional” implicaba la “transformación racional del medio físico y el mejoramiento de las condiciones rurales, intelectuales y materiales de los habitantes del país”. A esa doctrina obedecían las obras proyectadas o realizadas, urbanas o de infraestructura productiva; véase Rafael Cartay, “La filosofía del régimen perezjimenista: el nuevo ideal nacional”, *Economía*, vol. XXIV, núm. 15, 1999, pp. 7-24.

¹⁸ Parte del análisis contenido en este apartado lo abordé en “Antes de sus historias: Tres registros y un ensayo histórico sobre Caracas, 1950-1969”, en *XVIII Foro de Historia y Crítica de Arquitectura Mexicana. Tránsitos Americanos 1938-1970: Flujos y redes en el imaginario arquitectónico local*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 2012, pp. 213-241.

¹⁹ Gobernaba en ese tiempo Venezuela una junta integrada por Germán Suárez Flamerich y los tenientes coroneles Marcos Pérez Jiménez y Luis Felipe Llovera Páez, con el doctor Miguel Moreno como secretario.

de 1945, aún en tiempo del gobierno de Isaías Medina Angarita. Los edificios que se construían en la antigua hacienda Ibarra eran sólo parte de la imagen del país modernizado en muchos aspectos, cuya responsabilidad no indicaba al arquitecto Carlos Raúl Villanueva sino al ingeniero capitán Luis Damiani, entonces presidente del Instituto de la Ciudad Universitaria.

La utopía era el punto de partida “que inspira y orienta la extraordinaria obra construida que aquí se presenta”. Así definían sus editores el contenido de *Radiografía de Venezuela* (1957): la materialización del “nuevo ideal nacional”, obra de Jorge Newton en una edición especial numerada de 1957.²⁰ Una estructura similar a la de *Así es Caracas* se aplicaba a la presentación “de un país que está naciendo”, y destacaba de su capital la exposición del gobernador a su Consejo en ese mismo 1957:

La Caracas de ayer, reflejo de los factores negativos que durante un largo periodo informaron nuestra vida republicana [...]. La Caracas de hoy, centro económico, social y administrativo de una nueva y pujante nación [...]. Esto ha sido posible por la visión de estadista y la altura de los ideales del Primer Magistrado de la República, cuyo Gobierno de Bien Nacional...

De la arquitectura realizada en Caracas, se ponen de relieve, de modo casi equivalente, los logros de vivienda popular y resaltan, entre las imágenes de la ciudad moderna, las del Centro Simón Bolívar, el Hotel Tamanaco, el Círculo de las Fuerzas Armadas y la Ciudad Universitaria, así como las nuevas urbanizaciones y los clubes sociales y deportivos. De las 334 páginas que tiene el libro, treinta fueron dedicadas a Caracas; una de ellas a la Ciudad Universitaria, dos al conjunto Hotel Humboldt y Teleférico, dos más al Círculo de las Fuerzas Armadas. El espacio dedicado a la Ciudad Universitaria, entonces, no representa una proporción notable ante otras obras de menores dimensiones y compromisos arquitectónicos o urbanos.

²⁰ Autor de títulos como: *Andanzas por el Caribe*, Cuba, 1930; *Dos cruces*, México, 1931; *Génesis de una revolución*, México, 1932; *Sangre*, México, 1932; *La marcha*, Buenos Aires, 1935; *Avanzada*, Buenos Aires, 1936; *La andanza gris*, Buenos Aires, 1936; *El príncipe de los gauchos*, Santa Fe, 1941; *La tierra virgen*, Buenos Aires, 1943; *Urquiza, el vencedor de la tiranía*, Buenos Aires, 1945; *La nación Argentina*, Buenos Aires, 1947; *Clase media*, Buenos Aires, 1949; *Misiones, oro verde y tierra colorada*, Buenos Aires, 1951; *El general Tracotalpa [sic]*, 1951; *Perón el visionario*, Buenos Aires, 1955.

De ese mismo 1957 fue la publicación de *Lo mejor del urbanismo y de la moderna arquitectura en Caracas*, edición bilingüe de los trabajos producidos por Víctor Aragón, quien estuvo a cargo del prólogo y las notas que acompañan una selección de magníficas imágenes.²¹ Destacan las descripciones que conceptualizan la ciudad y los objetivos del libro, como la que acompaña las fotos aéreas de la ciudad “Caracas desde el cielo”, en que se expresa: “Vista desde el aire, Caracas presenta claramente definidas las tres ciudades que en ella coexisten: la ciudad colonial, la ciudad de fin de siglo y la ciudad moderna, que rápidamente va imponiendo su imperio del cemento y el hierro”.

Dedicado específicamente a la arquitectura y el urbanismo, entre las llamadas “grandes unidades arquitectónicas”, los editores destacaban el Centro Simón Bolívar como “la expresión más acabada de la ciudad del futuro que hoy se construye”, “el símbolo de la nueva Caracas y un decidido paso hacia su transformación en una gran metrópoli”. Los logros nacionales iban, en este libro, de la mano de la labor de empresas constructoras que materializaban las “expresiones de la nueva arquitectura” a través de obras como el Hotel Humboldt, el Club Táchira, el edificio Polar, el edificio Angloven, el de la Electricidad de Caracas, el Centro Profesional del Este y otros, así como los clubes sociales, hospitales, el Hotel Tamanaco y varias casas de vivienda unifamiliar.

En esta obra destacan varias imágenes de la Ciudad Universitaria, cuyas descripciones no dejan lugar a dudas sobre su importancia:

La Ciudad Universitaria no es solamente centro de la cultura, la ciencia, el arte y la técnica. Es, en materia de arquitectura, una de las realizaciones mejor logradas en materia de funcionalidad. La ubicación y arquitectura de cada una de las dependencias administrativas, centros recreacionales, facultades, aulas, hospital, bibliotecas, laboratorios, centros de investigación, residencias y cafeterías ha sido previsto de acuerdo con la función que cada una de dichas dependencias debe cumplir.

²¹ Julio Alberto Ruiz (ed.), *Lo mejor del urbanismo y de la moderna arquitectura en Caracas*, Caracas, Mendoza y Mendoza, s.f. Aragón trabajó en obras similares como *Lo mejor del urbanismo y de la arquitectura en Colombia*, con Plinio Mendoza Neira y José Espinosa, Bogotá, Librería Colombiana Camacho Roldón, 1966, y *Bogotá 1960*, Bogotá, Editorial Pío X, 1960.

Los editores señalaban la responsabilidad de Villanueva y del Instituto de la Ciudad Universitaria y detallaban: “la Ciudad Universitaria fue concebida como una pequeña ciudad, con sus componentes de viviendas, trabajo, esparcimiento, administración y servicios y su complemento, el Centro de Salud, con el Hospital Clínico como elemento predominante”.

Entre los aspectos más precisos de su arquitectura se destaca: “el Aula Magna de la Ciudad Universitaria fue inspirada en el hemiciclo griego. La acústica, el confort, el sentido moderno de la belleza ambiental y su estructura de una sola nave, han sido elogiados como una de las más afortunadas realizaciones de su género en el continente”. Un texto señalaba, además, las virtudes de “los amplios jardines, los hermosos patios y terrazas, los modernos pasadizos cubiertos que permiten atravesar bajo techo toda la Ciudad Universitaria, hacen grato el ambiente y amable la vida de estudiantes y profesores”. Las imágenes de los estadios son seguidas del señalamiento hacia la integración de las artes: “Algo que se elogia unánimemente a los directores de la Ciudad Universitaria es la oportunidad que brindaron a numerosos pintores y escultores de colaborar en su decoración, lo cual contribuyó decididamente a dar al conjunto el aspecto ultramoderno que ahora ofrece”.

Sin el aparato crítico que en poco tiempo se desplegaría para analizar y elogiar los logros en la Ciudad Universitaria, con este libro quedaban asentados los valores fundamentales de aquella arquitectura y del plan urbano que la contiene. Como parte de la modernización de la arquitectura y la infraestructura caraqueñas, los editores señalaban además otros conjuntos de importancia como la Ciudad Vacacional Los Caracas, el sistema urbano La Nacionalidad, así como los nuevos centros urbanos hacia donde se expandía la ciudad, como la Plaza Venezuela y la Plaza Andrés Bello. Varias fotos daban cuenta de la Unidad Residencial 2 de Diciembre, cuyas virtudes eran exaltadas en comparación con las improvisadas viviendas insalubres que los departamentos estaban sustituyendo.²²

²² “Consta de 8 534 apartamentos distribuidos en edificios de cuatro y quince pisos, los cuales alojan a más de 60 mil personas. Cuenta con todas las comodidades de una moderna comunidad [...]. Quienes la habitan actualmente son los mismos ocupantes de los ranchos miserables que existían en estos mismos cerros que hoy exhiben quizá la más moderna y completa urbanización obrera latinoamericana”; J.A. Ruiz, *op. cit.*

Libros como este registraron la imagen del país y su infraestructura, de las ciudades, sus monumentos y modos de vida cotidianos. Sin ser historias de la arquitectura, documentaron las obras materiales de una modernización que acertadamente fue usada como pancarta de eficiencia gubernamental.

A pesar de la enorme inversión que significaba y del empeño político, la Ciudad Universitaria de Caracas, en estos libros promocionales de la acción de gobierno, quedaba asentada sólo como una parte del panorama de modernización. Es curioso, sin embargo, que poca de la historiografía posterior hiciera eco de lo asentado en esos libros, editados en tiempos de un régimen político luego derrocado, pero un tiempo de la arquitectura que, en Caracas, ha sido el de mayor y mejor productividad, formal y técnica. La calidad de las fotografías publicadas en *Lo mejor del urbanismo y de la moderna arquitectura en Caracas* es notable y la documentación de algunas de las obras ahí expuestas pudo continuarse a partir de las mismas. Muchas de esas obras fueron, sin embargo, desplazadas de la historiografía posterior, pues desde los primeros libros sobre la arquitectura moderna de Caracas se hizo explícita la figura de Carlos Raúl Villanueva, su gran protagonista, y el conjunto sede de la Universidad Central de Venezuela, su máxima obra.

LA IMAGEN DE LA ARQUITECTURA MODERNA DE VENEZUELA GRACIAS A LA CIUDAD UNIVERSITARIA

La imagen del país y su cultura fue expuesta por la crítica arquitectónica nacional e internacional a través de una Ciudad Universitaria de arquitectura ejemplar y moderna, así como de la figura de Carlos Raúl Villanueva. Así, la crítica estadounidense tuvo, por intermedio de Henry Russell Hitchcock, una imagen certera del papel que el arquitecto y su obra máxima tenían en el panorama continental: “the advance of Carlos Raúl Villanueva to a leading position in Latin America can easily be read. His Olympic Stadium and his Aula Magna with its attached Plaza Cubierta are among the most vigorous examples of modern architecture to be seen anywhere”.²³

²³ Henry Russell Hitchcock, *Latin American Architecture since 1945*, Nueva York, The Museum of Modern Art, 1955, p. 48.

Pocos años más tarde Sybil Moholy-Nagy tendría una gran cercanía con Villanueva. Ella “descubriría” al arquitecto para convertirlo en el eje de su *Carlos Raúl Villanueva y la arquitectura de Venezuela*, publicado en 1964.²⁴ La conocida historiadora estadounidense asentaría:

Las fortunas empleadas en las nuevas ciudades universitarias son una prolongación de la generosidad pública de virreyes, obispos y terratenientes feudales en tiempos de la Colonia, transferidos ahora al nuevo Estado. Lo que sitúa la obra de Villanueva muy por encima de proyectos similares en otros países latinoamericanos es su comprensión intuitiva del genio europeo y la audacia y sensibilidad con que supo imponerlo a sus conciudadanos para estimular su capacidad creadora. Por más utópico que parezca el mundo único desde un punto de vista político, la Ciudad Universitaria de Venezuela es un mundo único por la integración lograda entre la arquitectura y las demás artes plásticas.²⁵

El estudio detallado de la Ciudad Universitaria de Caracas lo hace Moholy-Nagy acompañada por el propio arquitecto, durante sus visitas a Venezuela, pero sobre todo a partir de su abundante correspondencia.²⁶

Caracas a través de su arquitectura, el primer libro que recogió una historia de la arquitectura moderna en Caracas, fue publicado en 1969.²⁷ El trabajo de Juan Pedro Posani, aún hoy pilar fundamental de la historiografía de la arquitectura venezolana, fue la segunda parte de una publicación que buscaba dejar en letras de molde el devenir del valle habitado oficialmente desde 1567.²⁸ Mientras Gasparini intentaba construir una

²⁴ Sybil Moholy-Nagy, *Carlos Raúl Villanueva y la arquitectura de Venezuela*, Caracas, Instituto del Patrimonio Cultural, 1999.

²⁵ *Ibid.*, p. 108.

²⁶ La gran amistad entre Villanueva y Moholy-Nagy a partir de los últimos años de la década de 1950 ha sido documentada en Maciá Pintó, *Síntesis de las artes y abstracción constructiva*, t. 2, Caracas, Fundación Villanueva, 2013, pp. 329-349.

²⁷ Graziano Gasparini y Juan Pedro Posani, *Caracas a través de su arquitectura*, Caracas, Fundación Fina Gómez, 1969. La estructura del libro presenta dos partes: la historia desde la fundación de Santiago de León de Caracas en 1567 hasta finales del siglo XIX y desde 1900 hasta los días de la edición en 1968.

²⁸ Los autores del libro fueron Graziano Gasparini, egresado de la Escuela de Arquitectura de Venecia, quien iniciaría la investigación de la arquitectura colonial venezolana a raíz del terremoto de El Tocuyo y a la motivación que Villanueva daría a su trabajo de relevamiento por todo el país, en compañía de sus estudiantes. Juan Pedro Posani, también italiano e hijo de arquitecto,

secuencia histórica de la ciudad, mediante descripciones de viajeros y relatos, el trabajo de Posani es un ensayo, basado en imágenes y datos de edificios y arquitectos, que busca las raíces históricas del “caos contemporáneo” de la ciudad y el “eclecticismo como sistema” en la arquitectura de sus coetáneos. En su parte del libro, en el capítulo “Carlos Raúl Villanueva”, Posani destaca los logros en la Ciudad Universitaria de Caracas y en las propuestas para el Banco Obrero como resumen de la esencia del arquitecto. Según el autor, esos años en el trabajo de Villanueva resultan en un tiempo maravilloso y breve de la arquitectura venezolana y lo convierten en la vara con la que se mide la validez de su catálogo de arquitectos y obras. Posani describe en Villanueva al arquitecto que cree “en ideales, en grandes soluciones, en efectivas renovaciones”.²⁹ La cercanía entre el autor y su maestro marcó la postura de la historiografía posterior sobre Villanueva en Venezuela.

El Aula Magna y la integración de las artes se convirtieron en el centro de los estudios sobre el trabajo del arquitecto, y son protagonistas centrales del libro *Obras de arte de la Ciudad Universitaria*, en el cual, desde varias perspectivas, diversos autores se aproximaban al carácter único de una arquitectura indisolublemente ligada al trabajo de notables artistas del arte moderno.³⁰ Con referencia a las obras que sirvieron a esa integración, escribe Marina Gasparini: “la selección de los artistas nacionales y extranjeros que participaron en el proyecto de la síntesis de las artes de la Ciudad Universitaria de Caracas, al igual que las obras que los representan, recayó en Carlos Raúl Villanueva. Fueron sus criterios y sus gustos los que prevalecieron en la selección”. El proyecto implicaba, entonces, un enorme contenido político que, visto a la distancia, fue la clave para que el arquitecto y sus equipos de trabajo tuvieran carta blanca en su desempeño, así como presupuesto para lograr sus ideales. La autora subraya que la compra de la colección contribuía con la ima-

quien le proporcionaría el dibujo como herramienta básica para su trabajo recién llegado a Venezuela, trabajó con Villanueva en el Instituto de la Ciudad Universitaria durante los años de producción de los proyectos más notables del conjunto, así como de la ya mencionada Urbanización 2 de Diciembre (23 de Enero).

²⁹ J.P. Posani, *op. cit.*, p. 372.

³⁰ Marina Gasparini (coord.), *Obras de arte de la Ciudad Universitaria*, Caracas, Consejo Nacional de la Cultura, 1992.

gen de la cultura nacional que sería apreciada por los asistentes a la X Conferencia Iberoamericana, en que importantes jefes de gobierno aprobarían, entonces, la gestión material perezjimenista. Terminada la fiesta política, los intereses gubernamentales se desviaron a otros temas y a partir de entonces las obras de la colección fueron principalmente de artistas venezolanos.

Sin embargo, el objetivo se cumplía. Marina Gasparini destaca: “el proyecto era observado desde el exterior con miradas atentas y perspicaces; él hacía realidad lo que hasta entonces era una utopía: la integración, a gran escala, de la arquitectura con la pintura y la escultura. Al tiempo que proyectaba la Universidad, edificaba un museo”.³¹ Así era, y lo era en consecuencia con los primeros informes y objetivos que, desde 1943, quedaban plasmados en el informe del asesor norteamericano contratado por el gobierno cuando la idea de la ciudad universitaria estadounidense surgía como modelo.³² El informe de Frank McVey destacaba la importancia de contar con bibliotecas y museos, además de una biblioteca central y bibliotecas en cada facultad, Villanueva había construido un gran museo.

Multitud de libros, artículos y trabajos académicos de diversas disciplinas y en muy distintos formatos, ratificaron la valoración que desde los tiempos de su construcción hicieron vigente la arquitectura de la ciudad de los universitarios en Caracas.³³ Si bien para entonces la bibliografía que retrataba las obras contemporáneas consideraba en igualdad de méritos sociales lo logrado con las ciudades obreras y la universitaria, la historiografía especializada —no es casualidad que desde la Facultad de Arquitectura— enarbolaría los treinta años de trabajo de Villanueva en la antigua hacienda Ibarra como epítome de la arquitectura moderna venezolana.

³¹ Marina Gasparini, “La Ciudad Universitaria de Villanueva: las obras de una obra”, en M. Gasparini, *op. cit.*, pp. 18-19.

³² El gobierno venezolano solicitó la asesoría de Frank McVey, experimentado educador y presidente emérito de la Universidad de Kentucky; véase S. Hernández de Lasala, *op. cit.*, p. 58.

³³ Resultaría imposible enumerar aquí todo lo escrito acerca de la obra de Carlos Raúl Villanueva y la Ciudad Universitaria de Caracas. Referencias de todos los trabajos se pueden encontrar en el archivo de la Fundación Villanueva, disponible en: <http://www.fundacionvillanueva.org/base/default.php>

La cumbre de esa validación llegaría en 2000 desde Cairns, Australia. La adecuación de la arquitectura moderna al clima y las múltiples posibilidades que ofrecen la temperatura y la luz en el trópico, la concreción del proyecto como plena expresión de las ciudades de los CIAM, la expresión tectónica de edificios en una muy diversa tipología, pero sobre todo los logros en cuanto a la integración de las artes, valieron para la incorporación de la Ciudad Universitaria de Caracas en la lista del Patrimonio Mundial de la UNESCO.³⁴ Su permanente validez como referente de diseño entre los arquitectos venezolanos ha sido, sin embargo, su más diáfana y sentida valoración. ❧

³⁴ Criterio I: *Representar una obra de arte del genio creador humano*. La Ciudad Universitaria de Caracas es una obra maestra de planeamiento moderno, arquitectura y arte, creada por el arquitecto venezolano Carlos Raúl Villanueva y un grupo de distinguidos artistas vanguardistas. Criterio IV: *Ser un ejemplo eminente de un tipo de construcción o de un conjunto arquitectónico o tecnológico o de paisaje que ilustre uno o más periodos significativos de la historia humana*. La Ciudad Universitaria de Caracas es un ejemplo excelente de la realización coherente de los ideales urbanos, arquitectónicos y artísticos del siglo XX. Constituye una interpretación ingeniosa de los conceptos y espacios de tradiciones coloniales y un ejemplo de solución de apertura y ventilación, apropiado para su entorno tropical. Si bien el tema de la *Síntesis de las Artes* no está por encima de los demás valores universales explorados y cristalizados por Villanueva en su máxima obra, es probablemente a partir de esta propuesta integracionista que la Ciudad Universitaria de Caracas llega a ser de gran interés. La crítica internacional así lo ha reconocido y celebrado: la Colección *Síntesis de las Artes* es con justicia uno de los más felices logros de integración conocidos en la historia contemporánea. Consejo de Preservación y Desarrollo Universidad Central de Venezuela, disponible en: <http://copred.rect.ucv.ve/Patrimonio.shtm>; Ciudad Universitaria de Caracas, World Heritage Centre, disponible en: <http://whc.unesco.org/en/list/986/>

O Campus! My Campus!

Mauricio Tenorio Trillo

Mary McCarthy, tras visitar Vassar College en 1951, escribió que los estudiantes padecían “an increasing dependency [...] on the college and its auxiliary agencies to furnish not only education but pleasure, emotional guidance, and social direction”. La experiencia del campus ha sido la quintaesencia de la experiencia americana, ¿por qué tan asombrada de que pidieran algo más que educación? Los estudiantes que McCarthy describió en 1951 no dependían más o menos del campus que los de 1930, cuando McCarthy cumplió con el rito college en Vassar; eso sí, había muchos más estudiantes: en 1800, 2 por ciento de la población entre 18 y 21 años estaba matriculada en algún college; en 1920 la cifra ascendió a 8 por ciento y hoy la cifra está cerca de 50 por ciento. Es más, para 1950 el rito campus incluía en su intrincado barroquismo críticas como las de McCarthy —el campus hacía de la nación una eterna adolescente— o cuantimás la *campus novel* —como *The Groves of Academe* (1952) también de McCarthy—. A guisa de educación, el campus ha forjado un estilo de vida acotado en el tiempo (cuatro o cinco años) y el espacio. Ahí, entre corredores, aulas, cafés, jardines, dormitorios, comedores, bibliotecas, estadios, gimnasios y laboratorios, cada juventud gasta su época; no es de gentes el andar, es de hipótesis. La forma de caminar, el dejo al cargar la mochila, la vestimenta o el tatuaje, todo hace de cada estudiante una sentencia. . . política, sexual o literaria. Porque el campus ha sido el espacio y la etapa que confiere esa mística hidalguía estadounidense: *the middle class* y su fuero, a saber, el derecho a una era dorada en el pasado de todos.

Lo que iniciara como otro trasunto del adiestramiento de las élites coloniales —la fundación de Harvard College en las afueras de Boston en 1636—, poco a poco dio lugar a la institución estadounidense por excelen-

cia, el campus, el college. Un estilo nacional de educación superior pero mucho más: el campus es tan Estados Unidos como la polis es la Grecia antigua. Es decir, es un mito, sí, una forma de educación, también, pero campus es demarcar un paréntesis en el tiempo biológico, moral, político y social a través de la tradición, el Estado, las iglesias, los grandes capitales y la fe en la ciencia. Un paréntesis dedicado a la eterna juventud en una nación convencida de ser hoy más nueva que ayer y menos que mañana. Tanto así son esas *American institutions*, el campus y el college.

*

Los arquetipos fueron Oxford y Cambridge, instituciones entre privadas, religiosas y estatales, muy exclusivas y de orígenes remotos. De ahí que la mayoría de los colleges creados en Estados Unidos en los siglos XVII y XVIII fueran sin empacho elitistas y religiosos, como Harvard o como The College of William and Mary (1693). Pero el modelo Cambridge-Oxford también constituyó una peculiar decisión espacial: unir naturaleza y educación. Y como en América lo que sobraba era naturaleza, el campus en Estados Unidos fue una y la misma cosa con su arraigada tradición antiurbana. Campus significaba la unión postrera de saber, naturaleza y juventud, una decisión de importantes connotaciones, lo mismo arquitectónicas que eróticas, políticas que científicas. Ante todo, campus, college, quería decir un no a la ciudad, la madre de toda corrupción.

El no-ciudad del campus fue su primera y más duradera lección. Cuando R.W. Emerson y H.D. Thoreau discutían la educación del sobrino de Emerson, Thoreau puso en blanco y negro el recelo antiurbano estadounidense: “I don’t like the city better the more I see it, but worse... It is a thousand times meaner than I could have imagined. It will be something to hate —that’s the advantage it will be to me; and even the best people in it are a part of it, and talk coolly about it—. The pigs in the street are the most respectable part of the population. When will the world learn that a million men are of no importance compared with one man?” El campus, pues, era un escape de esta corrupción, un argumento arquitectónico que determinó el paisaje de muchos pueblos y regiones de Estados Unidos.

En general, se trataba de que el campus ocupara un lugar apartado o cercano a un pequeño pueblo. La idea incluía, también, aquella tradición

inglesa de *public schools* y de Cambridge y Oxford: el campus debería ser una escuela y una manera de vivir, aula y casa. El espacio campus, así, decretó un rito iniciático que desde entonces ha sido parte de la clase media estadounidense: a los 18 años niños y niñas han de dejar la casa familiar, a la que nunca más regresaran permanentemente; parten hacia lugares apartados, espacios diseñados para vivir “jovenmente” la naturaleza o la literatura o la ciencia. Por doquier tierras compradas o donadas por dineros privados, de común con alguna inspiración religiosa, o por gobiernos estatales y federales, fueron destinadas a la cohabitación entre juventud, educación y naturaleza.

La preferencia por el campus no urbano, apartado y diseñado en armonía con la naturaleza, originó esa otra institución, el college town —como Oberlin en Ohio o Amherst en Massachusetts—. Es decir, el campus explica, en parte, el desarrollo urbanístico, demográfico y administrativo de Estados Unidos, así, tal cual la traza romano-hispánica de las ciudades de la Nueva España o la idea de cabildo marcaron el destino urbano, demográfico y administrativo de México. El college town hizo del campus el centro de una escala, pequeña, de las cosas: una vida urbana perfectamente acotada y autocontenida con dedicación absoluta a la eterna juventud.

En las ciudades es imposible decretar una percepción del tiempo. El college town, en cambio, demarca con exactitud dos pasos del tiempo: las horas de eterna juventud que se renuevan cada año, y el transcurrir de los días y meses para funcionarios, profesores y sus familias. El college town marca el tic tac mítico y eterno del estudiante que lo vive o lo recuerda; luego está ese otro tiempo más letárgico y más mundano de quien lo vive como profesor o empleado. El reloj de las francachelas y protestas a favor de la democratización de los colleges en la década de 1920 en Yale es el mismo que marcó las horas de LSD y luchas sociales en los sesenta en Berkeley; el contenido varía, pero es el mismo ritmo del tiempo, esperanzador y añorante.

Otro que en las ciudades de Chicago o Nueva York; nada ha influido tanto la arquitectura y el paisajismo en Estados Unidos como la idea campus. En la década de 1880, el estilo neogótico comenzó a hacerse sinónimo de campus. Se trataba de una imitación de Cambridge y Oxford, pero ante todo era “architecture as moral uplift”, como creían los arquitectos del campus de la Universidad de Chicago. El neogótico campus era el estilo

del saber antiguo y profundo, el que proclamaba solidez pero también invitaba a la tolerancia y a la experimentación. Bajo el cobijo de ese estilo consagrado, la búsqueda de lo nuevo se asumía no sólo posible sino segura. En Yale, Duke o en la Universidad de Chicago el neogótico college fue una especie de “aquí el consenso mínimo y de aquí para adelante”. Fueron varias las formas de este neogótico, en el medio del sur (Oklahoma) o en la universidad de Duke y en universidades urbanas como Chicago. El neogótico campus —una cursilería matemática— ha envejecido bien precisamente por estar ligado a la idea campus, por su cuidadosa armonía con paisajes boscosos o áridos o profundamente urbanos. Hoy los campus de Chicago o de Duke son, cual un bolero de Agustín Lara, de tan armónica y sublimemente cursis, clásicos.

Pero el campus también ha sido un laboratorio de experimentación arquitectónica; una experiencia dictada por desarrollos internacionales, exposiciones universales, ciudades y, también, por los deseos estéticos de fundadores y donantes. Tomas Jefferson mismo diseñó parte de la Universidad de Virginia en un estilo neoclásico como si el campus fuera parte de sus lecturas latinas y griegas y de sus viajes a Francia. El neogótico fue el estilo preferido por los campus surgidos entre 1880 y 1930, en el este, el sur y el medio oeste, pero en California los nuevos colleges de finales del siglo XIX y principios del XX innovaron con distintas arquitecturas. Cuando Leland Stanford, un millonario cuya fortuna venía del ferrocarril, decide edificar en las cercanías de San Francisco un campus en honor de su hijo, se decide por el estilo misión jesuita, supuestamente más aclimatado al paisaje agraciado del norte de California. Así, como utilizaría de película, se erigieron portales y plazas en imitación cantera con techumbres de teja roja. Tardó en llegar el prestigio académico para Stanford, tanto como la aprobación de este estilo que durante décadas fue considerado poco apto para el conocimiento, sobre todo en comparación con el consabido neogótico college. De igual forma, el sistema público de educación superior más exitoso del siglo XX, el de la Universidad de California, creó el campus de Berkeley en una variación de interesantes estilos neoclásicos, a ratos medio afrancesados, a ratos más ligados a la arquitectura colonial estadounidense. El diseño del campus se articuló a una montaña, al mar y a la bahía y se suponía que estaría rodeado de huertos de chabacanos y duraznos aunque a tiro de

pedra de una ciudad, San Francisco, eso sí, separado de esa perdición por la bahía. A la larga, el campus quedó encapsulado entre zonas muy urbanas e industriales. Para 1965 el sistema de California inaugura un nuevo campus en Santa Cruz, cerca de la hermosa bahía de Monterey, entre el mar, la costa y los majestuosos bosques de secoyas. Y ahí triunfó la arquitectura y el paisajismo de las vanguardias de la segunda mitad del siglo XX. Aún se sienten ahí los ecos de Miles van de Rohe o de Le Corbusier y de la arquitectura posmoderna, ahí entre los distintos colleges del campus, construidos con aquella armonía con la naturaleza que inauguraran las casas de Frank Lloyd Wright. Un ejemplo sublime de un campus monumento a la naturaleza y al género de vida campus, con puentes y pasillos de madera entre el bosque, para caminar o andar en bicicleta, y ahí los inmensos prados verdes y los dormitorios y bibliotecas que otean el mar. No es coincidencia que por un tiempo Santa Cruz, un college town, fuera la capital hippy de Estados Unidos.

El campus nació como culto a las pequeñas dimensiones, como lo que la ciudad no es —armonía, orden, naturaleza y paz—, pero poco a poco surgió otra versión del campus, el urbano. Harvard fue concebido para ser college town aunque el crecimiento de Boston haya producido una extensa mancha urbana y hoy Harvard parezca un campus urbano. Columbia, la Universidad de Nueva York o la Universidad de Chicago nacen como “parcialidades” urbanas. Las ciudades corrompen, son lo opuesto a la juventud, son vicio y prejuicio, y el campus urbano triunfó precisamente por ser una de las formas más importantes de “compostura” de ciudades. Columbia surge originalmente en los límites de un extremo de Manhattan, como una forma de colonizar un área conectada al centro por ferrocarriles y metros. El campus crece y la ciudad también, con miles de inmigrantes. Poco a poco, el campus absorbe, “acatrina” y revalora, a la buena y a la mala, amplias zonas de esa parte de Manhattan —compra tierra y edificios deteriorados por el abandono, el crimen y la huida de las élites hacia los suburbios gracias a la masiva construcción de *freeways* en las décadas de 1950 y 1960—. Así se crea un campus dentro de la ciudad sin que exista una clara frontera entre el adentro y el afuera.

El ejemplo más radical de esta renovación urbana a la mala y a la buena, vía el campus, es la Universidad de Chicago, que originalmente se

erigió en un rico suburbio del sur de Chicago. Para la década de 1950, el suburbio se había convertido en el centro de una red de guetos urbanos derivados del crecimiento industrial de Chicago y de la gran migración del sur agrícola y negro a la gran ciudad. En 1940, Hyde Park estaba en el centro del Chicago del jazz y el blues, pero también del crimen y la miseria. Para 1960, una de las más prestigiosas universidades del mundo estaba localizada en una de las zonas de más alto índice de crimen en Estados Unidos. Se consideró mudar el campus a Florida, pero manipulando los costos de los alquileres y comprando poco a poco los edificios habitados por inquilinos de bajos ingresos, el campus funcionó como una ola de opulencia, estilo y orden que limpió los colores indeseados de las estructuras y de la gente de Hyde Park.

Nada de eso funciona, claro, sin algo que obvian los campus de college town, es decir, con un cordón de seguridad para mantener fuera a los indeseados (clases, razas). Así hoy el college de Hyde Park funciona como una reserva de riqueza, estilo, orden y paz en medio de la más profunda segregación racial y social; esa isla es mantenida cada día con policías uniformados y no del estado, de la ciudad y de la universidad. Milagrosamente, la sensación de campus existe y sobrevive, pero siempre con una autoconciencia de estar al borde del colapso, como si cualquier día Roma fuera a caer en manos de los bárbaros. Sea como sea, en Nueva York, en Boston o en Chicago el campus urbano semeja un continuum arquitectónico y paisajístico con la ciudad. Pero el campus no se vive como ciudad, son parcialidades dedicadas al estilo de vida campus.

*

Desde sus inicios el campus quería decir dorm (dormitorio) y toda la fábrica social se vio inmiscuida en esa decisión que se suponía sólo educativa. Campus significa hoy una extensión de las casas y familias de las clases medias para arriba. *Middle America* a los 18 años se muda a los dorms, en donde serán los personajes de una película que ya todos, padres e hijos, conocen. Este masivo cohabitar hizo del campus varias cosas al mismo tiempo: una reserva para la protección de linajes, un laboratorio de iniciación sexual, social y política, una zona de tolerancia moral para que los jóvenes, por cuatro años, hagan, protegidos, lo que se supone ya no tendrán que

hacer como ciudadanos. Así, la estructura social, desde la familia hasta los grupos de interés, se remontan al cuidado del dorm.

Acceder al campus de Harvard o Princeton o Yale era y es cuestión de linaje y dinero, durante mucho tiempo sólo hombres, ricos, protestantes, blancos, casi ningún negro y los judíos, hasta la década de 1950, tenían cuotas (excepto en The City College of New York, no un campus sino una especie de Community College venido a más). El campus era y es aún una máquina de reproducción de la estirpe. Antes la pureza de la estirpe era obsesión, como en los colleges de Oxford y Cambridge. Y pues así, cual Oscar Wilde o Sir Maynard Keynes, si “nuestros” muchachos iban a hacer sus “cochinadas”, que fuera entre ellos; la experimentación sexual al servicio del arte del *networking*: tejer redes de contactos políticos y sociales con el cuidado con que el pescador de Pátzcuaro teje sus mallas. Así, la célula reproductiva de las élites políticas y económicas durante mucho tiempo fue el dorm o su versión *fraternity*, donde se aquerenciaban las élites, de los Roosevelt (Harvard) a los Bush (Yale). Este ha sido un camino de ida y regreso: las redes horizontales y verticales acaban en grupos empresariales, sociales y políticos que a su vez reproducen la importancia del dorm y, claro, el sueño de muchos ricos es que un dorm de su *alma mater* lleve su nombre. Y sigue la mata dando.

Las pijamadas del dorm preludiaban la disciplina e indisciplina de la vida moral de la clase media estadounidense. En la década de 1920, los dorms de los campus fueron escenarios de campañas para incluir mujeres y para democratizar un poco el perfil de los admitidos en los campus. En 1911, un pobre y deforme estudiante de la Universidad de Columbia, el becario Randolph Bourne, escribió “The College: An Undergraduate View” (*The Atlantic Monthly*). Era la denuncia del elitismo en el campus, una crítica hecha por quien a la larga sería una gran voz disidente. Bourne contrastaba la democracia del mérito en el salón de clase con la oligarquía del privilegio en todo lo que tuviera que ver con actividades extra-académicas —y en el campus casi todo es extra-académico: dorms, *fraternities*, *sororities*, deportes, fiestas, clubs o comedores—. Pero también es en los dorms de los campus donde se inicia, pega y crece la revolución moral y democrática del siglo XX estadounidense. Se crean colleges para mujeres y luego cohabitados. En 1951, Vassar tenía dormitorios para mujeres y para

hombres; a su vez, Barnard, en la Universidad de Columbia, era un college femenino; para 1980 el bucólico campus de la Universidad de California en Santa Cruz se atreve: se acabó la separación, todos juntos, mujeres y hombres, en los mismos dorms, en las mismas duchas.

La revolución sexual y moral de la década de 1960 es, bien vista, cosa de dorms, ahí el todos contra todos y el LSD, la mariguana, los hongos... Hoy cada generación de jóvenes que llega a un dorm, se entiende, tiene derecho a lo que toque, ayer *free love*, hoy desde LUG (*lesbian until graduation*) o cuatro contra tres o dale que te pego. No es que el dorm haya normalizado lo anormal en las clases medias estadounidenses —la normalidad es difícil en el campus—. Es que el campus ha sido la brújula que va poniendo orden y legitimidad a la inevitable transformación moral de la sociedad. El dorm, pues, es pequeña Sodoma, pero también ha representado, à la Foucault, la disciplina de los cuerpos y los deseos. Se institucionalizan el tiempo y el espacio de la experimentación sexual —que ahí y entonces lo hagan y no después y fuera—. Y no todo va: se levantan murallas morales infranqueables, como las que dividen adentro y afuera del campus. Por ejemplo, en 1950 la autoridad campus consideraba la homosexualidad inaceptable, es más, innombrable, en tanto se hacía de la vista gorda ante las relaciones entre profesores y alumnas; las asumía inevitables. Hoy, después de tantos experimentos institucionales y morales en los campus, la homosexualidad ha dejado de ser el gran estigma moral; en cambio, el campus ha abolido, por decreto, el hambre: el erotismo y la sensualidad entre profesores y alumnos. En fin, esos raros niditos de amor, los dorms de los campus estadounidenses, han dejado su honda huella en las formas de hacer y no hacer “eso que llaman amor”.

En 1895, W.E.B. Du Bois fue el primer negro en obtener un doctorado en los, entonces, casi trescientos años de existencia de Harvard. Fue ese ilustre historiador y sociólogo quien sentenció que la historia y la vida estadounidenses habían estado divididas por una gran línea, *the color line*, y el dorm ha sido la artillería en la defensa de *the color line*. Los descendientes de esclavos estaban excluidos de la institución campus y college pero, en la segregación, surge el black campus. Después de la Guerra Civil, una pequeña clase media negra recrea la institución campus para negros —Morehouse College (1867) y Spelman Collge (1881) en Atlanta o Howard

University (1867) en Washington D.C.—. Pero el dorm, negro o blanco, fue la institución por excelencia en la batalla contra el deterioro de los linajes y contra el tabú de *miscegenation*, es decir, el acostón fatal entre razas. Durante casi un siglo, los dorms fueron esta policía genética.

Pero como todo en la historia del campus estadounidense, fue también ahí, en el campus, en el dorm, donde se dio la gran batalla en contra de *the color line*. Los dorms no inventaron la cruzada por los derechos civiles, las organizaciones negras llevaban más de un siglo luchando en las cortes y en la calle, pero esta historia es incontable sin el decisivo apoyo, en la década de 1960, de la clase media y sus dorms. De los campus y sus dorms salió la vanguardia de jóvenes negros y blancos que transformaron la añeja batalla por los derechos civiles y la hicieron una verdadera causa nacional e internacional. Después de innumerables protestas en campus e iglesias, en 1963 la desegregación del campus de la Universidad de Alabama casi terminó en una guerra entre las fuerzas federales del orden y la policía estatal mandada por el gobernador George Wallace a prohibir la entrada al campus de dos estudiantes negros. El dorm, pues, está también en la raíz de importantes revoluciones morales y sociales del siglo XX.

En el circo de la cultura popular de la juventud estadounidense, *the high school* compite con el campus por la pista principal; la preparatoria es un infierno, claro, pero uno que después de todo es compartido por todo el mundo. El dorm y el campus son otra cosa, tanto que el campus ha patentado nuevas formas de ciudadanía cultural, hoy perfectamente normalizadas. Son tan estadounidenses estos personajes que casi no hay manera de nombrarlos en español: *politically correct hipster*, *nerd*, *fraternity boy*, *sorority sister* o el profesor nihilista radical que no cree en Dios ni en la ciencia, ni en el Estado, ni en el mercado, excepto uno: el académico, el que le garantice poder de cambio entre los collegues; o el académico ombligudo, el de las novelas campus, ese que narra el yo profundo de cada cosa: yo camino, yo enseño, yo escribo, leo, copulo, sufro. . . Este estilo de vida y estos personajes son ya parte de la conciencia del mundo a través del cine y la televisión: *Love Story* (1970), *Animal House* (1978), *Revenge of the Nerds* (1984), *A Beautiful Mind* (2001), *The Human Stein* (2003), *Legally Blond* (2001), *Big Bang Theory*. . . Todo campus que se respete ha sido alguna vez el set de una o varias películas.

El campus, y también su antítesis, son parte de la cultura popular, por ejemplo, en la serie de televisión *Community*. Se trata de una serie que ironiza el increíble y casi inconsciente consenso sobre el campus como escenario natural de lo que significa ser estadounidense. El leitmotiv de la serie es el Community College, precisamente todo lo que el campus no es: es salón de clase, pero no es ni casa ni dormitorio; es urbano, profundamente urbano, en general ubicado en los abandonados centros de las ciudades; sus estudiantes son casi siempre pobres y no todos son jóvenes; son escuelas para gente que trabaja, que tiene otra vida, o para jóvenes pobres que viven en familia, no conocen un dorm. Parte del humor de la serie surge del eterno contraste con el Estados Unidos ideal derivado de la cultura campus.

Pero acaso de la institución campus no ha salido un producto cultural más estadounidense y más acabado que la llamada *campus novel*, todo un género. En un tiempo era cosa de autores como Mary McCarthy o Bernard Malamud que, alrededor de la vida campus, pero desde fuera, escribían novelas más de memoria o por haber pasado una temporadita en algún campus que les recordaba su experiencia universitaria. Pero poco a poco el campus incorpora cosas tan raras como una escuela de negocio o *a writer on residence* o *creative writing programs*. Es decir, el campus decretó que el rico ha de aprender a ser rico en el campus y que había que estudiar para ser escritor, en el campus, claro está. Resultado: a partir de la segunda mitad del siglo XX, la mayoría de los autores han sido habitantes de campus. No es de extrañar, pues, la proliferación de estas novelas en que egocéntricos profesores se enredan con jóvenes estudiantes, en que se exponen las estupideces de la vida campus. La lista de autores es interminable: F. Scott Fitzgerald, Saunder Redding, Vladimir Nabokov, Saul Bellow, John Williams, Philip Roth, David Lodge, J.M. Coetzee o Ricardo Piglia y José Donoso. La literatura estadounidense, pues, para mediados del siglo XX se había mudado de los barrios y calles de pueblos y ciudades a los *creative writing programs*. Así, el campus no era visto culturalmente desde fuera, la nación era vista desde el campus. La cámara de la cultura ha estado montada en el campus y de ahí se proyecta a la nación. Los escritores han contado la condición humana estadounidense como una condición campus.

La existencia del campus ha ido de la mano de otra institución muy gringa y muy ligada a ese elitismo: la masiva filantropía que a un tiempo

reproduce y lucha contra ese elitismo. Porque el mito bucólico del campus fue hermano de ese otro gran mito estadounidense, el antiestatismo. Se suponía que gracias al impulso ciudadano y cívico, la institución campus podría existir sin la necesidad del Estado. Hoy la lista de las mejores universidades y colleges de Estados Unidos parece confirmar el mito. Lo cierto es que la filantropía estadounidense, los campus y la inversión masiva del Estado en investigación y educación han ido de la mano. No es sólo que estados como California, Texas o Wisconsin hayan creado grandes campus —siempre con ayuda de la filantropía—, es que Stanford y Harvard no serían lo que son sin la inversión del Estado en investigación y desarrollo. Creer que el campus es un paraíso cívico que no requiere la inversión del Estado es el mejor truco que ha logrado la cultura de campus: viven del Estado pero no se nota.

*

1914 o 1916. Un campus del medio-oeste estadounidense. Tres amigos emprenden la carrera académica. Uno, no el más lúcido, con el tiempo se convertirá en el político de campus, el decano. Otro, el inteligente, pleno de escepticismo e ironía, morirá joven en las trincheras de la Primera Guerra Mundial. El tercero, ese sí, será profesor de literatura en un campus estadounidense y ahí cargará con su mal matrimonio, su peor paternidad, y ahí conocerá, en brazos de una alumna, el amor profundo aunque imposible; todo ahí, entre las incontables peleas departamentales y esa expresión única del enemigo, el enemigo de campus —que es envidiar, entre baratijas, la codicia de los otros—. Ese profesor de campus logrará, eso sí, publicar un libro especializado sobre un tema sesudo; luego cáncer y luego adiós. En otras palabras, en conjunto, una típica vida campus. El personaje inteligente, empero, lleva la voz cantante en *Stoner* (1965), la novela campus de John William donde aparecen este campus y estos personajes. Muere pronto en el relato, pero es él quien carga con el argumento de la novela: los profesores campus son gente retorcida y egocéntrica pero, después de todo, inofensiva, incapaz de hacer el bien o el mal supremo, porque el campus es reserva de una fauna aparentemente inofensiva que no sobreviviría un día a la intemperie del barrio mexicano del este de Los Ángeles o de la colonia Pensil.

Stoner apersona la intrascendencia y la grandeza de la vida campus que es la inteligencia como un paréntesis del que se sale o no pero, en tanto ahí, el tanteo de ideas y destinos. Si la arquitectura estadounidense del siglo XX no sería la misma sin los ensayos y errores del campus, el mismo experimentar sucede en los salones de clase por donde han circulado los cánones más reaccionarios o el amor a los clásicos latinos o las efímeras modas académicas que, como bolsos Louis Vuitton, cambian con la temporada. Si el campus ha sido establo para la cría de linajes inútiles y deleznable, también ahí las mejores bibliotecas y laboratorios. Los *stoners* en los campus hemos sido muchos y prescindibles, pero la suma de las bibliotecas de los diez mejores campus de Estados Unidos llegaría a los cien millones de volúmenes, nunca en la historia de la humanidad se había podido contar con tales acervos. Google Books es sólo la digitalización de los acervos de varios campus.

Pero para qué engañar, en cada departamento se reproducen privilegios, politiquería y absurdos que sin embargo se publican, pero en la institución campus, al fin y al cabo un estilo de vida, se han establecido dos dominios: por un lado, todo lo que tenga que ver con la educación y vida de los jóvenes (college) y, por otro, la investigación y la vida académica de los profesores y doctorantes (universidad). Todos los campus y universidades son colleges, pero no todos los colleges son universidades. En Oberlin o Amherst se espera que el profesor publique algo y tenga cierta visibilidad en su área, pero ante todo se exige que dedique su tiempo a ser mentor, medio terapeuta y medio mamá de gente entre 18 y 23 años de edad. La Universidad de Chicago es college y es universidad y de cada profesor se espera un premio Nobel, y los muy endinos se lo creen. Poco importa si dan o no buenas clases, si tienen cuidado de los sentimientos de sus estudiantes de licenciatura. Eso sí, en el campus, con todos sus vicios y problemas, no hay profesor que se salve de dar clases. A diferencia de las instituciones mexicanas, donde a mayor prestigio menos clases, el campus de Chicago o Princeton establece una democracia basada no en el salario (cada uno negocia el suyo), sino en que todos, desde el premio Nobel hasta el doctorcillo que acaba de entrar, han de dar cuatro cursos al año.

Siempre están en flor los prados de campus prestigiosos como el de Stanford o Brown, porque las flores, como las modas académicas, se arrancan cuando se marchitan. Cada tanto, nuevas flores y nuevas modas se re-

plantan. Además, el campus inventa idiomas efímeros que martirizan a los puristas o la gente de a pie, como el lenguaje *cool* clasemediero de amigos de college reubicados en Nueva York en *How I Met Your Mother*, o el idioma de la corrección política que tantos trabalenguas impone al hablante llano. Pero los campus también favorecen grandes descubrimientos y la experiencia diaria de los libros y el conocimiento para miles de jóvenes. Saul Bellow era un hijoeputa, un gran escritor, pero ante todo un profesor de Chicago, un habitante del campus Hyde Park, un *teacher* que cada trimestre daba sus clases, insultando a muchos que lo escuchaban o abriéndoles horizontes insospechados. Allan Bloom era Revelstein, el personaje de la novela de Bellow, y era un incordio insoportable, pero también, con Leo Strauss, David Grene, Alexandre Kojève y Rochard Mckeon, un momento importante de la filosofía occidental. Y en efecto, del departamento de economía de la Universidad de Chicago surgió en el siglo XX esa nueva religión del mercado, y ahí caen premios Nobel como la nieve en invierno. Pero del otro lado del campus, en el departamento de antropología, desde la década de 1930 se puso en tela de juicio el papel colonial que había jugado la antropología, se experimentó con pluralismo cultural y antirracismo, del Tepoztlán de Robert Redfield a la indispensable sabiduría de Marshall Sahlins. Claro, en Stanford o Harvard seguro en este momento se está desarrollando algún tipo de tecnología militar. Pero en algún lugar de sus respectivos campus también se están descubriendo nuevos tratamientos para el Alzheimer o el sida. No hay duda de que la inteligencia de campus es demasiado contradictoria, tramposa y cara. ¿Y cuál no? ¿La de los intelectuales parisinos o mexicanos? ¿La de las ONG? ¿La de Wall Street?

El campus también ha sido un laboratorio de gobierno. No es ni nunca ha sido una democracia. Por increíble que parezca, el régimen jerárquico académico ha sido defendido incluso por radicales tan distintos como Edward Said o Noam Chomsky. Pero, por un lado, el gobierno de los college towns adquiere condición de municipio libre en esteroides gracias al vínculo con la institución college dedicada a la educación, a la juventud y a todo tipo de experimentos políticos e ideológicos. Las primeras cooperativas en supermercados, librerías y dotación de servicios surgieron de locuras de campus y college towns. También de los campus surgieron los primeros sistemas de reciclaje y de cuidado ecológico. El gobierno mismo de los

campus está en un perpetuo y contradictorio veremos: son negocios pero de mercancías difíciles de caracterizar (ciencia, educación, prestigio, linaje, experiencia humana); compiten por dinero y prebendas, pero han mantenido durante casi un siglo una organización que contradice la vida democrática y la inseguridad laboral de fuera de los campus.

El campus es una parcialidad legal basada en una sola forma de ciudadanía permanente, *tenure*: el otorgamiento de un puesto laboral, fijo, inamovible, el cual se obtiene después de seis o siete años, de acuerdo con méritos académicos y pedagógicos y, también, de acuerdo con qué tanto uno es, como dicen, *clubable* —es decir, que tan capaz es uno de pertenecer al campus—. El director de IBM gana millones, pero en menos de veinticuatro horas puede ser lanzado a la calle por cualquier razón. En los campus la ciudadanía, una vez ganada, es perenne. Se supone que este privilegio permite la libertad de pensar, ese espíritu excéntrico que caracteriza el estilo de vida campus; se asume que la ciudadanía se gana con conocimientos y servicio. No es del todo así, claro, pero lo cierto es que sin esta canonjía la inteligencia como un paréntesis de campus difícilmente existiría. Ya en el salón de clase, con *tenure*, si uno dice A o si dice B o no dice nada, es difícil ser expulsado del Olimpo. Una vez ciudadanizado, salvo momentos específicos de la historia estadounidense (el macartismo), es difícil perder la ciudadanía campus por experimentar con ideas. Las novelas de campus nos tienen acostumbrados al profesor que arriesga sus privilegios por acostarse con una alumna, y a ojos ajenos resulta ofensivo e inexplicable el puritanismo que sostiene al campus. Lo raro es que no asombre lo que verdaderamente es asombroso: los privilegios y la libertad con que cuentan esos incontinentes personajes de las novelas campus.

En Estados Unidos hoy es moda de izquierdas y derechas criticar los sinsentidos de los habitantes de campus —con títulos tan viejos como *The Closing of the American Mind* o tan nuevos como *The Five-Year Party: How Colleges Have Given Up on Educating Your Child and What You Can Do about It*—. Lo irónico es que esas críticas son generalmente autocríticas, es decir, provienen de gente de campus. El mito de Steve Jobs inventando la Mac en un garaje de Palo Alto parecería ser la más elocuente crítica de la vida de campus. Es un mito tan grande como que universidades como Stanford pueden vivir sólo del dinero privado. Mac o Google se explican por, y se

ubican en, las cercanías de un gran campus y todo lo que éste implica en inversión privada y pública y en concentración de capital humano. Es más, las nuevas corporaciones como Google están tan marcadas por la vida campus que la imitan, en la arquitectura, en el estilo de vida *cool* y erigen fábricas-campus, con bicicletas, patines, informalidad en el vestir o en la forma de tomar la raqueta de pingpong en la cafetería de la empresa que se quiere dorm. Sí, claro, el campus mantiene mucho profesor burro y pesado, pero también es el hábitat de las voces más importantes en los periódicos estadounidenses o de lo que nuestra era desembolsa como *great minds*. Es un desperdicio de recursos, pero también es el escenario de la revolución tecnológica que vamos viviendo. Sin todo lo que significa el campus económica, social y culturalmente, ni internet ni facebook.

A pesar de su omnipresencia en la vida cultural estadounidense, el campus es y ha sido siempre la *bête noir* de una influyente manera de concebir Estados Unidos a partir, precisamente, de defender todo aquello que el campus no es. Campus es sinónimo de diletantismo moral y político, es un mundo libresco y conceptuoso, es cosmopolitismo y promiscuidad. La idea original detrás del campus era crear una opción al cosmopolitismo y corrupción de las grandes ciudades del este de Estados Unidos. Los colleges del sur surgieron como opciones educativas, no cosmopolitas, dedicadas a conocimientos prácticos, científicos y morales. Pero hoy casi todo campus, por sureño o pequeño que sea, es una isla de eso que el otro Estados Unidos desprecia; lugares de ateísmo y esnobismo, nada que ver con la *real America*, gente de familia, de Dios, de rifles y pocas ideas pero prácticas y democráticas. Los campus, pues, son, para esa otra *America*, comunidades de amorales y degenerados obcecados por el multi y el post, gentuza que está destruyendo *America*. Hoy son legión los que piden eliminar *tenures*, los campus, los dorms, hacer de todo college un Community College o un negocio educativo eficiente. El campus está, siempre ha estado, en entredicho.

*

¿Sobrevivirá el campus en las ciudades, en los pequeños pueblos, en la conciencia estadounidense? No lo sé. Es producto de una inestable concatenación de factores históricos y cualquier cosa puede pasar. La dolorosa decadencia económica de la Universidad de California dice que el fin se

acerca. La Universidad de Texas sufre ataques diarios del gobierno del estado, la quieren convertir en una escuela técnica eficiente y en un equipo triunfador de fútbol americano. El boom económico, social y cultural de campus como el de Princeton, Harvard o Wisconsin hacen creer que la institución vivirá todavía una larga vida. El anti-intelectualismo, por ejemplo, del Tea Party, augura lo peor para el campus. Otra cosa dice la omnipresencia de la cultura campus en el cine, la televisión, la literatura, la arquitectura y las redes sociales (las reales, no las virtuales). Sin duda, el campus es un producto histórico con tantos pecados y sinsentidos que merece morir. También es casi un milagro. En cien años, acaso la institución haya desaparecido y el campus de Amherst sea una ruina de lo que Estados Unidos fue. No lo sé.

Lo que sé es que hoy la gente de campus no acata qué tanto somos todos personajes de novelas de campus. Vivimos como en un set de cine en el que nadie está del todo consciente de que con el escenario, los actores, los diálogos y los productores estamos haciendo una película. Porque la vida campus es un absoluto poner en entredicho que parte y regresa a un incuestionable más total: dar por natural la excepcionalidad, el privilegio y lo insólito que es la mera existencia de algo así como el campus.

Hace décadas, proveniente de los rumbos de Azcapotzalco, llegué al campus de la Universidad de Stanford. Como todo extranjero que llega a un campus estadounidense, me sentí obnubilado y de alguna manera rebasado por aquel paisaje, aquella vida y su infinita oferta de opciones intelectuales y humanas. No podía ser posible. Cursi y azotado, me dio porque el eco de mis pasos —entre los eucaliptos, los portales de misión jesuítica de utilería, las esculturas de Rodin, los pasillos y la inmensa biblioteca— susurraban: ¡impostor, impostor! Yo no podía pretender que entendía los secretos y rituales de esa vida campus, además de que la cabeza nomás no me daba para aprovecharlo todo. En cualquier momento, pensaba, alguien delataría mi impostura, mi inmerecido ser gente campus. Ignoraba que esa impostura era en verdad el documento de identidad de la vida campus; yo sólo quería aprovechar y merecer ese privilegio, inaudito, de ser campus. Mi sentido de desmérito emanaba no de mi ser mexicano o burro (aunque también) sino de la intuición de

que no podían ser verdaderos esos paréntesis en el tiempo y el espacio, esos Shangri-La para el disfrute de la naturaleza montaraz, de la juventud desinhibida, de los libros a granel, de cualquier idea y de las pendejadas todas. Nunca fui denunciado, de ahí salí en buena ley. Hoy vivo en Hyde Park, en el campus de la Universidad de Chicago. Sigo sintiéndome en un todavía porque, como un animal criado en zoológico, aún creo que sé cómo, que puedo y que debo, en algún momento, vivir a la intemperie —un autoengaño campus, si los ha habido—. Sin embargo, no logro, como mis colegas, vivir en automático ser personaje de una novela campus. Vivo como si fuera parte de la trama pero de alguna manera consciente de la voz narrativa, como si no fuera posible esta vida de campus. Soy y no soy el campus, lo desprecio y lo añoro. Así que cuando esa pausa en las monsergas académicas me dejó pasar el día en la biblioteca, o cuando en ese día de otoño que giré una esquina y súbitamente acaté que el granate y el amarillo de las enredaderas ya se había montado en las fachadas neogóticas, o cuando en ese otro día que al cruzar un pasillo se dio la cháchara aquella, lúcida y sabrosa, con el amigo Adam Zagajewski... cuando en esas, me he sorprendido agradecido: no hay voz narrativa, lo sé, el campus es demasía pero es real. No obstante, es tan injusto y absurdo que no puede ser cierto. Me he oído pensando: “novela o no, que no termine, que no termine”. ❧

Ciudad Universitaria

Vicisitudes de un ideal

Valeria Sánchez Michel*

El 22 de marzo de 1954 el presidente Adolfo Ruiz Cortines hizo la entrega oficial de la Ciudad Universitaria a Nabor Carrillo, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). En el acta que se firmó se explica que “las autoridades de la Universidad Nacional Autónoma de México y de Ciudad Universitaria administrarán, cuidarán y conservarán el nuevo recinto universitario en tanto el gobierno federal concluye las obras”.¹ El ideal universitario, que data de finales de la década de los veinte, se logró después de varias vicisitudes. El apoyo del gobierno federal y la gestión de las obras a cargo de la Gerencia General (reconocida en el acta de entrega como “autoridades de Ciudad Universitaria”) fueron factores importantes para que se pudiera lograr la construcción.

Este año se celebran sesenta años de que alumnos, profesores y administrativos llegaron a Ciudad Universitaria, lo que significó para la Universidad Nacional un parteaguas en su historia. La nueva sede implicó una nueva forma de vida para los universitarios, la posibilidad de cambiar programas de estudio, reformar su organización e impulsar áreas como la investigación científica.

La Ciudad Universitaria tuvo, como explica el arquitecto Teodoro González de León, “una conjunción afortunada de idea, proyecto y

* Este texto se desprende de mi investigación de tesis doctoral “Construcción de una utopía: Ciudad Universitaria, 1928-1952”, en El Colegio de México.

¹ El documento que resguarda el Archivo Histórico de la UNAM ha sido ampliamente difundido este año, se puede consultar una excelente reproducción en la versión en línea del periódico *Reforma* en la nota “Detonó CU la zona sur”, del 3 de abril de 2014. También se encuentra en la *Agenda Universitaria 2014*, que este año está dedicada a la vida cotidiana en Ciudad Universitaria.

realización”.² Ahora, no cabe la menor duda, es un lugar emblemático de la Ciudad de México, su localización es punto de referencia al sur de la capital y su Biblioteca Central se ha convertido en un icono que representa a la Ciudad de México, tal como lo hace el Palacio de Bellas Artes o la Torre Latinoamericana. Sin embargo, ser un referente tiene sus consecuencias. Los lugares emblemáticos cobran tal importancia que parecen ahistóricos, como si siempre hubieran existido y no hubieran podido ser de otra manera. Tal es el caso de la Ciudad Universitaria de México que, por ejemplo, parecía predestinada a estar en el Pedregal.

La creación de la Ciudad Universitaria tiene hoy un relato establecido sobre cómo se desarrolló el proyecto. Su antecedente es la tesis de licenciatura que Mauricio de María y Campos y Marcial Gutiérrez Camarena presentaron en la Facultad de Arquitectura. Un antecedente que sólo se menciona sin mayor explicación o análisis. El énfasis de su creación se centra en la etapa de su construcción, como un proyecto en el que se involucraron los más importantes arquitectos mexicanos.³

El Pedregal por ser un lugar donde floreció una cultura antigua es parte importante de la retórica sobre Ciudad Universitaria y que ha permanecido desde el momento de su construcción hasta nuestros días. Así, el rector Luis Garrido (1948-1953) explicaba que la Ciudad Universitaria se encontraba “en un lugar marcado por el destino: aquí fue el asiento de una civilización milenaria y ahora será la sede de la cultura por venir”.⁴

Esa misma retórica es posible leerla en las declaraciones que Miguel León Portilla realizó el pasado 3 de abril de 2014, cuando afirmó que

² Teodoro González de León, “La Ciudad Universitaria”, en Fernando Pérez Correa (coord.), *La UNAM en la historia de México. Del inicio del rectorado de Genaro Fernández Mac Gregor a la apertura de cursos en la Ciudad Universitaria. México, 1946-1954*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, p. 183.

³ Se puede encontrar este énfasis desde el momento de la construcción, cuando hubo una amplia difusión del proyecto (concretamente entre 1950 y 1952) y en las publicaciones posteriores. Por ejemplo la obra de Mario Pani y Enrique del Moral, *La construcción de la Ciudad Universitaria del Pedregal. Concepto, programa y planeación arquitectónica*, México, UNAM, 1979, vol. XII de la Colección Cincuentenario de la Autonomía, hasta en la de Roger Díaz de Cossío, *Ciudad Universitaria. Crisol del México moderno*, México, Banco de México/Fundación ICA/Fundación Miguel Alemán/Fundación UNAM, 2009.

⁴ Luis Garrido, *Palabras universitarias*, México, Ediciones Botas, 1954, p. 73.

“en el mismo ámbito donde floreció una antigua cultura indígena, creadora ya de edificaciones monumentales como las descubiertas en Cuicuilco, se demarcó el espacio, milenios más tarde, para nuevas formas de asentamiento humano. Destino de CU fue irse al sur del valle, en el Pedregal, en la zona en que por todas partes se mira lava, [donde se tornan] visibles los estratos de la larga historia del nacimiento del México moderno y su Universidad Nacional”.⁵

Sin embargo, la creación de la Ciudad Universitaria tuvo dos etapas distintas: la primera comprende desde que se propuso crear una Ciudad Universitaria para la Universidad Nacional de México hasta el momento en que fue evidente que no se podía llevar a cabo (1928-1937). La segunda etapa va desde 1943, cuando se retoma el proyecto, hasta 1954, cuando los alumnos comienzan a habitarla. En este texto me propongo analizar esa primera etapa ausente en la historiografía. Me interesa recuperar un relato histórico que se desvaneció frente un relato en el que la Ciudad Universitaria del Pedregal parece predestinada.

UNA PROPUESTA EN LA CARENCIA

En la primera plana del periódico *El Porvenir*, el 4 de abril de 1928, se publicó: “Se fundará en México la Ciudad Universitaria”. En la noticia se explica que la Secretaría de Educación y el presidente comisionaron a dos arquitectos para que elaboraran un proyecto para crear una ciudad universitaria, pues su “fundación será el primer paso efectivo para conceder a la Universidad la autonomía que se ha venido pidiendo desde hace mucho tiempo”. Sin embargo, en la misma nota se explica que el gobierno no puede aportar gran cantidad de recursos sino hasta que la economía de la nación mejore y, junto con los gobiernos estatales, pudiera contribuir al proyecto.

Los arquitectos comisionados para el proyecto fueron Mauricio de María y Campos y Marcial Gutiérrez Camarena, quienes presentaron el proyecto como tesis para obtener el grado de arquitectos. Se les pidió a ellos pues lo podrían realizar “sin otra mira que la del estudio”, dado

⁵ Citado en “Sin la UNAM y sin CU México sería diferente, no mejor: Narro”, *La Jornada*, 4 de abril de 2014, p. 37.

que no se les podía pagar. Los arquitectos seleccionaron Tlalpan como el lugar ideal para edificar la nueva urbe universitaria, por su facilidad de comunicación y sus atractivos naturales. Sin embargo, su propuesta parecía inalcanzable. Al leer las noticias no cabe duda de que por cuestiones económicas es sólo un sueño. La Ciudad Universitaria es algo útil y necesario para que el país cuente con una “moderna educación”, pero puede concretarse sólo “si la situación económica nacional mejora”. El país vivía un periodo de crisis económica y ésta afectaba también a la Universidad.⁶

Si uno revisa el presupuesto universitario se percata de que la realidad económica de la Universidad era difícil; el cálculo para 1924 fue de 2 581 942 pesos y para 1928 disminuyó a 2 444 969 pesos.⁷ La disminución a primera vista parece poco significativa; sin embargo, los gastos de la Universidad se incrementaron. Entre 1921 y 1925 la Secretaría de Educación Pública se encargó del mantenimiento de los doce edificios que ocupaba la Universidad, pero a partir de 1925 fue la misma Universidad la que tuvo que responsabilizarse de ese gasto. Ejemplo también de la escasez de recursos es el paro que tuvo la Facultad de Filosofía y Letras por falta de pago a sus profesores y que se resolvió gracias a que varios de ellos dieron sus cursos de forma gratuita. De hecho, el rector Alfonso Pruneda contrató profesores ad honórem.⁸

La administración de Pruneda (1924-1928) se caracteriza por su interés en conformar una verdadera universidad, con una reglamentación única y una administración centralizada y no sólo escuelas aisladas que actuaban de manera independiente y con reglamentos propios.⁹ En la

⁶ *El Porvenir*, 4 de abril de 1928.

⁷ Renate Marsiske, “La organización académica y administrativa de la Universidad Nacional en vísperas de su autonomía”, en *Memoria del Segundo Encuentro sobre Historia de la Universidad*, México, UNAM, 1986, p. 116.

⁸ Javier Garcíadiego, “Universidad de México: nacimiento y transformación”, en Leticia Pérez Puente y Enrique González González (coords.), *Permanencia y cambio. II Universidades hispánicas 1551-2001*, México, UNAM, 2006, p. 368.

⁹ El anhelo de la llamada “unión universitaria” es algo que se busca desde la administración de Ezequiel Chávez, como algo indispensable para el progreso de la Universidad. Ejemplo de ello es el intercambio epistolar entre Julián Sierra y Ezequiel Chávez citado en Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila, 1920-1925: educación, cultura e iberoamericanismo en el México posrevolucionario*, México, UNAM, 1989, p. 304, n. 591. Javier Garcíadiego señala cómo el interés y la labor por unificar las escuelas ocurrió desde los rectorados de Alfonso Caso (diciembre de 1921 a agosto de 1923) y Ezequiel Chávez (agosto de 1923 a diciembre de 1924). J. Garcíadiego, *op. cit.*, p. 367.

Universidad no había siquiera un criterio homogéneo de admisión; no sólo variaba entre las facultades sino que en una misma podían variar los criterios de un año a otro. Como bien señala Claude Fell, no existía verdadera comunicación entre los establecimientos universitarios que vivían inmersos en sus propios problemas.¹⁰

Para el rector Pruneda la necesidad de consolidar la vida universitaria era indispensable para arraigar un “verdadero espíritu universitario”, pues sólo así las instituciones que la conformaban podrían trabajar para contribuir a la sociedad o, como él explica, “para servir al pueblo”.¹¹ No es de extrañar pues que la reunión física de las facultades en una Ciudad Universitaria fuera una idea atractiva para Pruneda y que fuera una de las razones principales por las que comisionó el desarrollo del proyecto a los alumnos.

En 1929, tras los disturbios estudiantiles que llevaron a la renuncia de Pruneda, la Universidad adquirió su autonomía. Ignacio García Téllez asumió la rectoría y, al igual que Alfonso Pruneda, consideró indispensable resolver la falta de unidad universitaria, pues sólo existía un sentimiento de pertenencia a las facultades; para resolver este problema durante su gestión (1929-1932), el rector promovió intensamente la creación de una Ciudad Universitaria. Para García Téllez, la conciencia estudiantil se lograría sólo al reunir en un único espacio las dependencias de la Universidad y al proveer a los alumnos de un entorno donde pudieran lograr una educación integral.

Los arquitectos De Maria y Campos y Gutiérrez Camarena presentaron su proyecto de Ciudad Universitaria al rector Ignacio García Téllez. El 26 de octubre de 1929 el periódico *Excélsior* publicó los pormenores del proyecto y la acogida que el rector le había dado. En ese momento se consideró que el costo de realización sería de unos 18 millones de pesos. Probablemente, el rector García Téllez ya conocía el interés de Pruneda por impulsar el proyecto y debe haber tenido material a su disposición al respecto, pues tan sólo dos días después de reunirse con los arquitectos, el 28 de octubre, publicó el documento “La Ciudad Universitaria”.¹²

¹⁰ C. Fell, *op. cit.*, p. 305.

¹¹ Alfonso Pruneda, *Universidad y universitarios*, México, UNAM, 1942, p. 8 y 12.

¹² Archivo Ignacio García Téllez (en adelante AIGT), Sección: Universidad Nacional Autónoma de México (1912-1985), caja 4, exp. 13.

En dicho documento el rector expuso la necesidad de construir para la Universidad un lugar donde estuvieran todas las facultades y se contara con un sitio destinado a las actividades físicas de los alumnos. El rector argumentaba que la Universidad requería instalaciones nuevas y modernas y que se tenía que alejar a los estudiantes de las estrechas casas seculares en las que se encontraban las escuelas. García Téllez afirmaba que la Universidad utilizaba inmuebles que habían sido construidos conforme a las necesidades educativas de otros tiempos y que modernizar los edificios y acondicionarlos debidamente sería sumamente costoso y, en ocasiones, totalmente imposible. Así, escribió:

las ventajas pedagógicas que se obtendrán han sido comprendidas en los más grandes países como España, Francia, Estados Unidos, Alemania, Inglaterra, etc., los que al amparo de mecenas altruistas, merced a nobilísimo desprendimiento oficial o con la espontánea cooperación de todo un pueblo, se han ido erigiendo templos del saber donde la laboriosa colmena estudiantil alimenta su espíritu, vigoriza su cuerpo y calienta su corazón a la vera de las grandes ciudades.¹³

La propuesta de edificar una Ciudad Universitaria fue bien recibida por el gobierno federal. En el presupuesto de egresos que el presidente envió al Congreso en noviembre de 1929 dispuso recursos para la erección de la Ciudad Universitaria, retomando los mismos argumentos que planteaba el rector:

en vista de las condiciones en que se encuentran los edificios destinados a las facultades y escuelas universitarias y de las crecidas sumas que demandaría la adaptación, sin que ésta pudiera llegar a satisfacer las justas exigencias de la educación superior, se ha pensado resolver este problema con la construcción de la Ciudad Universitaria, para lo cual contribuye el Gobierno Federal con la suma de un millón de pesos que sin dificultad podrá mantenerse en los siguientes presupuestos hasta cubrir la suma que esta obra demande.¹⁴

¹³ *Idem.*

¹⁴ *Diario de debates de la H. Cámara de Diputados, 1916-1994, Legislatura XXIII, Año legislativo II, período ordinario, 25 de noviembre de 1929 (en adelante Diario de Debates).*

La partida presupuestal no fue aprobada fácilmente, pues hubo diputados que sostuvieron que era mejor invertir ese dinero en mejorar los sueldos de los profesores, en libros de texto o en maestros rurales. Los diputados consideraron que era trascendental el tema y de manera acalorada discutieron durante tres días si se debía apoyar a la Universidad o si era mejor fortalecer la base de la educación y destinar ese dinero a la educación primaria.

En contra de la creación de Ciudad Universitaria hablaron los diputados Desiderio Borja (por el estado de Guerrero), Manuel Mijares (Coahuila) y Leopoldo Camarena (Hidalgo); defendiendo el proyecto se encontraban Octavio Mendoza González y Ramón Santoyo (ambos diputados por el estado de Guanajuato). En un principio el diputado Camarena propuso que se retirara la partida y que ese dinero se distribuyera entre los ramos de educación primaria, con el argumento de que era mejor dedicarlo al aumento salarial de algunos maestros de escuelas rurales y a la compra de libros de texto.

Los diputados que defendían el proyecto pedían que compareciera el rector de la Universidad para que explicara en qué se invertiría el dinero y así los diputados entendieran que éste se emplearía en pro de la juventud. Además, el diputado Santoyo defendió la partida porque consideraba que la alfabetización del país no era el único problema de la educación; en sus palabras:

La Ciudad Universitaria tiene una alta tendencia que no es simplemente imitativa; no es solamente porque existan estos grandes centros en naciones europeas, extranjeras, en general, por lo que la Universidad quiere establecerla en México. Hay, señores, en primer término, una falta muy grande de locales, de laboratorios. La industrialización de México es necesaria como una de las bases de resurgimiento futuro; las nuevas generaciones, se ha venido repitiendo, han de formarse en los laboratorios, y esos laboratorios no existen y deben existir en la Ciudad Universitaria.¹⁵

Las discusiones continuaron en gran desorden, con golpes en las curules y gritos de “arriba los indios”. La mayoría de los diputados estaba por destinar el dinero a escuelas rurales para cumplir con la alfabetización de los indios. El diputado Santoyo defendió el proyecto que el rector proponía, pues consideraba que era:

¹⁵ *Diario de Debates*, 27 de diciembre de 1929.

un error plantear en una forma sentimental el problema de México estableciendo un conflicto entre la rudimentación y la Universidad Nacional, entre la alfabetización y la alta cultura. Yo creo que se trata de una educación integral, y que tanto el primer problema como el segundo es necesario que los aborde en una forma franca la Revolución.¹⁶

Además, Santoyo sostuvo, sobre todo frente a aquellos que preguntaban qué cosa era una Ciudad Universitaria, la necesidad de que a los alumnos se les brindaran campos donde pudieran realizar deporte y de que se alejara a la Universidad del ambiente viciado de la ciudad.¹⁷ Tanto para Santoyo como para Mendoza González la edificación de la Ciudad Universitaria contribuiría a transformar la cultura universitaria.

El rector de la Universidad buscó a los diputados Camarena y Mijares para reunirse con el secretario de Educación Pública a fin de llegar a un arreglo. Así, se acordó tomar una cantidad de la partida de Ciudad Universitaria para destinarla al aumento de salarios de maestros y que los diputados pudieran cumplir con las promesas hechas a sus votantes. Ahora bien, a pesar de que hubo diputados que estaban a favor de que el dinero destinado a la Universidad se le diera mejor a las escuelas rurales, no lo estuvieron tanto de que el monto descontado fuera para salarios, ya que sólo beneficiaba a unos cuantos maestros; quizá por eso la votación fue cerrada. El 28 de diciembre de 1929 el presupuesto de egresos en el Ramo de Educación Pública fue aprobado con 90 votos a favor y 88 en contra. Al millón de pesos que se había propuesto para la Ciudad Universitaria se le quitaron 118 424.25 pesos para mejorar el salario de algunos maestros de primaria.¹⁸

LA NUEVA CASA UNIVERSITARIA

Desde el momento en que Ignacio García Téllez hizo público el proyecto, a finales de octubre de 1929, comenzó a orquestar la mejor manera de ver realizada la nueva casa para la Universidad. A partir de 1930, el

¹⁶ *Diario de Debates*, 28 de diciembre de 1929.

¹⁷ *Idem*.

¹⁸ *Idem*.

rector comenzó una ardua labor de promoción de la Ciudad Universitaria para lograr su construcción. Así, el 11 de enero de ese año inauguró el “Congreso Nacional de Planeación sobre la Ciudad Universitaria Mexicana”, donde los especialistas tenían que discutir y decidir dónde debía erigirse la Ciudad Universitaria (si dentro o fuera del Distrito Federal), las consideraciones que se debían tener para la selección del emplazamiento (como clima, accesibilidad, topografía), saber dónde se podrían obtener los terrenos a menor precio y, lo más importante, delinear el programa que la Universidad debía seguir de manera que todas las obras se pudieran terminar.¹⁹

A pesar de que el rector propuso que se discutiera la pertinencia de comprar los terrenos fuera del Distrito Federal, en su discurso inaugural puso énfasis en que la Universidad debía ubicarse lo menos alejada posible del corazón de la metrópoli, ya que tanto los profesores como los alumnos habitan y trabajan en distintas zonas de la ciudad. La idea era obtener una gran extensión de terreno, sobre todo para prever su futura expansión, cerca de la urbe. La Ciudad Universitaria debía construirse para una población estudiantil de catorce mil alumnos, considerando el crecimiento constante de la matrícula. En ese momento, de acuerdo con cálculos del rector, la Universidad contaba con unos nueve mil estudiantes.

Sobre cómo debía ser el proyecto arquitectónico de la nueva casa universitaria, el rector únicamente hizo referencia a la biblioteca central y a los pabellones para alumnos extranjeros. Así, para él, la Ciudad Universitaria debía contar con una sola biblioteca donde se reunieran todas las existentes, para poder invertir los recursos de mejor manera en un local único y no en muchos diseminados. Además, consideró de suma importancia la construcción de pabellones para estudiantes de distintas naciones, pues de esta manera se lograría “[que] nuestro país material y moralmente [sea] uno de los principales centros educativos del continente”,²⁰ algo que no había figurado en el proyecto de De María y Campos y Camarena.

¹⁹ Archivo Histórico de la UNAM (en adelante, AHUNAM), Fondo Universidad Nacional, caja 31 (antes 1), exp. 401 (antes 7).

²⁰ *Idem.*

El Congreso sólo era el principio de toda una estrategia para lograr la construcción de la Ciudad Universitaria. Así, a partir de enero de 1930, también se implementó un plan para recaudar los fondos necesarios para la realización del proyecto.

El plan para reunir los recursos económicos lo elaboró Alfredo F. Gutiérrez, auditor de la Universidad. En el “Proyecto para la Campaña para Arbitrarse Fondos pro-Ciudad Universitaria”, Gutiérrez dejó ver que la Universidad buscaba obtener los recursos por sí misma y que al gobierno federal sólo le pedirían préstamos que se podían pagar a plazos. Por ejemplo, se debía gestionar ante el gobierno federal un subsidio extra por diez millones de pesos, que la Universidad pagaría en diez años, considerando que podría dar un millón cada año. Al Departamento Central del Distrito Federal se le pediría que impusiera a todos los espectáculos la obligación de dedicar una función dominical a beneficio de la Ciudad Universitaria cada año, hasta que se terminara la construcción.

Otros recursos se lograrían mediante el descuento de un día de salario cada mes, durante un año, a todos los profesores, empleados y profesores de la Universidad; el cobro a los alumnos de una cuota adicional de cinco pesos al inscribirse (aun a los becados) y el cobro de una cuota mensual a todos los graduados de la Universidad. También se obtendría dinero de la organización de partidos de fútbol americano pro-Ciudad Universitaria, de campeonatos nacionales (“y de ser posible hasta mundiales”) de box en el estadio nacional y de diversos juegos por parte de la Federación Atlética. Además, se les pediría a las sociedades de alumnos de las facultades que organizaran festivales y bailes a beneficio de la Ciudad Universitaria y a las más distinguidas damas de la sociedad que realizaran una colecta pública en calles y comercios. Finalmente, se buscaría un empréstito de tres millones de pesos con bonos reembolsables por medio de sorteos periódicos.²¹

Cuánto dinero se logró recaudar y de qué forma no lo sabemos, pero se logró reunir un fondo suficiente como para comprar los terrenos. Los documentos existentes no dan cuenta de cómo fue el proceso de selección de los terrenos ni de la forma en la que se adquirieron. Sin embar-

²¹ AHUNAM, Fondo Universidad Nacional, caja 30, exp. 394.

go, García Téllez menciona que fueron seleccionados por un grupo de expertos (suponemos que los que se reunieron en el Congreso Nacional para tal fin) y que se adquirieron a un precio ínfimo.²² Lo cierto es que la Universidad dispuso de los terrenos a partir de octubre de 1930, cuando un grupo de alumnos del primer semestre y profesores de la Facultad de Ingeniería comenzaron a trabajar en él para el levantamiento del plano topográfico.

El terreno tenía una superficie de 257 hectáreas y se encontraba entre los límites del Distrito Federal y el Estado de México, en las lomas de San Isidro y de San Joaquín. El terreno estaba atravesado por el río San Joaquín y quedaba en él la presa con el mismo nombre.²³ La nueva propiedad universitaria estaba rodeada por los terrenos de la Chapultepec Heights Co. S.A., los del Club Campestre, los de la Hacienda León, los del Rancho de Sotelo, los de la Empire Productions Co., por el Club Atlético Reforma, los terrenos del Rancho El Charro, la propiedad de Carlos Cuevas y el pueblo de Tecamachalco.

Si uno considera el crecimiento de la Ciudad de México a principios de la década de los treinta, la selección del emplazamiento para la Ciudad Universitaria se hizo en un área en la que ya se estaba invirtiendo. El terreno no quedaba aislado o distante sino que era parte del crecimiento del trazado urbano (véase plano 1).

No sólo eso, sino que además estaba cerca del exclusivo fraccionamiento de Lomas de Chapultepec, diseñado por la compañía Chapultepec Heights, que poco antes había creado y vendido la colonia Hipódromo Condesa. Las propuestas de ambas colonias fueron elaboradas por el arquitecto José Luis Cuevas y se caracterizaban por la importancia de las áreas verdes y los parques, con un diseño de calles onduladas y avenidas con camellones ajardinados; características que también se emplearon en los primeros proyectos que se hicieron para la Ciudad Universitaria.

El plano topográfico que hicieron los alumnos de ingeniería está perdido, pero de él tenemos una foto que da cuenta de lo importante que fue. En dicha imagen se aprecia el plano, en cuyo costado izquierdo está

²² AIGT, Sección: Universidad Nacional Autónoma de México (1912-1985), caja 4, exp.14.

²³ Una foto dice: "Presa de Tecamachalco", en construcción.

el escudo de la Universidad y una leyenda que dice “Universidad Nacional de México Autónoma. Facultad de Ingeniería. Plano topográfico de los terrenos para la Ciudad Universitaria levantado por los alumnos de primer año en 1930” y están las firmas del director de la Facultad y del rector de la Universidad.²⁴

El plano está encuadrado en un marco de madera labrada. No era una simple pieza rectangular la que lo ceñía; al centro tenía el escudo de la Universidad y alrededor se encontraban los escudos de cada una de las escuelas y facultades que la conformaban. Así, esta foto es testimonio de que el plano no sólo sirvió para poder levantar con su información los planos arquitectónicos sino que muestra la idea que se quería transmitir: en esos terrenos se reunirán todas las escuelas y facultades de las que figuran sus escudos. Además, se resalta la importancia del trabajo de los alumnos pues, como hemos visto, en ese momento para que el proyecto de la Ciudad Universitaria se lograra era fundamental la labor de todos los universitarios.

El terreno era una planicie que estaba comunicada por una calzada pavimentada que conducía al Club de las Lomas de Chapultepec, sobre la cual se encontraban ya algunas casas residenciales construidas, y entroncaba con la calzada de los Morales, esta última le permitiría comunicarse con la ciudad. La existencia de las vías de comunicación influyó en el diseño y la forma que tomaron las propuestas del plano de conjunto que se presentaron en aquella época. Al noreste del terreno no había construcciones, en las fotos que existen de él sólo se aprecia una amplia extensión de pastizales. Así, la topografía y la orografía del lugar nos hacen pensar que la construcción de una Ciudad Universitaria en ese espacio hubiera tenido otras características diferentes de las que adquirió después con el cambio al Pedregal.

LA CIUDAD DE LOS UNIVERSITARIOS

En noviembre de 1930 en la *Revista de la Universidad de México* se publicó el “Anteproyecto para la Ciudad Universitaria en Lomas de Chapultepec”, elaborado por el arquitecto Carlos Contreras en 1929 y un plano que indica

²⁴ “Plano topográfico de los terrenos de la Ciudad Universitaria enmarcado, 1930”, AHUNAM, Fondo Alicia Alarcón, caja 7, doc. 503

los “terrenos en que se construirá la Ciudad Universitaria”, cerca de la colonia Chapultepec Heights. En seguida se reproduce nuevamente el texto que García Téllez publicó el 28 de octubre de 1929 sobre la Ciudad Universitaria y concluye con un directorio del comité pro-Ciudad Universitaria y subcomités en los que “se reciben adhesiones” para reunir fondos.

El plano es descriptivo, no busca precisión sino que el lector ubique dónde se encuentran los terrenos que ahora posee la Universidad. Se pueden leer los nombres de las avenidas Paseo de la Reforma, calzada de los Morales y la vía del Ferrocarril de Cuernavaca. Si algo destaca es la Colonia Chapultepec Heights, es lo que el lector puede leer con mayor claridad. A su vez, el anteproyecto, del reconocido arquitecto Carlos Contreras, sólo deja ver un diseño de ubicación y distribución de los edificios y un estadio cuya forma recuerda al Estadio Nacional que existía en ese momento. Este proyecto no se vuelve a mencionar en ningún otro momento. Estas publicaciones entonces deben entenderse como pruebas de que el terreno existe y de que se trabaja en ese proyecto. Lo que realmente se quiere lograr con ellos es que los lectores se involucren y que participen en términos económicos. El proyecto era para los universitarios y para quienes serían universitarios; la capacidad del terreno, como se indica en el plano, es para 20 mil personas.

La recaudación de dinero comenzó a ser una labor constante y los alumnos participaron activamente en ella. De hecho, en noviembre de 1930, el Grupo Acción Social (conformado únicamente por estudiantes) envió una carta a la Cámara de Diputados para pedir que en el presupuesto de la Universidad del siguiente año se considerara la ayuda económica para la Ciudad Universitaria. En el documento de los estudiantes se puede leer cómo la propuesta de invertir más en la Universidad se produce en un contexto en el que el gobierno está mucho más preocupado por establecer escuelas rurales. Así, explican: “Se ha dicho frecuentemente en nuestro medio que el problema fundamental de educación en el país se resuelve por el incremento de las escuelas rurales y la extensión de la educación primaria, posponiendo la educación universitaria”.²⁵ Más aún, por cómo los alumnos argumentan en favor del proyecto universi-

²⁵ *Universidad de México*, núm. 3, enero de 1931, p. 246.

tario podemos suponer que había una crítica fuerte a que éste representaba un gasto superfluo e innecesario, “desperdicio de economías”. Con “las economías”, los estudiantes se refieren no sólo al dinero que daría el gobierno federal sino, principalmente, al dinero de los estudiantes “hijos de la Universidad de ayer y de hoy” que apoyarían a su casa de estudios.²⁶

Para los estudiantes, la razón fundamental de crear una Ciudad Universitaria era que la capacidad física de las instalaciones universitarias había sido desbordada, sus aulas “dan alojamiento a nueve mil trescientos estudiantes, no teniendo capacidad sino para tres mil”; además de que los espacios son antihigiénicos, impropios y con laboratorios raquíuticos.²⁷ Lo más importante es que en este texto del Grupo de Acción Social es donde encontramos de manera enfática la idea de que hay que alejar a los alumnos del centro de la metrópoli porque ahí “se incuban la prostitución y el crimen, graves males que se desean corregir con la creación de la Ciudad Universitaria”.²⁸

La Universidad involucró a su comunidad no sólo para obtener recursos sino también para participar en las propuestas de elaboración del proyecto arquitectónico. El arquitecto José Villagrán organizó a finales de 1930 un concurso con planos de conjunto de la Ciudad Universitaria elaborados por los estudiantes. Del concurso no se buscaba obtener el plano definitivo sino simplemente dar “un primer paso” para que se lograra “entusiasmar e involucrar a la comunidad universitaria”.²⁹

Los proyectos se publicaron en la revista de la Universidad con los comentarios del arquitecto Federico Mariscal. Más allá de las críticas que Mariscal hace a los planos, es interesante la mención respecto a que un grupo de profesores de arquitectura, que participa en la Comisión del Programa para la creación de la Ciudad Universitaria, ha decidido que lo primero que se debe construir son las instalaciones deportivas, para que los alumnos y profesores las utilicen y se vayan familiarizando con el lugar antes de que la Ciudad Universitaria esté completamente en funciones.³⁰

²⁶ *Ibid.*, p. 250.

²⁷ *Ibid.*, p. 249.

²⁸ *Ibid.*, p. 250.

²⁹ *Universidad de México*, núm. 6, abril de 1931, p. 500.

³⁰ *Idem.*

Sin embargo, el plano de conjunto no se podía realizar sino hasta que se tuviera la información sobre la capacidad y la forma que se requería para cada dependencia universitaria. Así, la Comisión encargada de la creación de Ciudad Universitaria elaboró un cuestionario en el que cada profesor, entre otros temas, tenía que responder el número actual de alumnos que tenía en el grupo a su cargo; el número máximo de alumnos al que podría enseñarle con provecho; las dimensiones que a su juicio deberá tener el local, taller o salón, junto con la entrega de un croquis sobre la forma que requiriera (ya fuera rectangular, en anfiteatro o de alguna otra forma especial) y las indicaciones del mobiliario que necesitaba.³¹

Entre las pocas declaraciones sobre cómo debía ser el conjunto universitario, se encuentran las del arquitecto Luis R. Ruiz (profesor, entre otras materias, de composición y construcción en la Facultad de Arquitectura);³² el arquitecto menciona que en la planeación de la Ciudad Universitaria se debe lograr un conjunto arquitectónico que sea “esencialmente mexicano”.³³ Para él, no se deben proyectar edificios que lo mismo se podrían colocar en Florida que en Boston:

No y mil veces no [a esos edificios modernos sin personalidad]. Pongamos en ellos nuestra idiosincrasia, nuestro gusto de pueblos de civilización latina, nuestro culto por el ideal de ensueño; o pongamos en la acción nuestras características al cosmopolitismo de los que tienen que vestirse de oropeles ajenos por falta de trajes propios. Frente al “time is money” de los pueblos sajones coloquemos “el tiempo es esperanza” de un pensador hispano y, en fin, reconcentrémonos en la visión intensa de nuestro pasado, creemos nuestro porvenir utilizando los nuevos elementos, pero sin dejar de ser nosotros mismos.³⁴

En las declaraciones del arquitecto Ruiz encontramos una mención directa a la importancia de hacer que el proyecto universitario hiciera eco

³¹ *Ibid.*, p. 510.

³² Es importante mencionar que el arquitecto Luis R. Ruiz fue comisionado por el rector Pruneda en 1926 para estudiar los edificios universitarios de las naciones europeas. Archivo de la Escuela de Bellas Artes, caja 6, exp. 7. Lo cual muestra el interés de Pruneda por conocer cómo eran las instalaciones de otras universidades antes de la propuesta de la Ciudad Universitaria de Madrid y, a la vez, nos ayuda a entender la pronta recepción del proyecto español.

³³ *Universidad de México*, núm. 8, junio de 1931, p. 149.

³⁴ *Ibid.*, p. 150.

de la cultura hispana antes que de la anglosajona.³⁵ La postura del arquitecto fue bien recibida en la *Revista de la Universidad* que, al publicarla, llama la atención de que es algo que no se debe de olvidar al momento de proyectar la nueva casa de la Universidad. Sin embargo, no sabemos si hubo un plano de conjunto definitivo ni mucho menos cómo se proyectaron cada uno de los edificios que lo compondrían.

CAMPAÑA PARA LA SALVACIÓN ECONÓMICA

La autonomía conllevó una baja en el presupuesto de la Universidad; como aseguraba el periódico *El Universal*, a la Universidad se “la ha orillado a una vida insegura y en extremo precaria”.³⁶ En la prensa y en la *Revista de la Universidad* se puede ver que hay un debate permanente respecto a que el gobierno no debe pensar únicamente en financiar a las escuelas rurales. Para *El Universal*, por ejemplo, pensar sólo en la educación primaria sería como preocuparse por los cimientos del edificio y olvidar a la Universidad es dejarlo sin el remate, sin considerar que la Universidad era “el principal centro de cultura del país”.³⁷

La Universidad estaba urgida de recursos económicos pues las cuotas resultaban insuficientes y, a pesar de que el rector declaraba que no era posible reducir los salarios ya “raqúíticos” de sus profesores, en su informe reconoció que fue necesario separar a algunos empleados de la Universidad y reducir el sueldo de otros. Decisiones que se tradujeron en problemas de la institución frente a la Junta Central de Conciliación y Arbitraje.³⁸

Ante tal situación de precariedad el rector García Téllez comenzó una intensa campaña financiera en octubre de 1931, con el fin de reunir recursos para la Universidad y asegurar su funcionamiento. Se realizó

³⁵ Luis R. Ruiz propuso en 1929 erigir un monumento a la cultura española en una de las glorietas del Paseo de la Reforma. Su propuesta fue rechazada por miembros de la Academia Mixta de Profesores y Alumnos (AMPA), quienes propusieron que era mejor que en su lugar se pensara en un monumento a la Revolución. Archivo de la Academia de San Carlos, doc. 1515 (carta del 10 de diciembre de 1929).

³⁶ “La situación económica de la Universidad”, en *El Universal*, 28 de marzo de 1931.

³⁷ *Idem.*

³⁸ *Universidad de México*, núm. 19, abril de 1932, p. 12

una gran campaña de radio, directores de facultades difundieron sus mensajes y algunos distinguidos académicos, como Vicente Lombardo Toledano, pidieron ayuda económica para la Universidad. El rector expuso “no obstante que se encuentra en momentos decisivos para su existencia, la Universidad Nacional de México saldrá airosa de esta prueba, acaso la más dura que registra en sus anales”.³⁹ La campaña se dirigió fundamentalmente a sus ex alumnos, “hijos espirituales” que debían acudir en su auxilio.⁴⁰

La campaña buscaba que todos los profesionistas del país contribuyeran con la Universidad. De hecho, el rector dirigió cartas a cada uno de los presidentes municipales pidiendo su ayuda mediante la elaboración de un directorio de profesionistas de su región, para enviarles cartas de petición a cada uno de ellos.⁴¹ La labor de recaudación fue intensa. El rector enviaba cartas personales a cada ex alumno y a cada persona que consideraba podría donar dinero para la Universidad. Así, por ejemplo, le envió una al presidente Pascual Ortiz Rubio. Él respondió que si bien el erario federal no podía otorgar más presupuesto, él contribuiría a título personal con trescientos pesos mensuales.⁴²

Es probable que esta campaña tan intensa causara críticas. En el artículo “¿Pide limosna la Universidad?” el profesor Alejandro Carrillo defiende la campaña de recaudación que la Universidad lleva a cabo para “salvarse de la muerte”, pues considera que será la única manera de lograr que la institución se mantenga.⁴³ Lo cierto es que hay una reiteración respecto a que son los universitarios quienes deben contribuir a mantener la Universidad.

En su discurso de bienvenida al nuevo ciclo escolar en 1932, el rector subraya la situación de crisis que vive la Universidad y recalca el compromiso que la institución debe tener con el pueblo de México, para lo cual fortalecerá la extensión universitaria. García Téllez ya no hace nin-

³⁹ Palabras del rector transmitidas por radio. *Universidad de México*, núm. 13, noviembre de 1931, p. 129.

⁴⁰ Carta firmada por el rector, el secretario general, el tesorero y todos los directores de las facultades. *Universidad de México*, núm. 12, octubre de 1931, p. 520.

⁴¹ *Universidad de México*, núm. 15, enero de 1932, p. 303.

⁴² *Universidad de México*, núm. 13, noviembre de 1931, p. 129.

⁴³ *Universidad de México*, núm. 14, diciembre de 1931, pp. 137-140.

guna mención a la necesidad de dotar a la Universidad con una nueva casa como en ocasiones anteriores.⁴⁴ Para estos momentos el proyecto de la Ciudad Universitaria se había olvidado.

La rectoría de Ignacio García Téllez afrontó varias dificultades, desde la necesidad de más espacio para los estudiantes en la Facultad de Derecho, que lo llevó a enfrentar una marcha, hasta el gran problema de su gestión: falta de presupuesto y problemas con la administración económica (que incluso derivaron en la renuncia del tesorero de la Universidad en noviembre de 1931 y en la conformación de una investigación a varios funcionarios y empleados de la Universidad por el mal manejo del dinero).

A pesar de las dificultades económicas, García Téllez concluyó el periodo rectoral para el que fue elegido, lo que muy pocos rectores de la primera mitad del siglo XX hicieron. En su último discurso mencionó cómo la carencia económica de la Universidad no sólo dificultaba su mantenimiento sino que ponía en riesgo su autonomía. Para él, la verdadera autonomía se lograría únicamente cuando la universidad obtuviera un fondo privado para su manutención. Los alumnos debían asumir el compromiso de trabajar para cumplir dos ideales: el de una autonomía plena y el de la construcción de la Ciudad Universitaria.

Queda además en pie, como una invitación, la ayuda de los hijos de la Universidad para la formación de un patrimonio privado y el compromiso de realizar los proyectos de la Facultad de Arquitectura en modernos edificios sobre los amplios campos destinados a la Ciudad Universitaria.⁴⁵

EL ABANDONO DE UN IDEAL

García Téllez perseveró a lo largo de su gestión en la propuesta de crear una Ciudad Universitaria, como lo muestran las actas del Consejo Universitario, pues en varias sesiones se discutió sobre su erección.⁴⁶ El proyecto nunca se consolidó. Lo único que se logró fue la adquisición del

⁴⁴ *Universidad de México*, núms. 17 y 18, marzo-abril de 1932, pp. 491-508.

⁴⁵ *Universidad de México*, núms. 21 y 22, julio-agosto de 1932, p. 211.

⁴⁶ Alicia Alarcón, *El Consejo Universitario, sesiones de 1924 a 1977*, México, UNAM, 1979, pp. 67-110.

terreno al poniente de la Ciudad de México (ocupado hoy por el hospital militar y la Secretaría de Defensa). Además, una comisión especial proyectó el desarrollo de todas las dependencias universitarias para los siguientes cincuenta años.

Las facultades de Ingeniería y Arquitectura dirigieron los trabajos de planificación y lograron la proyección de los edificios para la futura Ciudad Universitaria. En agosto de 1932 se realizó una exposición con todos los trabajos de alumnos y profesores sobre el proyecto de la Ciudad Universitaria.⁴⁷ Sin embargo, al final todo quedó, en palabras de García Téllez, “en voluminosos archivos [que] entregué a mi sucesor, después de haber levantado el entusiasmo de la población universitaria y de los graduados”.⁴⁸

La imposibilidad de construir la Ciudad Universitaria hace que el proyecto no vuelva a tener resonancia como la tuvo hasta antes de 1932. Sin embargo, el ideal estaba latente como lo muestra una nota de *El Nacional* de abril de 1934, en la que se habla de cómo los terrenos y las edificaciones de la Ciudadela podrían servir para edificar la futura Ciudad Universitaria.⁴⁹

El proyecto habla, sobre todo, de las amplias ventajas económicas que tenía el pensar en la Ciudadela. La propuesta era que la Universidad cambiara los edificios dispersos que tenía en el centro de la ciudad por todos los que se encontraban en la Ciudadela, incluyendo su jardín. Los edificios que se permutarían serían el que pertenecía a los Talleres Gráficos de la Nación, el del Museo de Artillería, la Escuela de Tiro y el de Inspección de Sanidad. Además, como son varios los edificios de la Universidad en el centro, se lograrían recursos económicos con los que se podrían comprar los terrenos adyacentes a la Ciudadela y “de forma automática se lograría la Ciudad Universitaria”.⁵⁰ De acuerdo con los académicos universitarios que tienen esta iniciativa, lograr su plena realización tan sólo costaría siete millones de pesos.

⁴⁷ “Informe del Rector al H. Consejo Universitario”, en *Universidad de México*, núms. 31 y 32, mayo-junio de 1933, pp. 20 y 21.

⁴⁸ AIGT, Sección: Universidad Nacional Autónoma de México (1912-1985), caja 4, exp. 14.

⁴⁹ *El Nacional*, 4 de abril de 1934.

⁵⁰ *El Nacional*, 30 de marzo de 1934.

“El viejo proyecto de levantar la Ciudad Universitaria en las lomas de San Joaquín se considera impracticable”.⁵¹ La propuesta que se había logrado formular durante el rectorado de García Téllez era ya irrealizable y de ella sólo quedaban los terrenos; por eso, cada vez que la Universidad atravesaba por crisis financieras, se proponía su venta, lo que se hizo en 1937 cuando se le vendieron a la Secretaría de Guerra y Marina.⁵² Desde ese momento, el proyecto de construir Ciudad Universitaria quedó en el olvido y sólo se retomó en 1942, cuando el rector Rodolfo Brito Foucher lo volvió a defender.

A MODO DE CONCLUSIÓN

La primera propuesta para crear una Ciudad Universitaria en México buscaba ante todo influir en la conformación y consolidación de un espíritu universitario. Ignacio García Téllez fue quien promovió la idea de que con la Ciudad Universitaria se podría materializar la nueva universidad conformada por la nueva Ley Orgánica con la que se había obtenido la autonomía. De la misma manera, la reunión física de las dependencias universitarias contribuiría a promover también la homogeneidad administrativa.

En este primer momento, la creación de la Ciudad Universitaria prevaleció como una empresa que únicamente le competía a la Universidad y a los universitarios. Por esta razón las circunstancias propias de la Universidad influyeron en las vicisitudes del proyecto. Entre 1928 y 1937 no existieron las condiciones para lograr la ambiciosa propuesta de darle una nueva casa a los universitarios.

La idea de edificar una Ciudad Universitaria se retomará años más tarde. El nuevo proyecto surgirá en otro contexto del país y de la vida universitaria que jugaron en favor del proyecto. La necesidad de edificar un nuevo recinto encontrará legitimidad al verse como una solución en la búsqueda de una modernización que, desde la Universidad, podría irradiar a todo el país. Sin embargo, la primera vicisitud que habrá de enfrentar será luchar contra la idea de imposibilidad que había quedado marcada después del proyecto que aquí expusimos. ❧

⁵¹ *El Nacional*, 30 de marzo de 1934.

⁵² AIGT, Sección: Universidad Nacional Autónoma de México (1912-1985), caja 4, exp.14.

Un breve diálogo con Marco Palacios, rector de la Universidad Nacional de Colombia

Valeria Sánchez Michel

• *En qué periodo estuvo al frente de la Universidad Nacional de Colombia?*

Fui rector en dos ocasiones, la primera de agosto de 1984 a julio de 1988 y la segunda de abril de 2003 a 2005. En 1984 el rector era nombrado por el presidente de la república. Después de 1992 lo nombra un consejo integrado por representantes del gobierno, el sistema de universidades, los profesores, estudiantes y ex rectores, conforme a una consulta interna.

Cuando tomé posesión en 1984, la universidad atravesaba una de las crisis más graves de su historia. El cargo era muy inestable y reflejaba graves situaciones de orden público que obligaban a cerrar físicamente el campo y a clausurar los programas académicos. Desde mayo anterior la Ciudad Universitaria estaba cerrada después de un enfrentamiento particularmente violento entre grupos internos y la policía. La situación de cierres y aperturas del campo era recurrente; de 1974 a 1984 sólo se habían cursado cinco años en la mayoría de las carreras. El desperdicio social era enorme y tenía que ver, en gran medida, con las condiciones de la Ciudad Universitaria. Explico brevemente.

Según el diagnóstico de la Alianza para el Progreso, respuesta de la administración Kennedy a los desafíos del “castro-comunismo”, una alianza de campesinos pobres, campesinos sin tierra y estudiantes universitarios produciría una insurgencia revolucionaria. Había que hacer “reforma agraria” y “reforma universitaria”. Ésta se aplicó con algún éxito en Costa Rica y Colombia. Implicó la construcción de más residencias estudiantiles, de una enorme cafetería central, adicional a la que existía, instalaciones deportivas. En esos lugares se creó una especie de autogobierno de apariencia estudiantil pero que formó una capa espesa de seudoguerrilleros y pequeños traficantes de drogas que coexistía con militantes extremistas de una

izquierda que hablaba de lucha armada, pero vivía protegida en la extraterritorialidad del campo universitario. Desde allí, la universidad fue tomada por dentro en una dinámica que explica la situación de cierres-aperturas.

Para que el gobierno universitario pudiera existir era necesario replantear el asistencialismo paternalista de la Alianza para el Progreso y rediseñar. Las cafeterías y residencias fueron transformadas en espacios académicos y se implementó un sistema de “préstamos-beca” de coberturas mucho mayores que las de los servicios que se clausuraron. En todo caso la idea básica de que no se perderían más semestres debido a las clausuras, se hizo realidad y desde abril de 1989, cuando se reabrió el recinto, a la fecha de hoy, esa es la situación fundamental. En esas condiciones, la comunidad ha podido concentrarse en asuntos de reforma y actualización académica y la universidad volvió a ganar prestigio y estima social.

¿Cuál fue su experiencia de dirigir una universidad que cuenta con una Ciudad Universitaria?

La Universidad Nacional de Colombia es una unidad con varios campos o “ciudades universitarias”; en Bogotá, Medellín, Manizales y Palmira están los principales, aunque hay campos más pequeños en otras sedes, en la Amazonia, la Orinoquia, las islas de San Andrés y Providencia. Todo el conjunto está bajo la jurisdicción del rector.

De estos campos el más importante —por tamaño, concepción urbanística, riqueza arquitectónica y paisajística, dotación de laboratorios, bibliotecas, museos, auditorios, campos deportivos— es el de Bogotá.

En la infancia, cuando mis padres me llevaban a pasear por la Ciudad Universitaria, sentí el efecto de estar en un parque en el que destacaban edificios, enormes cuando uno se acercaba, armónicos, en paz con el entorno de verdes, flores, pájaros, avenidas. De ahí que, independientemente de cómo se juzguen mis actuaciones en la rectoría, en las dos ocasiones me preocupé por dar sentido a esa materialidad de la cual emanan actitudes aptas para el ejercicio cotidiano de la libertad académica, del diálogo libre. Eso tiene que ver, claro, con el presupuesto disponible y con la forma de la organización administrativa.

Mantener el campo requiere constancia; detrás de las fachadas hay instalaciones eléctricas, de agua, cañerías, techos, paredes, ventanas, puertas que se deterioran. El conjunto del mobiliario universitario debe renovarse

y cuidarse todos los días. Cuando hay desidia, como ocurrió recientemente, de 2005 a 2012, en ese lapso relativamente breve en la historia de una institución como esta, el resultado es catastrófico. Precisamente a comienzos de 2012 el rector entrante envió un documento fotográfico, a la vez elocuente y deprimente, dando cuenta del considerable deterioro físico de la mayoría de las edificaciones de la Ciudad Universitaria de Bogotá. Eso crea malestar, lastima psicológicamente, es algo difícil de medir.

¿Es funcional una Ciudad Universitaria creada en 1936 para el momento en que usted la dirigió?

En general creo que el diseño de los grandes arquitectos alemanes sigue siendo “funcional”, pero debe adaptarse al cambio social y técnico; a la sociedad y al entorno urbano de Bogotá. En 1936 el campo estaba en los extramuros; hoy, en el área más central y mejor comunicada de una ciudad mucho más compleja y de mayor extensión. En 1936 Bogotá tenía unos 300 mil habitantes; hoy, unos ocho millones a los que debe sumarse el área metropolitana que la lleva a más de diez millones. En esos dos momentos, la desigualdad social ha sido la nota predominante.

El entorno político también es central. Una cosa es la Colombia del Estado de sitio (en general, 1949-1992) y otra la Colombia donde paulatinamente el habitante urbano tiene más derechos y los quiere ejercer.

En 1936 la mayoría de los estudiantes provenía de las provincias y de ahí la idea de las residencias y la cafetería central. Además, el peso de la Universidad Nacional era muy alto en la matrícula universitaria del país. Ya no, pues hay universidades en las principales ciudades del país. Ahora, la abrumadora mayoría de los estudiantes nacieron y viven en Bogotá.

En un principio la Ciudad Universitaria contemplaba una casa del rector, ¿vivió usted ahí?

Creo que después de los sucesos que se conocen como el bogotazo (9 de abril de 1948), por cuestiones de seguridad y, tan importante, debido a los cambios en los modos sociales de la deferencia, los rectores no pueden vivir allí. En esto valga agregar que durante mis dos rectorías tuve “esquemas de seguridad”, diseñados por la Fuerza Pública, que implican carros blindados, guaruras profesionales y toda esa parafernalia nada universitaria. ❧

Informe sobre la Ciudad Universitaria de Bogotá

presentado por el Ing. Guillermo Herrera Umérez
(enviado de Caracas)

Caracas, 8 de enero de 1943

Ciudadano
Ing. Manuel Silveria
Ministro de Obras Públicas
Su Despacho

Comisionado por usted para estudiar en Bogotá, República de Colombia, la Ciudad Universitaria que allí se construye y tomar las anotaciones pertinentes para el proyecto de la que se contempla construir en Caracas, me trasladé a dicha ciudad el 20 de diciembre del año próximo pasado, regresando a ésta el 3 de los corrientes con los resultados que a continuación tengo a honra exponer a usted:

En la ciudad de Bogotá fui completamente acogido por el secretario de la Embajada, señor Alfredo Vázquez Madriz, encargado de Negocios interino, quien me prestó todas las facilidades para el cumplimiento de mi misión y me puso en comunicación con las personas competentes del Ministerio de Obras Públicas de Colombia. En dicho Despacho, por intermedio del director de Edificios Nacionales, ingeniero-arquitecto Ignacio Álvarez Aguilar, quien es a su vez profesor universitario, estuve en conversación con el ingeniero constructor e ingenieros y arquitectos de la obra.

Las consideraciones que a continuación expongo son el resultado de las conversaciones que tuve con dichos señores.

La Ciudad Universitaria de Bogotá comenzó a construirse en el año de 1936. Para poder comenzar su construcción hubo que resolver primero el

problema educacional, cuya solución pudo lograrse al cabo de dos Congresos, después de fuertes oposiciones y apoyada su idea fundamental por el presidente de la República doctor Alfonso López y por el ambiente creado por las grandes festividades olímpicas que habían de efectuarse en la ciudad con motivo de su cuarto centenario.

Para solucionar los problemas educacionales y constructivos, el gobierno de Colombia llevo a Bogotá dos educadores mejicanos, los que fracasaron en su intento. Luego el presidente López hizo llevar un educador de Norte-América como coordinador, el cual logró vencer los antagonismos existentes y dar las bases técnicas a la actual Ciudad Universitaria.

Los principales opositoristas de la creación de la Ciudad Universitaria fueron algunos ministros de Educación, pues consideraban que a ellos se les cercenaban atribuciones dado que para su funcionamiento había que darle a la Universidad personería jurídica de modo de poder manejar sus fondos, así como la asignación en el Presupuesto de manera libre e independiente (podría la Universidad recibir donativos: particulares, cobrar becas, etc.); los profesores, pues la Universidad tiende a que éstos se dediquen exclusivamente a las labores docentes, perjudicando sus trabajos particulares; y los estudiantes que devengan emolumentos fuera de las horas de clase, pues la idea de la Ciudad Universitaria tiende a que los estudiantes se dediquen exclusivamente a sus estudios y labores prácticas en el recinto de la Ciudad.

Con respecto a los estudiantes, principalmente los de la Facultad de Derecho, no ha podido lograrse una solución definitiva, dado que aún no se han concluido las residencias de estudiantes. Provisionalmente se ha organizado un sistema de traslado de Bogotá a la Ciudad Universitaria por medio de autobuses gratis para profesores y alumnos, pagados por la Universidad, y la organización de los horarios de clase de forma apropiada.

Es la aspiración de la Universidad de Bogotá que estas medidas provisionales desaparezcan al concluirse las obras y poder brindar todas las facilidades a profesores y alumnos en la propia Ciudad Universitaria y que el sistema de becas se amplíe en las proporciones apropiadas.

Es necesario crear el ideal de Ciudad Universitaria, tanto en el gobierno como en el profesorado y el alumnado. La ciudad de Bogotá logró

darle calor a la idea con motivo de las Olimpiadas antes mencionadas, construyendo como primeras obras el gran *stadium* y las canchas de deportes, vías de acceso, urbanización de la misma, y construyendo al mismo tiempo la Escuela de Derecho, que era la que presentaba mayor oposición a la idea.

Establecidas ya las bases, se ha continuado ininterrumpidamente la construcción de las obras planeadas.

Pasando el entusiasmo artificial creado por las Olimpiadas, el costoso *stadium* construido ha sido más bien una carga a la Universidad, sin mayores ventajas.

Ubicación. Como se ve en el plano de Bogotá que se remite adjunto, la Ciudad se desarrolla al pie de la serranía en estrecha franja en dirección este-oeste. Bajo el punto de vista urbanístico fue localizada la Ciudad Universitaria en una zona situada hacia el sur en el eje aproximado de la actual ciudad, con el objetivo de atraer las urbanizaciones hacia el sur, que es la zona plana de la Gran Sabana donde está ubicada Bogotá. Es de advertir que esta zona no está completamente saneada, aun en las vecindades de Ciudad Universitaria corren por quebradas secas las aguas negras provenientes del alcantarillado de la ciudad. Las obras construidas obligarán a continuar la prolongación de los colectores de la ciudad hacia el sur y hacer las demás obras de saneamiento indispensables.

Como se ve, la ubicación de la Ciudad Universitaria es bastante semejante a la proyectada en Caracas; sólo que, dadas las condiciones topográficas de la sabana de Bogotá, allí se aspira a que la Ciudad Universitaria esté rodeada por urbanizaciones de la clase media, mientras que en Caracas quedará al borde de dichas urbanizaciones.

La Ciudad Universitaria está constituida por tres grandes bloques que se subdividen según el cuadro siguiente:

Edificios direccionales y habitaciones

Administración

Rectoría y Biblioteca

Aula Máxima

Habitaciones

Estudiantes

Profesores

Servicios comunes

Restaurante

Clubs estudiantes

Jardín infantil

Iglesia

Enfermería

Lavandería

Centrales eléctricas (ejecutado)

Laboratorio Químico Nacional (en ejecución)

Parqueaderos

Edificios docentes

Ciencias Sociales

Facultad de Derecho (ejecutado)

Instituto de Pedagogía, Sociología, Filosofía

Instituto de Historia y Psicología

Ciencias Naturales

Facultad de Medicina

Facultad de Farmacia

Escuela de Odontología

Escuela de Veterinaria (ejecutado)

Escuela de Botánica y Mineralogía (ejecutado)

Departamento de Zoología y Antropología

Departamento de Meteorología

Escuela de Agronomía

Instituto de Enfermedades Tropicales y Escuela de Enfermeras

Facultad de Química

Departamento de Física, Aulas y Dirección (ejecutado)

Departamento de Física, Sección de Electro-Técnica

Departamento de Termodinámica, Física Industrial
Departamento de Hidrodinámica e Hidráulica y Mecánica
Departamento de Física, Sección de Ensayos de Materiales (ejecutado)

Artes

Facultad de Arquitectura (ejecutado)
Escuela de Bellas Artes
Conservatorio

Sección Deportiva

Instituto de Educación Física

Aula y Administración (ejecutado)
Tribuna de Estadio (ejecutado)
Piscina cubierta
Gimnasio cubierto

Canchas de deportes

Estadio (foot-ball, carreras, atletismo y tribuna para 20 000 espectadores)
(ejecutado)
Cancha para base-ball para 10 000 espectadores
Cancha para basket-ball para 6 000 espectadores (ejecutado)
Cancha para tennis para 6 000 espectadores
Cancha para hockey para 4 000 espectadores
Cancha para polo para 4 000 espectadores
Cancha de entrenamiento de tennis (ejecutado)
Piscina al aire libre con tribuna para 6 000 espectadores

En el proyecto se contempla la construcción de una Biblioteca General, pero en todos los edificios construidos hay una biblioteca particular de la ciencia respectiva.

Igualmente se proyecta el edificio de la Química, en donde se instalarán los laboratorios de todos los cursos que tengan necesidad de ellos. Esta disposición se ha juzgado que da más unidad a los estudios de Química y economiza personal y materiales; pero aún no se ha construido, teniendo

en consecuencia cada escuela sus laboratorios particulares. Algunos de los profesores consideran que deberán quedar siempre dichos laboratorios en las escuelas, aunque se construya el edificio de la Química.

De las casas residenciales para estudiantes hay construidas dos en la actualidad, viviendo en ellas 180 estudiantes. Ha habido necesidad de establecer en ellas provisionalmente cocinas y comedores, mientras se construye el Restaurante de la Universidad.

En la segunda Residencia se hizo la mejora de dotar a cada cuarto de lavamanos y closet, lo cual no elevó prácticamente el costo, facilitando su organización, pues la Universidad dota las habitaciones de todos los elementos: camas, mesas, armarios, sillas, etc. El estudiante lleva a la Universidad sólo sus libros y útiles personales.

La construcción de las residencias es sencilla y poseen sala de receso y de estudio; los corredores y dependencias, de piso de mosaico; las ventanas, de vidrio y marcos de hierro; sus paredes, de ladrillo y concreto, y sus entrepisos, de concreto; sus techos son de tejas con áticos modernos. Pintura, al temple.

Los edificios son construidos por el Ministerio de Obras Públicas; el mobiliario es adquirido por la Universidad. Hay construidas dos casas para profesores; no se han construido más debido a la dificultad anotada de no haberse podido organizar el profesorado de tiempo completo. En las residencias estudiantiles hay proyectadas habitaciones especiales para residencia de profesores solteros.

El estilo de todos los edificios es moderno, sin lujo exterior. Este estilo, inspirado por los arquitectos y educadores extranjeros, ha quitado el sabor nacional que debe tener el primer instituto educacional de un país. En estas mismas ideas abunda el personal actual de la Dirección de Edificios, pero un cambio brusco de estilo haría perder la unidad del conjunto.

Los edificios de las escuelas poseen su Aula Máxima respectiva, donde se confieren los grados y se dan las conferencias relativas a la Facultad. Esta sala tiene capacidad para alojar un número de personas un poco mayor que el número de alumnos de la escuela.

En el futuro, al construirse los edificios del Rectorado, se construirá un gran Anfiteatro capaz para 6 000 personas, donde se efectuarán los grandes actos universitarios.

Las aulas de clase han sido calculadas a razón de 1.20 metros cuadrados de piso por discípulo, y las salas de dibujo, a razón de 2.80 metros cuadrados.

Los servicios sanitarios son de muy buena calidad y calculados para la capacidad estudiantil máxima de cada escuela; tienen departamentos femeninos, apropiados a la afluencia de éstas a las diversas escuelas.

Todos los edificios de las escuelas poseen incrustados en las paredes un número de lockers igual al número de estudiantes, para que éstos guarden sus libros y útiles.

Las salas de dibujo, modelados, etc., poseen sus respectivos servicios de agua, con sus bateas correspondientes, necesario en dichas enseñanzas.

Las clases teóricas tienen sus anfiteatros de madera. El máximo de espacio perdido que admiten en los edificios es de 20 por ciento.

Con respecto a las zonas verdes, el Instituto de Botánica que funciona en la Universidad tiene ya los almácfgos de las plantas que han de sembrarse de acuerdo con las características del conjunto.

La parte central, donde no habrá tráfico de vehículos, será de grama y pequeños árboles. Las diversas especies de árboles se distribuirán por zonas de una misma especie.

El costo de conservación de los jardines en zonas de vasta extensión es muy elevado; se procurará suprimir éstos lo más posible.

Al borde de la Ciudad Universitaria de Bogotá se proyecta la construcción de un hospital para mil camas, pero que será administrativamente independiente de ella; ello no obsta para que se construya, conforme con el proyecto general, un pequeño Dispensario dependiente en la Universidad donde se controlará la ficha de salud estudiantil y que servirá para tratamiento y profilaxia para las enfermedades del personal y de los estudiantes de la Universidad.

Acompaño los planos de las plantas de los edificios construidos o en construcción que me fueron suministrados por el Ministerio de Obras Públicas de la República de Colombia.

Es evidente que la realización de la Ciudad Universitaria de Bogotá formará profesionales capacitados y de amplia cultura y será además un centro para el estudio de los problemas básicos de aquel país, en el orden industrial, social y económico. ❧

Dios y Federación,
Guillermo Herrera Umérez

Un hispanista descubre el Nuevo Mundo

Marcel Bataillon en 1948*

INTRODUCCIÓN Y MONTAJE DEL TEXTO: CLAUDE BATAILLON

Este texto proviene de las notas que escribió Marcel Bataillon en el curso de su viaje a las Américas en 1948. Para él, no sólo se trataba del primer viaje por este continente, sino también del más largo viaje de su vida (casi siete meses) en que por primera vez combina el turismo con las actividades de conferencista y de propagador de la cultura alrededor del hispanismo francés. En el marco de una Europa todavía ampliamente destruida y que apenas salía de la hambruna, la política cultural francesa buscaba hacerse un lugar en el Nuevo Mundo, en el que los países de América Latina representan más de una tercera parte de los estados representados en la Organización de las Naciones Unidas (ONU), mientras que el diplomático mexicano Jaime Torres Bodet acababa de ser entronizado como secretario general de la UNESCO. Ciertamente, en muchos de los países de América Latina, como Brasil, la política francesa renueva entonces lazos tejidos antes de 1940. En México y en América Central, esos lazos suelen estar por crearse, pues esos países tenían antes de la guerra poca importancia o bien estaban poco abiertos a la influencia francesa.

En esta primera entrega presentaremos el principio del viaje, que está esencialmente consagrado a México, la etapa más larga, de un mes y medio. Como prolongación, Guatemala y luego Panamá. Al regreso (entre La Habana y Nueva Orleans), después de la América del Sur, el autor visita Yucatán, que hemos incluido en esta primera parte. Hay que subrayar que

* Traducción de Adolfo Castañón.

para Marcel Bataillon todo lo que él ve en este principio es completamente nuevo, pero también que está aquí en el país que más refugiados españoles ha recibido, y que es también el país que no tiene relaciones diplomáticas con la España franquista y que ha recibido al gobierno español republicano en el exilio.

Para la mayoría de los hispanistas franceses, América es entonces una zona menor, en la que ciertamente se pueden dar a entender, pero no se trata de países con los que sería importante dialogar en pie de igualdad. Pero es también en gran medida el continente que recibió a lo esencial de los intelectuales españoles que huyeron de un país que había caído en manos de los franquistas vencedores de la Guerra Civil (1936-1939). Una buena parte de esos hispanistas franceses (y es el caso de Marcel Bataillon) no deseaban en 1945, al finalizar la Segunda Guerra Mundial, reanudar oficialmente relaciones con esa España. Descubrir el hispanismo del Nuevo Mundo es a la par reencontrar a los viejos amigos españoles y abrirse a nuevos interlocutores, cuando el principio de la Guerra Fría pone punto final a las esperanzas de ver caer un régimen franquista que sabe reemplazar su pecado original de connivencia con el nazismo alemán y el fascismo italiano por una etiqueta de abogado del mundo libre contra el peligro bolchevique ruso.

Para Marcel Bataillon, este gran viaje es una bocanada de oxígeno luego de un largo periodo de austeridad: de 1934 a 1940 la larga desilusión para este pacifista “integral” que, desde 1936, prevé la derrota de los republicanos españoles sin querer admitir otra solución sino la no intervención de parte de Francia. Luego, en 1945, la vida material cada vez más difícil, los riesgos e incertidumbres tanto para los suyos como para él mismo, el inevitable repliegue en un París cortado del mundo. Cosas que no compensan su brillante carrera:¹ profesor en la Sorbona en 1937, luego en el Collège de France en 1945, donde el público erudito que frecuenta sus cursos es por decir lo menos variopinto. Ser recibido semana tras semana en prestigiosas universidades del mundo americano, abrir o reanudar un diálogo con intelectuales atentos a sus investiga-

¹ Sobre Marcel Bataillon, la obra más reciente es “Autour de Marcel Bataillon: l’oeuvre, le savant, l’homme. Etudes et témoignages”, editados por Charles Amiel Raymond Marcus, Jean Claude Margolin, Augusto Redondo, París, De Boccard, 2004, 296 pp.

ciones sobre el mundo religioso y literario de la España del siglo XVI, emprender o ampliar líneas de investigación sobre un mundo colonial español que le importa tanto más cuanto que ve llegar el final de un mundo colonial que critica: qué júbilo y qué esperanza para este hombre de 53 años.

Solamente los boletos de avión de su largo periplo representaban varios meses de sueldo de este universitario. En lo esencial, el viaje fue financiado por el Ministerio de Asuntos Extranjeros de Francia. No cabe duda de que no financió más de una docena de viajes ese año por el continente americano. Era importante entonces que el viaje durara mucho tiempo, y que se pudiese sumar el mayor número posible de invitaciones para hablar ante públicos ilustrados, universitarios o de otro tipo.

Marcel Bataillon nunca llevó un diario íntimo propiamente dicho: no se entregó a ese tipo de introspección. Sin embargo, llevó un “diario” en tres ocasiones (por lo que se ha podido encontrar): en 1916 durante su primera estancia de seis meses en España, y entre otras cosas para reunir los materiales de un informe destinado a la propaganda aliada en una España neutra y dividida entre pro-Aliados y pro-Imperios Centrales. Algunas semanas en 1941 durante su encarcelamiento y reclusión en el Campo de Compiègne (Royalieu). En fin, con motivo de su primer viaje a las Américas, texto aquí presentado.

Su cuaderno de viaje americano (58 páginas) no está redactado día a día: escribe cuando tiene tiempo, para resumir en sensaciones, acontecimientos, reflexiones que ya han “tomado forma” en su mente. En este cuaderno muchos grupos de páginas han sido dejados en blanco: corresponden a lagunas de varios días en su anotación, y es claro que cada vez deja espacio para reintroducir de memoria, posteriormente, lo que no ha tenido tiempo de escribir de inmediato. El tiempo o los deseos de hacerlo así le faltaron para hacer esos complementos.

Sin embargo, en paralelo, al ritmo de una carta por semana (en total 104 hojas) relata su viaje a su esposa Lucy² y las descripciones suelen

² De la correspondencia del autor, sus cartas a Jean Baruzi han sido publicadas: solamente una concierne (p. 291-295) a nuestro viaje a las Américas, “*Lettres de Marcel Bataillon a Jean Baruzi, 1921-1952. Auteur de l’hispanisme*”, texto establecido y anotado por Simona Munari, prefacio de Claude Bataillon, 2005, Turín, Nino Aragno Editore, 320 pp.

hacerse en los mismos términos sobre las hojas de las cartas que sobre las del cuaderno. Como las cartas presentan, por lo general, la versión mejor redactada, las hemos tomado como base del relato, introduciendo entre corchetes [] las precisiones y complementos que se han encontrado en el cuaderno, haciendo un esfuerzo por mantener lo esencial, sin repeticiones.

Carta (número 1)

Nueva York (sábado) mañana 5-6-48

Los Estados Unidos, la bajada del Hudson. La llegada a Nueva York y, al descender para aterrizar, el famoso paisaje de los rascacielos de Manhattan. En la policía, formalidades normalmente largas, y también en la aduana. Se examinan concienzudamente mis *Bulletins Hispaniques* aunque esté en tránsito.

Sorpresa desagradable. Castro³ no me esperaba a la salida. Había leído aturdidamente mi carta, la había olvidado en Princeton al salir para Nueva York... y me esperaba en la llegada de un avión de Transworld Airlines. Esto complicó mi maniobra, y habría puesto a ruda prueba mi capacidad para arreglármelas en inglés, de no ser por la amabilidad de los empleados de Air France. [...] Después de haber intentado comunicarme con Américo a su domicilio y a su universidad, le envié un telegrama, y como tuvo la buena idea de hablar por teléfono a su oficina en Princeton para saber si no tenía mensaje mío, me alcanzó hacia las seis en el hotel Paramount [...] Buena conversación con Castro, quien me llevó al Centro Rockefeller, conjunto de edificios que realzan la suprema elegancia (despojada) de los rascacielos, luego al famoso Empire State Building donde subimos a la cima del observatorio para gozar del

³ Américo Castro (1885- 1972), filólogo e historiador, autor de *Lo hispánico y el erasmismo*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1942, *L'Espagne et son héritage judeo-arabe*, París, Klincksieck, 1963. Para M.B. el intelectual español con el cual los intercambios epistolares fueron más numerosos; las cartas de Américo Castro se encuentran en el fondo Marcel Bataillon de IMEC (Caen) y las de Bataillon a Castro en la Fundación Zubiri (Madrid). [Hay traducción a nuestro idioma de este intercambio: Américo Castro y Marcel Bataillon, *Epistolario (1923-1972)*, edición de Simona Munar, introducción de Francisco José Martín, prólogos de Claude y Gilles Bataillon y de José Lladó y Diego Gracia, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Xavier Zubiri/Siglo XXI, 2012, 446. pp. (N. del T.)]

panorama de Nueva York. Visión inolvidable de Manhattan entre sus ríos. Cenamos juntos en un restaurante del tipo Dupont-aquarium. Luego, Castro me acompañó hasta a mi hotel antes de retomar el tren para Princeton [...].

Carta (número 2)

México, lunes 7 de junio 1948 (segunda hoja papel del Hotel Cortés)
Mi tercera jornada en México. Los amigos, viejos o nuevos, no me dejan respiro. Mi última mañana en Nueva York transcurrió en compras un poco vanas, en aprendizaje torpe del Subway (metro) [...] El viaje aéreo fue excelente con aviones del mismo tipo que Constellation de Air France. El aeropuerto de salida está en Newark, en Nueva Jersey, a bastante distancia de Nueva York. Hay una pequeña escala en Washington. El trayecto en el cual se sobrevuela Filadelfia no deja de tener interés. En Houston, donde tomé el avión para ir a México, la parada fue de más de dos horas. Todo un final de tarde ese lugar soleado y muy caliente que da la impresión de una Andalucía anglosajona. Salida por la noche. Cena en el camino. Llegada hacia las 11:30 sobre la inmensa aglomeración de México, toda ella acribillada de luces. Era esperado en el aeropuerto por Chevalier,⁴ Escarpit,⁵ y Malagón (un español representante de El Colegio de México). Escarpit tiene un Chrysler en el cual el trayecto hasta el centro fue muy rápido. El hotel en el cual me alojo, y adonde puedes escribirme (Hotel Cortés, Avenida Hidalgo 85) tiene un enorme encanto. Viejo palacio construido alrededor de un patio con galería y que tiene al centro una fuente con chorro de agua y cuyas esquinas están adornadas por ficus, monteras, guirnaldas de yedras. Las recámaras agradablemente frescas están amuebladas con gusto y todas tienen cuartos de baño muy modernos, con tina o ducha, Escogí, por economía, una recámara de pequeña dimensión, con ducha, en la cual me encuentro perfectamente. Por la noche, gran silencio. Cuando me despierto por la mañana, oigo el ruido del agua, gallos a lo lejos y la cam-

⁴ Francois Chevalier (1917-2012), becario y bibliotecario del Instituto Francés de América Latina (IFAL), creado por Paul Rivet en 1945. Chevalier fue director del IFAL de 1949 a 1962.

⁵ Robert Escarpit, (1918-2000), director del IFAL; anglicista, uno de los fundadores de la literatura comparada.

pana de una iglesia. Harto más agradable que el tumulto motorizado de Nueva York. No es que falten aquí los autos, los autobuses, los tranvías. Pero no lo agobian a uno.

En el momento de mi llegada, la estación de lluvias empezaba a anunciarse. Tarde bastante tempestuosa el sábado. Pero ayer jornada de invierno, es decir seca. Y hoy todavía... Los días son calurosos. Pero las tardes y sobre todo las mañanas deliciosamente frescas.

*

Sábado por la mañana, mi primera visita fue para Alfonso Reyes, que debía salir hacia mediodía para un prolongado fin de semana. Tiene una casa-biblioteca instalada con un gusto perfecto. [El rincón de galería en que trabaja, come, duerme. Su fichero. Él me da sus últimos libros sobre Antonio de Torquemada, *Entre libros*.] Con él y con Escarpit y con el decano de la Facultad de Letras [Santullano] que vino a reunirse con nosotros, esbozamos el programa de mis conferencias, sin fijar todavía fechas. [Samuel Ramos,⁶ llamado por teléfono, viene a charlar con nosotros. La guerra universitaria entre los garridistas defensores de la Junta Directiva y los sotogamistas plebiscitarios está en su apogeo.] Se decidió esperar al 16, fecha en la cual Daniel Cosío Villegas, secretario general de El Colegio de México, regresa de Buenos Aires. Esto me da una semana de pausa para poder conocer el país y a su gente...

El final de la mañana del sábado estuvo consagrado a la visita del Instituto Francés. Luego almuerzo muy agradable en casa de su director Escarpit, un gentil bordelés, que no solamente tiene una mujer y tres hijos, sino a su padre y a su madre con él. Luego, visita a la señora de Bernardo Giner,⁷ la hermana de Ontañón, a la que tuve un gran gusto en conocer, tan amable y valiosa como su hermano, en fin a la señora Tenreiro a la que encontré más joven y más en forma que cuando llegaba a

⁶ Samuel Ramos (1897-1959), filósofo y ensayista, autor de *El perfil del hombre y la cultura en México*.

⁷ Desde 1916, M.B. está muy ligado a la familia Giner de los Ríos, de la cual don Francisco fue el fundador de la Institución Libre de Enseñanza, el hogar de una educación liberal y moderna. Su sobrino José Giner y Pantoja, archivero e historiador de arte, refugiado en Francia, se casó en 1940 con la cuñada de M.B.

París, en 1939. Y al final de la tarde había en el Instituto Francés una pequeña recepción a la cual Escarpit me había pedido que asistiera: conversaciones numerosas y variadas, un poco extenuantes para mí en el barullo inherente a esas reuniones. Pero esto me permitió ver o volver a ver a no pocas personas. [Un cocktail en el instituto en honor de un joven laureado con un premio de elocuencia. Encontré españoles como Pedroso y franceses, en particular Deleuze⁸ quien me habló de su liceo amenazado. Luego me fui a descansar tomando una ligera merienda en mi hotel antes de acostarme.]

*

Mi domingo empezó con una entrevista de un periodista inteligente y gentil de la cual me arrancó Escarpit, según se había convenido, para llevarme con su mujer y Chevalier a hacer una excursión en la región. Así pude tener una primera visión de los contrastes de México, con los enormes y suntuosos edificios del centro y de la periferia semi-industrial y semi-campirana en la que las carreteras son todavía muy inferiores a las pistas del Sahara. Quiero decir, por tramos, pues hay partes asfaltadas en las que la carretera tiene buena apariencia. En las partes accidentadas, el polvo, en este final de la temporada de secas, a veces se alza en trombas. Fuimos a visitar el viejo monasterio de Tepotzotlán, cuyos patios ajardinados exhalan aromas de limoneros y de daturas, y cuyas iglesias y capillas tienen retablos barrocos de los siglos XVII y XVIII que están sobrecargados de esculturas doradas y de estatuas policromas, con muy bellos detalles. [Esculturas que han sido devastadas por el paso de los soldados de Pancho Villa. Desde el piso superior del colegio, bella vista sobre el campo que fue su propiedad. Campos y bellos árboles. Iglesia churrigueresca con tres retablos dorados en los cuales ángeles (muy hermosos), gloriosos querubines y alas rojas, santos y santas se ahogan en el follaje de la ornamentación. Escarpit quisiera que la lengua de los mascores que se continúa en follajes sea un resto de la imaginaria indígena en el arte cristiano.]

⁸ Director del Liceo Franco Mexicano.

*

Cuantioso público de visitantes, familias populares de mestizos en su mayoría indígenas. Y las gentes del lugar lanzaban cohetes [*—foguetes—*] que hacían volar las palomas. Al regreso hacia México, parada en Tenayuca para ver una pirámide azteca (e incluso tolteca, es decir más antigua), cuyos corredores interiores permiten ver la estructura, acrecentada por una nueva capa cada ciclo de 52 años. Las serpientes de piedra que hacen guardia en la base del monumento producen una fuerte impresión. Al regresar a México, Chevalier nos invitó a almorzar en un restaurante célebre por su cocina mexicana, para hacerme conocer el chile, ese temible pimientito del cual no tengo ningunas ganas de abusar. Al final de la tarde Escarpit nos llevó al santuario de los Remedios, cerca del famoso acueducto que puedes ver en el gran álbum de fotos de México, con sus torres en espiral en cada extremo. Desde ahí, hay una vista soberbia de las montañas de la región. Y alrededor del monasterio hay multitudes endomingadas que vienen a beber pulque y otras bebidas, a comer golosinas de muchos colores y a escuchar orquestas clásicas que acompañan las canciones populares. Todo este mundo indígena es muy simpático y pintoresco. Cuando, después de un vaso de deliciosa agua con gas, me despedía de los Escarpit, Chevalier y yo fuimos invitados a quedarnos para compartir la cena familiar compuesta de una sopa, alcachofas y mangos. Los mangos, como los plátanos, son una de las cosas buenas de este país. La conversación se prolongó hasta las 10:30. Y de nuevo el Chrysler de Escarpit me llevó al hotel.

Esta mañana, después de haber recibido la visita de Almoína, un profesor español entusiasta de mi Erasmo que ha empezado a traducir, me dirigí con Chevalier hacia el antiguo palacio de los virreyes que aloja ahora, junto con la presidencia de la República, los Archivos Nacionales. Fui presentado a los principales archivistas y me hundí, hasta las 14 horas, en curiosos procesos de inquisición. [No lejos de ahí, la Santa Vera Cruz, con los tintes sombríos del tezontle. El antiguo palacio y las iglesias con azulejos en la fachada. La Calle de la Moneda, más allá del Zócalo, muy bien conservada, el Museo Nacional y su biblioteca bien instalada, con libros de consulta y buen fichero.] Al salir, llevé a Escarpit a comer a un restaurant español excelente y muy accesible que él me

había recomendado. Y al regresar al hotel para escribirte, encontré un recado de teléfono del agregado cultural, Sirol,⁹ que me invitaba a comer... Tuve que excusarme por teléfono. Por lo demás, ya me había invitado a comer para el jueves con Reyes y con otros amigos mexicanos, y en el Instituto Francés hay un cocktail en mi honor el viernes. Y ya se habla de llevarme el fin de semana a Puebla con un arqueólogo de gran valor, Salvador Toscano. Guatemala me ha confirmado su invitación para mediados de julio. Espero ahora las respuestas de Perú y de Colombia para fijar mi programa después de México.

Cuaderno

[Martes 8 (de junio)

Visita al embajador. Hombre de aire deportivo y simple. Al Consulado para cambiar pesos. Terminada la mañana en el Archivo. Conocí al P. Gabriel Méndez Plancarte. Almuerzo en casa de Sirol con René Capistrán Garza (que acaba de dejar *Prensa Gráfica*. El antiguo jefe de los cristeros) y un profesor de derecho de Puebla.]

[Miércoles 9 (junio)

Visita a la Biblioteca Nacional. Director Iguiniz. Antigua iglesia. Los pisos superiores, viejos fondos no catalogados. La pequeña sala de las Biblias. La de Alcalá incompleta. El discípulo de Gaos encargado de esta sección. Paseo entre los libros polvorientos. Nada sensacional. Tentativa inútil para ver a la señora Larrea que se encuentra en Caracas. Para hablar por teléfono a su marido. Visita inopinada de Juan Larrea. Buena conversación sobre sus proyectos y sobre los míos, sobre *Cuadernos Americanos*.]

[Jueves 10 (junio)

Castro Leal viene a buscarme con el poeta Florit para llevarme a San Agustín de Acolman. Salida por la calzada del Paso de Alvarado. El camino que bordea el antiguo lago. El desaguadero que se atraviesa. Historia del desecamiento de la cuenca para proteger a México contra las inundaciones.

⁹ Jean Sirol (c. 1907-c. 1985), agregado y luego consejero cultural de la Embajada de Francia en México de 1945 a 1964, economista.

Después de Tulpetlac, en donde se rodó la cinta *Río Escondido*. El árbol seco que es esencial al decorado yace todavía sobre la plaza.]

Carta

(papel del Hotel Cortés) México, viernes 11 de junio

Mi estancia aquí continúa muy bien. Me acomodo; la altitud no me incomoda y la temperatura es muy tolerable. La temporada de tempestades no se decide a empezar. Esta primera semana fue de encarrilar las cosas. Dentro de un momento, antes de un cocktail organizado en mi honor en el Instituto Francés, debo ponerme de acuerdo con el secretario de El Colegio de México para el programa de mis conferencias. Daré, según creo, a partir de la semana próxima, tres conferencias sobre mis investigaciones de historia religiosa, lo cual hará cuatro con la que daré el martes sobre el auto sacramental y la vida del teatro español.

Las conferencias sobre Lope sin duda se aplazarán para los primeros días de julio. En el intervalo se hará un viaje bastante largo en auto con el agregado cultural, el director del Instituto Francés y el director de las Alianzas francesas. Se trata de ir a presidir la distribución de los premios de los cursos de francés de la Alianza en Monterrey, en el norte del país, y en Guadalajara. Será el pretexto para ver una cantidad de cosas interesantes sobre un recorrido hábilmente combinado.

Desde que te escribí, he hecho contacto con muchos amigos mexicanos y españoles. He visto en El Colegio de México a Raimundo Lida que dirige la *Nueva Revista de Filología*, y encontrado a Millares (cuyo sobrino fue nuestro huésped en 1939). Anteayer, comí con Cristina Tenreiro, quien tiene un departamentito muy coqueto y agradable. Me llevó al atardecer a una recepción con los norteamericanos del México City College, donde hizo su bachillerato. Ahí había varios españoles y mexicanos simpáticos. Ayer por la mañana, magnífico paseo con el escritor Castro Leal, quien tuvo la gentileza de mostrarnos a un poeta cubano (Florit) y a mí el viejo monasterio agustino de Acolman. El paisaje del altiplano mexicano donde se ubica es de una gran belleza. El sitio del convento se encuentra al borde de la cavidad que fue un lago en la época en que llegaron los españoles. A consecuencia de las inundaciones, el monumento fue enterrado cerca de dos metros durante tres siglos. Se ha despejado desde hace unos doce años.

Hay una fachada plateresca como se podría ver en Salamanca y claustros que tienen mucho encanto. La iglesia y los claustros, así como las celdas estaban decorados de curiosas pinturas de las cuales hay hermosos restos.

Los alrededores son muy poéticos, con grandes árboles entre los cuales domina ese falso árbol de pimienta que aquí se llama pirul. En el camino nos detuvimos a la ida en el pueblo de Tulpetlac, típica población mexicana con casas de tapia, medio arruinadas y una importante iglesia de los primeros tiempos de la conquista, precedida por su gran atrio alrededor de los grandes muros de siluetas barrocas. Ahí se rodó *Río Escondido*, una película del género de *María Candelaria*, aunque más agria, sin los paisajes lacustres, y con una tonalidad heroica y patriótica. La heroína es una profesora de pueblo que hace frente al cacique brutal. Ayer por la noche fui a ver la película: me interesó tanto más cuanto que acababa de ver el escenario unas horas antes. Si la pasan en París, váyanla a ver: vale la pena. Los habitantes de Tulpetlac están muy excitados por la campaña que se hace para la canonización del indio Juan Diego que habría tenido en su pueblo la aparición de la Virgen de Guadalupe. Es una leyenda completamente análoga a la de la Virgen de Lourdes que se le apareció a Bernardette Soubirous. Dio lugar a la erección de la Basílica de Guadalupe, la más famosa de toda la América española, en las puertas de México. Castro Leal nos hizo pasar por ahí de regreso. Es un espectáculo inolvidable ver esa enorme construcción del siglo XVIII rodeada y llena, incluso en los días ordinarios, de una multitud de peregrinos de todas las condiciones; pero sobre todo, de gente modesta e indios miserables. Indios con rostros alucinados avanzan de rodillas por las naves con cirios encendidos en la mano. Masas de flores amontonadas ante el altar mayor por encima del cual se alza la famosa imagen brillantemente iluminada. Todo alrededor de la basílica una algarabía de abigarrada multitud en medio de alimentos nativos, de frutos, de los cirios, de los recuerdos, de vestidos, alrededor de los fotógrafos que tienen magníficos escenarios en los que puede uno hacerse fotografiar ante la Virgen o ante la iglesia o en un avión o ante un tren o sobre un caballo de madera. Todo de un candor bárbaro verdaderamente espléndido. Y esa gente, mestizos o indios casi puros, son en la vida corriente de una tan simpática amenidad. En Tulpetlac tuvimos una conversación sorprendente con un buen hombre barbudo que nos contó la historia de Juan Diego y

nos expuso el proyecto de basílica nueva en su ciudad con un admirable talento de palabra.

No creas que me la paso en paseos. Ya hice una sesión de cacería no muy fructífera en la Biblioteca Nacional, e inicié algunas investigaciones en los archivos. Trabajé toda esta mañana en los archivos en procesos muy interesantes, y me llevé a almorzar conmigo a dos jóvenes archivistas muy gentiles [...] Te dejo para ir al Colegio de México y luego al Instituto Francés, y esta noche, a las nueve debo recibir todavía a los escritores españoles de la revista *Las Españas*.

Cuaderno

[Domingo 13 de junio]

Empecé estas notas retomándolas desde la llegada a México. Paseo por las iglesias de San Juan de Dios y de la Santa Vera Cruz hacia la catedral con una pausa en la Librería de Cristal adonde fui a comprar el Único Modo de las Casas. Devoción de las multitudes del domingo. Mendigos que se disputan las limosnas en la puerta de San Juan. Gente que lleva haces de flores. Hoy es la conmemoración de Juan Diego y de Zumárraga. La catedral, vasta cantera, misa que es la de una parroquia pobre, en el hotel del trascoro.]

Carta

(Viernes 18 de junio)

Esta noche estoy invitado con la hermana de Ontañón, a la cual voy a poder llevar noticias frescas. [...] Empecé a trabajar con la lengua: martes, conferencia en la Facultad de Letras (hablé del auto sacramental). Ayer, primera charla en El Colegio de México sobre el erasmismo y la reforma española. Mañana será la segunda y la última antes de mi salida para el gran viaje por Monterrey, San Luis Potosí, Guanajuato, Guadalajara, Morelia, Pátzcuaro —que va a durar del 22 al 30 y durante el cual seré sobre todo un turista, pues sólo tendré que dar dos o tres alocuciones casi improvisadas y siempre las mismas—. Después del regreso tendré que dar tres conferencias para El Colegio de México sobre la comedia lopesca, una en el Instituto sobre Rabelais y Cervantes, y luego una alocución en una manifestación organizada por la revista española *Las Españas*. Cómo ves, esto no es descanso.

Desde mi última carta he visto cosas interesantes. Sábado (12 de junio) con Chevalier, Escarpit y un arqueólogo muy competente fuimos a Puebla, cuya catedral e iglesias barrocas son espléndidas. Es la ciudad santa del México colonial, que sucedió a su vecina Cholula, la ciudad santa en tiempos de los aztecas. Cholula tiene por lo demás numerosas iglesias, pues se ha construido una sobre cada antiguo teocalli. Por desgracia, tuvimos muy pocas horas para estar ahí... Pese a todo, vimos la Capilla Real de Cholula con sus numerosas cúpulas y su pequeña fortaleza de columnas, especie de mezquita de Córdoba en miniatura. También vimos de paso dos iglesias barrocas. Tonanzintla y Acatepec, cuya exuberante decoración recuerda la de la capilla del Rosario de los dominicos de Puebla, pero en más rústica y en más india. ¡Cuántas doraduras, cuántos ángeles y esplendores! Se siente que todo esto ha sido conservado y restaurado cuando hace falta gracias a la munificencia de los fieles. Puebla sobre todo da la impresión de una ciudad devota y rica. La majestad de su enorme catedral no es fría, tanto es su lujo y elegancia sin sobrecarga.

Domingo (13 de junio)

Sirol, el agregado cultural, me llevó en su poderoso Buick a Cuernavaca y a Tepoztlán. La carretera es espléndida. Es la de Acapulco (sobre el Pacífico), igual que la de Puebla y la de Veracruz. En un caso como en el otro, se sube, no lejos de México, a más de tres mil metros y se atraviesan hermosas montañas boscosas. Esas montañas en las que los conquistadores que venían de las tierras calientes debieron respirar como en otras Guadarramas. [Se sube, descubriendo muy pronto la región de la carretera de Puebla. Se pasa por encima de Xochimilco. Muchos vendedores de claveles a lo largo del camino. Hay por cierto cultivos de claveles a ese nivel. Alto en Tres Marías, con sus típicos puestos y cantinas indígenas. Asadura de puerco frito. Tortillas rellenas de carne, de tomate, de cebolla y de chile. Se vuelve a bajar sobre la pendiente del Pacífico. Vegetación más exuberante. La tempestad parece subir.] Cuernavaca da ya la atmósfera de las tierras calientes. La vegetación ya es otra que en México. Se está ciertamente más abajo. Es ahí donde la gente delicada viene a descansar su corazón. Los ricos tienen ahí espléndidas villas rodeadas de buganvillas violetas y púrpuras. Hay avenidas plantadas de árboles del género de las jacarandas con flores al rojo vivo. El campo

de golf está suntuosamente instalado sobre un punto de vista admirable. Está ahí también una pequeña ciudad antigua. El palacio de Cortés tiene, junto con otras obras de arte de gusto menos seguro, un pabellón (*loggia*) completamente decorado con admirables frescos de Diego Rivera que recuerdan la conquista, la opresión colonial y la revuelta de Morelos. El fin terminal del paseo era Tepoztlán, ciudad rodeada de un circo completamente wagneriano de montañas rocosas, pardas y verdes, cinceladas por el agua, con un antiguo monasterio dominicano de los primeros tiempos de la conquista, hartamente comparable con los de Acolman (de agustinos), y de Huejotzingo (de franciscanos: pude admirar éste la víspera de camino a Puebla). [Partida hacia Tepoztlán. Camino mucho menos frecuentado. Los indígenas. Sus cultivos. Criaderos de caballos. Toros. Al acercarse a Tepoztlán, paisaje wagneriano. Masas rocosas que forman bastiones modelados con estrías verticales y medios planos horizontales. Pero todo cubierto de una pálida verdura que armoniza con el tinte quemado de la piedra.] Visitamos, en las alturas de Tepoztlán, a Eduardo Villaseñor, hombre riquísimo y original, ex director del Banco de México, que ha hecho construir una villa de un gusto muy refinado con jardín en terraza plantada de raras esencias (begoñas de grandes flores amarillas con azul pervinca) con una vista incomparable. [Residencia a la vez rústica y lujosa. Mobiliario moderno. Algunas tapicerías del siglo XVI. Una estatua de piedra hispano-india con algo de extremo oriental en el movimiento de la *sainte* ??? y en la tapicería. Una bella piedad dorada con la inscripción *O vos omnes* traducida al español. Me hacen visitar la casa y el jardín en compañía de la encantadora señorita Azcárate, hija de un general (están ahí como huéspedes gente que viene de Cuernavaca: Pepe Parada, Melle Humboldt, M. Dauge (de la Embajada de Francia).]

Vamos, con Sirol, a visitar el monasterio dominicano, fachada que recuerda la de Huejotzingo. Pero con atributos dominicanos: cruz género Calatrava. Sol, luna, estrellas. Adentro se han descubierto vestigios de pinturas, en particular en el refectorio, Cruz de Santo Domingo. Retratos de Santo Domingo y de Santo Tomás, siempre pinturas —dibujos en gorguera—. Pequeño claustro sembrado de plátanos. Desde el piso superior se accede a un bello mirador con vista a tres lados y se sube al techo de la iglesia cubierta de una bóveda cementada (sin duda por encima del tezontle). Se atraviesa el patio, luego la plaza de la ciudad, ficus gigantes. Grupos de

excursionistas que toman el fresco. Al regreso, sobre la magnífica y muy sinuosa carretera, carreteras no exentas de peligro, en las curvas con los automovilistas que han bebido demasiado en Cuernavaca, Sirol me hace elogios de la comodidad y la seguridad de los viajes en avión.

Lunes por la mañana (14 de junio) trabajé poco en los archivos pues debía afinar mis conferencias...

Cuaderno

[Lunes mañana (14 de junio)]

Visita al Instituto Panamericano de Geografía y de Historia (terreno de Silvio Zavala) en el lejano barrio de Tacubaya. Se atraviesa el patio de un antiguo palacio que fue el de los presidentes de la república en los tiempos de las guerras civiles del siglo XIX y el de los arzobispos de México. Hoy, en un escenario vetusto, con una curiosa escalera de doble revolución, son servicios científicos y técnicos.

Pero al fondo el Instituto Panamericano ha construido un edificio de estilo a medias colonial, a medias herreriano, con un patio plantado de jacarandas. En los locales modernos está instalada la Comisión de Historia cuyo funcionamiento me explican Malagón y Miranda. Entre los trabajos en curso, sobre los cuales se recibe una información regular a partir de cuestionarios sobre el estado de empresas comunes decididas por el Congreso. Hay un museo de los historiadores americanos (empiezan a llegar los retratos) y una serie de historias de la historiografía de cada país. Visita a la sala donde está instalado el plano relieve de la República, y en donde también están expuestos los mapas, por pasos, de los diferentes tramos de la carretera panamericana en construcción. La biblioteca está bien instalada en un local moderno. Tiene, todavía no catalogada, una rica biblioteca donada por los descendientes de un hombre de Estado del siglo pasado. Magnífica colección de libros españoles, franceses, ingleses del siglo XIX. Entre las publicaciones que me llevo, la *Revista de Historia de América* es notable por la rica información que constituyen sus reseñas y su bibliografía crítica, importante incluso para la historia literaria [...].

[Viernes noche (18 de junio)]

Después de la plática de El Colegio de México —que tuvo lugar durante

una tarde de lluvia torrencial— cena con los Millares, tío y sobrino, Mantecón y Santaló en el restaurante Los Naranjos sobre el Paseo de la Reforma. Restaurante de paellas y otras especialidades españolas en un escenario artificial y una luz de acuario. Piano que toca alternativamente Albeniz y danzas. Nada de calamares. Notable bacalao a la vizcaína.

Sobre todo conversación sorprendentemente viva, humana, de estos españoles, con un tono, un dinamismo que no tienen los mexicanos más vivos. Pero quizá es sobre todo ese Mantecón el que da esa impresión de vida intensa y de aguda inteligencia, recuerda a Montesinos en más tajante y decidido, con una palabra extrañamente rápida y nítida a la vez. Sus historias de comisario salvado del suicidio en el momento de la victoria franquista. Sus aventuras en los campos franceses. Su partida el día en que se anuncia el armisticio de junio de 1940 para Inglaterra. La hospitalidad de los ingleses (su camarada en casa de los nudistas). Pareja en la cual el marido es laborista y la mujer comunista. Las marcas de confianza: el mandil del servicio doméstico, las tijeras para cortar la maleza del jardín.

Anécdotas invaluable. Y tan españolas. El viajero de comercio que pide Un vermú... pero cuidado, sin aceitunas.¹⁰ Y la sirvienta que le responde: Habrá de ser sin patatas fritas, porque aceitunas no hay. Sobre el poco valor de la vida para los mexicanos: Cómo te llamas? —Fulano. Cuchillada. —Pues no te llamarás.

Los españoles viven aquí con un ánimo angustiado, persuadidos de que se su situación podría cambiar de un día para otro. Evidentemente eso es lo que mantiene en pie al gobierno fantasma. Triste aparición del gerente de Los Naranjos quien nos invita a tomar crema de cacao. Es un antiguo coronel del ejército de Mantecón del que Mantecón era comisario. Se ha hecho un alma de camarero.]

[Sábado 19 (junio) mañana

Visitado con O’Gorman el museo arqueológico nacional. Al menos las salas de abajo con vitrinas muy bien iluminadas donde los objetos son puestos en valor. El Caballero Águila. Una curiosa estatua sentada con los miembros curiosamente volteados y cuya interpretación no satisface. Admirables

¹⁰ En español en el original.

cerámicas con dibujos y colores de una exquisita elegancia. Máscaras esculpidas, pesadas y patéticas. Estatuas no realistas y sin embargo palpitantes de vida. Y todas las figuritas de barro cocido. Pájaros de pesadilla.

Pero sobre todo la gran sala de los monstruos de piedra. La más aterradora. Esa divinidad (femenina) decapitada, sobre el cuello de la cual han germinado como cabezas gemelas de serpientes. Su collar de corazones y de manos. Las cabezas de los muertos delante y detrás de su cintura. Esas serpientes enlazadas que forman como su falda. Formidables serpientes de cascabel enroscadas. Hocicos de serpiente grandemente abiertos y casi incomprendibles. El calendario azteca que estaba en la catedral. (Acercas de la patética y espantosa religión precolombina, O'Gorman cree que es la única que hace caer todo el peso del mundo sobre una humanidad que siente que los dioses tienen necesidad de ella y de sus sacrificios. Pero, ¿no es la exageración del sentimiento común a muchos cultos primitivos? De ahí la reacción de Isaías: yo no tengo necesidad, dice Dios, de vuestros sacrificios. Los tengo en abominación.)

El jaguar. Mesa de sacrificios cuya muesca O'Gorman no quiere que haya servido para que por ahí corriera la sangre (según él, es un simple corte español que se hizo con la idea de cortar el bloque). Y en el patio, entre placas arenosas en las que se han plantado cactáceas, la nueva adquisición, una divinidad tolteca que forma una columna de tres a cuatro metros de alto. El patio, como todo el edificio, tiene un gran porte.

Luego O'Gorman nos lleva a Chevalier y a mí a ver los frescos de Orozco en la Suprema Corte de Justicia. Otra visión aterradora de una humanidad malvada, igual los jueces y sus montones de papeles que los criminales de profesión. Las figuras blancas o grises como ciertos personajes de *El Greco*, pero en poses violentas al estilo de Goya. Y una justicia suprema que lleva ahí adentro su antorcha o su hacha. El rayo de fuego rojizo que empieza a hacer arder los legajos.

O'Gorman piensa que ningún otro pueblo habría aceptado tales símbolos de la justicia. Los magistrados no los han aceptado. Al fondo, cuando se desemboca por la escalera del vestíbulo aplastado como una cripta, el fresco base representa a México bajo los rasgos del jaguar lanzándose en los pliegues de una bandera mexicana cuyo rojo y verde son las notas más vivas del conjunto. Personificaciones surrealistas del subsuelo mexicano. En

el centro, el petróleo, curioso monstruo indefinible. A la derecha, el oro, la plata. A la izquierda la industria minera.]

[Sábado noche (19 de junio)

Empezado el trabajo en la Subdirección de la Biblioteca Nacional sobre el *Diario de México* de 1805. Cena en casa de Pedroso. Vuelta a ver a O’Gorman. Ruiz Funes.]

Domingo 20 junio

Mañana con Escarpit y Chevalier que nos alcanzó en Tlalmanalco, excursión a Amecameca. Muy extrañas esculturas de la “capilla abierta”¹¹ no terminada de Tlalmanalco. Muchas cosas difíciles de interpretar. Cabeza de rey. Pero siempre los atributos de la pasión. Es verdaderamente la enseñanza de los apóstoles franciscanos y de otros. Amecameca. El mercado, antaño desplegado sobre la plaza, ha sido concentrado en el lugar cubierto. Ascenso al Sacramonte. Pero no se ven los volcanes. Bellos árboles. Algunas tiendas improvisadas con ex votos muy primitivos. La capilla y el viejo olivo muy decrepito de fray Martín de Valencia. El friso compuesto de ex votos minúsculos en plata clavados por el hoyo de suspensión. Regreso, visita al claustro de Amecameca. No entramos a la iglesia llena de gente para ver el retablo. Hermosos cantos. En el primer piso del claustro, museo compuesto de restos de un retablo. Los doce apóstoles, con bastante hermosas esculturas enjalbegadas con abigarramiento popular. Santos penitentes. Entre otros San Jerónimo, Santa María Magdalena... y San Ignacio en Manresa.

[Al regreso a México, interesante conversación con Escarpit sobre Chesterton. Duprat, quien la orientó hacia Chesterton, hizo de él “un católico sin fe”.

Fin de mañana. Visita al inmenso mercado de La Lagunilla con sus zocos dominicales. Abundancia de discos. Encantador mercadito de flores. La plaza en donde se rentan los mariachis y el café donde a veces tocan, ebrios, sin poder detenerse, hasta las dos de la mañana.

¹¹ En español en el original.

Almuerzo en casa de Escarpit. Chevalier nos muestra fotos muy interesantes de diversos aspectos de México. En particular de las marismas, que duran horas con recitaciones.

Al final de la tarde, excursión a Xochimilco. Los Escarpit hacen su provisión semanal de legumbres y de flores. Vi un pequeño embarcadero donde desembarcan los mariachis. Las góndolas planas levantadas por los dos extremos, en las que se instalan sillas. Toldos decorados de flores. Un pedazo de lago detrás del cual se adivinan las redes de canales que se hunden en los cultivos. Al regreso, se ven el Popo y el Izta. Al fin despejados y blancos sobre el cielo de la tarde.]

Carta

Jueves 24 junio

Aprovecho un respiro en Monterrey entre las numerosas visitas y la cena que debe preceder a la fiesta de la Alianza. [...] Vi muchas cosas en México mismo y en la región antes de partir hacia la gran excursión.

El lunes tuve, a mediodía, una comida oficial en la Embajada, con gente no exenta de interés, en particular con universitarios eminentes como Torres Bodet, Antonio Caso, Heliodoro Valle y Samuel Ramos, luego asistí a la presentación íntima de una cinta de Sartre, *Les jeux son faits*, buena como ilustración animada de un cuento filosófico bastante fuerte. Por la noche, recepción completamente encantadora, en casa de Francisco y María Luisa Giner de los Ríos, que habían invitado en mi honor a numerosos amigos españoles y mexicanos. Dile a Pepe cuánto placer me ha dado esta reunión, cuán feliz he estado al conocer a la madre y a los hermanos de María Luisa, reencontrar a José Moreno Villa, Adolfo Salazar y a muchos otros españoles que no había visto desde hacía mucho tiempo. Así pues, mi primera estancia en México ha concluido de forma muy agradable.

Martes por la mañana, hacia las diez, partida hacia Monterrey. Dos días de carretera para hacer poco menos de mil kilómetros, de los cuales una buena parte es montañosa y sinuosa. El primer día, poderoso contraste entre el altiplano mexicano, las sierras y el bajo país tropical al cual se descendiendo progresivamente. Descubrimiento de los campos de plátanos y de caña de azúcar. Todo el territorio que se atraviesa está poblado de indios huastecos, cuyas cabañas de madera recubiertas de techos de rastrojo o,

más exactamente, de hojas de palmeras son bastante agradables a la vista. Dormimos en Ciudad Mante, después de una tempestad que no terminó de estallar. Incluso sin sábana y completamente desnudo, se duerme mal en esas noches de los trópicos.

La segunda etapa que nos condujo a Monterrey fue más corta y se vio favorecida por mejor tiempo. Atravesamos un vasto tramo de denso bosque, con árboles desconocidos para mí y palmeras que dominan el sotobosque. Luego, en la región de Linares, donde almorzamos, se entra en la campiña característica de Nuevo León: las inmensas plantaciones de naranjos cuya bella tierra rojiza fue conquistada, no sobre el pantano, como en la Mitidja, sino sobre el bosque tropical. La región de Monterrey es muy bella. Esta vega tan fértil está en un marco de soberbias montañas. Pero no hace fresco. Es el clima de Texas en más caliente. En los dormitorios se defiende uno con ventiladores y se usan con abundancia las duchas. Monterrey es una capital muy moderna, muy influida por los vecinos de Estados Unidos, y donde se conoce, entre otras comodidades, los bares y los restaurantes con aire acondicionado. Aquí no hay o casi no hay restos de la época de la colonia española. Hoy mi tiempo transcurrió en numerosas visitas a los mexicanos que son los animadores de la Alianza Francesa. Visitamos también el Instituto Tecnológico, fundado por la iniciativa de los industriales y de los banqueros de Monterrey, pues esta ciudad tiene poderosas y variadas industrias: altos hornos, metalúrgicas, vidrieras, fábricas de cerámica, etc. Hubiera sido necesario más tiempo para visitar al menos una parte, y mañana salimos hacia San Luis Potosí, segundo objetivo de nuestro viaje. Al menos habré visto este magnífico Instituto, que no es solamente una escuela de técnicos industriales, sino también una escuela de cultura general, y que posee una admirable biblioteca literaria mexicana proveniente del librero bibliófilo Robledo. He visto también la Universidad cuya Aula Magna albergará en un momento la fiesta de la Alianza. Al final de la tarde mi simpático compañero y chofer Sirol, el agregado cultural, me llevó a dar un paseo por los alrededores. A pesar de la lluvia que empezaba, pudimos admirar la entrada del cañón enormemente pintoresco que se hunde en el corazón del territorio huasteco.

Carta

Guadalajara, 29 de junio

La velada de la Alianza en Monterrey estuvo muy bien. Desde el día siguiente en la mañana salimos hacia San Luis Potosí volviendo a pasar por Ciudad Mante, bajo un sol muy fuerte, luego hacia Antigua Morelos tomamos la carretera hacia el oeste. Al final de la jornada nos apartamos de la gran carretera para ver una cascada, que es un Niágara de dimensión moderada pero todavía grandiosa, en ese sitio muy armonioso. La enorme masa de agua cae pulverizándose en una vasta cuenca cuyos umbrales rocosos hacen como gradas por las cuales fluye el agua en serenas capas antes de precipitarse en un torrente. Imagina esto en un sitio arbolado, con vuelos de vencejos dando giros por encima del agua a la caída del día. Enseguida se atraviesan bosques en los cuales las palmeras y los dragos se mezclan curiosamente con esencias más semejantes a las de nuestros bosques. Pude ver los caseríos indígenas cuyas casas dejan filtrar débiles luces a través de los barrotes de su armadura de madera. Luego seguimos largamente en el auto en la noche, con una parada para cenar en un pintoresco albergue de la Ciudad del Maíz. Llegamos a la una de la mañana a San Luis Potosí, muy bella ciudad colonial, con muchas iglesias y palacios barrocos, de fachadas decoradas por balcones de repisas multilobuladas y balaustradas de hierro forjado.

Todo este bello conjunto está construido con una hermosa cantera rosa¹² la misma que debía yo encontrar en Guanajuato y en San Miguel Allende. En San Luis, al igual que en Monterrey tuve una jornada bastante colmada de visitas para la incipiente Alianza. Inauguramos su local el sábado por la tarde después de que se me hubiese entrevistado para la radio. Y la velada terminó muy tarde con la proyección de una película sobre los campos de la muerte. Domingo por la noche, después de dar una vuelta de despedida por las calles y las plazas y jardines de San Luis, partida hacia Guanajuato adonde llegamos al inicio de la tarde para comer ahí. Es la ciudad donde los españoles explotaban las minas de plata que producía la riqueza de San Luis y de otros centros. Sitio montañoso, bastante escarpado. Ciudad rosa. Enormes iglesias barrocas

¹² En el original Bataillon escribe *beau calcaire [sic] rose*.

con cúpulas. Además de eso barrio de villas, hoy cerradas o abandonadas, cuyas elegancia y lujo son de la mala época de 1880-1890. Volvimos a tomar camino por una carretera de montaña extremadamente difícil, para alcanzar Dolores Hidalgo y San Miguel Allende. Todo este paisaje es la cuna de las luchas por la independencia que empezaron en 1810 con la insurrección del cura Hidalgo contra los españoles. San Miguel, donde dormimos, tiene un carácter monumental de vieja ciudad de la señorial del siglo XVIII, todavía intacto. Los norteamericanos han instalado ahí, en un antiguo convento, una escuela de Bellas Artes, especie de villa Medicis yanqui en tierra de América Latina. Los turistas encuentran aquí un albergue de lujo con recámaras de una falsa simplicidad franciscana donde cada una tiene su cuarto de ducha con agua caliente y fría.

De San Miguel tuvimos una larga jornada de auto para llegar a Guadalajara. A consecuencia de un malentendido, llegamos cuando la distribución de los premios de la Alianza había ya comenzado. Se cambió un poco el programa y pude tomar la palabra a nombre de la Alianza de París antes de la entrega de las recompensas a los alumnos más avanzados. Solamente nos perdimos lo más bonito de la fiesta, las danzas y los cantos de los pequeños del Colegio Franco-Mexicano. Hoy jornada de contactos personales más que de turismo. Veremos solamente lo más notable de Guadalajara, que es una ciudad enorme (la segunda más grande de México).

Volvimos a tomar camino para llegar a México en la jornada del primero, deteniéndonos en Pátzcuaro y Morelia. El trabajo de las conferencias y los arreglos para proseguir mi viaje me van a volver a ocupar. Una correspondencia bastante abundante sin duda me estará esperando en el Hotel Cortés.

Carta

México, Hotel Cortés, viernes 2 de julio

Llevo una vida agitada en este Nuevo Mundo [...] Nuevo mundo en verdad, pero sobre todo Nueva España que es inmenso México en el cual acabo de hacer 2400 kilómetros en auto. Debo renunciar a describirte todo lo que aquí descubro de apasionante para un hispanista, todo lo que entreevo a un ritmo demasiado precipitado. La estancia en Guadalajara fue de-

masiado precipitada para una gran ciudad, la segunda de México, en la cual me habría gustado pasear un poco. Los monumentos de la época colonial no tienen, de lejos, el lugar que ocupan en San Miguel Allende o en San Luis Potosí. Pero la gran Plaza de Armas, con la fachada lateral de la inmensa catedral y la del Palacio de Gobierno, con sus arcadas sobre los otros costados y su jardín florido en el centro, es uno de los más bellos zócalos de México (se llama aquí *zócalo* a la *plaza mayor* de las ciudades de España). Hice una pequeña visita a la biblioteca del Estado, en la cual hay tesoros de viejos libros no catalogados (a pesar de la competencia y la buena voluntad del bibliotecario). Pero sobre todo ha sido necesario consagrarse a la colonia francesa y a la Alianza Francesa de Guadalajara. Al menos, he visitado el admirable Hospicio cuya iglesia, que ha sido expropiada por el Estado, está pintada de frescos de Orozco.

El viaje de regreso a México se hizo en un auto muy lleno, pues Sirol, el agregado cultural, llevaba, además de Hargous y a mí, al profesor de Guadalajara con su mujer, sus dos pequeñas hijas y su sirvienta. El inmenso Buick contenía a toda la gente a la perfección... además de las maletas. Estuve encantado al atravesar Michoacán, región cuyo primer obispo fue Vasco de Quiroga, entusiasta lector de la *Utopía* de Tomás Moro, y que debía fundar con los indios “una iglesia renaciente”. Pasamos toda la tarde y la noche en Pátzcuaro, cuyo hermoso lago ocupa el centro de esa región. Los descendientes de los indios tarascos son industriosos y artistas. Sus ciudades y pueblos tienen un gran encanto, que viene de que el territorio es boscoso, y de que se utiliza mucho la madera en las construcciones: pilares de galerías, tejados con vigas esculpidas muy salientes decoradas de rosa que sostienen techos de tejas redondas, Pátzcuaro tiene plazas que son jardines plantados con árboles gigantescos. Pudimos tener la suerte de tarde con sol y pudimos gozar desde el mirador que domina la ciudad y el lago de una espléndida vista.

Ayer regreso en parte desperdiciado por una violenta tempestad de lluvia. Pero al menos visita a Morelia con un hermoso sol. Ahí, una vez más me hubiese gustado demorarme, pues la ciudad ha guardado un verdadero encanto colonial. Pero no se puede ver y tener todo. Voy a trabajar esta mañana en la Biblioteca Nacional. Luego, a las dos banquete en honor del nuevo rector. Esta tarde los intelectuales españoles organizan para mí una

cena. Mañana a la una como en casa de Alfonso Reyes con Daniel Cosío Villegas, quien ha regresado por fin de Buenos Aires, y con quien debo hablar de un proyecto de traducción de mi Erasmo en la bella colección que él dirige. La tarde, recepción en la embajada de España. Voy a reservarme un poco de tranquilidad el domingo y el lunes para preparar mis tres conferencias sobre Lope, definitivamente fijadas para el 6, 7 y 8 de julio. Felizmente mi salud no tiene tropiezos...

He recibido unas amables palabras de Mme. Caillois a quien responderé al instante. Aquí oigo hablar mucho de su marido que dejó el recuerdo de un hombre muy vivaz y de un hombre excepcional. Me prometo ir a conocerlo el invierno próximo. Del Perú se me confirma que se me espera para el mes de agosto. He recibido una carta de la Fundación Rockefeller que subvencionará ampliamente mi regreso a través de Estados Unidos.

Carta

México, Hotel Cortés, viernes 9 de julio

Creo haberte dicho que hice el domingo por la mañana (el 4) una excursión a las pirámides de Teotihuacan con Escarpit. Es un espectáculo pasmoso incluso cuando se han visto fotos. En particular, el conjunto del templo de Quetzalcóatl, del cual no tenía yo idea alguna, es imponente, y la vista directa de los adornos serpentiformes con sus restos de policromía es muy instructiva. Cuántas veces durante mi viaje hubiese querido captar y en cierto modo a través de algo mejor que las fotos, todos esos colores y formas, en particular en San Miguel de Allende, ante sus palacios y sus iglesias rosas o sus mercados de frutas y de barro y cerámica.

Heme aquí libre de mis conferencias de El Colegio de México. Tuvieron lugar ante un público fiel, y me parece que han sido en verdad apreciadas. A pesar de ello las retocaré luego de mis ejercicios oratorios. Además de las conferencias previstas (para la revista *Las Españas* el 12, para el Instituto Francés el 13) acabo de aceptar dar el 21 una plática en la Alianza Francesa sobre el Collège de France. Ésta ha sido irrevocablemente fijada para el 22 antes de mi partida hacia Guatemala.

Tampoco me dejan andar desocupado las variadas invitaciones. Fui recibido el martes a mediodía en el Liceo Franco Mexicano, cuyo director es un meridional, gran cazador y muy simpático. Ayer en la noche, después de

mi conferencia en la Escuela Normal Superior de México, se dio una suerte de intercambio de puntos de vista e informaciones alrededor de una “mesa redonda” que por lo demás era alargada y cuadrangular. Ayer comida, en las espléndidas afueras de México, en Tlalpan, en casa del doctor Millán, psiquiatra y presidente de los Amigos de Francia. Al regresar, en el auto de Sirol, una tempestad o más bien una serie de tempestades de una violencia inusitada. Pero es la temporada en que, más o menos fuertes, las tempestades son cotidianas. Las noches y las mañanas son deliciosamente frescas.

Mañana por la mañana salgo dos días a Puebla con Daniel Cosío Villegas, hombre notable, organizador de El Colegio de México y de las ediciones del Fondo de Cultura Económica donde decididamente se va a hacer la traducción española de mi Erasmo.

Carta

Hotel Cortés, México, 16 de julio

Las nuevas de Ontañón me alivian también de una inquietud. Sabía por su hermana de las primeras impresiones tranquilizadoras después de una tan severa intervención. Ahora se ha franqueado el cabo peligroso. Di a nuestro amigo todos mis deseos afectuosos de rápida convalecencia. Debo pasar con su hermana, su sobrino y sobrina la jornada de pasado mañana domingo: me llevan a Taxco, pequeña ciudad de minas de plata en un sitio de “tierra caliente”. Aquí me tienes, para terminar mi estancia en México, completamente lanzado al turismo. Lo que me decidió a ir a Oaxaca, tierra que todo el mundo dice admirable (Francisco Giner, el primo de Pepe, acaba de publicar un volumen encantador de prosa y verso combinados, *Los laureles de Oaxaca*) en donde se encuentra uno de los más imponentes conjuntos de ruinas precolombinas descubiertas desde hace veinte años. Y Mitla no está lejos de Monte Albán (de todo eso puedes ver fotos en el grueso libro *México y la cultura* que está en la biblioteca junto a la ventana de mi escritorio).

Pasaré ahí 48 horas, volveré a México el miércoles a mediodía para una última obligación oficial: recepción de la Alianza Francesa y plática sobre el Collège de France. No es intimidante. Acabo de hacer una exquisita comida en casa del presidente de la federación de las Alianzas Francesas en México, viejo sibarita, cuyo oficio es el de negociante en vinos. Estaba también el

director de la federación Hargous y el agregado cultural Sirol y el presidente de la Alianza de México. Después, me quedará el jueves 22 para preparar mi partida. Mi lugar ha sido ya reservado para salir el viernes 23 a las diez para estar en Guatemala a las 13:40. Un pequeño viaje. Y mi estancia en Guatemala va ser puro turismo o casi, ya que mis conferencias están preparadas...

Me parece que hace mucho tiempo que no te he escrito. Y no sé si te hablé de la excursión hecha el sábado y el domingo a Puebla en compañía de Daniel Cosío Villegas, director saliente del Fondo de Cultura Económica, de su mujer, de su hija y del argentino Orfila, que toma la dirección del Fondo. Nos hemos puesto de acuerdo para la edición española de *Erasmus y España* que el Fondo va a publicar. La traducción va a ser emprendida aquí de inmediato. La excursión fue encantadora; me permitió ver Tlaxcala, primera etapa de la conquista española hacia México, y volver a ver a mi aire las admirables cosas que había entrevisto tres semanas antes: la catedral de Puebla tan grandiosa y cuyo interior con todas sus capillas y grutas de rejas doradas es de gusto tan puro en su suntuosidad; la capilla del Rosario en la iglesia de los dominicos, maravilla del barroco más cargado y más elegante; las fachadas de azulejos policromos que alegran la arquitectura de la ciudad, en particular la del Carmen.

Después de esta salida terminé de pagar mi deuda de verdaderas conferencias. El lunes por la noche, hablé con el español Gallegos Rocafull y el mexicano Castro Leal, en un “acto de defensa de la cultura española”, que tuvo lugar en el Palacio de Bellas Artes ante un numeroso público y con un franco éxito. El martes 13 fue una conferencia en el Instituto Francés sobre Rabelais y Cervantes, y mi única conferencia en francés con la cual el público parece haber estado contento. De una manera general, ha sido muy benévolo para mis ejercicios oratorios. La prensa me ha consagrado artículos de una gran gentileza. Pero no es sorprendente. Uno de esos artículos está firmado por Francisco Giner de los Ríos. De una manera, había una decisión de encontrarme admirable por adelantado. Incluso después de que me liberé de mis deberes de conferente, no pude trabajar tanto como hubiese querido en la Biblioteca Nacional. A tal punto estoy obligado a aceptar invitaciones y citas varias. El 14 de julio, que es un poco la fiesta de muchos países de América Latina, empecé mi día recibiendo a un joven becario de El Colegio de México. Luego fui recibido en la espléndida Escuela Nacio-

nal de Maestras (donde tuvo lugar la Conferencia de la UNESCO del pasado otoño). Las discípulas maestras me hicieron escuchar una conmovedora marselesa. Visité numerosas clases de la escuela en la que los normalistas hacen sus prácticas. La acogida fue muy cordial, y creo que mi visita dio gusto.

Luego una entrevista con un periodista de una revista universitaria, comida con el simpático Deleuze, director del Liceo Franco Mexicano, cuya mujer había hecho en mi honor una memorable bouillabaisse. El festín se prolongó hasta tarde. Y no nos quedaba más que ir en coro, anfitriones e invitados, a la recepción de la Embajada, que es ritual ese día.

Ayer 15, visité por la mañana, después de otra visita de un estudiante, el Fondo de Cultura Económica. Pude trabajar un poco en la Nacional. Por la noche, estaba invitado a una cena (excelente y cordial) de la gran revista *Cuadernos Americanos* cuyo secretario general es Larrea. Una quincena de personas, la flor de los intelectuales mexicanos y españoles, más algunos hispanoamericanos y de otros países, entre los cuales se encontraba un guatemalteco muy simpático que se prepara a para ser ministro en Francia. [...] La próxima valija de barco se cargará con una caja de libros recibidos o comprados en México y que no puedo pensar en llevar por avión. El Fondo de Cultura, que me ha hecho ya un importante regalo de sus ediciones, me va a enviar otra caja. No te sorprendas cuando veas llegar todos esos paquetes. Otro más pequeño, aunque no menos precioso, ha debido ser dirigido hace unas semanas por las hermanas de Ontañón [...]. Un amigo español, Xavier Malagón, va a venir de un minuto a otro para llevarme a cenar a su casa. He visitado esta mañana a Zavala, director del FCE —al que había visto ya un poco—, con Chevalier. Al día siguiente de su regreso, me habló muy gentilmente por teléfono para darme noticias tuyas, comeré con él, el próximo jueves, la víspera de mi partida. Mi dirección en Guatemala, del 23 al 29, será Universidad de San Carlos. No escribas a Panamá donde sólo me quedaré el 29 y el 30. En seguida, en Lima, a la atención del agregado cultural, en la Embajada de Francia.

Cuaderno

[Viernes 23 (julio)]

Salida hacia Guatemala a las diez. Pero ya las nubes. La bruma en el suelo. Después las montañas que separan el valle de México del de Puebla, at-

mósfera más que límpida. Veo los volcanes por su cara sur mejor de lo que los vi nunca en siete semanas. Bellos paisajes de sierras boscosas.

Llegada a la región de Tapachula. Se advierten muy bien los ríos sucesivos y se ve progresivamente dibujarse la costa, los estanques y sus barras. El río Suchiate. Antes de la frontera, se sobrevuela la carretera panamericana donde circulan los autos.

Después, Guatemala aparece como una suerte de Normandía tropical. Vastas extensiones verdes con líneas de árboles. Se sigue durante mucho tiempo la costa. Como el itinerario del mapa está algo alterado, la llegada a Guatemala tiene algo de inesperado. Un lago. Se cree que es Atitlán pero es ya Amatitlán. Se desciende sobre la ciudad muy enmarcada y penetrada de verdura. Pero en la lluvia. El paisaje de los alrededores es soberbio con profundas barrancas boscosas. Acogida en el aeropuerto (género palacio tropical) por Muñoz Meaney, el rector, Carlos Martínez Durán, otro profesor, el secretario de la Legación. Taza de café excelente que MM rechaza con desprecio después de haberla probado.

Me lleva al Hotel Palace. Bonitos patios. Telas indígenas enmarcadas. Las de las tiendas están muy industrializadas. El rector me explica las cortezas de frutas que sirven de pantallas para las lámparas. Muy lindamente grabadas, trabajo de Rabinal.

A las cuatro el secretario de la Legación viene a búscame para llevarme con el ministro. Encantadora residencia en un jardín.]

[Mañana del sábado (24 de julio)

Paseo por la ciudad, más coqueta, más limpia y más tranquila que México. Los sillones de los limpiabotas en la plaza y en verdaderos “salones” recuerdan a España. Precios altos en las boutiques. Pobreza de las librerías. El tabaco negro eliminado por el gusto norteamericano incluso en los productos de fabricación nacional. Los periódicos del país se esconden. Se pide a gritos un periódico en la calle. En fin. Es un periodicucho (*feuille de choux*) anticomunista. Detrás de la catedral y del palacio archipiélago, el mercado. Muy hermoso. Silencioso, abundante, colorido. Todo un barrio de vendedores de platos cocinados, con pequeños sombreros blancos en la cabeza. Arroz y plátanos fritos.

La gente se pone a la mesa para consumir carnes que salen de grandes platos humeantes. Muy pocas tortillas. Y mucho menos chile que en Méxi-

co. Inmensas canastas redondas de cestería. Canastas de lioncitos. Enormes aguacates verde oscuro y de piel granulosa. Papayas. Pequeños plátanos amarillo oro. Una novedad: la pitahaya, de carne violeta constelada de pequeñas semillas negras. Su envoltura de escamas rojizas, su forma, su tamaño hacen pensar en un coli-rábano o en un apio-rábano. Las flores. Abundancia de gladiolas coloridas, pero más pequeñas que en México sobre la Avenida Hidalgo. Los yaros (alcatraces) amarillo oro. Los nardos.

A las 11:30 salida para la gran excursión de Atitlán-Chichicastenango. El rector Carlos Martínez Durán lleva a su mujer y a su hermana que vienen de Cabarrus, de la familia de Mme. Tallien y que son (del lado materno) de los Lesseps. Pero de la rama hispanizada que no guardó gran cosa del francés. En la residencia de los Millón nos dividimos entre los dos automóviles.

El economista Behrens, germano-americano de la Universidad Colgate (Nueva York), profesor de la Escuela de Verano, forma parte del viaje. Enseñó en Panamá donde era amigo de Aguilar.

Subida a San Rafael. Hermosa tierra boscosa. Buen hotel de altura. La finca del otro lado de la carretera. Jardín en el cual se cultivan toda suerte de frutas, en particular, frambuesas. Todavía otra planta más que descubro en estado salvaje: la descansia, de pequeña flor malva. Bonita flor azul pálido (como la achicoria en más tierno), sobre un tallo bastante rígido de 15 a 20 centímetros. Después de comer, seguimos el camino bajo la tempestad. El relámpago caerá, en la carretera, a algunos metros del auto del ministro. En los pueblos y aldeas que atravesamos, impresión de humedad que dan los muros de adobe todos reverdecidos arriba, por encima de su encalado blanco. Fuente monumental de Chimaltenango en medio de una vasta plaza —jardín con kiosco— capas de hojas estilizadas tipo acanto. Zaragoza. Sobre todo Patzum que ya vemos con el sol. Galería de bosques que recuerdan a Michoacán. Iglesia espléndida. Pilastras con estrías horizontales que decoran los campanarios (como en una pequeña iglesia de Guatemala con estatuas grises en los nichos). Interior que quita el aliento. Viejo artesonado de fines del siglo XVII. Retablos en rojo y en oro. Estatuas de santos alineadas al lado. En la sacristía, mangas de procesiones de una cofradía. Tabernáculo con espigas grabadas sobre la puerta. Técnica de madera pintada y grabada que recuerda las copas de Rabinal. Y también el féretro del entierro encontrado en el camino. El pequeño albergue de Pat-

zum con la linda muchacha de cabellos largos (la mamá, plantada ahí por su marido, un dentista colombiano: Jaramillo). Salida de Patzum, calle de pueblo con las cercas de rosetones muy diferentes de los órganos de Mitla.

El viaje sigue a través de dos profundas barrancas arboladas que atraviesa la carretera en zig-zag. En el fondo, acantilados rocosos agujereados por hoyos que son nidos de pericos. Parece que hay que verlos y oírlos al sol de la mañana. Se duermen temprano. En las regiones altos maizales y trigales muy verdes. A lo largo de la carretera, reconozco entre las flores rojas no identificadas, una gran abundancia de lantanas rojas y oro. La barranca en que cayó el presidente Arévalo. Estaba aprendiendo a manejar. El resbalón. La broma del edecán: “no se puede manejar con una mano”. El auto pulverizado. El presidente fue hallado con numerosas fracturas después de largas horas. Hermoso parapeto para conmemorar el accidente.

La llegada al mirador desde donde uno se zambulle sobre el lago y San Antonio Palopó. El espléndido panorama de los volcanes se dibuja sobre un fondo de nubes grisáceas todavía tempestuosas. El clavel silvestre de la India crece en la hierba. El descenso. El río. Las plantaciones de café. Grandes arbustos (café de sombra).

El hotel Tzanjuyu (nariz de cerro). Verdadero Schloss am Meer. Torre redonda que domina el agua. Recámara compartida con el profesor Brehens. Esplendor del fin del día sobre el paisaje del lago. A pesar de las superfluas palmeras, jardín lleno de encanto. Después de cenar, bajo la lluvia, visita a Casa Contenta en donde se baila al son de la marimba. Los dos choferes están ahí martinete en mano. El ministro y el rector bailan. Hay murales.]

[Domingo (25 julio)

Levantada matinal. Pequeña exploración al jardín. Descubrimiento de flores rosas ya vistas en casa de Villaseñor: flor de la cruz. De una suerte de toronjil con frutos en forma de pera que contienen sobre todo una leve médula rosa. De un árbol con hermoso follaje podado y con frutos que parece que son deliciosos una vez que están maduros: jocotes. La cascada en la verdura, lejos enfrente, la casa de los norteamericanos.

Después del desayuno, partida en una lancha motorizada para San Antonio Palopó. Desembarco emocionante. Subida en las rocas sembradas de

cajas en bambú, jocotes sobre los cuales trepan a veces chayotes, flores de la cruz, pitahayas. Los chamacos venden pitahayas y mendigan sin aspereza. Los padres son dignos. Curiosas costumbres. Turbantes. Hombres que llevan ya sea calzones blancos con dibujos abigarrados, sea telas envueltas (*drapéés*) en faldas oscuras, casi escocesas. El lugar. La iglesia con muchos zopilotes en el techo. La alcaldía por encima de su gran escalinata sembrada de juncos. La pequeña capilla evangélica igualmente sembrada donde entran algunos indios. El interior de la iglesia. Restos de artonados por encima del altar sobre el cual se alinean diversos santos. En medio el patrón San Antonio con el niño en los brazos. Cuando se vuelve hacia la puerta el paisaje luminoso del lago y de los volcanes se enmarca en la arcada.

Después del regreso al hotel, partida para Chichicastenango, por una carretera espantosamente difícil. Numerosas vistas del lago. Se pasa por Sololá, pequeña ciudad admirablemente pavimentada con mucho carácter. Diversas barrancas sucesivas para llegar a Ch. Vemos a la vuelta de una calle, al llegar, dos mayordomos de cofradía en sus trajes de indios mayas con turbantes. Por la noche, cañas de plata sobremontadas por un pequeño tabernáculo con una cruz por encima.

La llegada a la plaza del mercado llena de una apacible multitud bulliosa es inimaginable. Las dos iglesias que están frente a frente en dos ángulos. Altas gradas como gradas de pirámide. Los indios arrodillados, inciensan con incensarios de barro que alimentan con resina odorante. Un polvo negro que toman de una hoja de maíz. Norteamericanos en medio de todo eso. Indiferencia general de los piadosos mayas. La entrada a la iglesia. Una avenida de pequeñas luces y de gentes arrodilladas o acuclilladas. Un chillido de bebés. El bautisterio está lleno de una multitud a través de la cual se entrevé al sacerdote. Las ofrendas y las plegarias. Los cirios que se plantan sobre algunas gotas de cera. Las mazorcas de maíz, los pétalos de rosa, las diversas plantas de cultivo. Las oraciones del jefe de familia con una rodilla en la tierra hablando de la divinidad con un respeto familiar en un lenguaje que no tiene aire de oración ritual. Rostro expresivo. Gestos. Signos de cruz con toda la mano.

La mujer y los niños están acuclillados alrededor, sobre sus talones. La mujer lleva al recién nacido en la espalda, en el gran chal con dibujo rojo. A nuestros pies una mujer extrae de su lío de ropa una rama de follaje de

clavel de las Indias, la tiende por encima de su espalda al bebé que nos mira con la cabeza volteada y que empieza a agitar esa sonaja. Silencio sorprendente en el humo de los cirios. Especies de sacristanes, con una pequeña escoba de hojas en la mano, apagan los cirios que se van terminando y embarran de cera la escoba. Una vez hechas sus ofrendas, los indios dan la vuelta a la iglesia haciendo sus plegarias a todos los santos. El más abandonado parece un Cristo llevando su cruz. Algunos bellos retablos sobre los altares con frontales de plata. Pero todo está muy ahumado. Techo de madera artesonada muy rudimentario.

Sobre bancas, cerca del altar mayor, dos indios con cabezas inteligentes y dignas hablan con animación. Todos tienen las piernas desnudas y aires de sólidos montañeses.

Espectáculo inesperado. El sacerdote que ha terminado de bautizar atraviesa toda la iglesia subiendo hacia la cabecera. Bendice la avenida de los cirios con su hisopo bien cargado de agua bendita. Signos de cruz de la mano y oraciones. Está flanqueado por dos sacristanes indios sin traje especial, a lo que parece. Rocía la avenida de pequeños cirios con signos de cruz y con oraciones, cristianizando como puede ese viejo culto milenario. La inmensa mayoría de esas poblaciones de las tierras altas ignora el español y guarda las tradiciones milenarias de los mayas muy vagamente teñidas de cristianismo por los sacerdotes que les predicán el evangelio en su lengua.

Al lado de la iglesia, patio lleno de flores. En particular yaros y búcaros de tres pétalos, atigrados de rojo y de amarillo o más manchados. Y el museo del P. Rossbach (cura alemán precedente) riquísimo en piezas de jade, en cuchillos de obsidiana y sobre todo en vasos idoliformes. Algunos muy bellos. El hombre supliciado con los ojos cerrados vagamente dolorosos y extáticos. El hombre sarcástico con nariz aguilina y picuda.

La gran plaza. Imposible de visitar en detalle tanto más cuanto que los compañeros quieren ir a ver incluso el Mayan Inn, falsa casa museo con puertas espléndidas y otros despojos robados a los conventos abandonados. Vermouth. Marimba tocada con gran perfección. Pero la plaza. Las legumbres, las frutas. Alfarerías. Las cuerdas. Las cesterías. Los juguetes. Pequeño tambor que compra la cuñada del rector. Las muestras expuestas de las panelas de piloncillo terriblemente café y para nada apetecedoras. Los restaurantes indígenas al aire libre. Silencio. Y relativamente muy poca mendicidad.

Al regreso, sorprendente espectáculo de los indios que caminan o corren con, amarrada sobre la frente, la carga enorme de los objetos no vendidos. Cántaros y tarros enormes. Muebles, sillas, armarios. Muebles para soportar las alfarerías. Cargas que alcanzan de 30 a 40 kilos. Veremos alcanzar Sololá, a nuestro regreso, luego de haberlo encontrado a la ida, a dos kilómetros más o menos, a un equipo de quince o veinte hombres que llevan una enorme plancha de madera labrada en escuadra. A pasos muy cortos.

Después de la comida. Cena. Luego partida por el mismo camino. Tiempo espléndido. Cafecito en Patzum. Sombrero olvidado en el albergue. En Zaragoza, en Chimaltenango, en Santiago sobre todo, del cual es la fiesta, muchos indios ebrios. Parada para un té en San Rafael.]

[Lunes mañana (26 de julio)

Búsqueda en vano de un mapa. La librería papelería Cordón en que compro el mal mapa de carreteras, me dirijo al Ministerio de Agricultura (oportunidad para ver la escalera del Palacio de Gobierno). Murales horribles con indios guerreros, indias desnudas y esculturales, don Quijote y Sancho. De ahí a la Dirección de Estadística donde se me ofrece hacer reproducir un pequeño mapa esquemático de los departamentos.

11:30 visita a Muñoz Meany, con el ministro. Luego conversación bastante larga con M. Milon en la cancillería de la Legación.]

Carta

Jueves 29 julio 48, Palace Hotel, Guatemala C.A.

Mi estancia en Guatemala toca a su fin. A mis dos conferencias, el lunes y el martes, les fue muy bien, ante un auditorio cordial. En la segunda, el decano de la Facultad de Humanidades me entregó muy gentilmente un diploma de honor como recuerdo de mi visita. Ayer por la noche fui recibido en la Casa de la República Española, en donde evoqué recuerdos de Unamuno. El ministro de Asuntos Extranjeros Muñoz Meany vino con su mujer. Pues aquí, como en México, la España en el exilio es tratada con honores. El ministro de Ecuador estaba ahí también e insistió mucho para que me detenga en Quito no como turista. Ayer fue la fiesta nacional de Perú; nuestro ministro me había llevado a la legación peruana, que estaba llena de flores enviadas con felicitaciones. Aquello desbordaba de los salo-

nes hacia el césped del jardín. Pues aquí las flores son un lujo poco costoso. Por dos dólares se puede llenar de flores una casa. Se ofrecen no solamente en ramos o en canastas, sino en motivos decorativos, herraduras, estrellas, etc. Es un arte que aquí, al igual que en México, tiene una larga tradición anterior a los españoles. Cómo te extraño, querida Lu, en este país que es probablemente, de todos los que visito, el más deslumbrante de bellezas turísticas. Quiero todavía decirte, de prisa, algo de la excursión de ayer a Antigua, es decir a la antigua capital de Guatemala, que fue en parte abandonada después del temblor de tierra de 1772 y que guarda espléndidos monumentos medio en ruinas. Es una ciudad muerta y viva a la vez como Brujas. Todavía espléndido sitio de volcanes con bellas formas cónicas, boscosos casi hasta la cima. De un lado el volcán de Acatenango y el Volcán de Fuego, cuya cima deja a menudo salir fumarolas que se mezclan con una pequeña nube. Del otro lado el Volcán de Agua, así llamado porque, en una de sus erupciones, derramó el lago del cráter que se tragó la primera ciudad de Guatemala construida por los conquistadores compañeros de Cortés.

Cominos en una hermosa posada para turistas con fortuna, en un jardín encantador contiguo a la ruina del convento de Santa Rosa. Imagina, si puedes, murallas y fachadas masivas, corpulentas, cortadas por profundas grietas donde crece la vegetación, tapizadas por emplazamientos de buganvillas y de begonias rosas, naranjas o amarillas. Algunas estatuas quedan en sus nichos. Algunas de esas ruinas que habían sido deshonradas por campamentos miserables que las manchaban de humo, han sido limpiadas. El inmenso convento de San Francisco, cuando se limpió de lo que lo embaldurnaba, llegó a dejar aparecer bajo sus desventuradas bóvedas, restos de frescos bastante hermosos. El conjunto de las ruinas, de las flores, del paisaje es de una poesía única. Quizá hay así una decena de iglesias, de conventos, con hermosas pilas en medio de los claustros, pues en esta tierra como en Granada o en Fez, el agua corre por todas partes. Las fuentes son bellas u originales. A veces ambas cosas al mismo tiempo, la de la gran plaza que hace correr su agua por los senos de sus sirenas bronceadas por el tiempo. Esta plaza, sombreada por grandes árboles, llena de flores, rodeada completamente de hermosos y viejos edificios con arcadas masivas que están intactas o bien restauradas, con el paisaje de montañas que por todas

partes despunta por encima de los robustos edificios, es sin duda una de las más hermosas, sino la más bella de todas las Américas.

Olvido en los esplendores vegetales que me ha revelado Guatemala las soberbias plantaciones de café. Alineamientos de bellos arbustos gracias a la sombra de enormes árboles.

[...] Corre que este otoño, a mi regreso, conocerás al rector y a su mujer, y también a la del ministro Muñoz Meany, que deben venir todos a Francia hacia noviembre-diciembre.

Carta

Hotel Crillon, Lima, domingo primero de agosto de 1948

Quiero decir que atravesé sin novedad la etapa de Panamá, que pasé sin molestia de su sol enceguedor al cielo invernal de Lima casi siempre gris. Volver a ver en Panamá a mi viejo amigo Aguilar siempre animoso, tan fiel al recuerdo de su estancia entre nosotros, fue una gran alegría. Me esperaba en el aeropuerto de Balboa en compañía del ministro de España, del canciller de la legación de Francia, del rector y su mujer. Panamá nocturno es casi fresco. Aguilar había previsto mi hospedaje en un hotel moderno que toca la ciudad antigua. Mi recámara daba a la pequeña Plaza Bolívar, sembrada de cocoteros y de palmeras abanico, con escapes al mar. De ahí fuimos a un restaurante de noche en una amplia terraza a hablar bajo un cielo estrellado bebiendo cerveza. Es decir que me acosté un poco tarde y en el alba fui despertado por el estremecimiento de las palmas de los cocos que se balanceaban ante mi ventana, por las campanas de la vecina iglesia, y era divertido ver el despertar de la ciudad, a los mulatos vendedores de periódico y a las sirvientas mulatas ir a su trabajo. La mañana la llenaron visitas al encargado de negocios de Francia, al rector, al banco para cambiar el cheque de la Universidad, y visitas a los puntos más interesantes de Panamá: las “bóvedas” que circundan el monumento a Francia, con una larga inscripción monumental que evoca la historia del Canal desde los proyectos españoles, la empresa de Lesseps y de los miles de hombres que dejaron aquí su piel y, en fin, hasta el canal yanqui inaugurado en 1914: luego, los nuevos barrios residenciales, con sus hermosas villas rodeadas de lujuriante vegetación, las ruinas de la vieja Panamá, la ciudad construida en el siglo XVI como punto de partida de las navegaciones del Mar del Sur hacia

el Perú, ciudad destruida por los piratas en el siglo XVIII; en fin, el Canal del cual solamente pude ver, por falta de tiempo, la primera esclusa del lado del Pacífico. Se ponía en la esclusa un navío. Trabajo espléndido en un sitio cuya belleza no sospechaba.

Luego fue, en el Club de la Unión, a la orilla misma del mar, en un gran comedor refrescado por la brisa, la comida oficial con una docena de personas ofrecida por el rector. La tarde, tórrida, fue la parte heroica de la jornada. Fui poniendo sobre el papel las cosas que quería decir sobre Erasmo y el humanismo cristiano del Renacimiento, con una conclusión sobre el humanismo de los evangelizadores del Nuevo Mundo. La conferencia tuvo lugar a las seis en un Aula Magna de ocho o diez metros de alto, con las ventanas abiertas, ante un altoparlante. Algo agobiado al empezar, y enjugándome el sudor, llegué a entusiasarme bastante para ganarme mis cien dólares sin aburrir demasiado al público. Después, al llegar la noche, un colega y amigo de Aguilar nos llevó a un restaurante fuera de la ciudad, a la orilla del mar, donde cenamos sin prisa hablando sin límite sobre el presente y el pasado. Sabíamos que el avión proveniente de Miami estaba demorado y que no saldría antes de las 2:45 en lugar de a la 1:30. Hicimos un largo paseo nocturno en auto sobre las carreteras del istmo, en parte a través de un hermoso tramo de bosque tropical muy denso del cual salían gritos de pájaros.

[Martes (20 octubre)

Despertar prematuro a 2:30: rasurado y vuelto a acostar. Partida a las seis en auto con el doctor y Mme. Martínez para Chichén. Campos de henequén. Hermosos pueblos con aire feliz. San Ángel Octum. Vegetación lujuriente. Lantanas. Grandes enredaderas azules. Pequeñas enredaderas rojas. Compuetas amarillas de gran tamaño. Parada en el cenote de [...] abismo muy profundo donde un gran árbol hunde sus raíces y donde vuelan golondrinas. A las ocho el sol quema. Deliciosa sombra. Los niños a la escuela. Matorrales lujuriantes, floridos de grandes enredaderas azules y de pequeñas enredaderas amarillas, lantanas, margaritas amarillo oro. Pueblos mayas apacibles con casas blancas tocadas de espesos techos de palma, rodeadas de árboles de frutos tropicales. Gentes vestidas de blanco. Llegada a Chichén. El albergue de doña Victoria, hija natural de Thompson, que ha demolido las ruinas.

Las ruinas. Belleza de las columnas de caras esculpidas del Templo de los Guerreros. Columnas todavía policromas de la sala interior a la cual se descende. El Tláloc o Chac. Las columnas serpientes cuyas cabezas forman bases y cuyas colas emplumadas son capiteles. El cenote de sacrificio a cielo abierto en el cual un gringo se zambulle. Inmensidad de la pila que no se puede atravesar con una piedra lanzada.

El Juego de Pelota. Las argollas perfectamente intactas. Los efectos acústicos, eco múltiple según la pequeña dimensión, transmisión perfecta del sonido según la grande (al dejar caer una moneda). Las flores blancas de tallo áspero y quebradizo que se conservan durante meses. La subida al edificio que contiene el Chacmol y el leopardo implantados en la roca. El Edificio de las Monjas (¿sugestión de la red de decoración en celosía?). El Caracol observatorio astronómico. Las subestructuras por las excavaciones en el zócalo.

La comida en la casa de doña Vitoria. La lluvia. La espera bajo el techo de palma. Obra limpia. Las mecedoras de madera de cedro. Los cedros. Comida castiza. Pollo deshebrado. Las torillas. Regreso en gran parte bajo la lluvia.

Fin de la tarde. Paseo con Julián, entusiasta de Yucatán. La gente sabe vivir. No trabajan en la tarde. Baño. Vestido blanco. Engrudo de almidón de yuca. Gusto por la música y las jaranas. Visita al parque de las Américas. Estelas de las repúblicas. Monumento imitado de la arquitectura maya. Tierra traída de sus suelos. Concha acústica para concierto. Biblioteca al aire libre. Iluminación *a giorno*. Árboles. Los almendrones. Su estructura en capas. Las balchés en flor (violetas hojas tipo acacia). Perfume ligero. Bebida afrodisiaca. La casa del suegro con su arquitectura original. Amabilis se fue para México cuando la Revolución. Llamado por el nuevo gobernador. Íntegro. Muy respetado.

Visita al muy simpático Alberto Ruz Lhuillier. Inteligente, cultivado. No admite la distinción entre el antiguo y el nuevo imperio maya.]

[Miércoles mañana (21 de octubre)

Visita a Uxmal con Ruz y Burgos Brito. Pueblos con casas blancas con techos de palma hundidos en la verdura. Iglesias originales. Triple espadaña (¿crestería maya?). Cúpula con tambor y bóveda de canutillo.

Parada en una hacienda de desfibración de henequén que por desgracia ya no trabaja a consecuencia de un accidente en el tubo de vapor de la má-

quina. La casa del hacendado con su portal. Una reparación va a instalar un grupo electrógeno. La restitución a los hacenderos del material de desfibración y de pequeñas parcelas ha hecho de ellos pequeños industriales en medio de los ejidatarios cuyas pencas transforman. Algunos árboles hermosos, el zapotillo con frutos gris-beige, el [...] con hoja café por debajo. La herramienta. Trituradora con cadena de bronce articulada (transmisión). Secadores. Recuperación de fibras cortas. Los canales del caldo verdoso. Fermento con un olor a quesería. El bagazo evacuado sobre pudrideros que sirve de abono después de haber matado las hierbas. Cultivos de hortaliza. La prensa hidráulica para la compresión de las pacas de la fibra seca. Las pelotas hiladas sobre la prensa misma. Ranuras para el paso de las agujas. Fabricación a mano de mallas para ese uso. Los zopilotes. Uno de ellos haciéndola de águila imperial sobre una de las puertas monumentales del atrio revocado de rosa. Aire abandonado pero renaciente de todo esto. La piscina y los tubos de irrigación para los jóvenes árboles frutales. Naranjos. Limas. La hierba húmeda de rocío.

Uxmal más concentrado que Chichén. La espléndida fachada del Palacio del Gobernador. El motivo de las columnas es igual a la madera de la choza maya. Los Chac.

El pequeño templo muy puro con el friso adornado de tortugas. La vista del palmar. Antigua arquitectura simple adornada por un entoldado. Crestería.

Visita del Grupo de las Monjas a la que Brito no nos acompaña. Teme el vértigo. Espléndido conjunto. Curiosa fachada de un extraño mudéjar con serpientes enlazadas que forman recuadros. Motivos de plumas al centro. Si fuera una adición de época tolteca, sería un milagro de adaptación. Con eso, estatuas en altorrelieve que parecen sobrepuestas. El motivo de la choza rematado por un Chac.

La inmensa pirámide rematada por un pequeño templo cuya apertura está como enmarcada en un Chac. Subida de gradas con ayuda de una cadena. Las excavaciones interiores. Las recámaras. Las fachadas antiguas desaparecidas bajo las escaleras. Los campamentos de arqueólogos. Horno eléctrico.

Al regreso, vista al pasar una aguada rodeada de juncos. Se dice que tiene un fondo de albañilería. Comida con los Leones en honor de Rafael Heliodoro Valle. Muchos yucatecos muy patriotas. Entre ellos, el tío de Silvio Zavala, de 84 años de edad. ❧

La historia y la intemperie

Cynthia Rimsky

Hace ya casi dos años que estoy viviendo en Buenos Aires. El viaje, en el que trasladé mis últimas pertenencias, lo hice en bus. Lo que escribí acerca del paso por la cordillera de Los Andes lo archivé junto con los textos que semanalmente entrego a un portal chileno y que eventualmente compilaré en un libro; como no recuerdo el título de la crónica busco por la palabra que enuncia la anécdota, aparecen treinta y dos manchones amarillos con coincidencias; sendero de tierra, camino de tierra, calles de tierra, tierra firme, roja, pagar con tierra, bajar a tierra, pintar con tierra, amor por la tierra, tierra húmeda, regreso a la tierra, la tierra donde nacieron, renegrida, los nombres de la tierra, junto a, cubierta por, bajo tierra, tierras distantes y, en la última línea, la acepción que vino hacia mi aquella vez que crucé la frontera.

Mis amigos no entendieron que prefiriera viajar 36 horas en bus en vez de dos en avión. Me preguntaron si era más barato y no lo es. La idea me surgió mientras separaba en Santiago las cosas que dejaría en una bodega y las que traería conmigo; entre los viejos cuadernos de viaje, encontré uno de 80 páginas marca Universal fabricado en Honduras, cuatro textos escritos a máquina y dos fotografías de un viaje que hice en 1985 a los 22 años, a dedo, para conocer una revolución, la sandinista.

De mis viajes siempre regresé con uno o más cuadernos en los que dejé consignado los alojamientos en los que pude haber dormido, personas a las que no llegué a conocer, gastos, situaciones que me ocurrían u observaba, y de vez en cuando, un intento por ir hacia las cosas que no se mostraban o quedaban sin vivir. Me satisfacía llevarlos en la mochila, ponerlos sobre la mesa de un bar. Nun-

ca me preocupé de conservarlos, no los volví a leer, no los ordené en cajas o al fondo de un armario. Ahora que busco el certificado de mis estudios en la escuela de Periodismo de la Universidad de Chile entre 1980 y 1983, los encuentro, no me parece que los haya escrito yo, especialmente no este cuaderno Universal.

La caligrafía de la joven de 22 es distinta de la mía pero su autora hace como yo a los 50 y, de aburrída, rellena con tinta los huecos de las letras. Sobre el cartón de la tapa, un niño o niña que está aprendiendo a escribir dibujó algunas palabras y no le importó ponerlas boca arriba, de costado o abajo, como si fueran cuchillos, tenedores, platos, vasos, y la página, una mesa...¹

Como escribo al comienzo de la novela, no me reconocí en la joven, en las palabras que escoge, en su mirada, en su relación con el mundo, en la idea de partir a dedo, por su cuenta, sin contactos, a conocer una revolución. Al leerlo, leer el cuaderno Universal me pareció que había un error de imprenta o correspondía a esos libros que no resisten el tiempo. Pero había algo más, lo que escribí a los 22 años no tenía una pretensión literaria. Mi angustia, mi ingenuidad, mis errores conceptuales eran sentidos y eso los hacía verdaderos. ¿Qué hacer con el cuaderno y los cuatro textos?, ¿arreglarlos para que aparezcan menos vergonzosos y más literarios?, ¿ocultarlos?

Era una tarea más fácil de hacer desde Chile, donde podría contactar a los amigos de esa época, buscar documentos escritos a máquina o impresos a mimeógrafo en 1985, recuperar texturas, olores, lugares... cruzar la frontera sería distinto, no sabía en qué forma, pero algo de mí quedaría del otro lado de la línea. Para ganar tiempo decidí entonces viajar a Buenos Aires en bus. En el camino hacia el paso de Los Libertadores, mientras subía las diez primeras curvas en zigzag por la ladera oeste del macizo del cerro Santa Elena, pensé que necesitaba diferenciar mi mirada actual sobre el cuaderno, de mi mirada al escribirlo. Separé los narradores: por un lado la mujer de 50 con su presente y, por el otro, la joven de 22 en su viaje.

En una de las tres fotografías que encuentro junto con el cuaderno y algunos escritos a máquina, aparece la joven de 22 con la cabeza inclinada hacia la izquierda y con las manos enterradas en los bolsillos de los jeans hasta las

¹ Novela en preparación cuyo primer capítulo aparecerá en julio por Brutus Editoras en el libro de viajes *Nicaragua al cubo*, con textos de Alma Guillermoprieto, Carlin Emke y Cynthia Rimsky.

muñecas. No sabría decir si es fea o bonita; tiene el pelo castaño largo y una mirada que se dice soñadora o cándida. Las zapatillas blancas de cuero son las antiguas North Star, las primeras con nombre en inglés y dos rayas a los costados; viste una camiseta de manga larga blanca y encima una de manga corta de un verde nilo descolorido. Pisa con el borde externo, seguramente tiene pie plano. El camino de tierra roja se acerca bordeando unos montes verdes salpicados de palmeras, da la impresión de que está lejos de la ciudad y que por allí no pasan autos, personas o perros; sólo la inclinación de la cabeza de la joven de 22 permite interpretar la existencia de un fotógrafo. En la espalda carga una mochila azul mediana que yo continué usando al menos hasta 1991. No sé cuándo me desprendí de la camiseta blanca y de la verde nilo; dónde puse la candidez, el pelo largo, el color castaño; continuó enterrando las manos en los bolsillos, aunque me molesta el roce de mis dedos con la costura y tengo la sospecha de que ahora los hacen más cortos.²

En las novelas que he escrito siempre hubo un viaje en torno al personaje central. En *Poste restante* la viajera lleva un álbum de fotografías familiares equivocado a los países desde donde emigraron sus abuelos, en *La novela de otro* la hermana viaja a la casa de la infancia en La Herradura a buscar al hermano que está en otra parte, en *Los perplejos* la novelista parte desde Córdoba, la ciudad natal de Maimónides, en un viaje por los lugares donde nunca estuvo el filósofo, en *Ramal* el que viene de afuera parte de la casa de sus abuelos junto a la estación Mapocho hacia el último tren ramal de la provincia para volver a nombrar la casa junto a la estación Mapocho. El cuaderno Universal me hizo pensar que ir a Nicaragua era más equívoco que leer el cuaderno. Por probar, puse algunos de los nombres que aparecen en el cuaderno en el buscador virtual.

Al seguir en el mapa el camino por el que viaja la joven de 22 me parece sentir que el aire se vuelve más fresco, las curvas del camino me causan un ligero mareo y sobre mi cabeza que los árboles crujen como si el viento los rajara. Vuelvo a colocar en el buscador “¿cómo es el camino entre Honduras y Nicaragua?”, “un poco sinuoso del lado hondureño, en medio de bosques de pinos y robles, las vistas al Golfo de Fonseca son impresionantes”. Increíble, los pinos, las curvas del camino, el bamboleo... existen. Busco en la

² *Idem.*

web una imagen de un bosque de pinos para que las agujetas me ayuden a traer de vuelta la luz, el viento, la expectación de la joven ante la última barrera que la separa de la revolución, y me encuentro con que las mafias del tráfico de madera han acabado con los bosques en Olancho, la región atlántica, Yoro, Francisco Morazán, Comayagua y El Paraíso en la frontera con Nicaragua. El bosque es verdadero, pero no existe.³

Las entradas que me reveló el buscador mundo virtual me condujeron a los lugares como son en la actualidad, no como los conocí en 1985, pero sentí un vértigo parecido al de *Poste restante*, cuando la viajera se enfrenta a las fotografías que encontró en el mercado persa y, a pesar de saber que no corresponden a la parte de su familia que se quedó en Ucrania, viaja hacia allá con el álbum equivocado. Por otra parte, el cuaderno y los cuatro textos mecanografiados sólo cuentan mi llegada a Managua desde Honduras y una parte de mi estancia en la ciudad capital y en una zona de guerra; como escribí mientras estaba viviendo, sin pensar que un día podría servir de material para una novela, omití datos que hoy podrían ayudarme a situar los fragmentos. Aun así me sería difícil recordar. Desde hace varios años experimento un proceso gradual de desmemoria. No recuerdo mi vida anterior en Santiago, mi estadía en Nicaragua, los viajes que hice al interior, cómo se llamaban mis compañeros de trabajo en la radio, los exiliados chilenos que conocí... es como si mi memoria se hubiese vaciado.

En tanto, el bus que me llevaba a Buenos Aires subía un nuevo zigzag con 17 curvas. Los lettereros al borde del camino portaban la imagen de un auto inclinado sobre una pendiente; no informaban que eran 17 curvas, tampoco advertían la presencia de una quebrada. Esos son datos que encuentro en la red virtual y reconstruyen un trayecto vaciado de emoción, olores, sensaciones, no aparece si miré o no hacia atrás en la décima curva para ver la ciudad que dejaba atrás quizá por cuánto tiempo.

En el cuaderno leo que tras cruzar la frontera entre Honduras y Nicaragua, en el pueblo de Somoto, pedí alojamiento en una escuela. Imagino la sorpresa que se tiene que haber llevado la cuidadora al ver aparecer a una joven mochilera que venía de Chile a conocer la revolución. Al poner en el buscador de la web la casa de la cuidadora de la escuela en Somoto que

³ *Idem.*

escribí a los 22 años en el cuaderno, apareció un trayecto que no tenía relación con lo que sentí en ese lugar en 1985.

Ya están todos acostados, y apagan la luz, escucho el zumbido de los zancudos. Pienso que ya estoy en Nicaragua, pero más pienso en mí, en qué es lo que quiero, en qué espero encontrar. Estoy confundida. Hace unas horas quería volver a Chile, ahora siento a los nicaragüenses tan abiertos, pero sigue siendo difícil entrar en xxxxxx los largos silencios de la madre y de sus dos hijos, y yo siempre preguntando para evitar las lagunas, para no contarles lo confundida y angustiada que me siento. Para ellos es natural que yo esté aquí, no necesitan preguntar, pero yo siento que las palabras mías se estancan y pesan más que mi mochila. Al despertar me encuentro sola, está oscuro y tengo miedo. Pensé que había despertado en cualquier lado y no en Nicaragua xxxxxx Claudia me invita a un casamiento pero la idea de estar alegre me aterra. De pronto pienso que ya no le creo a mis sueños; escribir artículos fabulosos, volverme cineasta, escribir guiones, no me importa. Las cosmovisiones de nada te ayudan para vivir.⁴

A lo largo de las páginas del cuaderno se repite esta angustia, confusión, cobardía, palabras inmensas para una joven de 22 años. Leo que más me dolía el que mi escritura no reflejara la realidad que estaba conociendo. El cuaderno Universal y los cuatro textos mecanografiados, tres de ellos inconclusos, llenos de borrones, tachaduras, correcciones, nuevos comienzos, constatan mi imposibilidad de conciliar la desigualdad entre lo que sentía, lo que veía, lo que me contaban, mi ideología y mi origen burgués pero, sobre todo, la creencia de que existía una realidad y que la escritura tenía la misión de ser auténtica respecto a ella.

Mis intentos permanecieron 27 años dentro un baúl. Al volver a ver la luz, yo ya era una escritora. ¿Cómo abordar una historia que en su momento no pude escribir y de la que sólo queda un material incompleto que en esa época no consideré suficientemente real y que ahora aparece vaciado? La respuesta la encontré, paradójicamente, en Buenos Aires, leyendo a Aira. “Para que la realidad revele lo real, debe hacerse ficción”.

Todas las tardes la cuidadora de la escuela vuelve a su casa, en el camino compra tortillas, frijoles o un refresco para los hijos. Este día lleva a la joven de 22.

⁴ *Idem.*

Entre las fotografías que encuentro de Somoto en la web asoma una plaza con una glorieta; la calle del mercado donde un lustrabotas con la visera de la gorra echada hacia atrás limpia el calzado de un hombre que quedó fuera de cuadro; las tiendas con la mercadería colgada del techo o sobre unos andamios de madera; un bus amarillo dado de baja en un college norteamericano que busca pasajeros a la vuelta de la rueda. La última calle, en las afueras del pueblo, termina a los pies de un monte; de ese suspiro nace un sendero rojo que baja hacia las vegas donde pastan los burros.

En ningún otro país a la joven de 22 se le ocurrió pedir alojamiento en una escuela, seguramente porque no albergan turistas. En una revolución —parece pensar— es natural que las puertas permanezcan abiertas. No se equivoca puesto que la cuidadora le abre las de su casa. Me gustaría estar en su lugar. A mis 50 años no perdería el tiempo en inventar preguntas para averiguar cuán revolucionaria es la revolución para los campesinos y cuán revolucionarios son ellos para la revolución. Los que en 1985 estaban con los sandinistas hicieron lo posible por continuar viviendo. En vez de sumirme en las dudas y en la confusión, atendería al canto del bien te veo, espía-ría al niño mientras saca agua del pozo, me acodaría en uno de los huecos que sirven de ventana; les preguntaría cuánto cuesta en el pueblo poner un marco y un vidrio; ellos querrían saber el precio de una ventana en Chile. Para comparar, tendríamos que poner en relación los salarios, el tipo de trabajo, la situación económica particular, general, mundial. Descubriría que al atardecer se asoman al hueco que dejaron en la eventualidad de que alguna vez tengan dinero para comprar una ventana, y miran hacia afuera como a través de un vidrio. Pero es la joven de 22 y no yo la que toca la puerta de una escuela en Somoto para pedir a la cuidadora alojamiento por esa noche. Veinticinco años después queda el silencio forzoso de ambas frente al fuego.⁵

Unas páginas más adelante leo que esa noche le enseñé a escribir al hijo menor de la cuidadora de la escuela. O sea que las palabras sueltas que aparecen en la portada del cuaderno las tiene que haber escrito él. El descubrimiento me emociona y por primera vez desde que encontré el cuaderno, me dejo llevar por sentimientos que no sé a cuál de las mujeres correspondió.

El hijo de la cuidadora, José Aristides Núñez, toma la tapa del cuaderno Universal y copia su nombre completo; girando el cuaderno indistintamente hacia la cabeza o los pies, transcribe lo que hay a su alrededor: cama, perro, globo,

⁵ Novela en preparación, *idem*.

papel, carolina, casa, sapo, pelo, boca, silla, pis, cielo, vaca, pollitos, pistola, jardín... La acequia debe quedar de camino al potrero donde lleva a pastar la vaca y la descubrió antes de aprender a leer la cartilla “Yo sí puedo cuidar el ambiente” que les repartieron en la escuela, o la letra no logró saciar su curiosidad y se lanzó a buscar lo leído en la naturaleza. De esa forma encontró las cuevas donde habitan los sapos al salir del agua; allí los vio perder el pico, la cola y las branquias, desarrollar manos y piernas, y una vez encontró un sapo con dientes que no aparece en la cartilla. Por la noche José toma la linterna y atraviesa el patio que la madre ha plantado con flores para llegar al pozo séptico recubierto con tablas, pedazos de tela y de lata; mientras hace pis, otea el cielo. En el gallinero pían los pollos. El perro lo espera afuera y vuelven juntos. Al interior de la casa hay un par de sillas y una o dos camas. Por ser el menor, le toca dormir entre la pared y su hermana mayor, Carolina. La intimidación entre ambos queda registrada en el hecho de que escribe dos veces el nombre de ella. En cambio omite que lo mandan a lavarse las manos y los pies con el agua del balde que saca del pozo, y que después le ordenan ejercitar las letras que le enseñaron en la campaña de alfabetización. El globo es un recuerdo de un cumpleaños o lo trajo de una celebración que hubo en la escuela. La pistola data de la época en la que su familia luchó contra Somoza y, a pesar de que la revolución sandinista triunfó en Nicaragua en 1979 y ya es 1985, sigue en la casa, como la cama, el perro, el globo, el papel, carolina, el sapo, su pelo, su boca, la silla, el pis, el cielo, la vaca, los pollitos y el jardín.

Desde Buenos Aires le escribí a mis amigos de esa época preguntándoles si tenían las cartas que les envié durante el viaje; mis correos electrónicos y mensajes de feisbuk provocaron un efecto en cadena. Comenzaron a recordar y se encontraron con que habían olvidado. Me di cuenta de que estaba escribiendo sobre el olvido. A pesar de que viajaba a comienzos del invierno, a través de la ventana del bus que me conduciría a Buenos Aires, apareció una cordillera seca, rocosa, sin color. Antes de viajar consulté a un oculista porque veía borroso a pesar de los anteojos. Según él, padecía una combinación de astigmatismo y miopía y una desigualdad en la visión de ambos ojos y me recetó nuevos lentes. Aunque las cosas aparecieron con una nueva claridad, no lograba sentir su cercanía, captaba la forma de la montaña, pero la sensación que me causaba aquel macizo seco y rocoso que se interponía entre mi destino y yo, se ocultaba en un plano que los anteojos no me ayudaban a distinguir. Me acordé de Spinoza, quien después de

traspasar la frontera de lo que era “completamente imposible imaginar”, se dedicó a los misterios de la óptica.

Así me sentía yo frente a un pasado que me era completamente imposible de imaginar. Traer de regreso las zapatillas North Star, el Milo con leche, la chomba de lana chilota, los parches de cuero en los codos de la chaqueta de cotelé de los intelectuales de izquierda, las renoletas, el vino navegado, los nombres falsos con los que llamábamos a los militantes, los puntos en mitad de la calle, el miedo, las canciones... ese ejercicio de nostalgia, tan de moda en Chile para hablar de lo que llevamos 41 años sin hablar, no lograba descender el velo, por el contrario, lo despojaba de la potencia del pasado. Pero no sabía cómo hacerlo y la óptica no se me daba. Tal vez, me dije, mareada por las curvas que al mirar hacia abajo aparecían como los anillos de una serpiente alrededor de mi cuello, cuando llegara a la frontera lo descubriría.

Leo que las máquinas de escribir se inventaron en 1909 y demoraron 60 años en llegar a Chile. Reviso las imágenes de la evolución de los modelos; sin rodillo, con un pequeño grupo de teclas, con un rodillo negro gigantesco... al igual que las prótesis que un diseño se encargó de atenuar. Me viene a la memoria el sonido metálico de las teclas y del campanil que avisaba el fin del recorrido. Había que empujar una manilla plateada con la forma de un cisne invertido para volver hacia la izquierda. Las funciones se dividían en dos; unas fijaban las marcas establecidas y las otras liberaban a la escritura de las marcas. Como no encuentro el rostro de la joven de 22 en *Los rostros de la protesta*, busco en feisbuk el rostro de la tesista que en 2011 reprodujo la historia contada por los intelectuales que en los años ochenta fijaron sus miradas, mientras que de la joven de 22, que intentó liberarla, sólo quedan un cuaderno, tres fotografías y cuatro textos inconclusos que a los 50 no puedo completar porque carezco de recuerdos.

En el lugar donde debiera escribir las palabras vividas, coloco una página de feisbuk donde aparece la fotografía del perro de la tesista que escribió sobre los rostros de la protesta que nunca vio; la publicidad que le envía una amiga de un spa para mujeres que buscan un ritual sanador de fin de año; la fotografía de la tesista sonriente en el pasto, abrazada a sus tres hijos, en un parque. Y sobre mi mesa, el cuaderno Universal de una joven de 22 que recorrió 5 331.63 kilómetros para comprobar si lo que ya no existe es real.⁶

⁶ *Idem.*

Al hacer el ejercicio de escribir en el buscador de la web los nombres de las personas que menciono en el cuaderno Universal de 1985, aparecieron un montón de prontuarios; estafa, enriquecimiento ilícito, acusaciones de traición. El cuaderno se convirtió en el cuerpo del delito. Busqué más atrás, pero internet llegó a Chile casi al mismo tiempo que la democracia, cuando las ONG, donde se escribió sobre esa época desde un punto de vista no oficial, dejaron de recibir financiamiento y la mayor parte de los relatos quedaron sin digitalizar y, aunque los hubiesen traspasado, en el cuaderno crítico a los intelectuales que teorizaban desde su oficina lo que otros vivían y que ellos recogían a partir de encuestas para determinar si en Chile era factible o no una sublevación de masas.

El bus se dispuso a subir las últimas cinco curvas del camino. Por más que miraba a través de la ventana no conseguía ver la línea de la Concordia. Las fronteras son mucho menos de lo que uno imagina; una caseta, un puente, un mojón, son difíciles de notar cuando uno busca una frontera. El bus se detuvo ante un gigantesco hangar con la bandera chilena. A un lado estaba Argentina y al otro Chile, como en la novela que escribía, a un lado 1985 y al otro, 2010. Recordé que de niña solía levantar la mirada del libro para imaginar que partía en un largo viaje en busca de una civilización muy distinta a la mía y que se mantenía oculta como ciertas tribus del Amazonas; en mis fantasías nunca llegaba a encontrarla, seguramente porque no tenía palabras nuevas para narrar lo que veía; aunque varias veces creí haber estado allí en sueños, cuando despertaba no era capaz de ubicar el lugar. Las tres fotografías que encontré en el baúl junto con el cuaderno Universal y los cuatro textos mecanografiados, confirman que no estuve allí en sueños.

Para escribir sobre el pasado iba a tener que inventar, como postula Aira, un dispositivo de ficción. La joven de 22 no puede salir del cuaderno, sí la mujer de 50. A través de este dispositivo, la mujer de 50 entrará al tiempo, ruina, museo, souvenir, bomba con el mecanismo herrumbrado, en el que es posible que la joven de 22 y la de 50 existan.

En el hangar de migraciones del paso fronterizo Los Libertadores me encontré con que los funcionarios argentinos y chilenos comparten un mismo container sin divisiones, pero con puertas separadas. La fila avanzaba lento. El frío hacía doler los huesos. Me acordé de una frase que leí: “las fronteras no son el este o el oeste, el norte o el sur, sino allí donde el hom-

bre se enfrenta a un hecho”. Entre los pasajeros había argentinos, chilenos, bolivianos, un hombre de piel oscura, una turista rubia. La señora del asiento 8 le llevaba un encargo a su hija, el mecánico de San Juan había dejado a su esposa e hijos para hacer una nueva vida en Chile. Hacía más de media hora que esperábamos a que el funcionario argentino buscara una mancha en nuestros antecedentes. Yo me esforzaba por recordar qué me había dejado olvidado en Santiago, la señora del 8 miraba con desconfianza a los funcionarios de aduana que bajaban las maletas del bus para revisarlas; el mecánico de San Juan contaba a la turista que no era feliz con su esposa e hijos, ambos bebían mate, y un policía traía de la correa a un perro. Me pregunté para qué olor habría sido entrenado; ¿dólares, cocaína, marihuana, carnes? Cuando la persona que estaba adelante se acercó a la ventanilla, me fijé en un cartel con una lista de objetos que no pueden entrar a la Argentina; semen, sangre, muestras médicas, semillas, productos caseros, frutas, hortalizas, quesos, carne y sus derivados, animales y aves de África o Asia (excepto Japón), explosivos, artículos inflamables, narcóticos, material pornográfico y, en último lugar, con una letra grande y en negrita, leí: “La tierra tiene prohibición absoluta de ingreso”. ❀

Mi abuelo

Tessy Schlosser Presburger

Esta es la historia sobre cómo conocí la historia de mi abuelo, mi *zeide*. Una historia que escribí como reto personal y que leí en voz alta por primera vez afuera de la barraca 27 (una de las varias que “albergaron” a mi abuelo) de Auschwitz-Birkenau unos días antes de cumplir 19 años. Mi primer paso de algo... La aceptación de que soy adicta a la Shoá; el principio de la comprensión de que la masacre y lo inhumano infestan mis venas y mis pensamientos.

*

Mi familia y yo vivíamos en un vecindario de bajos ingresos, yo trabajaba vendiendo verduras y ayudando a las señoras con sus bultos pesados para ganar un poco más de dinero. Jugaba fútbol con mis hermanos y en invierno íbamos a la biblioteca, ahí estaba calentito.

*

Toda mi vida me animaron a que escuche testimonios, a que pregunte, hable y cuente lo que pasó. Que comparta quién es mi *zeide*. Mi *zeide* es la persona que siempre se acuerda de cuánto cuesta el kilo de jitomate en el mercado en México y en San Diego, que se acuerda cuánto costaba en su pueblito en Lodz’... ¿Cuántos años han pasado ya?

*

Podía haber 260 mil judíos en Lodz’. Como todos vivíamos juntos, no pude darme cuenta de los cambios, solamente en algunas partes de Lodz’ pude notar el antisemitismo. Un letrero que vi: “No compre a los judíos”.

*

Siempre he visto en mi abuelo a una persona seca, dura, correcta, inteligente, especial. Un hombre que todos los sábados venía a comer a mi casa con

camisa de manga larga por elegancia, no por vergüenza. Mi *zeide*, para quien siempre se preparan papas en la comida y a quien no le gustan las verduras; que cuenta chistes e historias, que siempre está contando...

*

En septiembre de 1939 los alemanes invadieron Polonia. La vida cambió. Toque de queda de cinco de la tarde a ocho de la mañana, teníamos que usar una estrella amarilla y ya no podíamos ir a la escuela. Poco a poco se adueñaron de nuestros derechos; los nazis mataban indiscriminadamente: tiraban a personas por las ventanas; lo hacían para causar miedo en la población. Tuvieron éxito. Un día atraparon a mi hermano trabajando en la calle y lo golpearon salvajemente. De inmediato mis dos hermanos mayores, Yankel y Chil, decidieron huir a Rusia y unirse al ejército. Quería ir con ellos, pero mi madre no me dejó porque era muy chico.

*

Un día mi *zeide* se remangó la camisa para lavarse las manos y noté algo en su brazo. Yo era chiquita, quizás unos seis años, no me acuerdo. Me dijo que era un teléfono, que lo tenía tatuado para que no se le olvide. No le creí; tampoco le pregunté más.

*

Fuimos deportados al gueto de Lodz. La gente moría de hambre en las calles: mi papá fue uno de ellos. Lo enterramos, no lloré; no sabía lo que nos esperaba. En 1941 me ofrecí como voluntario para ir a trabajar a Pozen, un campo de trabajo, porque quería ayudar a mi familia y estaban ofreciendo ropa y mucha comida. Fue una mentira. Querían sacar a la gente joven, que podía trabajar, del campo. Me despedí de mi mamá y mis hermanas; en ese momento no pensé que sería la última vez que las vería. Quería mucho a mi mamá, me identificaba mucho con ella y me costó mucho trabajo dejarla.

*

Mi *zeide* siempre está preocupado por cuánto cuesta, cuánto pesa, cuántos somos en la mesa, cuánto, cuánto.

*

Después de más de un año recibí un permiso de tres días para visitar a mi familia, amenazado de muerte si no regresaba. Encontré una casa vacía: mi madre había desaparecido con mis dos hermanas. Mi abuela, que vivía a

unas cuerdas de ahí, me dijo que habían sido llevadas en los trenes a Chelmo. Era 1942. Tenía que regresar al campo de trabajo.

Vivíamos con muy poco y mucho frío. Yo solamente quería vivir. Trabajaba; no hablaba, no contestaba; muy de vez en cuando el jefe me daba un pedazo de pan porque no causaba problemas. En una ocasión, me dio una camisa que cambié por un cigarro y éste por un pedazo de pan. Cada día estábamos más débiles. De las mil personas que salieron del gueto, sólo 240 o 250 regresamos.

*

Ese día me acerqué a mi mamá —ella siempre me explicaba las cosas difíciles de una manera que pudiera yo entender— y le pregunté acerca del número. A ella sí le creí. Cuando le pregunté, me llamó y me sentó a su lado. Me contó que mi *zeide* era sobreviviente del Holocausto. ¿Qué es eso? Cuando los nazis trataron de matar a todos los judíos del mundo y mi *zeide*, al igual que casi todos mis bisabuelos y sus familias, había estado ahí: en los guetos, en los campos, en el infierno. Mi *zeide* había sobrevivido al infierno.

Es difícil acordarse bien de cómo pasaron estas memorias, puede ser que esté inventando hechos o que esté omitiendo otras cosas que sí pasaron, pero así es siempre en la historia, ¿no? Cuando se trata de lo que uno cuenta, cada quien reinventa su narrativa; decide qué decir y qué no decir. Hago ahora una reflexión sobre lo que recuerdo que pasó: me acuerdo que hablé de una carreta...

*

En abril de 1943 fuimos mandados a un sector cerrado, como una prisión, donde no tuvimos comida durante tres días. No podía caminar, estaba muy débil, no sabía si iba a poder vivir un día más, era como un cadáver. Entonces fuimos deportados a Auschwitz; ahí fuimos recibidos por perros que ladraban y órdenes de ir a la derecha o a la izquierda. No sabíamos qué significaba. Me mandaron a la izquierda y me tatuaron en el brazo el número 111 907.

*

Después, le pregunté a mi papá si alguna vez *zeide* le había contado su historia. Creo que me dijo que lo habían hablado de forma muy superficial, que no quería hacerlo recordar. Unos años más tarde le dije a mi papá que quería entrevistar a mi *zeide*, preguntarle.

En la escuela me habían dicho que era muy importante que lo hiciera y yo entendía por qué, pero cuando finalmente me senté con mi abuelo, lo único que pude preguntarle fue acerca de cómo vivía antes y qué hizo después. Cuando era niño, se lavaba los dientes con bicarbonato de sodio, porque así se lavaban los dientes los pobres, me dijo, y una vez que llegó a Estados Unidos, trabajó un rato de bartender. El tema de Auschwitz y la muerte quedaron simplemente mencionados como un puente entre los dos mundos.

*

Fui transferido a Birkenau, como a dos kilómetros de Auschwitz. Nos levantamos a las siete de la mañana, nos lavamos y nos formamos. Nos dieron café, agua con hojas, y una pequeña porción de pan que creo estaba hecho de corteza de árbol. Sabían que bajo esas condiciones no viviríamos más de 90 días.

Algunos de mis amigos trabajaban en el Canada Command, y a veces me traían raciones de pan, salami, cigarros, lo que pudieran encontrar. Ellos me ayudaron a sobrevivir. Trabajaba construyendo barracas. Los guardias eran en su mayoría criminales alemanes y polacos convictos, muy crueles, así que traté de estar lejos. Sólo me golpearon una vez y me salvó la vida el lodo.

*

En séptimo año nos dejaron un trabajo en la escuela: “Shorashim”. El objetivo era recolectar la historia de nuestras raíces. Investigar quiénes somos a partir de quiénes fueron nuestros familiares. Me decidí a pedirle a mi *zeide* que me escribiera su historia. Me dijo que le costaba mucho trabajo escribir, que el lenguaje no era su fuerte, pero que me podía dictar. Así que me senté a oír y escribir. No le pregunté nada mientras narraba; no pude, no quise, solamente transcribía sus palabras. Ni siquiera estoy segura de si realmente escuché y presté atención a lo que me decía.

Sólo le pregunté dos cosas sobre las que tenía curiosidad al final de su relato: en qué idioma contaba y si creía en Dios. Me dijo que la segunda respuesta era más fácil. Me contestó simplemente que sí, que nunca dejó de creer en Dios. En cambio, la primera le costó más trabajo. Me respondió que él sabía español porque se había casado con mi abuela, con la que había llegado a México; inglés, porque después de la guerra se fue con su tío Simje a vivir a Nueva York; ruso y alemán porque los aprendió en los cam-

pos; polaco, porque esa era la lengua que tenía que hablar y entender en la escuela, pero que en su casa hablaba yiddish; por lo tanto, él contaba en yiddish. Hace un mes me enteré que el alemán no lo aprendió en el campo, sino que era el idioma en el que hablaba con su mamá; el idioma que mejor maneja, el que le trae recuerdos de cariño... también el que menos le gusta hablar hoy.

*

Nunca recé, excepto por el *kaddish* enfrente de un cuerpo. Desde mi lugar de trabajo se veía el crematorio trabajando día y noche. Pasé 19 meses en Auschwitz-Birkenau.

En enero de 1945, los alemanes ordenaron la “Marcha de la Muerte”. Marchamos diez o doce días a pie y en carros de trenes; algunos, muy pocos, escaparon. Nos llevaban a Mauthausen. Éramos tantos que apenas podíamos caminar. No teníamos dónde dormir y la comida era más escasa que nunca: un puño de azúcar en cada bolsillo.

Cuando llegamos, la mayoría de los prisioneros en el campo eran italianos, partisanos, franceses, españoles y alemanes. Casi no había judíos: la mayoría habían muerto. Tres días después me trasladaron a Melk y luego a Ebensee. En estos campos mi trabajo era construir túneles.

El 5 de mayo de 1945 los americanos liberaron el campo. Al entrar, los soldados lloraron, no podían creer lo que veían sus ojos; no podían creer que éramos seres humanos. Un soldado judío llamado Cohen se acercó y nos preguntó si necesitábamos algo. Le dijeron que querían rezar el *kaddish*. Cohen fue por otros soldados judíos, trajo unos *talliot* y empezaron así a rezar. Unos ni siquiera se podían mantener de pie, pero se sostuvieron entre ellos y rezaron.

*

En segundo año de preparatoria invité a mi *zeide* para que nos diera una plática a unos amigos y a mí. Contó su historia y esta vez se adentró más en su horrrífica experiencia. Él decía que era bueno contar, que le dolía, pero que era importante que se sepa. Nos invitó a que preguntáramos lo que quisiéramos.

Mis amigos preguntaron y él contestó con calma. Una respuesta se me quedó grabada. Cuando un amigo le preguntó si odiaba a los alemanes, él contestó que no se puede vivir con rencor, porque si vives con rencor, si

piensas en la venganza, realmente no estás vivo, pero que él no perdona ni olvida, sólo ignora y sigue adelante. “No perdona ni olvida”. ¿Qué puedo decir yo al respecto, que nunca caminé sobre cadáveres, que nunca fui uno?

*

Muchos murieron cuando comieron. Sus estómagos eran tan pequeños que no estaban acostumbrados a ingerir comida. Cuando llegó la Cruz Roja, instalaron un hospital. Para ese entonces pesaba 32 kilos. Como podía caminar me llevaron a un campo de desplazados. Ahí contraje tifus. El Joint nos ayudó mucho.

En 1949 emigré a la ciudad de Nueva York donde vivía un tío de mi mamá. Tenía 21 años. En 1956 me casé y llegué a México. Tuvimos dos hijos, pero nos divorciamos porque las cosas no estaban muy bien entre nosotros. Unos años después me volví a casar.

*

Hoy veo a mi *zeide* y veo en él a un ser humano con una fortaleza interna admirable. Durante muchos años estuve en cierto modo enojada con mi abuelo: nunca me contó su historia desde un punto de vista personal; sin embargo, hoy me doy cuenta de muchas cosas más importantes para mí que escuchar de su boca si un nazi específicamente lo pateó o qué castigo le impusieron por hacer qué. Ya puedo prescindir de esos detalles y comprender las intenciones de mi abuelo, de mi *zeide* que me dice *méidele*; que siempre cuando se despide de mí en el teléfono me manda un beso más que yo a él, que no tiene paciencia y le gusta acompañar a mi papá cuando ve el fútbol, aunque a él no le apasione. Veo a mi abuelo, que me protege de las atrocidades que no quisiera que escuchara jamás, cuando me narra su pasado. Hoy puedo ver cómo la historia, la Shoá, formó a mi *zeide*. Finalmente entiendo que también me formó —y me forma— a mí.

*

Hoy estoy aquí sentado con una mujer maravillosa a mi lado, con dos hijos a los que amo y de los cuales estoy muy orgulloso. Tengo cuatro nietos y he adoptado en mi vida a otros once por quienes agradezco diariamente y puedo decirte que ya no pienso como pensaba antes, ya no pienso en “sólo quiero vivir un día más”, pienso simplemente en vivir. 

El Trafalgar de Asia

¿Qué causó el desastre naval de Tsushima durante la guerra ruso-japonesa?

Luis Antonio Hernández Dauajare

Ocurrió en el teatro de la guerra ruso-japonesa. Entre 1904 y 1905, una diminuta isla cuyos ánimos expansionistas no tenían ni medio siglo de existencia enfrentó a uno de los imperios más grandes de del mundo, en un aparente desafío de David contra Goliat.

Geoestratégicamente hablando, los cambios inmediatos en el statu quo internacional fueron mínimos: aunque victorioso, la guerra hizo poco por asentar el dominio de Japón sobre el Pacífico. Rusia, por otra parte, tan sólo perdió el control sobre un diminuto apéndice de su enorme imperio, adquirido muy poco antes. No obstante, desde el punto de vista militar y político, la contienda fue una catástrofe absoluta. Las pérdidas humanas y materiales fueron comparables con las de las batallas de la Primera Guerra Mundial, y mientras que Japón expandió sus recursos hasta el límite, sólo en la marina zarista los costos en hombres y barcos fueron tan enormes que la reconstrucción completa tomó casi una década.¹ En toda la guerra, de entre una serie de acciones militares marcadas por la ineficiencia, la corrupción y la falta de preparación, ninguna destaca más que la destrucción, en aguas del Estrecho de Tsushima, de la Segunda Escuadra del Pacífico por la flota imperial japonesa. Para Rusia, el enfrentamiento no sólo implicó la derrota y la vergüenza internacional, sino que puso de manifiesto la incapacidad de sus comandantes, las condiciones brutales de los combates y la confusión y el favoritismo reinante en los altos mandos militares.

¹ Dominic Lieven, *The Russian Empire and Its Rivals*, Londres, John Murray Ltd., 2000, p. 264.

El descontento popular por la humillación, al que se sumaron los movimientos obreros y campesinos, sembró la sedición entre las filas del ejército y la marina y encendió la chispa de una revolución.² La dinastía de los Romanov —y con ella el zarismo como institución— perdió toda legitimidad, y habría de caer definitivamente con la entrada de Rusia en la Primera Guerra Mundial. Al igual que el descalabro franco-español en Trafalgar, un siglo antes, la Batalla de Tsushima fue la culminación de una serie de errores fatales de las fuerzas armadas y la burocracia gubernamental. Aunque las fuerzas estaban razonablemente equilibradas y la tecnología usada por ambas partes era casi la misma, una combinación de ineptitud, arrogancia, inexperiencia y maniobras fallidas; enfrentadas a enemigos superiores desde el punto de vista táctico y estratégico, causaron que la primera gran batalla naval del siglo XX se convirtiese también en uno de sus peores desastres militares. La escuadra zarista, armada a toda prisa, fue lanzada en una travesía frenética a lo largo de medio mundo, confrontando incidentes diplomáticos, choque de intereses personales, intrigas políticas y situaciones inauditas derivadas de la subestimación del enemigo, la falta de entrenamiento o la simple incompetencia. Al mismo tiempo, Tsushima fue el resultado de eventos que se habían puesto en marcha casi dos décadas antes, los ánimos expansionistas de dos potencias —Japón había alcanzado tal estatus apenas hacía unas décadas, con la Reforma Meiji— y las alianzas militares con naciones europeas que culminaron en lo que se ha considerado como la primera guerra moderna.³ Sus consecuencias geográficas, políticas y sociales habrían de cambiar el panorama político de la región por completo, creando una nueva época en la historia de Rusia. Así pues, más que una narración exhaustiva de la propia batalla, este trabajo detalla los acontecimientos que llevaron a ella, al igual que sus consecuencias.

² Jean Meyer, *Rusia y sus imperios, 1894-1991*, México, CIDE/FCE, 1997, p. 52.

³ Rotem Kowner, “Between Colonial Clash and the World War Zero: The Impact of the Russo-Japanese War in a Global Perspective”, en R. Kowner (ed.), *The Impact of the Russo-Japanese War*, Nueva York, Routledge, 2009, p. 3.

AMBICIONES IMPERIALES...

En la década de 1880, Rusia estaba en plena expansión asiática. El Tratado de Pekín (1881) le aseguró establecerse en Manchuria,⁴ y tres años después un acuerdo con Corea le dio concesiones empresariales y presencia naval importante en la Bahía de Chemulpo, en el Mar Amarillo. El objetivo, impulsado por el zar Alejandro III y su ministro de guerra Alexei Kuropatkin, era obtener una base desde la cual dominar de manera constante los mares de China, pues el puerto ruso más cercano, Vladivostok, se congela seis meses al año y limitaba el radio de acción de la marina.⁵ Con esto en mente y aconsejado por su ministro principal, Sergei Yerlyevich Witte, Alejandro III también se esforzó por industrializar Manchuria. Así, en 1891 se inició la construcción del ferrocarril transiberiano, única comunicación por tierra de la capital en San Petersburgo con los dominios del este,⁶ se dio la concesión total para la explotación maderera a la llamada Compañía del Yalú, vía fluvial que demarcaba la frontera entre China y Corea, y se impulsó la creación de la Línea de Manchuria del Sur, uno de los ramales principales del transiberiano. Estas dos últimas acciones no tenían nada de arbitrario, pues se centraban en un punto estratégico crucial: la Península de Liaotung. Situada en el actual distrito chino de Lüshunkou, al oeste de la desembocadura del río Yalú, la península protegía el Mar Amarillo desde Port Arthur, un puerto natural fortificado. Sin embargo, Rusia no era la única con un interés específico en ese lugar.

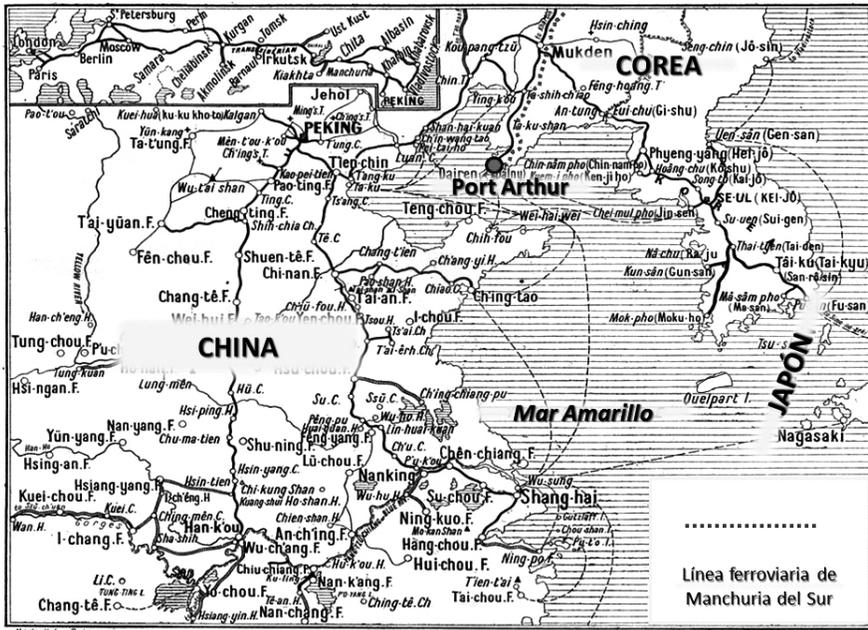
El Imperio de Japón, que había abandonado la política aislacionista de la extinta dinastía Tokugawa, reclamaba la península de Liaotung desde 1664. Bajo la dirección del primer ministro Yamagata Aritomo, el recién instaurado gobierno Meiji había emprendido una serie de reformas para modernizar el país: se estableció un sistema legal con el modelo alemán, un gabinete de corte parlamentario y se reestructuraron las fuerzas armadas siguiendo el ejemplo europeo. Éstas, según palabras del jefe

⁴ J. Meyer, *op. cit.*, p. 52.

⁵ Hugh Seton-Watson, *The Russian Empire, 1801-1917*, Malta, The Clarendon Press, 1988, p. 578.

⁶ Geoffrey Jukes, *The Russo-Japanese War, 1904-1905*, Essex, Osprey Publishing, 2002, p. 17.

Mapa 1. La Península de Liaotung, Manchura



ITINERARIOS-NORTE DE CHINA

Fuente: Navalhistory.info, con anotaciones del autor.

del Estado Mayor, Kawakami Soroku, debían servir “para la defensa de la soberanía y la ejecución de la política nacional”.⁷ Se adoptó una doctrina castrense occidental, en combinación con la tradicional lealtad samurái al emperador —cuya propia figura se militarizó—⁸ y los planes de estudio universitarios se amoldaron a esta nueva ideología, sin distinción de clase.⁹ Se trajeron oficiales y equipo francés para el ejército, y una moderna flota de alta mar, conformada por unidades encargadas a astilleros británicos, estaba comandada por oficiales educados en Inglaterra,

⁷ Marius B. Jansen, *The Making of Modern Japan*, Cambridge, The Belknap Press, 2000, pp. 397-8.

⁸ W. Bruce Lincoln, *In War's Dark Shadow: The Russians Before the Great War*, Oxford, Oxford University Press, 1994, p. 235.

⁹ M.B. Jansen, *op. cit.*, p. 400.

donde incluso llegaban a servir diez años en buques de la Royal Navy.¹⁰ Como consecuencia, fue sólo cuestión de tiempo para que los dirigentes del gobierno Meiji pusiesen sus ojos en Manchuria y Corea: el choque con la esfera de influencia rusa era inevitable.

En Rusia, los cambios descritos provocaron preocupación, pero no alarma inmediata. En 1875 se había firmado con Japón el Tratado de San Petersburgo, y la relación con Tokio era amistosa. Cuando el proyecto de invasión japonesa a Corea culminó con un acuerdo diplomático entre estos dos países al año siguiente,¹¹ el ministro de Relaciones Exteriores ruso, A. Lubanov-Rostovsky, lo percibió como una oportunidad para la negociación. En efecto, la idea de un acuerdo, o incluso la de una esfera de influencia conjunta —que el gobierno de Yamagata consideraba—¹² no era tan descabellada en este punto. Por otro lado, las aspiraciones japonesas sufrieron un revés en 1895, cuando su embajador en Corea orquestó el asesinato de la reina. Forzado a escapar, el rey se asiló en la embajada rusa y emitió nuevas políticas anti-japonesas.¹³ La afirmación del poder ruso en Manchuria, aunado a la relativa disminución de la influencia de Japón, hicieron que la relación fuese estable por el momento. No obstante, ante el avance de las políticas industriales del zar Alejandro III y el reciente fracaso japonés en Corea, Tokio habría de endurecer su política.¹⁴

En 1894, el zar Nicolás II subió al trono, sólo unos meses después del estallido de la primera guerra sino-japonesa. Para entonces, todos sus funcionarios acordaban que la presencia de Japón suponía un peligro para los intereses rusos, pero no todos coincidían ni en las prioridades ni en los métodos: Lubanov argumentaba la necesidad de negociar un puerto coreano, mientras que Witte, al corriente del estado de la economía y la imposibilidad de enfrentar una guerra, proponía centrar la acción diplomática en la protección al transiberiano. Entre quienes proponían la vía militar estaban Piotr Bezobrazov —accionista de la

¹⁰ G. Jukes, *op. cit.*, p. 7.

¹¹ M.B. Jansen, *op. cit.*, pp. 439-400.

¹² H. Seton-Watson, *op. cit.*, p. 585.

¹³ *Ibid.*, p. 583.

¹⁴ M.B. Jansen, *op. cit.*, p. 414.

Compañía del Yalú y uno de los hombres más cercanos al zar—, el círculo cercano a éste y el príncipe Alexeyev (uno de los comandantes más incompetentes de toda la guerra). En cuanto al ministro Kuropatkin, aunque consideraba la posibilidad de una confrontación bélica con Japón, no era en absoluto partidario de la idea. Su enemistad personal con Alexeyev, por otra parte, aunada a la confusión reinante en la corte rusa y las intrigas políticas de Bezobrazov, hicieron que sus consejos fuesen poco escuchados por el zar. De hecho, la dirección de la política exterior durante el reinado de Nicolás II estaba más sujeta a caprichos personales y a las demostraciones de prestigio que a cualquier otro aspecto.¹⁵

Con la victoria sobre China y la firma del Tratado de Shimonoseki en 1895, Japón finalmente obtuvo Liaotung y Port Arthur, y Nicolás II decidió intervenir. Instigado por Kuropatkin y probablemente también por Bezobrazov y su círculo,¹⁶ convenció a Alemania y a Francia de dar a Japón un ultimátum conjunto. La Triple Intervención de 1896 tuvo éxito en arrebatar el control de la península a los japoneses, que fue otorgada a Rusia dos años después, pero cerró para siempre la posibilidad de una salida diplomática. Dice Seton-Watson: “la política rusa de la época estaba marcada más por la incompetencia y la confusión que por intenciones agresivas. Pero es igualmente discutible que la toma de la península de Liaotung en 1898 fue no sólo un acto de agresión, sino un insulto imperdonable a Japón”.¹⁷ Al año siguiente, Rusia intervino en China, esta vez como parte de una supuesta misión de rescate para proteger a los diplomáticos atrapados en el barrio de las legaciones durante la rebelión bóxer.¹⁸ Esta nueva aventura, sumada a la presencia rusa en Liaotung y Port Arthur, encendió las alarmas en Europa. En especial, Gran Bretaña percibía una amenaza a su propia esfera de influencia, lo que hizo que Londres estrechara sus lazos con Tokio, firmando un tratado con éste en 1901.¹⁹ El escenario para la guerra estaba listo.

¹⁵ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, pp. 232-233.

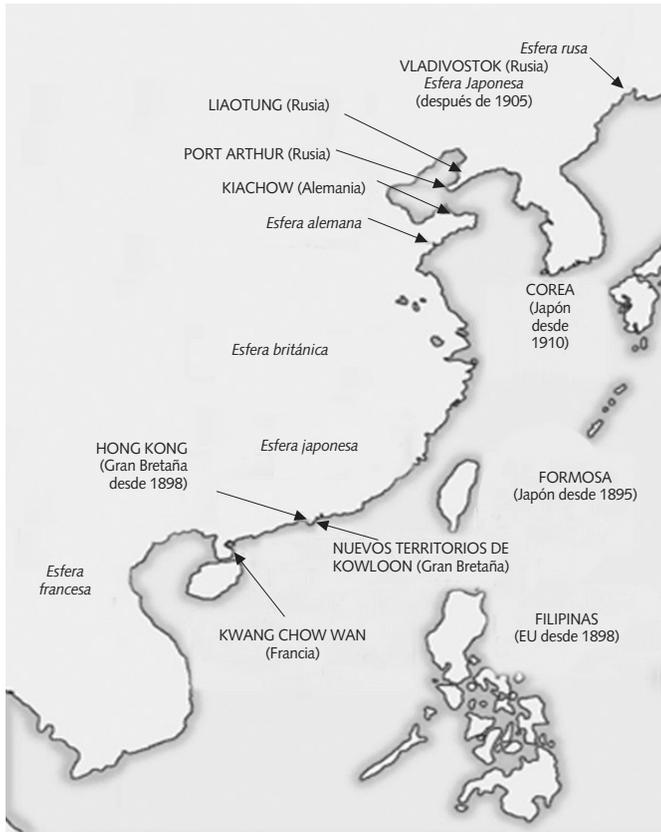
¹⁶ H. Seton-Watson, *op. cit.*, p. 588.

¹⁷ *Ibid.*, p. 591 (traducción del autor).

¹⁸ J.N. Westwood, *Russia Against Japan, 1904-1905: A New Look at the Russo-Japanese War*, Hong Kong, University of New York Press, 1986, p. 12.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 16-17.

Mapa 2. Territorios y esferas de influencia extranjeras en el sudeste asiático a partir de 1898



Fuente: John W. Dower.

En 1903 los japoneses ya estaban preparándose para una guerra con Rusia, ordenaron unidades mayores a Gran Bretaña y entrenaron a sus capitanes bajo el mando de uno de los jefes navales mejor preparados de su época: el almirante Togo Heihachiro. Por su parte, el sentimiento popular anti-ruso era considerable. En Rusia, a pesar de la ostensible hostilidad de Japón y de las advertencias de Witte, que opinaba que un conflicto bélico en ese momento era imposible dado el estado de las finanzas nacionales, no se hicieron los mínimos preparativos para un ataque japonés. Las intrigas del círculo de Bezobrazov en la corte lograron

la destitución de Witte, quién nunca gozó de la simpatía de Nicolás II, y que Alexeyev fuese nombrado virrey de Extremo Oriente en Liaotung, estableciendo su palacio en Port Arthur:²⁰ éste sería el primero de los errores estratégicos del alto mando ruso. En 1903, una visita de inspección ordenada por el recién nombrado comandante en jefe de las fuerzas navales rusas, el contralmirante Zinovy Petrovich Rozhestvenski, fue cortésmente ignorada por Alexeyev. Un reporte realizado por el almirantazgo británico refiere cómo el virrey pasó por alto la recomendación del enviado de Rozhestvenski, el vicealmirante Oskar Stark, de desplazar la recién construida Primera Escuadra del Pacífico en prevención de un eventual bloqueo japonés.²¹ Furioso, Rozhestvenski declaró: “el virrey Alexeyev es un hombre que pone su orgullo personal sobre su deber hacia el imperio, y Port Arthur está indefenso bajo su mandato si una guerra se desata”.²²

En San Petersburgo, las opiniones de los dos jefes de las fuerzas armadas también estaban divididas: mientras que Kuropatkin argumentaba que la flota rusa no podría enfrentar con éxito a la japonesa en los dos años siguientes, Rozhestvenski sostenía que la Escuadra del Pacífico podía, en su situación de entonces, servir de disuasión sin necesidad de un combate a gran escala.²³ El contralmirante Stephan Makarov, por otra parte, preveía que una escuadra no podría desplazarse con suficiente rapidez para reforzar Port Arthur si éste resultaba bloqueado. Oficial enérgico y capaz —sin duda el comandante mejor preparado de todas las fuerzas armadas rusas—, Makarov urgió a sus jefes a reforzar las defensas de la base y las protecciones de los buques ahí resguardados.²⁴ El zar desoyó todos los consejos. Nicolás II, aunque consciente del costo de una

²⁰ *Ibid.*, p. 19.

²¹ Julian Stafford Corbett, *Maritime Operations in the Russo-Japanese War: 1904-1905, vol. II*, Londres, Royal Naval College, 1994, p. 7; este trabajo es la desclasificación de un documento secreto realizado en 1915 por la división del Almirantazgo del Departamento de Inteligencia británico.

²² *Apud* W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 239.

²³ “Our objective is not to wipe out the Japanese, but only to annex Korea to our possessions. Until this is done (meaning, of course, by the army) we require a fleet equal to that of Japan in order to live in peace with them [...] there is no need for us to have a crushing preponderance at sea over the Japanese”, Almirante Rozhestvenski, octubre 1903, *apud* J. Stafford Corbett, *op. cit.*, p. 5-6.

²⁴ *Ibid.*, p. 8.

nueva guerra, consideraba que ésta traería suficientes recompensas en la victoria, además de que menospreciaba mucho la capacidad militar japonesa.²⁵ Un viaje realizado por Kuropatkin en la primavera de 1903 cambió la perspectiva: el ministro de guerra regresó a San Petersburgo vivamente impresionado por las condiciones de las fuerzas japonesas.²⁶ Tardíamente, a finales de 1903, el almirante Avelan, ministro de Marina, ordenó la ampliación de la Escuadra del Mar Báltico. No estaría lista a tiempo.

LA GUERRA, LA CARRERA Y EL DESASTRE

A las 11:35 de la noche del 8 de febrero de 1904, una serie de explosiones sacudieron el estuario de Port Arthur. Leyendo en su palacio, Alexeyev simplemente mandó a un ordenanza a investigar: abrigados en la oscuridad, torpederos japoneses del almirante Togo habían lanzado un ataque sorpresa, sin previa declaración de guerra, sobre los buques anclados a la entrada de la bahía.²⁷ En un movimiento táctico clásico en la costumbre militar japonesa,²⁸ varias oleadas de torpedos impactaron en los barcos dispuestos en fila. Dos acorazados, un crucero y otros barcos menores resultaron con grandes averías. Entre ellos estaba el acorazado *Tsesarevich*, uno de los buques más modernos de la armada rusa, y cuya reparación tardó casi cinco meses. Sin embargo, ningún barco se hundió y el buque insignia de la Primera Escuadra del Pacífico, el *Petropavlovsk*, quedó indemne.²⁹ Quizá lo peor del ataque a Port Arthur fue que no debería haber pasado inadvertido: desde octubre de 1903, el cuarto agregado naval ruso en Tokio, Alexander Ivanovich Rusin, había declarado que Japón podría intentar una operación militar antes de una declaración de guerra, y el mismo Kuropatkin había advertido a Alexeyev al

²⁵ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 242.

²⁶ David Wolff y John W. Steinberg, *The Russo-Japanese War in Global Perspective: World War Zero*, vol. 2, Países Bajos, Brill, 2007, p. 14.

²⁷ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 239.

²⁸ El ataque japonés de 1904 resultó un preludio de lo ocurrido en 1941 en Pearl Harbor, aunque con resultados muy diferentes: en Port Arthur los daños fueron menores —tan sólo siete barcos dañados— en comparación con el devastador ataque a la base estadounidense. La respuesta internacional también fue distinta, pues en esta ocasión Europa calificó la maniobra como “brillante” y “audaz”.

²⁹ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 239.

respecto.³⁰ Descartándolo como un simple rumor, Alexeyev ignoró el aviso por completo. Sus órdenes al vicealmirante Stark, comandante de la base, fueron las de no levantar la alarma entre los capitanes; por eso, en la víspera del ataque, ninguna de las baterías del puerto estaba cargada o vigilada, las redes antitorpedos no estaban en su lugar y sólo un barco tenía encendidos los reflectores de vigilancia.

Tan sólo un día después de Port Arthur, un destacamento japonés de tres cruceros y varios cañoneros al mando del contralmirante Uryu Sotokichi arribaron al puerto coreano de Chemulpo. Después de dar un ultimátum a los barcos británicos, franceses, italianos y estadounidenses para que se retiraran, los japoneses hundieron el crucero *Variag* y el cañonero *Koreets* tras un encarnizado combate.³¹ En San Petersburgo, Bezobrazov culpó de los ataques al almirante Avelan y al ministro Kuropatkin, quien renunció al ministerio para hacerse cargo de un ejército terrestre con destino a Port Arthur. Bajo presión, Avelan ordenó a Rozhstvenski preparar la Escuadra del Mar Báltico para reforzar la Primera Escuadra del Pacífico, a más de 33 mil kilómetros de distancia. Enfrentado a una situación imposible, Rozhstvenski hizo lo posible con las fuerzas a su alcance. Sólo disponía de cuatro acorazados nuevos: *Kniaz Suvurov*, *Orel*, *Aleksandr III* y *Oshyabya*, unidades gemelas construidas en Francia como parte del programa de modernización de 1898. En vista de ello, el almirante recurrió a la reserva, pero muchos de sus barcos eran obsoletos. Dos viejos acorazados, el *Sisoi Veliki* y el *Navarin* fueron apresuradamente puestos en servicio; al igual que diez cruceros blindados —sólo seis de ellos nuevos, incluyendo el más tarde famoso *Aurora*—,³² veinte destructores, varios buques auxiliares, un buque taller y un barco hospital.³³

Aún no confiado que con tal fuerza pudiese enfrentar a los japoneses, Rozhstvenski decidió conformar una división de refuerzo, con la idea

³⁰ D. Wolff y J. W. Steinberg, *op. cit.*, p. 39.

³¹ Rotem Kowner, *The A to Z of the Russo-Japanese War*, Plymouth, Scarecrow Press, 2009, pp. 11-12.

³² Aunque breve, el *Aurora* representó un papel importante en la Revolución de Octubre de 1917.

³³ J. Stafford Corbett, *op. cit.*, p. 12.

de que una escuadra lo suficientemente grande —sin importar su cualidad en el combate— sería suficiente para forzar la entrada a Port Arthur.³⁴ En ella estaban el *Nikolai I*, antiguo acorazado botado en 1887, el *Slava* (un gemelo de la clase *Suvurov*, aún sin terminar), cuatro guardacostas, un crucero, tres torpederos y un rompehielos.³⁵ A última hora se agregó también el *Svetlana*: un buque extrañísimo, originalmente utilizado como yate para el gran duque Alexander, fue blindado y armado, y se hizo a la mar sin deshacerse de su lujoso mobiliario y sus magníficos interiores.³⁶ Aun así, la recién rebautizada Segunda Escuadra del Pacífico sí tenía el potencial de voltear la balanza de la guerra a favor de Rusia,³⁷ en especial si se agregaban a ella los acorazados *Smolensk* y *Petersburg*, destacados en Sevastopol. Aunque Rozhestvenski los solicitó, antes de abandonar el Mediterráneo ambos barcos recibieron órdenes del gran duque —a pesar de no tener autoridad sobre los asuntos de la marina— de regresar y dirigirse a los Dardanelos.³⁸ Esto prueba, una vez más, la confusión y la incompetencia que existían en la marina zarista.

Cuando por fin se hizo a la mar, en septiembre de 1904, Port Arthur ya tenía un mes bajo asedio japonés, y fue un comienzo desastroso. En menos de una semana se presentaron muchos accidentes, la gran mayoría causados directamente por la incompetencia de los tripulantes y los oficiales, que en algunos casos llegaron a extremos inauditos: al salir del puerto, el *Oshyabya* chocó con uno de los torpederos de la escolta, que quedó inservible. Cerca de Copenhague, otro barco embistió y hundió un balandro, un acorazado dañó tres veleros daneses y se presentó una avería a bordo del destructor *Zhemchug*. Por si fuera poco, a bordo del crucero *Izumrud*, un oficial murió de tifus y, durante el servicio fúnebre, el cirujano refirió, incrédulo, como los marinos encargados de disparar las salvas de honor ignoraban el funcionamiento de los fusiles.³⁹ El 8 de octubre, a la altura del puerto inglés de Hull, en Dogger Bank, se presentó

³⁴ *Ibid.*, pp. 12-13.

³⁵ *Ibid.*, pp. 14.

³⁶ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 260.

³⁷ *Ibid.*, p. 264.

³⁸ J. Stafford Corbett, *op. cit.*, p. 18.

³⁹ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 261.

el incidente más grave de la travesía. En medio de una densa niebla, una flotilla de pesca local fue confundida con torpederos japoneses, que habrían sido entregados a sus tripulaciones recién salidas de los astilleros ingleses. La paranoia rusa ante otro ataque sorpresa desencadenó un furioso cañoneo, en el cual los rusos alcanzaron a los pesqueros, hundiendo a uno y matando a dos tripulantes.⁴⁰ El crucero *Aurora*, que también fue confundido, recibió tres impactos que le causaron varios heridos y averías menores.⁴¹ El evento, conocido en la prensa internacional como el incidente de Dogger Bank, fue un golpe devastador para la causa rusa.

La indignación fue general. En Londres se presionó por una respuesta militar, pero el asunto pudo arreglarse con una indemnización que le costó al gobierno de San Petersburgo 65 mil libras.⁴² Después de Dogger Bank, Rozhestvenski perdió definitivamente la simpatía internacional. En la Bahía de Vigo se vio obligado a reaprovisionarse fuera del puerto, pues la presión inglesa sobre España era muy fuerte, y sólo organizando citas en altamar con carboneros alemanes pudo continuar el viaje. Poco después, a su llegada a Gibraltar, el almirante envió diez buques, entre los cuales estaban las unidades más viejas y lentas, al mando del contralmirante Felkerzam, para tomar la ruta corta del canal de Suez. Con la flota dividida, Rozhestvenski emprendió la travesía alrededor de África precedido por los cruceros rápidos *Oleg e Izumrud*, para cruzar el Cabo de Buena Esperanza y encontrarse con Felkerzam en la isla de Madagascar. Este cambio de planes obedecía a su temor de que los ingleses pudiesen cerrar Suez en represalia por el incidente de los pesqueros. Si esto ocurría, el efecto para la escuadra sería mínimo. No obstante, la travesía hacia Madagascar fue un martirio para los tripulantes: enfrentados al calor del trópico muchos marineros enfermaron, en especial quienes debían trabajar en las asfixiantes temperaturas de las salas de máquinas.

Mientras tanto, en Port Arthur los sitiados se enfrentaban a la ruina. En los primeros dos meses de la guerra la Primera Escuadra del Pacífico había perdido tres acorazados, tres cruceros, tres destructores y un dra-

⁴⁰ J. Stafford Corbett, *op. cit.*, p. 34-36.

⁴¹ *Apud* J.N. Westwood, *op. cit.*, p. 110.

⁴² K. Rotem, *op. cit.*, p. 109.

gaminas. En concreto, el hundimiento de este último era perturbador: se trataba del *Ensei*, encargado de fondear minas en la salida del puerto en previsión de un ataque japonés masivo por mar. Con su desaparición, también se perdió el registro de dónde estaban los bancos de minas.⁴³ La situación había mejorado en marzo con la llegada del almirante Makarov, quién reforzó las defensas, realizó ejercicios de entrenamiento y logró rechazar el primero de una serie de intentos de desembarco. Con Makarov al mando, la moral de los soldados y marineros había subido, pero todas sus incursiones fuera de la base resultaron fallidas. El golpe fatal llegó el 13 de abril: durante una maniobra de rutina, el *Petropavlovsk* golpeó una mina fuera de la rada de Port Arthur. Alcanzado en los pañoles de municiones y con las calderas encendidas, el buque insignia explotó y se fue a pique con todos sus tripulantes, incluido Makarov. Aunque la causa se atribuye a una mina japonesa, es también probable que el hundimiento del buque ruso haya sido un accidente, provocado por una de las minas del *Ensei*.⁴⁴ La pérdida de Makarov fue irreparable pues, aunque parezca increíble, no había en toda la marina un oficial con sus capacidades, y la situación de los asediados se convirtió en trágica.

El sucesor inmediato de Makarov, Wilhelm Witheft, intentó romper el bloqueo en dos ocasiones entre junio y agosto de 1904, pero la segunda tentativa le costó la vida al enfrentar a Togo en la batalla del Mar Amarillo. Además del acorazado *Sevastopol* y un crucero, los rusos perdieron en esa ocasión la oportunidad de salir de Port Arthur.⁴⁵ El almirante Stark y el jefe de la defensa del puerto, el general Stoessel, se dedicaron entonces a acumular provisiones y equipo que llegaban a cuentagotas por el transiberiano, que en esa época contaba con una sola vía.⁴⁶ Aunque se rechazaron tres intentos de desembarco, en diciembre los japoneses lograron escalar Meter Hill, la colina que domina Port Arhur.⁴⁷ Había comenzado la última etapa del asedio. Las tropas del general Nogi emplazaron artillería pesada en la

⁴³ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 264.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 244.

⁴⁵ *Idem.*

⁴⁶ G. Jukes, *op. cit.*, p. 17.

⁴⁷ H. Seton-Watson, *op. cit.*, p. 595.

colina y la base fue bombardeada con obuses de gran calibre.⁴⁸ Rozhstvenski, cuya flota estaba en ese momento rodeando el Cabo de Buena Esperanza, recibió la noticia del desastre... y se encontró con un dilema imposible: no le era posible regresar, pero su plan original contaba con la existencia de Port Arthur, su flota y su guarnición, para voltear la balanza de la guerra, e informó de ello a sus superiores.⁴⁹ La solución de San Petersburgo fue mandar una Tercera Escuadra del Pacífico y navegar directo a Vladivostok, pero el nuevo plan provocó tensión y disturbios en las tripulaciones rusas, pues implicaba abandonar Port Arthur a su suerte.

El primero de enero, todavía con municiones, hombres sanos, artillería funcional y suministros suficientes, Port Arthur se rindió formalmente a los japoneses después de que los cañones *howitzer* del general Nogi hundieran, uno por uno, los barcos anclados en la bahía. De la Primera Escuadra del Pacífico sólo un buque logró escapar.⁵⁰ El zar envió al general Stoessel a consejo de guerra, en tanto que el almirante Rozhstvenski aguardaba, durante diez semanas, el arribo de la Tercera Escuadra. Enfrentados al calor tropical y el tedio en la Bahía de Nosse-Bé, en Madagascar, la moral de las tripulaciones se desplomó. Las maniobras de entrenamiento sólo aumentaban la tensión y el pesimismo: tan sólo a mediados de enero, los acorazados *Borodino* y *Aleksandr III* estuvieron a punto de chocar, el crucero *Donskoi* recibió el impacto accidental de un obús durante una práctica de tiro y el *Kniaz Suvurov* casi embistió al buque transporte *Kuban*.⁵¹ Cuando por fin pudo partir hacia aguas de Japón, a mediados de febrero de 1905, la noticia de la caída de Port Arthur llegó acompañada de otra: el general Kuropatkin había sido derrotado en la Batalla de Mukden, lo que daba a Japón el dominio absoluto de la ofensiva en tierra.⁵² Desesperado, pero con un arraigado sentido del honor característico de los oficiales rusos, Rozhstvenski declaró que “el Señor dará fuerza a nuestra mano [...] y lavará con nuestra sangre la amarga vergüenza de Rusia”.⁵³

⁴⁸ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 263.

⁴⁹ J. Stafford Corbett, *op. cit.*, p. 138.

⁵⁰ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 255.

⁵¹ *Ibid.*, p. 264.

⁵² R. Kowner, *The A to Z...*, *op. cit.*, p. 60.

⁵³ *Apud* W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 265.

La fuerza naval de Rozhstvenski llegó a las aguas del estrecho de Tsushima el 27 de mayo de 1905. Tres días antes había ocurrido otra desgracia: el almirante Felkerzam había muerto de un ataque cardíaco. Decidido a no hacer ya nada que bajara aún más la moral de sus hombres, Rozhstvenski mantuvo la noticia en secreto, ordenando que el cuerpo de Felkerzam se escondiese en la bodega de su barco, el *Oshyabya*. Sólo su capitán y el del buque insignia *Kniaz Suvorov* fueron informados del suceso. La insignia de Felkerzam siguió ondeando en el palo mayor del *Oshyabya*, y ni siquiera su sucesor, el contralmirante Nebogatov, llegó a saberlo.⁵⁴ A la 1:35 de la tarde, los vigías del buque insignia japonés *Mikasa* avistaron la escuadra rusa, en gran medida gracias a los conspicuos cascos negros y chimeneas amarillo brillante que el almirante Rozhstvenski había ordenado pintar. Como última fatalidad, la flota japonesa estaba allí por casualidad: había tres rutas que los rusos podían tomar para llegar a Vladivostok, y Togo simplemente había elegido la más corta para disponer sus barcos.

Quizá la última oportunidad de Rozhstvenski hubiese sido atravesar el Estrecho de Tsushima antes que Togo tuviera la oportunidad de organizarse. A su salida de Madagascar, sin embargo, el reabastecimiento por medio de los carboneros alemanes ya no era posible, por lo cual había ordenado cargar suficiente carbón en caso de que los puertos de las colonias británicas les negasen el suministro de combustible. En consecuencia, los buques llevaban más carbón que el establecido en su diseño, por lo que pesaban demasiado y su velocidad se vio reducida. Al momento del avistamiento, la escuadra rusa navegaba en una línea dispersa, y Togo se preparó para la acción. Antes de comenzar el fuego mandó un mensaje a sus tripulaciones desde la sala de radio del *Mikasa*: “el destino del Imperio depende del resultado de esta batalla. Que cada hombre cumpla su supremo deber”.⁵⁵ La señal, inspirada en aquella que el almirante inglés Horacio Nelson había enviado a sus hombres en Trafalgar,⁵⁶ cien años antes, inspiró en los marineros un fervoroso espíritu de lucha.

⁵⁴ *Idem.*

⁵⁵ *Apud* J.N. Westwood, *op. cit.*, p. 176.

⁵⁶ El mensaje original de Nelson, el 21 de octubre de 1805, fue “Inglaterra espera que cada uno cumpla con su deber”.

Mapa 3. Mapa ruso que muestra la travesía de la Segunda Escuadra del Pacífico



Fuente: houghtsonmilitaryhistory8.weebly.com.

La táctica de Togo fue impecable. Sus barcos, dispuestos en línea, ejecutaron una vuelta doble en forma de letra alfa, cruzando a la cabeza de la línea rusa. La maniobra, conocida como “cruzar la T”, hubiera sido peligrosa para una marinería menos entrenada que la japonesa, y permitió a Togo usar toda la artillería de sus barcos, mientras que los rusos sólo podían usar parte de la suya. Rozhestvenski intentó ajustarse a la columna enemiga, pero sólo logró que varios de sus barcos casi se embistieran unos a otros.⁵⁷ Antes de las dos de la tarde, el *Kniaz Suworov* fue el primero en abrir fuego. Increíblemente, a pesar de la inexperiencia de los artilleros, los nuevos sistemas de telemetría de los cañones rusos en las unidades más modernas permitieron una excelente precisión. El *Mikasa* recibió varios impactos de gran calibre, al igual que el *Asama*, y ambos

⁵⁷ *Ibid.*, p. 170.

buques debieron romper la formación.⁵⁸ El tiro ruso, muy preciso, era no obstante superado por el japonés, tres veces más rápido. Además, los proyectiles de estos últimos estaban cargados con un explosivo de reciente creación: apodado *shimose*, sus impactos creaban nubes de gas tóxico y estallaban con brillantes llamaradas, lo que permitía a los artilleros medir mejor su puntería. En los primeros momentos de la batalla, varios de estos obuses hicieron blanco en la línea de flotación del *Oshyabya*, hundiéndolo en menos de media hora con más de 800 marinos a bordo. De igual forma, el *Kniaz Suvurov* fue alcanzado en el puente de mando, matando a todo el Estado Mayor e hiriendo a Rozhestvenski en la cabeza, que debió ser trasladado, inconsciente, al destructor *Bedoyi*. Desde el principio, la batalla se había convertido en una catástrofe sin precedentes.⁵⁹

El contralmirante Nebogatov, que había escapado por poco del hundimiento del *Oshyabya*, tomó el mando de la flota a bordo del *Suvurov* e intentó girar para alejarse pero Togo, gracias a la singular formación de sus barcos, simplemente giró con él. La artillería japonesa hizo estragos, y al caer la noche los acorazados *Borodino*, *Orel* y *Aleksandr III* se habían hundido. Alcanzado en múltiples ocasiones, el *Suvurov* aún se mantuvo a flote durante la noche, yéndose a pique al amanecer, al parecer hundido por su propia tripulación. La huida de Nebogatov hacia Vladivostok se vio frustrada por los torpederos de Togo, y el contralmirante se rindió en la mañana del 28 de mayo. En cuanto al *Bedoyi*, interceptado por dos destructores japoneses cuando intentaba escapar al abrigo de la oscuridad, fue capturado y Rozhestvenski hecho prisionero. En total, de una escuadra de 28, sólo tres barcos llegaron a Vladivostok.⁶⁰ Cuatro buques más, entre los que se encontraba el crucero *Aurora*, lograron escapar hacia el sur y buscaron refugio en Filipinas, donde fueron retenidos por las autoridades norteamericanas de Manila hasta después de la guerra.⁶¹ El desastre había sido total. Tsushima le costó a Rusia 20 buques de guerra, casi cinco mil muertos, el ridículo internacional y la derrota en la guerra con Japón. La humillación nacional se sumó a una serie de fracasos mili-

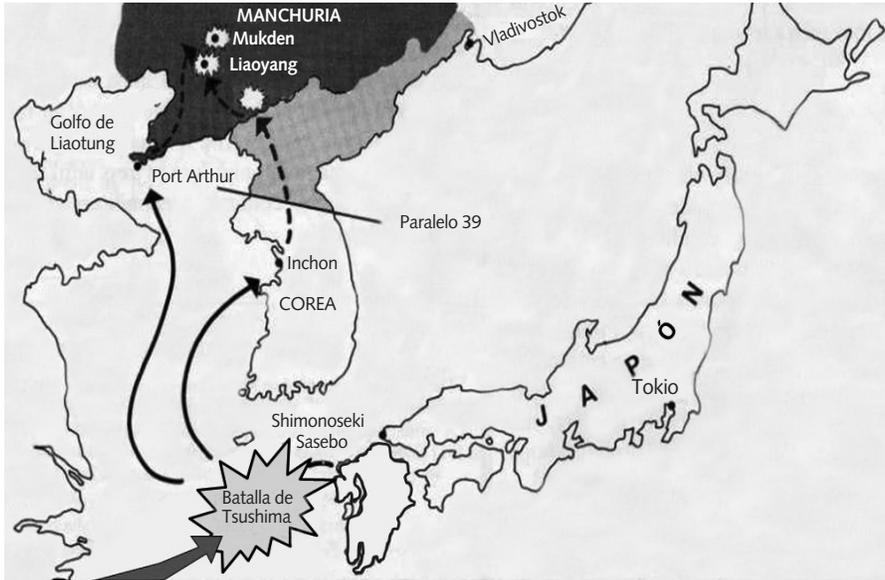
⁵⁸ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 266.

⁵⁹ J.N. Westwood, *op. cit.*, pp. 176-177.

⁶⁰ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 266.

⁶¹ R. Kowner, *The A to Z...*, *op. cit.*, p. 52.

Mapa 4. Teatro de operaciones de la guerra ruso-japonesa



GUERRA RUSO-JAPONESA 1904-1905

- Escuadra de Rozhstvenski
- Ataques navales japoneses
- Ofensiva terrestre japonesa
- ☀ Batalla de Río Yalú, 1904

Antes de la guerra, Rusia propuso este territorio como neutral entre las esferas de influencia rusa y japonesa. En 1905, Rusia perdió el control de éste, más los territorios de Manchuria marcados como

Fuente: <http://pages.uoregon.edu>.

tares y diplomáticos, que Rusia arrostraba desde la derrota de Crimea en 1857 y habrían de continuar hasta 1917. Lo peor de todo, quizá, es que el enfrentamiento ni siquiera tuvo que ocurrir: desde la caída de Port Arthur, tanto el gobierno de San Petersburgo como el primer ministro Yamagata Aritomo estaban considerando la paz individualmente.⁶²

EPÍLOGO

Por extraño que parezca, las consecuencias internacionales de la guerra cambiaron poco la situación en el sudeste asiático. El Tratado de Ports-

⁶² W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 268.

mouth, firmado por ambos contendientes con la mediación del presidente norteamericano Theodore Roosevelt, aseguró que los rusos mantuvieran sus posesiones en Manchuria, con la única excepción de la Península de Liaotung.⁶³ Las negociaciones fueron tensas, ya que los japoneses insistieron, en un principio, en exigir el pago de una indemnización de guerra y la cesión de la isla de Sakhalin, en el Mar Amarillo, por lo que el pacto estuvo a punto de romperse.⁶⁴ Sin embargo, conscientes de que Rusia tenía a su disposición muchos más recursos, Japón abandonó estas dos últimas reclamaciones. En quince cláusulas, el tratado especificó los términos de la paz entre ambos países. Entre éstas, destacaban que Manchuria debía ser evacuada por las tropas de ambos países (Art. 3), el no entorpecimiento mutuo en las obras de industrialización de las respectivas esferas de influencia (Art. 4), la cesión de Liaotung y Port Arthur a Japón (Art. 5) y que los súbditos rusos que vivían en la zona japonesa estarían en libertad de vender sus posesiones al emperador (Art. 10). Asimismo, se acordó el uso pacífico de las vías férreas (Art. 7) y la cesión rusa del extremo sur de la isla de Sakhalin a Japón (Art. 9).⁶⁵ De esta forma, con la llamada paz de New Hampshire, el equilibrio de fuerzas se mantuvo casi igual que antes de la guerra.

Al interior de Rusia, sin embargo, las consecuencias fueron funestas. El almirantazgo ruso intentó cubrir su propia ineptitud y juzgó, por cargo de negligencia en el cumplimiento del deber, a los almirantes Rozhstvenski y Nebogatov. El primero se declaró culpable, sosteniendo que la derrota rusa era responsabilidad suya y se ofreció a cargar con toda la culpa, pero los jueces no aceptaron. Declarado inocente, ya que durante la mayoría de la batalla estuvo inconsciente, fue expulsado de la marina. Nebogatov, por su parte, fue culpado enteramente del desastre. Su condena fue la más severa, aunque fue el único comandante que no cayó en los errores de subestimar al enemigo —como hicieron Alexeyev y Stark—, rendirse cuando aún tenía abastecimiento —lo que hizo

⁶³ *Ibid.*, p. 269.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 270.

⁶⁵ “Text of the Treaty Signed by the Emperor of Japan and Czar of Russia”, *The New York Times*, 17 de octubre. 1905; disponible en: <<http://query.nytimes.com/mem/archive-free/pdf?res=9902EFD61431E733A25754C1A9669D946497D6CF>> [Consultado: 2 de octubre de 2013].

Stoessel— o dejarse sobrepasar por una sola maniobra —lo que sí ocurrió en el caso del propio Rozhestvenski—. Condenado a muerte, fue perdonado por el zar, que conmutó su pena por prisión perpetua. No llegaría a cumplir su sentencia.⁶⁶ Ante el fracaso de la guerra, y en particular después de Tsushima, la lealtad de las fuerzas armadas al zarismo se desvaneció: a lo largo de los siglos, el zar había ejercido la función de padre y protector. Él era el *Tsar-Batiushka*, querido y adorado. Ahora, Nicolás II era un impostor que debía ser removido del trono.⁶⁷

En enero de 1905, todavía a mitad de la guerra, una demostración pacífica frente al Palacio de Invierno fue reprimida por la fuerza, un episodio que pasó a la historia como el Domingo Sangriento. Figuras como Lenin, Martov, Trotski, Plekhanov y Stalin fueron los primeros en criticar las políticas zaristas ante una guerra producto del imperialismo. La agitación creció hasta convertirse en un levantamiento general, que no fue reprimido hasta 1907. La Revolución de 1905 sembró, junto con la guerra ruso-japonesa y los movimientos campesinos y obreros, la semilla que traería la Revolución de febrero de 1917. La Primera Guerra Mundial fue el último clavo en el ataúd del zarismo. Al final, después de una travesía desesperada, una hecatombe militar y una derrota humillante a manos de una diminuta isla, la legitimidad de la Rusia Imperial había quedado sentenciada. ❧

⁶⁶ W. Bruce Lincoln, *op. cit.*, p. 267.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 273.

Al filo de la muerte

Jean Meyer

Kurt Vonnegut escribió que no hay nada inteligente que decir sobre una masacre: “Se supone que todo el mundo debe estar muerto, y nunca más decir nada, ni querer nada más jamás. Se supone que todo debe estar muy silencioso tras la masacre, y siempre lo está, excepto los pájaros. ¿Y qué dicen los pájaros? Lo único que se puede decir acerca de una masacre, cosas como ¿Poo-tee-weet?” Cierto. Pero al mismo tiempo, las palabras de Jean Jaurès, pronunciadas en 1897, cuando denunciaba la masacre de armenios en el imperio otomano del Sultán Rojo Abdul Hamid, siguen vigentes: “La humanidad no puede vivir más tiempo con el cadáver de un pueblo asesinado en su sótano”. Lo dijo el líder socialista francés dieciocho años antes del inicio del exterminio de la nación armenia, en abril de 1915. Dentro de unos meses, la inevitable conmemoración del centenario de lo que el código penal turco prohíbe calificar de “genocidio” recordará al mundo que sigue viviendo con el cadáver de un pueblo asesinado en su sótano.

La Convención sobre la Prevención y el Castigo del Crimen de Genocidio, adoptada por la Organización de las Naciones Unidas (ONU) el 9 de diciembre de 1948 dice textualmente:

Article I

The Contracting parties confirm that genocide, whether committed in time of peace or in time of war, is a crime under international law which they undertake to prevent and to punish.

Article II

In the present Convention, genocide means any of the following acts committed with intent to destroy, in whole or in part, a national, ethnical,

racial, or religious group, as such: *a)* Killing members of the group; *b)* Causing serious bodily or mental harm to members of the group; *c)* Deliberately inflicting on the group conditions of life calculated to bring about its physical destruction in whole or in part; *d)* Imposing measures intended to prevent births within the group; *e)* Forcibly transferring children of the group to another group.

Article III

The following acts shall be punishable: a) Genocide; b) Conspiracy to commit genocide; c) Direct and public incitement to commit genocide; d) Attempt to commit genocide; e) Complicity in genocide.

Las memorias de Hampartzoum Mardiros Chitjian¹ ilustran cada uno de los puntos mencionados por los artículos II y III, con la sola excepción, quizá, del II d) sobre el control forzado de la natalidad.

He leído noventa y seis libros sobre el tema, publicados entre 1917 y 2014, he visto varios documentales y también películas como *Ararat* de Atom Egoyan, pero son los testimonios personales de los sobrevivientes los que permiten entender que es el “mental harm” mencionado por la Convención. Así, la escritora Joumana Haddad se acuerda de su abuela armenia que tuvo tanta dificultad para sobrevivir al genocidio y que se suicidó en Beirut, en 1978, a los 66 años: los soldados otomanos habían matado, el 24 de abril de 1915, a su padre delante de sus ojos, luego murieron, en la marcha de la muerte hacia Siria, su madre y sus tres hermanos. Nunca quiso evocar ese pasado. “Entonces, vean ustedes, ella no sobrevivió realmente al genocidio. Como tantas otras víctimas, fue matada, con algún retraso; habían puesto en su corazón una bomba de tiempo, aquel siniestro día de abril de 1915, y explotó decenios más tarde.”²

Hampartzoum Mardiros Chitjian no se suicidó. Tenía catorce años cuando empezó la masacre. Sobrevivió, perdón, no murió durante los terribles seis años 1915-1921, murió a la edad de ciento dos años. Escuchen lo que dice: “Me salvé pero no sobreviví al genocidio. Uno nunca sobrevive a un genocidio. Físicamente es posible escapar, pero el alma

¹ *Al filo de la muerte. Las memorias de Hampartzoum Mardiros Chitjian, sobreviviente del genocidio armenio*, México, Aip-Pen-Kim Ediciones, 2014, 508 páginas.

² Joumana Haddad, “Noventa años de soledad”, *Now*, Beirut, 27 de abril de 2014.

y la mente sufren un tormento permanente. Cuando alguien visita el infierno, queda *marcado* de por vida. Mis ojos están aterrados de todo lo que han visto, y mis oídos de todo lo que han escuchado —las atrocidades de las cuales fui testigo durante seis años—. Mi corazón está cansado y desgastado debido al pasado y tiembla de miedo por el futuro de Armenia y los armenios [...] Nunca aprendí a sobrellevar esas imágenes. Me han acuciado y atormentado en todo momento”.³ Este es uno de los *leit motiv* de sus memorias, cuya escritura y cuyo dictado, inspirados por su hija, le evitaron probablemente el suicidio.

El segundo tema es el pleito que este cristiano ferviente, nuevo Job, tiene con Dios. “En 1915, un Dios inmisericorde le dio la espalda a los armenios. Dejó solos a los armenios en días insoportables, a la única nación que lo apoyó; la primera nación que adoptó el cristianismo. Aun así, le permitió a los turcos intentar borrar a toda una nación. ¿Por qué?”⁴

Estaba muy al tanto de la fe inamovible de mi padre. La fe de que al final Dios protegería a los armenios y a su familia. A causa de mis experiencias posteriores con la traición, mi dolor se veía aumentado por el hecho de que viví para atestiguar la manera en que fue traicionada la fe de mi padre en Dios. ¿Dónde estaba Dios? ¿Cómo podía Él permitir actos tan inicuos?⁵

Una vez más, recordar esos días de angustia me hace pensar que tenemos un Dios al que le gusta engañar. Recuerdo la escritura sobre el altar de la iglesia de la Santa Cruz en Los Ángeles: “Pidan y se les dará, toquen y se les abrirá”. Mentiras, mentiras, mentiras.⁶

Cuando me encuentre cara a cara con Dios, le preguntaré: ¿Cuál fue nuestro crimen? ¿Qué habíamos hecho a tan tierna edad para merecer esto? ¡Apenas tenía catorce años! Al ir corriendo tan rápido como podía, prefería encontrarme a un turco que tuviera corazón que al mismo Jesús que nos había abandonado de forma tan absoluta [...] Para mí es muy difícil hablar de lo que las inocentes niñas y mujeres tuvieron que soportar no sólo durante el genocidio, sino también en los años que siguieron. Me pregunto cómo fue que Dios permitió que sucediera y por qué. Perdónenme si digo, ¡qué Dios tan inconsciente tenemos!

³ H.M. Chitjian, *op. cit.*, p. 31.

⁴ *Ibid.*, pp. 31-32.

⁵ *Ibid.*, p. 41.

⁶ *Ibid.*, p. 133.

Cuenta cómo los turcos separan a dos de sus hermanos; se llevan al mayor como esclavo, y al pequeño, demasiado débil para trabajar, no tardarán en matarlo: “Entonces un turco tomó a Kerop, dejando a Nishan solo, llorando ‘¡Mamá, papá!’ No tuvieron oportunidad de despedirse ni decirse una palabra de consuelo. A Kerop lo destrozaba oír los gritos de su pequeño hermano. ¿Dónde estaba Dios? ¿El Dios impío?”

El hijo más reverente de Dios, Jesucristo, fue crucificado, clavado en la cruz. En un día se encontró su paz. Los sobrevivientes armenios sufrieron sin piedad durante las atrocidades y para siempre el resto de su vida. ¡Su sufrimiento fue mucho peor que el del hijo reverente de Dios!⁷

Su obsesión es que no se pierda el recuerdo del genocidio y que el crimen sea reconocido como tal.

Los recuerdos y el dolor siguen grabados en la médula de nuestros huesos. Aún hoy, mi cuerpo tiembla cuando escucho las voces en mis oídos, los gritos desde los minaretes: “¡A quien esconda un armenio se le encarcelará cinco años con una cadena en el cuello!” [...] Nunca permitamos que se olviden los registros de los relatos de nuestros sobrevivientes que fueron testigos de los actos atroces y brutales perpetrados por los turcos contra ciudadanos armenios inocentes.

Los hermosos mechones de cabellos, algunos todavía en trenzas, atorados en las ramas de los árboles a todo lo largo de las riberas de los ríos o en los matorrales, mechones sueltos y enmarañados, castaños, rubios y negros ondeando al viento.

Y los cadáveres descuartizados, mutilados y esparcidos [...] y los huesos amontonados por aquí y por allá, algunos medio enterrados y otros mirándote directamente, los huesos y los cadáveres de los recién nacidos, los más difíciles de mirar de frente [...]

[...] multitudes encerradas en las iglesias, a las que prendían fuego para terminar lo que la espada no había logrado.

[...] y los locos, quienes lo más probable es que hayan sido testigos de una o más de las anteriores [...] la lista puede seguir sin fin.⁸

En 2003, a sus 102 años de edad, pone el punto final a sus memorias: “Si has leído lo que he compartido en estas páginas, entonces estoy seguro

⁷ *Ibid.*, pp. 150, 185, 203, 244.

⁸ *Ibid.*, pp. 478-479.

de que has entendido lo que ocurrió en 1915 y la importancia de las consecuencias de estas pérdidas para los armenios.”⁹

Imposible hablar tranquilamente de un libro desgarrador:

Las últimas palabras de papá fueron que los turcos lo iban a enviar a él y a las mujeres a América a unirse con nuestros hermanos. En ese momento Kaspar preguntó por qué los chicos teníamos que ir a la escuela turca, y no a América con la familia. Su respuesta final fue: “América es el río para nosotros”. No entendimos la última respuesta de papá y eso nos dejó absolutamente confundidos. Tendríamos que enterarnos del verdadero significado de esas palabras cuando las escuchamos tantas veces en los meses posteriores.¹⁰

“América” significa la muerte, como “la regadera” en Auschwitz.

En sus memorias, no olvida a todos los turcos, kurdos y árabes, hombres y mujeres, que se portaron como “justos” y salvaron a muchos armenios, a él, entre otros, y a su futura esposa, cuya familia fue protegida durante ¡ochos años! por un *effendi* turco.¹¹

Tengo la tentación de comparar las memorias aquellas con las del sacerdote, luego obispo armenio en la diáspora, Grigoris Balakian, publicadas en armenio en 1922 y 1959, y traducidas al inglés en 2009 por Random House: *Armenian Golgotha. A Memoir of the Armenian Genocide, 1915-1918*. Su autor fue arrestado el 24 de abril de 1915, en Constantinopla-Estambul, con doscientos cincuenta líderes armenios, eclesiásticos y laicos, empresarios, comerciantes, intelectuales, periodistas. Fue uno de los escasos sobrevivientes y testificó en Berlín, en 1921, en el proceso de Soghomon Tehlirian, el que mató a Talaat Pasha, uno de los responsables del genocidio, todavía hoy venerado como héroe oficial en Turquía.

Según Grigoris Balakian, la idea de la “deportación” (no exterminio) de todos los armenios fue del mariscal alemán Wilhelm von der Goltz (Goltz Pasha), el organizador del ejército turco y presidente de la Sociedad Germano-Turca: en febrero de 1914, en Berlín, expuso a la Sociedad su plan de llevar al millón de armenios que vivían en el noreste de Turquía a Siria

⁹ *Ibid.*, p. 490.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 141, 203, 330.

¹¹ *Ibid.*, pp. 151, 223, 321, 375-376.

y Mesopotamia —para alejarlos de los rusos— y sustituirlos por otros tantos árabes, sujetos no muy de fiar; o sea una doble limpieza étnica.¹²

Como H.M. Chitjian, Grigoris Balakian honra a los “justos”; son gente común y corriente, mujeres anónimas, pueblerinos misericordiosos y valientes, pero también gobernadores y militares: Mazhan, el gobernador de Ankara que se niega a cumplir las órdenes, Mehmed Jelal, gobernador de Alepo, Rashid Pasha de la provincia de Kastemouni, que recibió el apodo de “gobernador general de los armenios”, el de Yozgat, y también unos ingenieros alemanes y austriacos que trabajaban en la construcción del ferrocarril Berlín-Bagdad. Mientras que los oficiales alemanes eran, en general, turcófilos y consideraban a los armenios como unos traidores: “No tienen sino su merecido, son unos judíos cristianos que chupan la sangre del pueblo turco”.¹³

Cuando llega la catástrofe, G. Balakian, como todos, no entiende, no lo puede creer. Como el niño de catorce años, Hampartzoum. El prelado supremo de la Iglesia Armenia, el *católicos*, había sido prevenido unos días antes, pero se negó a creer que el general alemán Otto Liman von Sanders que, en ese momento, defendía los Dardanelos, “en acuerdo con Enver Pasha, el ministro de Guerra, decidiera deportar a los armenios que vivían a lo largo de la frontera con Rusia, y moverlos hacia el sur, para proteger las espaldas del ejército”. La derrota turca de enero 1915, en Sarikamis, aceleró la decisión. Era el plan de Von der Goltz. Algo impensable para los dirigentes de la comunidad armenia. Así, el periodista y escritor Agnouni, advertido del peligro, contesta que no puede ser: “Talaat es mi amigo, le salvé la vida a la hora de la contrarrevolución [...] Es un amigo de los armenios y está en contra de los asesinos”.¹⁴ Muere asesinado entre los primeros.

Hay que saber que, en noviembre de 1914, la entrada en la guerra del Imperio Otomano al lado de Alemania y Austria-Hungría, contra Rusia, Francia y Gran Bretaña, dividió a los armenios entre los dos bandos enemigos. La existencia de un pequeño ejército de voluntarios armenios de las

¹² Grigoris Balakian, *Armenian Golgotha. A Memoir of the Armenian Genocide, 1915-1918*, Nueva York, Random House, 2009, pp. 23-24.

¹³ *Ibid.*, pp. 278 ss.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 46, 50-51, 91, 133-134.

provincias bajo mando ruso provocó la ira de los dirigentes turcos y permitió acusar a todos los armenios de ser un caballo de Troya del enemigo.

Hay que subrayar que en circunstancias semejantes o comparables, el Imperio Austro-Húngaro no reaccionó de la misma manera: la existencia de una importante legión checa que combatía al lado de los rusos contra Viena y Berlín, la presencia de Tomás Masaryk en el campo de los aliados, no provocaron ningún castigo contra los checos. Rusia tampoco castigó colectivamente a polacos, finlandeses, ucranianos, musulmanes, por la existencia de voluntarios de dichos grupos del lado enemigo.

La deportación-genocidio, que se prolongó hasta 1923, puso fin a la “Cuestión Armenia”: desde la Tracia oriental en Europa hasta la frontera rusa, del Mar Negro al Mar Egeo, todos los armenios, menos los de Constantinopla y Esmirna, fueron masacrados o deportados hacia los desiertos de Siria y Mesopotamia. En atroces condiciones, desaparecieron entre 40 y 50 por ciento de los armenios del Imperio Otomano: entre 900 mil y 1.5 millones.

Es un genocidio, puesto que lo hecho está conforme con todos los puntos de la definición que la ONU dará en 1948. Hoy se estima que hay más de siete millones de armenios en el mundo: tres millones en la república de Armenia, república soviética hasta 1991; 1.4 millones se reparten entre Georgia, Ucrania, Rusia y las repúblicas de Asia central; más de 300 mil tuvieron que abandonar Azerbaiyán a partir de 1988; más de dos millones forman la “gran diáspora” fragmentada en cincuenta comunidades en el mundo entero. La más importante, en Estados Unidos, cuenta con más de 700 mil personas; sigue la de Francia (cien mil en 1939), con 350 mil “franceses de origen armenio”.

Como en el caso del genocidio perpetrado por los nazis contra los judíos, los historiadores se han dividido entre “intencionalistas” y “circunstancialistas”, los primeros creen en la existencia de antemano de un proyecto meditado y concebido con tiempo, los segundos piensan que las circunstancias han llevado, sobre la marcha, a la decisión fatal, sin premeditación. La razón se sitúa en la síntesis de las dos tesis. Otra división entre los historiadores concierne a la naturaleza de la ideología de los Jóvenes Turcos; unos piensan que era puramente política, sin nada de racismo, se trataba de evitar la creación de un estado armenio que hubiera partido Anatolia en dos

y provocado a la vez la aparición de un Estado kurdo. Tampoco era religiosa, puesto que el movimiento era de inspiración jacobina, como lo demostraría Mustafa Kemal Atatürk. Sin embargo, en el motor político metieron carburante religioso para motivar a los soldados turcos, a los kurdos y a los campesinos árabes: el 11 de noviembre de 1914 se había proclamado la yihad, la guerra santa contra los aliados.

Vale la pena notar que los armenios no fueron los únicos masacrados: todos los cristianos del oriente de Anatolia y de Siria-Mesopotamia sufrieron mucho. Se estima que la Iglesia siria perdió 250 mil muertos, o sea la mitad de la comunidad; en el Kurdistán central, los nestorianos y los caldeos no fueron olvidados.¹⁵

La dimensión religiosa, ausente en el proyecto nazi contra los judíos, explica que la conversión, evidentemente forzada, haya sido posible y que así muchos hayan salvado la vida. H.M. Chitjian cuenta cómo su padre, antes de ser llevado “a América” deja a sus cuatro hijos varones en la escuela turca, que emprende la tarea de transformarlos en buenos musulmanes.

Sin embargo, otros historiadores consideran que la modernidad de los Jóvenes Turcos de corte jacobino francés, la que llevará Mustafa Kemal a crear la Turquía moderna, “una e indivisible”, implicaba la “limpieza étnica”. Tan es así que el único grupo que no he mencionado hasta ahora, a saber, la comunidad griega, estaba, antes de 1914, en la lista de los que habría que desplazar tarde o temprano. El imperialismo de la Gran Grecia soñada por Venizelos, que se lanzó a la conquista de Constantinopla y de Asia Menor, se hundió en la derrota militar y permitió la expulsión de casi toda la comunidad griega, en 1922, y puso fin a su existencia milenaria. En 1914, Estambul-Constantinopla contaba con 1 549 000 griegos; quedaban 110 mil en 1927, 50 mil en 1950, cinco mil hoy.

Queda el grupo de los historiadores “negacionistas”, tanto en Turquía como en la academia internacional. Y de los negacionistas muy presentes en Internet, como sus cofrades en negación de otro genocidio, el de la *Shoah*. Pero esa es otra historia. ❧

¹⁵ David Gaunt, “The Ottoman Treatment of the Assyrians”, en Ronald Grigor Suny, Fatma Muge Göcek y Norman Naimark (eds.), *A Question of Genocide 1915: Armenians and Turks at the End of the Ottoman Empire*, Nueva York, Oxford University Press, 2011, pp. 244-259.

Caminos de la historia crítica

Rafael Rojas

La historiografía cubana, como casi todas las latinoamericanas, ha vivido en los últimos veinte años una ostensible renovación y diversificación. La escritura de la historia de un país no es un fenómeno mensurable, como el crecimiento del producto interno bruto per cápita o la mortalidad infantil. Podemos, sin embargo, constatar el avance de esa historiografía, imaginar sus condiciones de posibilidad y sopesar sus aciertos y límites.

Lo primero que salta a la vista en el estudio de la producción historiográfica cubana de las dos últimas décadas es la alta concentración de estudios en los periodos del siglo XIX y la primera mitad del XX: el último tramo de la fase colonial, cuando se consolida el modelo de plantación azucarera esclavista que, en buena medida, dio origen a la nacionalidad, y la época republicana son las dimensiones del pasado mejor trabajadas por los historiadores de la isla y de la creciente comunidad académica internacional involucrada en los estudios sobre Cuba.

El siglo XIX y la primera mitad del XX han sido creativamente estudiados, en los últimos veinte años, desde todas las disciplinas imaginables: historia social y cultural, económica y política, demográfica y ambiental, de las mentalidades y los sujetos subalternos... Los estudios de Rebeca Scott, María del Carmen Barcia, José Antonio Piqueras, Eduardo Torres Cuevas, Óscar Loyola, Richard Gott, John Lawrence Tone, Ada Ferrer o Consuelo Naranjo Orovio, para el periodo colonial, y los de Louis A. Pérez, Óscar Zanetti, Jorge Ibarra, Francisca López Civeira, Alejandro de la Fuente, Charles D. Ameringer, Robert Whitney o Frank Argote Freyre, para la etapa republicana, son, apenas, una pequeña muestra de la nueva historia crítica.

La más joven generación de historiadores, nacida en la isla luego del triunfo de la Revolución, se ha sumado a ese diálogo abierto sobre el pasado nacional. Los estudios de Reinaldo Funes, Marial Iglesias, Ricardo Quiza, Manuel Barcia y Félix

Julio Alfonso López y las antologías compiladas por Piqueras, Quiza y María del Pilar Díaz Castañón, ofrecen una idea de la vitalidad de esa historiografía y de las posibilidades de su reproducción en las próximas décadas. El campo académico de los estudios coloniales y republicanos demuestra, ya, un mayoritario desplazamiento hacia la historia crítica.

En los orígenes de ese desplazamiento habría que localizar la notable profesionalización académica de la historia, que ha desconectado esta ciencia social de modelos ideológicos agotados, como el liberalismo nacionalista de la etapa prerrevolucionaria o el marxismo-leninismo ortodoxo de los años soviéticos, que imponían una camisa de fuerza doctrinaria al saber histórico. Pocos ponen en duda la calidad de la historiografía clásica de mediados del siglo XX, en la que destacaron nombres como Ramiro Guerra, Herminio Portell Vilá, Emeterio Santovenia, Raúl Cepero Bonilla, Julio Le Riverend o Manuel Moreno Fragnals. Pero hoy la investigación y la escritura de la historia reconocen que transitan por nuevos caminos.

El agotamiento de aquellos paradigmas ideológicos, que alentaban visiones totalizantes de la sociedad, ha favorecido una comprensión del pasado como territorio en el que se afirma la diversidad del sujeto. La sociedad colonial y republicana no se estudian como entes homogéneos, protonacionales, sino como entramados de alteridades e intereses, discursos y prácticas, hegemonías y resistencias. Tan importantes, para esta nueva historiografía, pueden ser los conflictos de clase como los de género o raza, religiosos y sexuales, regionales y gremiales. La jerarquía conceptual que se atribuye a esos conflictos depende más del marco teórico, autónomamente adoptado por el historiador, que de una ideología de Estado, rectora de las ciencias sociales del país.

La intensa polémica historiográfica sobre la guerra de 1912 y sus implicaciones para la historia de las comunidades negras y la discriminación racial en Cuba, durante el último siglo, los estudios sobre sexualidades y machismo de Abel Sierra Madero, sobre las mujeres de Julio César González Pagés, sobre la emigración cubana en Nueva York de Lisandro Pérez, sobre la religiosidad popular de Ofelia Pérez Cruz o sobre el movimiento obrero de Ricardo Quiza son ilustrativos de ese corrimiento de la historiografía hacia la noción de diversidad. Un concepto que no es entendido como binaria negación de la identidad nacional sino como rescate de la pluralidad social y política de la nación, antes y después de 1959.

No es extraño, entonces, que el avance de la historia crítica encuentre sus mayores obstáculos en el estudio del acontecimiento que ocupa el centro de la simbología del Estado: la Revolución Cubana. La primera dificultad a la que se enfrentan los estudios sobre el periodo revolucionario es el propio estatuto conceptual de ese

hecho dentro de la ideología del gobierno y la red de medios e instituciones que lo reproducen o lo confrontan, dentro o fuera de la isla. Me refiero a un estatuto conceptual que establece una sinonimia entre la Revolución y otras categorías integradoras de la comunidad, como socialismo, patria o nación, que extiende el significado del término a la persona de sus líderes y a la lealtad a los mismos, y que asume la experiencia revolucionaria no como un fenómeno del pasado sino como un presente continuo y perpetuo.

El misticismo semántico que rodea el término Revolución, en la ideología del Estado y de sus oposiciones, conspira contra el avance de la historia crítica. Aun así, en los últimos veinte años, la historiografía sobre la Revolución Cubana ha avanzado de manera consistente. Carmelo Mesa Lago, Jorge Pérez López, Óscar Zanetti y José Luis Rodríguez han hecho contribuciones valiosas a la historia económica; Jorge I. Domínguez, John Stephen Wright, Thomas G. Paterson, William Leo Grande y Piero Gleijeses, a la historia internacional o específicamente de las relaciones entre Estados Unidos y Cuba; Marifeli Pérez Stable, Samuel Farber, Antoni Kapcia, Aviva Chomsky y Julia E. Sweig, a la historia social y política del periodo.

Lamentablemente, la circulación de esa nueva producción historiográfica en la isla ha sido menor que la de la nueva historiografía colonial y republicana. Sin embargo, una porción de la perspectiva crítica que abren esos autores —no siempre debidamente citados— comienza a circular sutilmente en historias generales de la Revolución escritas por historiadores de la isla, como la *Breve historia de la Revolución Cubana* (2003) de Arnaldo Silva León, la *Historia de la Revolución Cubana* (2005) de Sergio Guerra Vilaboy y Alejo Maldonado o la más reciente *Historia mínima de Cuba* (2013) de Óscar Zanetti. Estas dos últimas, editadas en Quito y la Ciudad de México, respectivamente.

En estos libros, sobre todo en el de Zanetti, se avanza en una periodización de la etapa posterior a 1959 que implica un discernimiento conceptual entre las categorías de “insurrección”, “revolución” y “socialismo”. Así como la Revolución es entendida como un proceso político plural, que además de una insurrección rural y urbana, incluyó la movilización pacífica de la sociedad civil, conducente al derrocamiento de la dictadura de Batista y la destrucción del antiguo régimen republicano, el socialismo es vinculado con la larga experiencia de transformación de la sociedad e institucionalización del nuevo Estado, que se extiende hasta los años setenta, y que comienza a vivir ajustes y reformas importantes desde los años ochenta y noventa.

Esta intelección de la dinámica cambiante del proceso revolucionario permite abandonar el fetichismo simbólico con que la ideología y los medios oficiales representan la historia contemporánea de Cuba. Dos componentes centrales de ese fetichismo

chismo son la atribución de un carácter inmutable a la experiencia revolucionaria y la equivocada identificación entre consenso político y unanimidad ideológica, cuando no homogeneidad civil. La nueva historiografía crítica, que se escribe dentro y fuera de la isla, narra las grandes movilizaciones sociales de las décadas de 1960 y 1970 —reforma agraria, campaña de alfabetización, defensa contra agresiones extranjeras o domésticas, igualdad racial, incorporación de la mujer al trabajo y la defensa, divulgación de la filosofía marxista-leninista, urbanización del campo, universalización de la salud— como fenómenos no armoniosos sino conflictivos, marcados por la irreductible tensión entre sociedad y Estado.

Un buen ejemplo de este enfoque sería el reciente libro de Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance. 1959-1971* (2012), el cual, a través de una rigurosa exploración en fuentes primarias y hemerográficas y de un aparato analítico abastecido por las ciencias sociales contemporáneas, describe las resistencias que diversos enclaves de la sociedad cubana interpusieron a la modernización socialista. A Guerra no sólo le interesa hacer visibles las inercias tradicionales que todo antiguo régimen moviliza contra una revolución sino las fracturas, disidencias y oposiciones que actores revolucionarios, marginados y desfavorecidos por el nuevo poder, desarrollaron, sobre todo en los años sesenta y principios de los setenta.

El estudio de Guerra no carece de antecedentes en la historia social y política sobre el último medio siglo. Pienso en títulos no tan conocidos en el campo historiográfico estadounidense, como *Las clases olvidadas de la Revolución Cubana* (1979) del historiador argentino Marcos Winocur, en *De la insurrección al régimen. Política de masas y estrategia institucional en Cuba* (1984) del italiano Antonio Annino o en clásicos de los estudios históricos sobre el periodo revolucionario en Estados Unidos, como *The Transformation of Political Culture in Cuba* (1969) de Richard Fagen.

La ascendente perspectiva crítica, que narra e interpreta la historia de la Revolución sin ocultar sus disensos se nutre, además, de un revisionismo ensayístico centrado fundamentalmente en el énfasis en la pluralidad ideológica de la lucha violenta y pacífica contra la dictadura de Batista y en el proceso de construcción del nuevo bloque hegemónico que impulsó el tránsito socialista y la institucionalización entre los años sesenta y setenta. Uno de los textos mejor logrados por ese revisionismo es el libro *El viejo traje de la Revolución* (2007), del historiador cubano, graduado de la Escuela de Historia de la Universidad de La Habana y residente en España, Sergio López Rivero.

Además de la historia política, otras dos ramas del saber histórico que se han visto marcadas por el revisionismo son la historia internacional y la historia intelectual. Dentro de la primera habría que mencionar volúmenes recientes como *Guerras*

africanas de Cuba (2009) del también graduado de la Universidad de La Habana, residente en Puerto Rico, Pablo J. Hernández González, un relato crítico de las campañas militares cubanas en Argelia, el Congo, Angola y Etiopía. Hernández intenta descifrar la racionalidad geopolítica que subyacía a aquellas intervenciones cubanas en guerras civiles africanas, más allá de la apuesta por la descolonización del Tercer Mundo o de la ideología del “internacionalismo proletario”.

También por el camino revisionista anda el volumen *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959. Del compromiso nacionalista al conflicto* (2011) del historiador italiano Vanni Pettinà. En contra de una historiografía que presenta la ruptura de relaciones entre Estados Unidos y Cuba, en 1960, y el escalamiento de la confrontación bilateral entre 1961 y 1962, como la coronación de una política anexionista, consustancial a Washington desde el nacimiento de esta república en 1776, el autor propone incorporar otros elementos al análisis de aquella ruptura, como el choque entre dos corrientes diplomáticas dentro el Departamento de Estado: una rooseveltiana, que apostaba por negociar el conflicto generado por un proyecto nacionalista en el Caribe, sin repetir el expediente golpista aplicado por la administración Eisenhower a la Guatemala de Arbenz, y otra más resueltamente macarthysta, inclinada a desconocer y hostilizar el socialismo cubano, que fue la que triunfó.

Los mayores aciertos del revisionismo se encuentran, sin embargo, en la historia intelectual. Como en otros países hispanoamericanos, en Cuba una nueva historia intelectual ha rebasado ya la vieja historia de las ideas, más interesada en las ideologías en abstracto, que en los sujetos, instituciones y sociabilidades que producen esas ideologías. La intensa vida intelectual cubana de los años sesenta y setenta, con sus polémicas y cismas, ha sido estudiada en los últimos años por Silvia Cezar Miskulin, Liliana Martínez Pérez, Juan Carlos Quintero Herencia, Duanel Díaz Infante, Carlos Velazco y Elizabeth Mirabal, por sólo citar un puñado de autores que trabajan dentro y fuera de la isla.

No es gratuito que el último libro de un historiador tan sólidamente afinado en el campo de los estudios cubanos en Estados Unidos, como Louis A. Pérez Jr., se acerque a la historia intelectual. En *The Structure of Cuban History* (2013), Pérez intenta un recorrido por los discursos de autorrepresentación intelectual de la nacionalidad cubana en los dos últimos siglos. El recorrido, sin embargo, glosa testimonios de los más variados sujetos políticos, en el pasado y en el presente de la isla. La nación, como “identidad”, “carácter” o “condición”, es construida e imaginada desde la pluralidad social que la constituye desde el siglo XIX. La Revolución Cubana, a pesar de haber sido una experiencia de integración social, no limita sino que reproduce y potencia esa heterogeneidad constitutiva.

Dado que en términos ideológicos la Revolución no fue un fenómeno exclusivamente cubano, la historia intelectual es una de las disciplinas que más se adentra en la comprensión transnacional de la experiencia socialista. Los estudios sobre la repercusión ideológica de la Revolución en América Latina y Estados Unidos son, en este sentido, uno de los flancos más creativos de la historiografía contemporánea. Claudia Hilman y Claudia Hilb, por ejemplo, han estudiado los debates sobre la Revolución Cubana en Argentina, Enrique Camacho y Leticia Bobadilla lo hacen en México y Van Gosse, Kepa Artaraz y Todd Tietchen, en Estados Unidos.

Estos estudios comienzan a abrir la historiografía académica a una nueva generación que cuestiona los relatos hegemónicos. En las más prestigiosas universidades de Estados Unidos hay jóvenes historiadores que, ahora mismo, estudian temas tan incómodos para la historia oficial como las primeras oposiciones pacíficas o violentas al gobierno revolucionario, la compleja asimilación del marxismo-leninismo dentro del primer Ministerio de Educación, la experiencia de las iglesias y las comunidades religiosas bajo aquella ideología hegemónica, los tribunales revolucionarios y la práctica de los fusilamientos, las guerrillas del Escambray, la transformación de la psiquiatría y el hospital Mazorra, la moda socialista y la soviétización de la cultura o el establecimiento de las Unidades Militares de Ayuda a la Producción (UMAP).

En la segunda década del siglo XXI, la Revolución Cubana se perfila como un fenómeno críticamente historiable. Atrás han quedado los tiempos de la apología y el dítirambo, de la homogeneización y el unanimismo. Un periodo tan conflictivo y plural, que partió en dos la historia de Cuba y América Latina, que, en un sentido u otro, incorporó a millones de ciudadanos a la vida pública, que fracturó y polarizó la sociedad y que, por medio de una audaz jugada geopolítica, colocó a la isla en el centro del mundo, empieza a tener la historiografía que merece. ❧

LIBROS RESEÑADOS

Vanni Pettinà, *Cuba y Estados Unidos, 1933-1959. Del compromiso nacionalista al conflicto*, Madrid, Libros de la Catarata, 2012.

Óscar Zanetti, *Historia mínima de Cuba*, México, El Colegio de México, 2013.

Lillian Guerra, *Visions of Power in Cuba. Revolution, Redemption, and Resistance, 1959-1971*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2012.

Louis A. Pérez Jr., *The Structure of Cuban History*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2013.

La construcción del realismo fuerte en algunos libros de narrativa hispanica actual

Vicente Luis Mora

Hay dos tipos de realistas; el que cocina su patata con tierra y porquería para demostrar que verdaderamente es un realista, y el que la sacude y la deja bien limpia. Yo pertenezco a estos últimos.

Robert Frost

La realidad a la que me refero es la misma que describió Hobbes, pero un poco más pequeña.

Woody Allen, *Cómo acabar de una vez por todas con la cultura*

En varios textos de años anteriores hemos ido avanzando la existencia de dos realismos narrativos perfectamente distinguibles: un realismo ingenuo, que considera que la realidad puede recogerse, *desproblematizada*, en la narración, y un realismo *fuerte*, que entiende que para hablar de la realidad hay que procesarla primero, hay que someterla a un contraste estético e ideológico y, en consecuencia, debe ser *artificial* si pretende parecer natural. En este artículo abordaremos una serie de novelas actuales y la construcción de su realismo (en principio, *fuerte* en todos los casos citados salvo donde se precise) a partir del asunto del punto de vista, esto es, examinando a los narradores que utilizan esas novelas para contar la historia.

*

El realismo está de moda. El documental tiene tanto prestigio y atención como el cine de ficción, y la gente acude en masa a ver las exposiciones de Ron Mueck o las *plastinaciones* de Von Hagens. La televisión nocturna sobrevive gracias al *reality-show*. Vivimos el apogeo de géneros que tiran de la escritura literaria hacia la realidad: la autoficción, la crónica, la memoria novelada, la novela histórica, la autobiografía, los libros

de viajes, etcétera. La fábula, la ficción, la invención, cortan sus alas y los personajes se ciñen a “los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa”, o a lo que pasa en la calle, según determinen Juan de Mairena o su alumno Pérez. Se considera —equivocadamente— escapista a lo fantástico. Se tolera más la ciencia ficción, porque al menos tiene algún sustrato cientista. Los personajes narrativos se parecen mucho a sus autores y tienen más o menos la misma edad. Se habla sobre el barrio propio o alrededores. Los escritores protagonizan *demasiadas* novelas actuales. Demasiadas. Este escabroso tema lo dejamos para otro día. Escribire David Shields en *Reality Hunger* (2010) que, paradójicamente, mientras los relatos de no ficción —los telediarios, por ejemplo— son cada vez más *irreales*, la ficción se nos presenta cada vez más como *real*, como realista, como basada en hechos reales.¹ Y el modelo de relato realista es la novela decimonónica, que “tendía a imponer la imagen de un universo estable, coherente, continuo, inequívoco, por completo descifrable”.² Es un poco el modelo del telediario, ¿no?

*

Explorando los realismos existentes en la tercera década del siglo XX, escribía Cyril Conolly que a veces era mejor utilizar una primera persona que una tercera al narrar, pues la primera permitía —poniendo un ejemplo de Isherwood— superar “las trabas impuestas por las convicciones de la ficción”, añadiendo que en la novela realista “el escritor debe amoldarse al lenguaje que comprende el mayor número de personas, al vernáculo, pero su talento como novelista aparecerá en la exactitud de su observación, la justicia de sus situaciones y la construcción de su libro [...] Es la construcción lo que convierte en sobresalientes obras como *The Memorial*, *Passage to India* y *Cakes and Ale*.³ Con independencia de la opinión que uno tenga sobre las novelas de Isherwood, Forster o Maughan, creo que el criterio de Conolly es más que acertado. A estas pautas añadiría otra, señalada por Bordieu: “la estructura que organiza la ficción, y que fundamenta la ilusión de realidad que produce, se oculta,

¹ David Shields, *Reality Hunger. A manifesto*, Nueva York, Penguin, 2010, p. 63.

² *Ibid.*, p. 17.

³ Cyril Conolly, *Enemigos de la promesa, Obra selecta*, Barcelona, Lumen, 2005, p. 133.

como en la realidad, bajo las interacciones entre personas”.⁴ Distinguir los malos realismos de los buenos es tarea fácil con estos parámetros, que aluden a la necesidad de cierta *complejidad* constructiva que, si me permiten, podría entenderse como *complejidad armónica* de la narrativa. Armónica no sólo en un sentido estético, sino de coherencia con la realidad *científica* sobre la que trabaja el autor, sobre este concepto científico se ahonda al final de este trabajo. La novela realista, en consecuencia, no plantea menos problemas ni demanda menos responsabilidad que una de cualquier otro modelo estético. El narrador realista debería hacerse, en 2014, varias preguntas antes de comenzar a escribir una novela: 1) ¿Es necesario que sea realista? (esto lo digo medio en broma, medio en serio); 2) ¿qué tipo de realismo, entre los que me ofrece la tradición, debo escoger? ¿O acaso debo inventar un nuevo tipo de realismo? ¿Sí? ¿No? ¿Por qué sí? ¿Por qué no?; 3) ¿qué punto de vista sobre la historia va a adoptar el narrador (o narradores)?; 4) ¿en qué persona(s) verbal(es) se expresará(n) mi(s) narrador(es) y por qué?; 5) ¿qué tipo de lenguaje utilizará el narrador, y qué tipo de lenguaje usarán los personajes? (pregunta inoperante en los casos de homodiegesis narrativa, obviamente, cuando el narrador es a la vez uno de los personajes); 6) sabiendo que el realismo es esquemático, y deja fuera gran parte de la realidad,⁵ ¿qué partes de la presunta realidad de los personajes incluiré y cuáles dejaré fuera? y 7) teniendo en cuenta la cantidad de novelas realistas que se han publicado ya, incluso la semana pasada, ¿qué va a aportar la mía, qué trae de nuevo al mundo, amén de una realimentación de mi propio ego como autor?

Respondiendo a estas cuestiones con rigor y autoexigencia bastaría.

*

Si la novela a finales del siglo XIX dio un cambio radical por su pretensión de describir las emociones en un entorno espacial concreto, según

⁴ Pierre Bordieu, *Las reglas del arte*, Barcelona, Anagrama, 1995, p. 35.

⁵ “Quisiera, por ejemplo, que mi mano corriera a una velocidad tan extraordinaria que me fuera posible escribir todo lo que tengo para decirte; quisiera disponer de una máquina que registrara por escrito cada uno de mis pensamientos en el orden en que se presentan a mi espíritu y sólo en ese orden; una máquina que excluyera tanto la omisión como la selección; un artefacto dotado del poder sobrenatural de decirlo todo sin olvidar nada, ni siquiera lo más insignificante [...] Pero [...] ¿es que la realidad reserva algún lugar para semejante instrumento?”, Alan Pauls, *El pudor del pornógrafo*, Barcelona, Anagrama, 2014, pp. 27-28.

defiende Fredric Jameson en *The Antinomies of Realism* (2013),⁶ a principios del siglo XXI lo que persigue la mejor narrativa actual —a mi personal y discutible juicio— es la encarnación de esas emociones en un cuerpo y un entorno, pero añadiéndoles un lenguaje narrativo que trasluce un lenguaje psicológico, esto es: dotando al texto de la *encarnación lingüística singular* de un(os) modo(s) de pensar concreto(s), no sólo alusivo(s) al lenguaje utilizado por los personajes, sino también a la forma compositiva o estructural con que se cuenta la historia, a su lenguaje narrativo. El narrador entiende que la novela tiene un discurso y que sus personajes poseen el suyo propio, y que todos deben ser distinguibles entre sí y únicos (salvo que la identificación *diga cosas*, como veremos luego en un ejemplo), y que esos lenguajes deben cohonestarse con la psique de los caracteres, y que debe existir una armonía o una coherencia polifónica entre ellos (a menos que la distorsión y la inarmonía sean objetivos deliberadamente buscados por el autor). Y entiendo que esta encarnación lingüística sería, por supuesto, una especie de evolución natural del rastro que han dejado el monólogo interior de Artaud, Joyce y Woolf, el giro lingüístico del pensamiento durante el siglo XX y la herencia de Beckett. Esto es algo que sucede en los mejores casos, es decir, en la mejor novela actual, sea cual sea su adscripción estética (tardomoderna, posmoderna, pangeica, etc.), y sea cual sea su aproximación estructural o técnica a la narración (esteticista, autoficcional, formalista, fantástica, realista, etc.).

*

El realismo literario es un concepto que a todo el mundo le parece muy claro pero, como el tiempo, según la imagen de Agustín de Hipona, basta con que nos demanden una definición para entender su dificultad. A juicio de Darío Villanueva, que dedicó a este tema su monografía *Teorías del realismo literario* (2004), el realismo es ni más ni menos el elemento central de la teoría de la literatura, ya que, a su juicio, determina el resultado de todos los demás (Terry Eagleton, desde un punto de vista similar, dice que muchos movimientos narrativos posteriores nacieron, precisamente, para solucionar los problemas que el realismo era incapaz de solucionar). El estudio

⁶ Fredric Jameson, *The Antinomies of Realism*, Londres, Verso, 2013.

de Villanueva parte de la pragmática, rama semiótica dedicada al estudio de la creación literaria en lo tocante a su relación con los lectores; para el autor, en consecuencia, el concepto de lo que entendamos por realismo del texto está estrechamente imbricado con la recepción de lo que los lectores entiendan como tal, y el modo en que dirijan, intencionalmente, el sentido de lo presentado.

Los dos primeros capítulos del libro de Villanueva incluyen el examen de las categorías aceptadas de realismo literario, el *genético* y el *formal*. El capítulo central es una elaboración teórica del concepto de realismo para el autor, quien dedica los dos últimos a elaborar su teoría del *realismo intencional*, realismo que va calando, poco a poco, en los estudios literarios contemporáneos. La “falacia” conocida como realismo “formal” o estético es aquella que considera que la obra de arte está cerrada en sí misma y no hay realidad fuera de *su* realidad; el realismo “genético” o mimético sería el que considera el arte como mero reflejo de la realidad.⁷ Para los realistas genéticos el arte es consecuencia de su tiempo y debe reflejarlo (teoría marxista del reflejo, de Lukács). Para los formales, el artista ocupa el lugar de Dios frente a su creación (Flaubert), compite por tanto con él (Steiner, *Presencias reales*), es la Naturaleza quien imita al arte (Wilde), y sus leyes no reproducen la realidad, sino que participan (Gombrich, Goodman) de la *ilusión de la realidad*. Frente a estos extremos, y buscando un punto de equilibrio, Villanueva defiende lo que llama el realismo *intencional*. No se trata de algo opuesto a los dos realismos superiores, sino que los engloba,⁸ teniendo en cuenta las relaciones entre los mundos externos de referencia de autor y lector, la intención de ambos, y el campo de referencia del “mundo posible” de la obra. Tiene esta construcción una clara deuda con las teorías de Iser, Gadamer y Scheleiermacher, en cuanto a la posición *activa* del lector en la creación de la obra de arte (un capítulo de *The Implied Reader* de Iser se titula “The reader and the realistic novel”). En todo momento intenta Villanueva encontrar alguna solución de consenso entre los esteticistas y los realistas más radicales, porque será infrecuente hallar gran

⁷ Darío Villanueva, *Teorías del realismo literario*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2004, p. 41.

⁸ *Ibid.*, p. 139.

literatura en los extremos. Si, a juicio de algunos, el formalismo puro es un arte desustanciado y hueco, no lo es menos que el realismo como “mera reproducción fotográfica” que sólo produce, según Villanueva y con razón, “productos deleznable”.⁹ Como dice Ángel Zapata en su estudio sobre Medardo Fraile, cuando la literatura realista “se arrima al fuego de lo testimonial”, acercándose demasiado al documento, su único destino es “chamuscarse”.¹⁰ Si el objetivo es representar una situación social *exclusivamente* como denuncia, sus valores serán sociales o éticos, pero no estéticos.

*

La trabajadora (2014), de Elvira Navarro, pone sobre la mesa numerosas cuestiones. En cuanto a su estética, podría denominarse *realismo problemático*, no en el sentido en que utiliza el término Fernando Castro Flórez para el arte contemporáneo (“donde se mezcla el sociologismo con las formulaciones casi hegemónicas de lo abyecto”),¹¹ que nos pondría más bien en la órbita de un Bret Easton Ellis o de una serie como *Dexter*, sino de un realismo que, en todo momento, se cuestiona *como tal*, combatiendo esa “voluntaria suspensión del descreimiento” que Villanueva,¹² basándose en Coleridge, sitúa como base del realismo intencional del lector que desea *sumergirse* en el mundo ficcional. Navarro, más bien, desea *despertar* al lector, alertarlo de su singladura por el mar ficcional, y por ello *La trabajadora* confronta, mediante una técnica realista muy artificial (en tanto construida y *visible*) los problemas de la abyección social, la abyección personal y la opaca relación entre ambas abyecciones, expresándose mediante un artefacto narrativo muy consciente de serlo.

En algunas reseñas o menciones a *La trabajadora* he leído comentarios acerca de la provocativa “primera frase” de esta novela. Incluso la he visto reproducida como primera frase, cuando lo que se cita en realidad es *el segundo párrafo* de la novela (el del cunnilingus con regla, etc.).

⁹ *Ibid.*, p. 59.

¹⁰ Ángel Zapata, “La ternura del nómada. Una introducción a la poética de Medardo Fraile”, en Medardo Fraile, *Cuentos completos*, Madrid, Páginas de Espuma, 2004, p. 11.

¹¹ Fernando Castro Flórez, *Mierda y catástrofe*, Madrid, Fórcola Ediciones, 2014, p. 175.

¹² D. Villanueva, *op. cit.*, p. 159.

Algo que me parece muy significativo, porque la primera frase real de la novela —que para algunos, en cuanto marca autorial de la misma, parece estar curiosamente *fuera* de ella—, dice así: “Este relato recoge lo que Susana me contó sobre su locura”.¹³ Es decir: se oblitera el lugar donde se establece la estrategia retórica, que alude a la propia narración. Esta frase de apertura, simple en apariencia, esconde una vasta complejidad estructural: nos dice *quién habla*, configura como *relato* lo narrado, presenta a quien será el personaje central de la primera parte y secundario de la segunda, establece el tiempo narrativo (un presente, el del narrador, que remite a un pasado, el pasado de la confesión) y parece presentar una intención de verosimilitud, de transmitir *documental o testimonialmente* unos hechos. Nada menos. En una frase se levantan los mimbres de la “realidad especial” en que consiste, según el narrador de *Pálido fuego*, la operación literaria.¹⁴ Como digo, es muy significativo que para algunos lectores *no* sea la primera frase de la novela, cuando debe ser una de las más importantes, por cuanto enseña *los hilos*. ¿Qué son los hilos? Lo dice José María Micó: “Aun en las genialidades de Unamuno o Pirandello, todo personaje literario es un títere, y el arte de un autor está en la mayor longitud de la suelta o en la pericia con que disimula los hilos”,¹⁵ y lo decía Mallarmé a partir de Poe: “ningún vestigio de una filosofía, ética o metafísica, se traslucirá; añadido que la necesita implícita o latente”.¹⁶ No hablamos del *autor implícito* de Wayne Booth, sino de las decisiones estéticas y estructurales del autor sobre su obra; éste decide si las muestra o si las oculta, pero el desiderátum es que hay que tenerlas *siempre*; no tenerlas, no tomarlas, es condenarse a la banalidad o al plagio involuntario.

*

¹³ Elvira Navarro, *La trabajadora*, Barcelona, Random House, 2014, p. 11.

¹⁴ “Esta estratagema, cuyo objetivo aparente era realzar el efecto de sus valores táctiles y tonales tenía, sin embargo, algo de innoble y revelaba no sólo una falla esencial en el talento de Eysteín, sino el hecho básico de que la ‘realidad’ no es ni el sujeto ni el objeto del arte verdadero, el cual crea su propia realidad especial que nada tiene que ver con la ‘realidad’ media percibida por el ojo del común de los mortales”, Vladimir Nabokov, *Pálido fuego*, Barcelona, Anagrama, 2009, p. 132.

¹⁵ José María Micó, *Clásicos vividos*, Barcelona, Acanalado, 2013, p. 33.

¹⁶ Stéphane Mallarmé, *Fragmentos sobre el libro*, Murcia, Colegio Oficial de Aparejadores y Arquitectos Técnicos de la Región de Murcia, 2002, p. 88.

La ciudad feliz (2009), de la propia Navarro, compuesta por dos novelas complementarias, no fue de mi agrado por los insalvables problemas de voz y tono que le vi a la primera de ellas. En ningún momento me resultaban creíbles los chinos protagonistas, y las breves páginas en China estaban descritas de una forma que la localización podía ser cualquier lugar del mundo, y los personajes (éste era el mayor problema) se expresaban de forma canjeable por cualquier otra cultura, algo inapropiado al abordar un pueblo ancestral y tan característico. Cuando leí después los relatos agrupados en *Muchacho de oro, muchacha esmeralda*, de la estadounidense Yiyun Li,¹⁷ encontré la ambientación creíble y la construcción verosímil de personajes chinos que había añorado en la parte primera de *La ciudad feliz*. Sin embargo, su segunda parte, narrada en primera persona por Sara, era mucho más interesante y redonda porque enlazaba con las mejores cualidades de *La ciudad en invierno* (2006), también de Navarro: la construcción de una psique femenina infantil extremadamente compleja y poliédrica, que choca de frente con el mundo adulto después de conocer a un vagabundo.

No es casual que en *La trabajadora* Navarro haya escogido ese modelo, y su Elisa Núñez (lejano trasunto de la autora, sin llegar a lo autoficcional) hable en una convincente primera persona (también lo hace la Susana de la primera parte), construyendo uno de los personajes más creíbles y verosímiles de la narrativa creciente, precisamente porque en varios momentos duda sobre el estatuto de su voz¹⁸ y se revela al final el modo de creación de la misma. Más que metarreferencialidad, que también la hay, lo que vemos es una reflexión *metaética* sobre la escritura. Damián Tabarovsky ha visto bien ese ejercicio de reflexión sobre el propio género: “*La trabajadora* es una novela que repiensa el realismo para subvertirlo, para expandir sus posibilidades expresivas, para llevarlas a un extremo. Entremezclando, con maestría, la historia íntima de dos personajes femeninos en la mediana edad, y los cambios urbanos, sociales y económicos de Madrid, termina siendo una poderosa reflexión sobre qué significa narrar en la crisis. Crisis moral y económica, por su-

¹⁷ Yiyun Li, *Muchacho de oro, muchacha esmeralda*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2013.

¹⁸ E. Navarro, *op. cit.*, p. 95.

puesto, pero también la crisis del género novela, el agotamiento de una forma que se ha vuelto, casi, anacrónica”.¹⁹ Otro extremo interesante del libro de Navarro es que no ha caído en una de las aporías éticas en que cae, de cuando en cuando, el realismo que intenta ser además novela social, y que podríamos describir utilizando la frase de Walter Benjamin sobre cierta fotografía: “al transformar todo lo que la pobreza tiene de abyecto, lo ha convertido, a su vez, en un objeto de placer”.²⁰ Eso no sucede nunca en *La trabajadora*, novela que, como las de Belén Gopegui o de Isaac Rosa, es profundamente *incómoda*.²¹ Poética de la incomodidad que también ha defendido Marta Sanz en su ensayo *No tan incendiario* (2014).

*

Como incómoda y desasosegante es *Escarnio*, de Coradino Vega,²² un remonte temporal a los comienzos de la crisis: no a 2007, sino a principios de los años noventa, que es cuando se generaron las lluvias de las que han venido estos lodos. Descarnada, quizá demasiado despojada de estilo, la novela de Vega compensa su falta de complejidad literaria con una profunda complejidad sociológica, construyendo a la perfección un estrato social, sus opacos mecanismos de interrelación y creando el espacio simbólico para que el lector entienda su efecto posterior en la vida colectiva. Es la encarnación pura del conflicto, contada desde el punto de vista de un testigo privilegiado, que sufre en sus carnes las consecuencias de lidiar con los poderes más o menos visibles.

*

LA REALIDAD NO ES VEROSÍMIL

Observemos lo que sucede en *Tiempo de encierro* (2013), la última novela del peruano afincado en España Doménico Chiappe. Es una novela con detalles excelentes, estructurada con tino y bien pensada, con personajes

¹⁹ Damián Tabarovsky, “Carta abierta”, *Perfil*, 23 de febrero de 2014, disponible en: http://www.perfil.com/contenidos/2014/02/23/noticia_0012.html

²⁰ Walter Benjamin, “El autor como productor”, Madrid, Taurus, 1975 [1934].

²¹ Dice Isaac Rosa: “En mi caso, intento incomodar al lector. Moverle la silla, que no lea con comodidad [...] Para mí, la forma de evitar que el lector se acomode es hacerle partícipe del texto”; entrevista con Carmen Eusebio en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 766, abril, 2014, p. 124.

²² Coradino Vega, *Escarnio*, Madrid, Caballo de Troya, 2014.

creíbles y contruidos con carácter. Pero puede reprochársele una tacha o tara en varias páginas, cual es, precisamente, la parte más *realista* de la novela, aquella donde *Tiempo de encierro* retrata o deja constancia de las graves desigualdades sociales que acucian a España a raíz de la crisis económica. Tema que no es ni malo ni bueno, ni va a mejorar o empeorar ninguna novela de por sí, pero que implica —justo por su actualidad y por su trascendencia ética, que debe rehuir tratamientos superficiales o apresurados— graves decisiones a la hora de plantear el esqueleto novelesco. El personaje de la editora me parece magistralmente creado; las primeras páginas de esta novela deberían ser utilizadas en los talleres narrativos como ejemplo de introducción de un personaje femenino desde su corporalidad física. Hasta ahí, bien. El problema viene cuando Chiappe intenta embutir *la realidad* con calzador, cuando la editora —convirtiéndose de súbito en uno de esos narradores del siglo XIX que opinaban *moralmente* sobre lo que contaban, de forma censurable—²³ comienza a hablar con el *concepturus* del que está embarazada de dieciséis semanas, y lo hace en voz alta (para que el lector pueda *escuchar* su pensamiento) de esta manera:

El periódico no dirá nada sobre Lucas. Sólo leeré la misma histeria financiera que ha logrado convencernos de que no hay más alternativa que la que imponen quienes se dedican a multiplicar el capital con la complicidad de quienes están en la administración de lo público. Traidores que imponen la resignación.²⁴

A mí esta brusca, inoportuna y casi panfletaria aparición de lo real en la novela me sacó por completo de ella. Lo real la volvió inverosímil. La narración, el personaje, temblaron y amenazaron con deshacerse. ¿Por qué? Siguiendo la óptica de Étienne Balibar, Pierre Macherey y Fredric Jameson, Eagleton explica que el modo de acoger en una obra los pro-

²³ “Omniscience is ‘objectionable’, W.J. Harvey wrote of George Eliot, in a comment we may take as representative, ‘when the author intrudes directly into her fiction either by way of stage directions or of moral commentary’ —in other words, we might add, in the nineteenth century”; Audrey Jaffe, *Vanishing Points: Dickens, Narrative, and the Subject of Omniscience*, Berkeley, University of California Press, 1991.

²⁴ Doménico Chiappe, *Tiempo de encierro*, Madrid, Lengua de Trapo, 2013, p. 18.

blemas ideológicos y sociales es a partir de cierto desplazamiento dirigido a procurar un ámbito controlable de conflicto: “se puede hablar [...] de este tipo de problemas en la medida en que están ‘formados en la materialidad del texto literario’; sólo en la forma en la que el texto los organiza en un subtexto que, además, es también objeto de sus operaciones”,²⁵ pero en varias páginas de *Tiempo de encierro* los problemas no están *enunciados*, sino *denunciados*. El contexto ha sustituido al texto. Queda claro, incluso por la nota final, que la de Chiappe es una novela de tesis, de combate; la opción es legítima, aunque también es legítimo que el lector prefiera otra cosa. Por ejemplo, me gustó más el modo de hacer literatura política de Chiappe en una novela anterior, *Entrevista a Mailer Daemon* (2007), donde lo político —que también era el núcleo de la narración— se integraba perfectamente en una *forma* narrativa: la distopía, que es la forma política por excelencia de la narrativa (en el sentido de que la distopía es política *siempre*, no puede no ser archipolitizada). Hay, pues, formas de hablar de los mismos temas esquivando ese peligroso filo; hay muchas técnicas para hacerlo, la más esencial es *encarnar* la realidad en vez de abrirle la puerta. Chiappe usa alguna de ellas más adelante: remitir a un cuento alojado en Storify, hacer la *écfrasis* del video de un desahucio, incardinar historias dentro de la historia al modo cervantino. Creo que lo que me choca de su última novela es que Chiappe ha utilizado, a la vez, los dos realismos descritos por Robert Frost: casi siempre encuentras la patata limpia pero, de cuando en cuando, comes algo de tierra. *Tiempo de encierro* es una novela valiosa y valiente, que hubiera ganado mucho conteniendo ese empuje hiperrealista, justamente indignado, para no hacer olvidar al lector en algunas páginas que, amén de una denuncia, está leyendo, ante y sobre todo, una ficción.

*

“De hecho, se suelen confundir novela ‘realista’ y novela ‘social’, como si el tratamiento de una cuestión social, o sea de una plaga social, como la violencia de género por ejemplo, garantizara el ‘realismo’ de una obra”;²⁶ explica con acierto Amélie Florenchie, en la introducción a un interesan-

²⁵ Terry Eagleton, *El acontecimiento de la literatura*, Barcelona, Península, 2013, p. 271.

²⁶ Amélie Florenchie, “Presentación”, *Pasavento. Revista de Estudios Hispánicos*, vol. II, núm. 1, invierno, 2014, disponible en: http://www.pasavento.com/numero_actual.html

te monográfico sobre el realismo español. La novela de Chiappe comienza con el 15M y la novela del mexicano Federico Guzmán *Será mañana* (2012) termina con el 15M; ambas abordan temas sociales y recogen el sentimiento latente de frustración de la ciudadanía. Ambos autores lo hacen con términos explícitos y cargados de dureza. Sin embargo, la novela de Chiappe es realista y social, mientras que la de Guzmán, que es pura literatura fantástica —donde el personaje puede crecer 30 años durante una sola noche y es inmortal mientras se dedique a la revolución—, es una novela social, pero no realista. *Un viaje de estudios*, del joven Carlos González Fuertes,²⁷ que también toca el 15M, sería una novela realista de corte conductista que también es, además, novela social.

*

En su último volumen de relatos, *Bulevar*, el habilidoso Javier Sáez de Ibarra²⁸ lleva a cabo una compleja operación de *reducción estética* que ambiciona algo parecido a lo que comenta Jameson en cuanto a la reconstrucción emocional de los personajes, y también algo similar a lo que pretende Navarro en cuanto forma *intelectualizada por autoconsciente* de realismo. Es un ejercicio carveriano de *menos es más* que acaba descubriendo que *menos sólo es más cuando es más*. En el relato “Manda aquí”, irónica y brillante reflexión sobre el bastimento del estilo literario para que flote a través de la galerna de los juegos de poder textual, se observa a la perfección que, pese a lo advertido en el prólogo del libro, Sáez de Ibarra no desea eliminar la retórica literaria de sus relatos sino, más bien, *explicitarla* para poder desmontarla a gusto, mostrar el juego para desactivarlo, adjetivo por adjetivo y metáfora por metáfora, hasta lograr una especie de *grado cero* barthesiano de la literatura en el que las emociones se muestren por sí mismas. Es fácil rastrear la honda tensión que ha sufrido Sáez de Ibarra al renunciar a lo “literario”, su terreno natural, y algunos puntos de rotura de *Bulevar* evidencian que su pulsión es la inversa, dando la razón a Piglia cuando dice que “la literatura es un trabajo con la restricción, se avanza a partir de lo que se supone que ‘no se puede’ hacer”.²⁹ Es un intento atrevido el de Sáez de Ibarra y no todos

²⁷ Carlos González Fuertes, *Un viaje de estudios*, autoedición, 2014.

²⁸ Javier Sáez de Ibarra, *Bulevar*, Madrid, Páginas de Espuma, 2013.

²⁹ Ricardo Piglia, *Crítica y ficción*, Barcelona, Anagrama, 2001, p. 18.

los relatos tienen la misma eficacia, cayendo algunos en lo convencional (“Sacar al perro”) y otros en lo naif (“No se acaba nunca”), aunque dentro de un conjunto radical, valiente y valioso que recuerda —aunque no llegue a su altura— su notable *Mirar al agua* (2009), al que nos hemos referido en *La literatura egódica*.³⁰

*

En ese mismo ensayo —discúlpenme las citas propias, pero uno escribe libros de teoría literaria precisamente para tener un *sistema* desde el que analizar otros libros— describo lo que llamo *autonovela*, unión de autoficción y metanovela. A ese subgénero, que también cuestiona los límites del realismo, se unen ahora las últimas obras de Blanca Riestra, *Pregúntale al bosque* (2013) y Miguel Serrano Larraz, *Autopsia* (2014).

Escrito, según partes, en primera, segunda y tercera persona, *Pregúntale al bosque* es una variante de la autoescritura o escritura del sí, muy tamizado por la aparición de la experiencia literaria en la adolescencia de la narradora y transido por la presencia autoconsciente de lo literario a lo largo de todo el libro. En cierto momento se explicita la forma autonovelesca de *Pregúntale al bosque*: “Había prometido no escribir nunca sobre sí misma o hacerlo, pero sólo mientras hablaba de los otros. [...] Y ahora, sin embargo, ¿qué le ocurre? Ella piensa que lo peor de lo autobiográfico es que revela la ruindad, la persistencia del deseo incumplido, terco, que se estrella contra la superficie de las cosas hasta romperlas en mil pedazos. [...] En el fondo es la historia de lo que no pudo contar [...] el cuento que ella se cuenta a sí misma, cuando trata de explicarse lo que es”.³¹ Por supuesto, esta confesión a sí misma va dirigida en realidad al lector, o al menos tiene en cuenta al destinatario, de forma que traiciona lo confesional al *publicitarlo* —dentro de una tradición que se remonta a las *Confesiones* de Agustín de Hipona o las de Rousseau—, en tanto que explicita lo que tiene de no-confesional, de revelación entregada a cualquiera (a cualquier lector). Esa traición genera de inmediato las dudas sobre la verosimilitud de lo narrado, sobre su *realidad*: ¿qué otra cosa dejaba caer el narrador de la novela de Mann *Confesiones del aventurero Félix Krull*? “Por otra parte, estoy decidido a redactar

³⁰ Vicente Luis Mora, *La literatura egódica*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2013.

³¹ Blanca Riestra, *Pregúntale al bosque*, Valencia, Pre-Textos, 2013, p. 117.

mis confesiones con entera sinceridad, sin temor a que se me reproche vanidad o descaro. Pues, ¿qué valor y sentido moral podrían atribuirse unas memorias que no hubieran sido narradas con la más estricta veracidad?”³² Y después de recordarse-recordarnos tal arenga acerca de la sinceridad debida, el narrador continúa con su fábula completamente inventada.

*

Uno escribe “lo falso”, oyendo skateboards,
y lo pega en un sticker amarillo
sobre el zumbido del refrigerador.
El otro de dos espera lo verdadero
en las puertas de un parque temático.

Rafael Espinosa³³

*

En *Autopsia*, la narración autoficcional se encuentra con la metaficción, pues el libro hace referencia a sí mismo y a su construcción en varios momentos. El realismo de Serrano Larraz se analiza a sí mismo y se hace la disección, usando el “estilo forense” autonovelesco al que aludíamos en *La literatura egódica*, y no duda en mostrar sus tripas al lector: “ahora me veo intentándolo otra vez, trazando un argumento, imaginando la estructura, eligiendo la voz narrativa y seleccionando detalles que doten a la historia de verosimilitud, definiendo personajes y epifanías [...] veo o imagino a un personaje haciendo algo, y el personaje siempre soy yo, y me encuentro pensando qué hora es en el relato, qué tiempo hace, pormenores que hay que introducir”.³⁴ Las mejores autonovelas, ya lo decíamos en el mismo lugar, son aquellas que demuestran crítica y dureza ante el personaje-escritor y frente a la misma narración, evitando el melancólico engolamiento autoprogapandístico (*egolamento*, podría llamarse) en que suele caer la autoficción peor entendida. Serrano Larraz evita con elegancia ese peligro, al mantener una mirada inclemente sobre ese “Miguel Serrano” que tiene elementos suyos y elementos de ficción, y escribe una obra generacional pero política, realista pero consciente de los límites de su representación, y nostálgica pero escrita con buen estilo

³² Thomas Mann, *Confesiones del aventurero Félix Krull*, Barcelona, Planeta, 1957, p. 31.

³³ Rafael Espinosa, “El matrimonio”, en *La regata de las comisuras*, Madrid, Kriller71, 2014, p. 35.

³⁴ Miguel Serrano Larraz, *Autopsia*, Barcelona, Candaya, 2014, p. 358.

y brillantez reflexiva. Por eso su autor ha podido declarar recientemente en una entrevista que la novela no ha muerto, sino que “la que ha muerto es la novela decimonónica”,³⁵ y ha demostrado que se puede hacer un realismo fuerte del siglo XXI.

*

“¿Habrá algo más irreal que el llamado realismo? Esos cuentos y esas novelas con un tempo dramático y un orden de los acontecimientos perfectamente calculados y administrados. Como *Madame Bovary*. O el orden prolijo y el tempo preciso de casi todas las novelas policiales. Pero la realidad no es así. La realidad es indisciplinada e imprevisible. La realidad es auténticamente irreal [...]. De hecho, cada vez que decido sumergirme en esas grandes trilogías o cuartetos o quintetos o septetos decimonónicos, lo que yo hago es socavar ese falso realismo —como el de esos cuadros cuyo único objetivo es, en vano, ser lo más parecido que se pueda a una fotografía— leyendo los diferentes volúmenes fuera de orden”,³⁶ escribe Rodrigo Fresán en su monumental *La parte inventada* (2014). Fresán recoge aquí un argumento similar al del filósofo Jacques Rancière: el realismo provoca la indistinción de las cosas, al hacerlas todas representables *por igual*, “y ese ‘igualmente representable’ es la ruina del sistema representativo”.³⁷ Sin embargo, el propio Fresán utiliza un rescoldo decimonónico, esa aparición de un narrador divino y omnisciente, encarnado en El Escritor, capaz de decir: “Dios soy yo. El Dios particular de todos ustedes. Tú incluido. Y seguro que ya lo notaste un poco. Yo dentro de ti. En tus pensamientos. [...] Radiohead en tu cabeza que ahora no es otra cosa que una radio que yo sintonizo a voluntad y en la que intervengo”.³⁸ Como el Unamuno que confiesa en *Niebla*: “yo soy el Dios de estos dos pobres diablos nivelescos”.³⁹ A pesar de que Flaubert, Valéry y T.S. Eliot recomendasen al autor disolverse detrás de

³⁵ José Luis García, “Las letras españolas gozan de buena salud pese a lo que digan los agoreros”, *La opinión de Málaga*, 10 de abril de 2014, disponible en: <http://www.laopiniondemalaga.es/cultura-espectaculos/2014/04/10/letras-espanolas-gozan-buena-salud/668281.html>

³⁶ Rodrigo Fresán, *La parte inventada*, Barcelona, Random House, 2014, p. 74.

³⁷ Jacques Rancière, “Si existe lo irrepresentable”, *El destino de las imágenes*; Polítopías, Pontevedra, 2011, p. 124-25.

³⁸ R. Fresán, *op. cit.*, p. 407.

³⁹ Miguel de Unamuno, *Niebla*, Madrid, Cátedra, 1978, p. 131.

la obra como Dios tras su creación, Fresán utiliza “la más singular y primerísima de las terceras personas”,⁴⁰ pero pese a estas y otras numerosas contradicciones de *El Escritor*, es obligatorio leer la vasta y por momentos magnífica novela de Fresán.

*

Eloy Fernández Porta señaló, justo antes de que la crisis comenzase, que “el realismo tiene un tema (la épica de la clase media)”.⁴¹ Propuesta de trabajo: preguntarse si la clase media española de 2007 se ha convertido, tras siete años de *pertinax* recesión, en el *bajoproletariado* o *cua-silumpenproletariado* reescrito y retratado por Elvira Navarro en 2014. Material complementario: “Nuestro apartamento en Benicássim es un noveno, con terraza a la zona comunal, donde la piscina. Está en tercera línea de playa. Lo compró mi padre en los años noventa (cuando todavía la gente normal, trabajadora y decente de Castellón podía comprarse apartamentos en la playa)”, J.S. de Monfort.⁴²

*

Una de las novelas realistas que más me ha gustado últimamente es *Iris* (2014), del boliviano Edmundo Paz Soldán. Imagino la sorpresa en algunos rostros lectores: “*Iris* es una novela de ciencia ficción que sucede en un futuro lejano”, me dicen. Exacto, así es. Una distopía de ciencia ficción, para ser exactos, como *Limbo* (1952) de Bernard Wolfe, novela con la que guarda varios puntos en común. A pesar de describir un territorio imaginario, un tiempo futuro y un idioma o *neolengua* propia, me parece que algunos conflictos armados donde está involucrado el ejército estadounidense están contados a la perfección, y así lo ha revelado el autor en alguna entrevista. *Iris* describe un conjunto de soldados que acaban perdiendo el norte de su misión y se convierten prácticamente en máquinas sistemáticas de matar. Gracias a la distancia puesta por Paz Soldán frente al conflicto “real” o histórico podemos entrar en él con toda eficacia, y se nos permite entender lo que sienten los soldados con mucha más precisión y acierto que un documental o que una película “realista” como *The Hurt Locker* (2008) de

⁴⁰ R. Fresán, *op. cit.*, p. 546.

⁴¹ Eloy Fernández Porta, *Afterpop. La literatura de la implosión mediática*, Córdoba, Berenice, 2007, p. 41.

⁴² J.S. de Monfort, *Fin de fiestas*, Suburbano Ediciones, edición digital, 2014, s./p.

Kathryn Bigelow. La guerra no está “descrita” ni “recreada”, por Paz Soldán, está *construida* para que el lector se sienta tan brutalmente dentro de ella como si se tratase de un recuerdo propio, que deja su proporcionado “shock postraumático”. Hay una cita del narrador Junot Díaz sobre el realismo que viene aquí más a cuento que nunca:

La llamada literatura realista es muy limitada a la hora de explorar ciertos problemas. En mi opinión, el realismo, como estrategia narrativa, falla miserablemente a la hora de explicar circunstancias como, pongamos por caso, una guerra civil, situación en la que se destruye el tejido cívico de la sociedad. Por la herida que deja abierta una guerra civil se escapan emanaciones fantasmagóricas muy difíciles de atrapar. El realismo no sabe qué hacer con eso. Es incapaz de captar las dimensiones más sutiles de todo un entramado de emociones fugitivas, sentimientos espectrales que se producen en situaciones históricas extremas. Lo mismo ocurre con las novelas de dictadores. Si se escriben en clave realista, no logran atrapar el fondo de terror, lo más problemático de las heridas que abren las dictaduras.⁴³

Esas “emanaciones fantasmagóricas” sobre las que el realismo no puede trabajar son el centro cabal de *Iris* y constituyen su parte más rica y acertada. El terror puro de los soldados por no saber si una bomba los despedazará en las próximas horas⁴⁴ deja abiertas las puertas a la superstición: los espectros de Xlött, ese dios subterráneo y cruel al que temen los habitantes de Iris; las promesas del Advenimiento y su efecto sobre los ciudadanos y sobre los soldados invasores, las oscuras dudas de éstos respecto a su misión y su fidelidad a SaintRei, su tierra, se adhieren al lector e impregnan de sustrato mítico su experiencia de lectura, logrando que la brutalidad militar se entienda como parte de un sentido: el del *sinsentido* como propósito, el de la ausencia de finalidad ética como móvil buscado por los superiores para quitar toda humanidad al guerrero, dejándolo devastado y a merced de las órdenes. Paz Soldán muestra cómo en esas condiciones el soldado queda pasto del pavor (“el vacío nos desbarataba. Nos venía el susto”),⁴⁵ y del temor reverencial a cual-

⁴³ Junot Díaz en *El País Semanal*, http://elpais.com/elpais/2013/04/29/eps/1367237169_171617.html [consultado: 3 de abril de 2013].

⁴⁴ Edmundo Paz Soldán, *Iris*, Madrid, Alfaguara, 2014, p. 194.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 137.

quier extraño (de inmediato considerado hostil), y comienza a eliminar a los irisinios a la menor provocación primero y ya sin contención alguna después. [Curiosamente, ya redactada esta nota, Paz Soldán dice en una entrevista que “la ciencia ficción será un nuevo realismo”,⁴⁶ en sintonía con el último capítulo de *The Antinomies of Realism* de Jameson.]

*

“El realismo desnudo de explicaciones conduce a la abstracción; resulta ambiguo igual que la vida humana.”⁴⁷ “Si es verdad social o conocimiento lo que queremos del realismo, pronto encontraremos que lo que conseguimos es ideología; si es belleza o satisfacción estética lo que estamos buscando, pronto hallaremos que debemos vérnoslas con estilos desfasados o mera decoración (si no distracción).”⁴⁸ Construir una novela realista ingenua, que no se cuestiona debidamente su acercamiento al fenómeno que observa, puede llevar al mismo lugar en el que se encontró el doctor Pablo Barreto (un personaje secundario de *Ximénez*, del colombiano Andrés Ospina), “quien renunció a la medicina al dedicarse de lleno a construir un avión, utilizando como taller el patio de su casona, encerrado entre paredes, por lo que nunca pudo probar si su invención se elevaba”.⁴⁹

*

El realismo decimonónico es la infancia de la novela moderna, y volver a esas lecturas, como apunta Fresán en la segunda página de *La parte inventada*, es volver al pasado, a nuestra infancia tardía de lectores, a la pubertad de la novela, a la inmadurez de la narrativa, antes de que llegasen la adolescencia de Woolf, Proust, Musil y Joyce, o la madurez de Faulkner, Murdoch, Beckett, Gadda o Pynchon. Por eso cabría decir, como el Rousseau de *La nueva Eloísa*,⁵⁰ en memorable frase que retomaron el Schopenhauer de *El mundo como voluntad y representación* y el Kant de *Contestación a la pregunta: ¿qué es la Ilustración?*: “Sors de l’enfance, ami, réveille-toi”. O “réveille-toi”, se diría hoy. Pues eso. Amigo, sal de la infancia y despierta.

*

⁴⁶ Cf. http://cultura.elpais.com/cultura/2014/05/01/actualidad/1398973459_037484.html

⁴⁷ J. Sáez de Ibarra, *op. cit.*, p. 203.

⁴⁸ F. Jameson, *op. cit.*, p. 6.

⁴⁹ Andrés Ospina, *Ximénez*, Bogotá, Laguna Libros, 2013, p. 224.

⁵⁰ Jean Jacques Rousseau, *La nueva Eloísa*, 1761, V, 1.

Las formas de evitar el realismo ingenuo pueden ser, como estamos viendo, numerosas y van creciendo conforme los practicantes del realismo fuerte afinan sus procedimientos. Y aquí es donde resulta capital la construcción del narrador, el enfoque intencional y la elección del punto de vista y su altavoz narrativo. Lo habitual es dar la voz narrativa a un personaje que cuenta la historia desde dentro (que Genette llama homodiegético), cual sería el caso del Joan-Marc de *Divorcio en el aire* (2013) de Gonzalo Torné, el protagonista de *Escarnio*, de Vega, o del hábil “nosotros” que utiliza Isaac Rosa en *La habitación oscura* (2013), caracterizados por un límite de conocimiento sobre la historia que no tiene el narrador omnisciente decimonónico, amén de preñar de saludable subjetividad —la del personaje, no la del autor— la obra. Otra posibilidad es dejar zonas de enigma o de penumbra en la historia, partes sin resolver, como hace Sara Mesa en *Cuatro por cuatro* (2012), con el fin de materializar la evidencia de que el narrador no puede llegar a conocer toda la historia, ni la psique entera de varias personas. Una tercera es el recurso a lo distópico o a la ciencia ficción; una cuarta sería el apoyo en géneros que ya reconocen su acceso parcial e interesado a la realidad, como el “reportaje gonzo” que practica Robert-Juan Cantavella en algunos cuentos de *Proust Fiction* (2005) o en *El dorado* (2011). La quinta vendría constituida por la autoficción que, a pesar de su tendencia a constituirse en plaga, sigue siendo interesante como limitación de la omnisciencia cuando hay autocrítica, según el modelo de Miguel Serrano Larraz en *Autopsia* (2014), que ronda el modelo también autocrítico de *Summertime* (2009) de John M. Coetzee. La sexta posibilidad atenuadora de la omnisciencia realista es una de las más antiguas y elegantes: presentar al narrador como *no fiable*, como alguien consciente de que su testimonio o relato puede no ser del todo veraz, como el Cide Hamete Benengeli cervantino, el narrador del *Ulysses* a juicio de Seymour Chatman, o el narrador de *La invención de Morel* (1940), convenientemente puesto en tela de juicio por una nota al pie del falso “editor” del libro (Elvira Navarro utiliza este tipo de argucia).⁵¹ La séptima sería un narrador omnisciente limitado mediante el “modo

⁵¹ E. Navarro, *op. cit.*, p. 14.

cámara”, narrando lo que pasa sin entrar apenas en la psique de los personajes, dejando que sus actos y palabras expresen su personalidad; este modelo conductista es utilizado por Esther García Llovet en su cinematográfica y eficaz novela *Mamut*,⁵² una historia plástica y demolidora que gustará a los amantes de Cormac McCarthy y Bolaño o del cine de Nicholas Winding Refn. La octava sería la utilizada por David Foster Wallace en el relato “Señor Blandito” de *Extinción* (2004), que hasta donde sé no ha sido utilizado en narrativa hispánica, consistente en un narrador omnisciente que, en cierto momento, revela ser uno de los personajes descritos, aunque continúa el relato desde la tercera persona. La novena sería la construcción mediante narradores diversos, que dan una perspectiva polifónica (si son además protagonistas de la historia) o poliperspectivista a la narración, como hace Nicolás Cabral en *Catálogo de formas* (2014) o la peruana Claudia Salazar en *La sangre de la aurora*,⁵³ una *nouvelle* diestra y contundente sobre la terrible violencia de los años ochenta en Perú. Me ha gustado mucho el juego de narradores de esta obra de Salazar, que a veces alterna diversos puntos de vista sobre ciertos hechos, en vez de privilegiar uno, y a veces cuenta tres veces el mismo hecho, con tres protagonistas distintas, para recalcar su abyección. También es hábil el juego de narradores utilizado en *La sangre de la aurora* para ampliar las perspectivas: varios monólogos alucinados, un relato en segunda persona sobre una campesina, otro en primera persona sobre una revolucionaria, y una crónica en tercera sobre la trama militar, dándonos la impresión de que el poder no merece una mirada *humanizada* sino el distanciamiento despectivo de la crónica.

*

Escribe el mexicano de origen argentino Nicolás Cabral: “Mi padre, el Arquitecto, como se le conoce, comenzó, al regreso de uno de esos viajes, uno de los últimos, ahora recuerdo, a esbozar una idea de vivienda, un ensayo original de realismo en la arquitectura, según decía, donde establecería, añadía, una relación dinámica entre ejes y proporciones, y

⁵² Esther García Llovet, *Mamut*, Barcelona, Malpaso, 2014.

⁵³ Claudia Salazar, *La sangre de la aurora*, Lima, Animal de Invierno, 2013.

que le ocupaba largas noches, de las que emergían planos para mí incomprendibles que, sencillamente, mostraban una caverna”.⁵⁴

*

La excelente novela de Nicolás Cabral no es realista del todo, ni irracional por completo: hay una sabia mezcla de elementos, raíces y lenguajes. La historia del Arquitecto (inspirada en Juan O’Gorman, autor de la Biblioteca de la Universidad Nacional Autónoma de México) es también una lucha de contrarios y opuestos —como los murales de O’Gorman— donde la estética *realista* y lineal de Le Corbusier se opone a la de Frank Lloyd Wright, y en la que el lenguaje encarna la división psíquica del protagonista. La novela —no lineal, polifónica— se vuelve irracional cuando el Arquitecto pierde la cordura, momento que Cabral representa gracias al agudo empleo de un monólogo interior beckettiano, descompuesto, alucinado. Es uno de los ejemplos más claros de esa “encarnación lingüística singular” de la que hablábamos al comienzo del texto, como indicio de realismo contemporáneo fuerte. Desde otro punto de vista, la estructura de *Catálogo de formas* responde al demencial rigor cartesiano del Arquitecto y su pulsión matemática: toda la novela está compuesta por breves capítulos de 310 a 333 palabras de extensión. De modo que la obra es, estructural y lingüísticamente, una trasposición de la psique⁵⁵ del Arquitecto, y como ella terrible, oscura, contradictoria, fascinante.

*

Según Calvo Serraller, “casi al final de su amena autobiografía, significativamente llamada *Autorretrato*, el brillante y versátil Man Ray (1890-1976) relata su incapacidad para responder al requerimiento de una niña, que, tras mostrarle un cuadro donde reproducía con la equívoca exactitud de un trampantojo una naturaleza muerta, le espetó que le gustaba mucho, pero que deseaba saber por qué quería tener dos cosas iguales”.⁵⁶

Quizá era una *Girl with curious hair*, una niña con el pelo raro. *Yo era una niña de siete años*, se titula una obra de 2005 de César Aira.

*

⁵⁴ Nicolás Cabral, *Catálogo de formas*, Cáceres, Periférica, 2014, p. 24.

⁵⁵ *Ibid.*, p. 58.

⁵⁶ Francisco Calvo Serraller, *Extravíos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2011, p. 82.

Si alguien quiere enseñar en un taller literario cómo hacer realismo literario fuerte en el siglo XXI, le recomiendo que utilice como manual la portentosa novela de Luis Rodríguez, *Noviembre* (2013),⁵⁷ una lección en sí misma de posibilidades y variedades narrativas que, pese a su vocación metanoica, mantiene un estilo medio perfectamente reconocible. Comentando aquí la primera novela del autor, *La soledad del cometa* (2009),⁵⁸ decíamos que era *antimoderna*, “no en el sentido de Compagnon, sino en el de Cioran. Su posición es la de la duda y la destrucción. Tiene razón el editor cuando apunta que esto no es realismo sucio ni novela social actualizada. Yo hablaría de *realismo nihilista*”. Ese realismo nihilista sigue rezumando óxido en *Noviembre*, título que habla de la errata de la existencia, como apunta Ricardo Menéndez Salmón en su prólogo (una errata metafísica *à la* Steiner), pero también de la errata que es la palabra exacta, *le mot juste*, en un mundo de discurso desarticulado y mal escrito. Luis Rodríguez es una especie aparte de escritor, una exquisita rareza que no se parece escribiendo a nadie, ni siquiera a sí mismo, porque *Noviembre* es muy diferente a *La soledad del cometa*, más juguetona dentro del horror, más imprevisible dentro de lo fatídico, y derrocha vida en el centro de la muerte, como un niño jugando en un sepelio.

*

Esto lo expresé hace tiempo, pero lo mantengo, palabra por palabra, añadiendo alguna acotación porque es una cita descontextualizada: “una literatura realista [ingenua, no fuerte] implica un modo determinista y newtoniano de contemplación del mundo que está desfasado desde hace un siglo y medio. Pero no hablamos de una moda que haya devenido anacrónica y *pueda volver* en el futuro (a lo que quizá podrían aferrarse para continuar en la estética que genera). Hablamos de un sistema que ha sido revocado, destrozado, anulado, y cuyas consecuencias epistemológicas ya no pueden sostenerse, del mismo modo que son inaplicables ya el sistema cosmológico geocéntrico o el antiguo adagio, anterior a Servet, de que la sangre no circula por el cuerpo. El sistema determinista, que siguen sin saberlo los poetas realistas [ingenuos], implica:

⁵⁷ Luis Rodríguez, *Noviembre*, Oviedo, KRK, 2013.

⁵⁸ http://vicenteluis mora.blogspot.com.es/2010/01/tres_novedades_de_editoriales.html

1) que hay una realidad exterior (y, por tanto, opuesta o diferente a la interior), 2) que esa realidad puede ser conocida por un observador cualquiera, 3) que por tanto, ese observador puede comunicarla mediante el poema, 4) que el lector va a entenderla de la misma manera que ha sido expresada y, por tanto, el conjunto fenoménico de 1 va a permanecer inalterado e idéntico a sí mismo en 4. [Lo cual movería a risa si no moviese antes a estupefacción.] Intento decir que no podemos dar por auténtica o única una línea *clara* en la poesía cuando nos encontramos dentro de un mundo casi impenetrable de puro ambiguo, al que nos enfrentamos desde un núcleo personal deslavazado, antagónico, contradictorio, lo que tiene una indudable influencia sobre nuestro sistema de conocimiento, sustentado sobre bases especulativas que están en crisis, como ha señalado Michel de Certeau, y que ponen en tela de juicio el paradigma parmenideano de identidad entre pensamiento y ser, por el que tantos siglos se ha regido la filosofía.⁵⁹ No son pocos quienes piensan que el lenguaje tiene exacta correspondencia con lo real, o que el sujeto cartesiano es aún firme e inequívoco, sin tener en cuenta que del cartesianismo como estructurador de la ecuación consciencia-inconsciencia humanas, sólo pueden derivarse errores, como demostró John Searle”.⁶⁰

*

Es verdad lo que digo, cada
palabra, dice del poema la lógica
del poema. Condición
de real al margen de lo real.
Lo real dice *yo* siempre en el poema,
mente nunca, así la lógica.

Olvido García Valdés⁶¹

*

Una novela que no escapa a los peligros de la visión omnisciente convencional, a pesar de pretenderse disparatada, es la última obra de Ray Loriga, *Za Za, emperador de Ibiza* (2014), muy conservadora desde el punto de vista

⁵⁹ Cf. la inteligente lectura de las *Heterologías* (1986) de Certeau llevada a cabo por Wlad Godzich, “Las nuevas posibilidades del conocimiento”, en *Teoría literaria y crítica de la cultura*, Valencia, Cátedra/Universidad de Valencia, col. Frónesis, 1998, p. 302 ss.

⁶⁰ Vicente Luis Mora, *Singularidades. Ética y poética en la literatura española actual*, Madrid, Bartleby, 2006, pp. 64-68.

⁶¹ Olvido García Valdés, *Caza nocturna*, Madrid, Ave del Paraíso, 1997.

estético, a pesar del baño posmoderno de drogas felices y decadente brillante ibicenca. La historia, que recuerda bastante a la película de los hermanos Coen *The Big Lebowski* (1998), pues ambas muestran a un alelado envuelto en una historia conspiranoica que lo supera y lo utiliza como mero instrumento, es puro pasatiempo contado con un estilo desconcertante. Loriga deja el relato en manos de un narrador en tercera persona tan predecible en su autoconciencia (nada jocosa, *by the way*) como condescendiente con la historia, salpimentada constantemente de chistes sin gracia y digresiones sin chispa. La novela mejora un poco hacia el final, cuando una vuelta de tuerca inesperada obliga al personaje a replantearse lo que ha vivido pero, por desgracia, no obliga al lector a cuestionar lo leído. Plasticidad, imaginación y ritmo no le faltan a Loriga, porque quien tuvo retuvo; pero nos da la impresión de haber accedido a una historia contada desganadamente por un narrador omnisciente emporrado, que se ríe cuando no debe, algo muy molesto para quienes escuchan sin tener el mismo *cuelgue*.

*

Salen a lo que hay ahí fuera: la noche polar. El cielo silvestre y púrpura, tanta oscuridad en lo negro que es como si Junot la viera por primera vez y fuera consciente de la materia del mundo, de las cosas precisas, enteras, hechas una detrás de otra. La realidad.

Esther García Llovet.⁶²

*

Por si se necesitaba algún elemento más contra el realismo ingenuo como planteamiento narrativo, ahí tienen el interesantísimo y a la vez terrible estudio de los neurocientíficos del Instituto Tecnológico de Massachusetts (MIT) Jason Fischer y David Whitney, que en el último número de *Nature* explican cómo el cerebro crea un *campo de continuidad* para percibir el entorno.⁶³ Esto implica que el cerebro establece un retraso de 10 a 15 segundos desde que el estímulo es percibido, tiempo durante el cual *elabora* una *imagen media* de lo visto durante ese lapso. Los neurocientíficos utilizan deliberadamente expresiones como *montaje* y *filtros* para explicar cómo el cerebro trabaja como una especie de

⁶² E. García Llovet, *op. cit.*, p. 114.

⁶³ Cf. <http://www.nature.com/neuro/journal/v17/n5/full/nn.3689.html>

mesa de mezclas con lo que percibe para luego crear la película de lo que vemos. *This is surprising because it means the visual system sacrifices accuracy for the sake of the continuous, stable perception of objects*, dicen Fischer y Whitney. Algo que habían sostenido también el neuroquímico Pierre Changeux: “no hay, pues, percepción ‘absoluta’, sino una *reconstrucción* del color, como, de manera general, del mundo exterior, por el cerebro”⁶⁴ y el físico cuántico David Deutsch: “hasta la última brizna de nuestro conocimiento —incluyendo nuestro conocimiento de los mundos no físicos de la lógica, las matemáticas y la filosofía, así como de la imaginación, el arte, la ficción y la fantasía— está codificado en forma de programas para la representación de esos mundos en el generador de realidad virtual que es nuestro cerebro”.⁶⁵ En estas condiciones, si nuestro propio modo de razonar como seres humanos inteligentes evita *estructural y biológicamente* la precisión, si debemos *programar* nuestra percepción, ¿qué sentido tiene intentar recuperarla mediante una operación narrativa falsaria, mediante la burda y arbitraria reconstrucción de algo que nunca ha existido de la forma ingenuamente retratada?

*

Con todo esto no atacamos lo real, ojo, ni negamos que exista, pues no somos posmodernos. Sólo decimos que el tratamiento de lo real requiere elementos correctores, herramientas literarias dirigidas a la *verosimilitud*, que partan de la base filosófica de que quien las utiliza es consciente de esa dificultad de reconstrucción. Y de que es una *construcción*, claro. No la realidad, sino la literatura:

Empiezo a entrever lo que yo llamaría el “tema profundo” de mi libro. Es, será, indudablemente, la rivalidad entre el mundo real y la representación que de él nos hacemos. [...] La resistencia de los hechos nos invita a trasladar nuestra construcción ideal al sueño, a la esperanza, a la vida futura, en la cual nuestra creencia se nutre de todos nuestros sinsabores en ésta. Los realistas parten de los hechos, acomodan sus ideas a los hechos. Bernardo es un realista. Temo no poder entenderme con él.⁶⁶ 

⁶⁴ Jean-Pierre Changeux, *Sobre lo verdadero, lo bello y el bien. Un nuevo enfoque neuronal*, Buenos Aires, Katz, 2010, pp. 98-99.

⁶⁵ David Deutsch, *La estructura de la realidad*, Barcelona, Anagrama, 2002, p. 128.

⁶⁶ André Gide, *Los monederos falsos*, Barcelona, Seix Barral, 1984 [1925], p. 205, traducción de Julio Gómez de la Serna.

Cajón de sastre

Notas recopiladas y comentadas por Jean Meyer

Fueron hallados en Argentina los restos del dinosaurio más grande hasta la fecha: 40 metros de largo, con un peso de 77 toneladas.

Se encontró la clave de la evolución del cuerpo de los homínidos: los reguladores del ADN nos distinguen de neandertales y denisovanos (así llamados por los restos encontrados en la cueva de Denisova, en Siberia). Notas de Javier Sanpedro en *El País*, viernes 18 de abril de 2014, página 31, y martes 22 de abril, página 25.

Los humanos de la Sima de los Huesos en Atapuerca (Burgos, España) ya tenían rasgos neandertales. Los científicos presentan siete nuevos cráneos de hace 430 mil años. Parece que no hay otro yacimiento paleontológico tan rico en el mundo. Juan Luis Arsuaga, codirector de la excavación firma, en compañía de sus colegas, en un artículo en *Science*, reportado por *El País*, viernes 20 de junio de 2014, páginas 38 y 39.

Hubo dos salidas del hombre desde África: la primera, hace 130 mil años, dio lugar a los aborígenes australianos y melanesios; la segunda, según varias teorías, ocurrió hace 50 mil años y provocó una dispersión por el resto del mundo. La segunda migración ha borrado casi del todo las huellas genéticas de la primera. Pero no todas. Nota de Javier Sanpedro, *El País*, 22 de abril de 2014, página 24.

Nuevos descubrimientos en la Serra de Capivara, en el parque arqueológico de Piauí, Brasil, fortalecen la tesis de que el hombre llegó al continente

hace 100 mil años. Los hallazgos indican que la ocupación empezó por el sur, no por el norte de América. El debate científico continúa. Nota de Talita Bedinelli, *El País*, lunes 19 de mayo de 2014, página 25.

El genoma de México conserva las pautas geográficas precolombinas, según Carlos Bustamante, coordinador del estudio publicado en *Science* de junio 2014, y Andrés Moreno-Estrada, primer firmante del trabajo. Algunas poblaciones son tan distintas de otras como los europeos lo son de los asiáticos orientales. La variedad genética es asombrosa. El resultado tiene importancia histórica, pero también médica.

En 2007, tres buceadores encontraron, en un cenote de Yucatán, el esqueleto completo de una joven de hace 12 mil años. Su estudio confirma que los pobladores que llegaron al continente son los antepasados de los “nativos” americanos de hoy. Tienen ancestros de la misma población de Beringia, en el Noreste de Asia. En *Science* de mayo 2014, el estudio de James Chatters, Pilar Luna y su equipo del proyecto “Hoyo Negro”.

Gisela Graichen y Peter Prestel (Alemania) han elaborado un documental de 86 minutos sobre “La ruta del ámbar”, cantera de esa piedra que los ancianos llamaban “lágrima de los dioses”, que iba del Báltico hasta las tumbas de los faraones.

Febrero de 1349: la ciudad libre de Estrasburgo fue el teatro de la *unmüßige Woche*, “la semana agitada”, cuando la plebe, contra la voluntad de los ediles y del concilio de Benfeld, masacró a los judíos acusados de ser los responsables de la peste. Seguía el ejemplo de muchos pueblos y ciudades de Alemania, Suiza y Alta Alsacia.

Ricardo III de Inglaterra: el lector recordará que *Istor* reportó el descubrimiento de su entierro en la ciudad de Leicester, debajo de un estacionamiento. Ahora resulta que no cojeaba, tampoco era jorobado, como lo pintó William Shakespeare en su célebre tragedia, sino un hombre de físico atractivo. El último rey de la dinastía de los Plantagenet será finalmente enterrado en la catedral de Leicester.

El general Custer es toda una leyenda estadounidense. Un documental de 90 minutos de Stephen Ives, *La aventura humana* (Estados Unidos, 2012), cuestiona no solamente la figura del “invencible”, que murió derrotado en junio de 1876, sino la identidad misma de Estados Unidos.

En 1890 Jacob Riis publicó *How the Other Half Lives*, un libro extraordinario sobre la terrible pobreza de mucha gente en Nueva York, y la indiferencia de la otra mitad. Inmigrante, Riis había llegado en 1870 y sufrido en carne propia la miseria y la explotación por parte de los casatenientes. El nuevo alcalde de Nueva York, Bill de Blasio, citó a Jacob Riis en su discurso inaugural de enero 2014.

Les pouponnières du IIIe Reich (Francia, 2013), documental de Romain Icard sobre los criaderos de la raza aria. Entre 1935 y 1945, unos veintidós mil niños fueron engendrados en el programa *Lebensborn* de mejoramiento de la raza, según los cánones de la belleza nazi. Es una adaptación del estudio de Boris Thiolay *Lebensborn, la fabrique des enfants parfaits* (Flammarion).

Collaborations (Francia, 2013, dos episodios de 45 y 54 minutos), documental de Gabriel Le Bomin, de cómo el Estado francés de Vichy y del mariscal Pétain abandonó el país al ocupante alemán.

Blum-Pétain, duel sous l'Occupation (Francia, 2014, 54 minutos), documental de Julia Bracher y Hugo Hayat, sobre el proceso de Léon Blum, organizado por el régimen de Vichy, contra el primer ministro del Frente Popular, socialista, intelectual y jurista. Julia Bracher había publicado *Riom 1942: le procès* (Ómnibus, 2012). Blum derrotó de tal manera la acusación, que Hitler ordenó la suspensión del proceso.

La historia desentierra Treblinka (1942-1943). Arqueólogos británicos excavan por primera vez en el campo de exterminio nazi y hallan restos de la masacre de judíos y gitanos. A diferencia de en Auschwitz, en Treblinka los nazis no habían dejado nada visible y eso confortaba a los negacionistas. Hasta ahora. Los arqueólogos encontraron la primera evidencia material de las cámaras de gas y varias fosas comunes. Nota de

Carmen Rengel, *El País*, miércoles 2 de abril de 2014, página 30; así como en el documental de los arqueólogos: *Treblinka: la máquina de matar de Hitler* (Smithsonian Channel).

Rusia recobra dos memorias históricas. Mejor dicho, el gobierno intenta borrar una y promover otra. En Moscú, las ONG que defienden la memoria de las víctimas del Gulag, como *Memorial*, y los oficialistas nostálgicos de la gloriosa URSS libran una guerra de placas conmemorativas. Así, los últimos volvieron a poner la placa desmontada de la casa donde vivió Leonid Brezhnev; un sondeo dice que 45 por ciento de los encuestados aprueban la idea de volver a colocar en su lugar, frente a la “Casa Grande”, la siniestra Lubianka, la estatua gigante de “Félix de Hierro” Dzerzhinski, el padre de la Checa, abuela del KGB.

Precisamente, Kathrin Hille, en “Patriot Games” (*Financial Times* del 17 de abril de 2014, página 7), cuenta a detalle cómo el uso que hace Putin del simbolismo de la época soviética alarma a la minoría que sigue deseando instituciones verdaderamente democráticas. El control de la enseñanza de la historia es especialmente inquietante. Entrevistado, el historiador y profesor Igor Dolutsky, cuyo libro de texto ha sido censurado y retirado en 2004, constata que “lo esencial en los nuevos libros de texto de historia es que los alumnos no deben nunca dudar de que nuestro país ha tenido siempre razón”.

El contraste es absoluto entre él y la periodista Uliana Skoibeda, quien se alegra con la anexión de Crimea: “No es el hecho de que Crimea haya regresado. Es que nosotros hemos regresado. A casa. A la URSS”.

En cuanto al conocido (desde la perestroika) ideólogo Andranik Migranyan, responde a los críticos occidentales que comparan dicha anexión a lo hecho por Hitler, a expensas de Checoslovaquia, y no duda en afirmar: “Uno debe distinguir entre el Hitler de antes de 1939 y el de después. El hecho es que Hitler reunió las tierras alemanas. Si hubiese alcanzado la fama por haber reunido, sin una gota de sangre, Alemania a Austria, los Sudetes y Memel, de hecho finalizando lo que Bismarck no había logrado, y se hubiera detenido ahí, quedaría como un político de primera”.

El otro drama sirio: además de los 150 mil muertos en tres años de guerra, el país sufre el saqueo y la destrucción de un patrimonio artístico extraordinario. Es una catástrofe comparable a la que sufrió (y sufre) Irak a partir de la invasión estadounidense. Nota de Christophe Ayad, en *Le Monde*, sábado 25 de enero de 2014: páginas 4 y 5; así como en la red lo reporta la Asociación para la Protección de la Arqueología de Siria: apsa2011.com

¿Y los tesoros de Crimea? Ucrania y la provincia anexada por Rusia temen perder las obras de escitas, hunos y godos expuestas en Ámsterdam. Cuando el museo de la Universidad de Ámsterdam abrió la exposición “Crimea: oro y secretos del Mar Negro”, los protocolos fueron firmados por Holanda y Ucrania, pero las obras provienen de cinco museos, de los cuales cuatro se encuentran en la península anexada por Vladimir Putin. ¿A quién devolver el tesoro?

Misterio arqueológico en Gaza: el año pasado, un pescador palestino encontró un Apolo de bronce de tamaño humano, en excelente estado; descubrimiento extraordinario si uno piensa que no hay otro en todo el Medio Oriente y que no había más de tres estatuas en bronce de Apolo (Pombino, 1832; el Pireo, 1959, y Pompeya, 1977). El problema es que la estatua es invisible porque se encuentra “bajo la protección del gobierno” de Hamás en Gaza. Lo único que han visto los arqueólogos: fotos.

Año de siniestros aniversarios: además del centenario de 1914, se cumplen 20 años del genocidio cometido en Ruanda, 40 del perpetrado por el Jemer Rojo en Camboya (1971-1975) y, pronto, 50 años de la masacre en Indonesia, así como cien años del principio del genocidio cometido contra los armenios en el Imperio Otomano...

Por cierto, Recep Tayyip Erdogan, primer ministro turco, presentó su “pésame” a los descendientes de los armenios masacrados, pero sin reconocer ni la dimensión ni la naturaleza de la tragedia. Peor es nada y puede que sea un paso, un pequeño paso, en la perspectiva del centenario 1915-2015.

Una buena noticia para terminar: apareció el primer número de *Critical Historical Studies* (primavera de 2014), publicado por la Universidad de Chicago: la nueva revista es interdisciplinaria y se abre a reflexiones históricas sobre política, economía, cultura y sociedad. Vean el sitio: journals.uchicago.edu/CHS 

Colaboradores

El apartado central de esta edición de *Istor*, correspondiente a la historia de las ciudades universitarias, fue coordinado por **Valeria Sánchez Michel** (vmichel@colmex.mx), doctora en historia por El Colegio de México, autora de *De México para el mundo: Centro de Enseñanza para Extranjeros, 90 años de enseñar la lengua y la cultura*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013 y “Ciudad Universitaria: aquí, allá y en todas partes. El papel de la propaganda durante su construcción”, en Gustavo Curiel (ed.), *La metrópili como espectáculo: la Ciudad de México escenario de las artes*, México, Instituto de Investigaciones Estéticas-Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp. 259-275. Nuestro *Dossier*, en cuyas páginas también colabora la doctora Sánchez Michel, está compuesto por los ensayos de:

Pilar Chías Navarro (pilar.chias@uah.es), doctor arquitecto por la Universidad Politécnica de Madrid y, actualmente, directora de la Escuela de Arquitectura de la Universidad de Alcalá; entre sus últimas publicaciones podemos destacar el capítulo “La Universidad de Alcalá en las Bienales de Arquitectura y Urbanismo”, en *XI Bienal Española de Arquitectura y Urbanismo*, Fundación Caja de Arquitectos, 2011, y el libro en coautoría con Tomás Abad Balboa, *El patrimonio fortificado. Cádiz y el Caribe: una relación transatlántica | The Fortified Heritage. Cadiz and the Caribbean: A Transatlantic Relationship*, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá, 2012.

Mónica Silva (monicasilvacontreras@gmail.com), doctorada en arquitectura por la Universidad Central de Venezuela y profesora, desde 2010, de

Historia de la Arquitectura en la Universidad Iberoamericana; recientemente publicó “La escalera monumental del antiguo Colegio de Minería: De la composición académica a la moderna cubierta de hierro alemán, 1797-1929” en *200 años del Palacio de Minería. Su historia a través de fuentes documentales*, México, Facultad de Ingeniería-Universidad Nacional Autónoma de México, 2013, pp. 494-539.

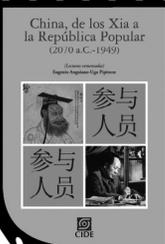
Mauricio Tenorio (tenoriom@uchicago.edu), doctor en historia por la Universidad de Standford, es profesor-investigador del Departamento de Historia en la Universidad de Chicago; actualmente es director del Center for Latin American Studies en la misma universidad y su última publicación es *I Speak of the City: Mexico City, 1880-1930*, Chicago, The University of Chicago Press, 2013, libro que obtuvo una mención honorífica en el Bolton-Johnson Prize 2013 que otorga la American Historical Association.

Fernando Viviescas (fernandoviviescas@gmail.com), maestro en arquitectura por la Universidad de Texas en Austin, es profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia desde 1999 y profesor del Instituto de Estudios Urbanos de la Universidad Nacional de Colombia; es director del Plan de Regulación y Manejo del Campus de la Universidad Nacional de Colombia, en Bogotá, y coeditor del libro *El diseño de la ciudad: imaginación proyectual para Colombia*, Bogotá, Universidad Central, 2012.

Más allá del tema central de este número de *Istor*, en *Ventana al mundo* colaboran con nosotros la escritora chilena **Cynthia Rimsky**, autora de *Ramal* (Santiago de Chile: FCE, 2012) y **Tessy Schlosser Presburger**, internacionalista del CIDE. En *Coincidencias y divergencias* nos complace publicar un texto de **Luis Antonio Hernández Dauajare**, egresado de la primera generación de la maestría en historia internacional de la División de Historia del CIDE. Y tanto en *Usos y abusos de la historia* como en *Reseñas*, ofrecemos un par de amplios ensayos bibliográficos de nuestros colegas **Jean Meyer** y **Rafael Rojas**, respectivamente, ambos profesores investigadores titulares de la División de Historia del CIDE. Finalmente, en *Historia y literatura*, publicamos un nutrido ensayo del escritor y crítico literario español **Vicente Luis Mora**. 

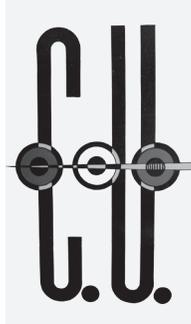


Entra y descubre la nueva
www.LibreriaCide.com



Documentos de trabajo
 Novedades
 Fondo editorial
 Revistas
LIBROS
www.LibreriaCide.com

Dirección de Publicaciones CIDE. Tel. 5081 4003, publicaciones@cide.edu



ISTOR

año XV, número 58, otoño de 2014, se terminó de imprimir en el mes de agosto de 2014 en los talleres de Impresión y Diseño, Suiza 23 Bis, Colonia Portales, C.P. 03300, México, D.F. En su formación se utilizaron tipos Caslon 540 Roman de 11 y 8 puntos.

El tiro fue de 1000 ejemplares.